
Reglas del Hockey
Nunca
REGLA #1
TE CASES POR ACCIDENTE CON TU COMPAÑERO
DE EQUIPO
PORTIA BLAKE

Tabla de Contenido

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTI-DÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA-DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

CAPÍTULO TREINTA YSIETE

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

CAPÍTULO CUARENTA

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

CAPÍTULO CUARENTA-Y DOS

CAPÍTULO CUARENTA-TRES

CAPÍTULO CUARENTAYCUATRO

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

CAPÍTULO CUARENTAYNUEVE

CAPÍTULO CINCUENTA

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

CAPÍTULO CINCUENTAYDOS

CAPÍTULO CINCUENTA Y-TRES

CAPÍTULO CINCUENTA-CUATRO

CAPÍTULO CINCUENTAY CINCO

CAPÍTULO CINCUENTA-Y SEIS

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

EPÍLOGO

CAPÍTULO UNO

Finn

Todo va a estar bien.

Solo necesito cerrar los ojos otra vez y este sueño molestamente lúcido cambiará.

Es absolutamente imposible que esté en la cama con Noah Fitzpatrick. Los jugadores recién ascendidos de la AHL no comparten habitación con los de primera línea.

Lo que significa que estoy teniendo un sueño sobre estar en la cama con Noah Fitzpatrick, lo cual no es precisamente ventajoso.

Obviamente, no es que sea gay ni nada por el estilo. Soy un jugador de hockey.

Cierro los ojos y espero a que el sueño cambie. No cambia.

Todavía puedo oír su respiración, sentir el colchón blando y la sábana aún más suave contra mi piel sudorosa, oler una colonia que no es la mía. Recuerdos de una noche que no pudo haber ocurrido bombardean mi mente. Vine aquí para jugar contra Vegas, no para aventurarme en una capilla rosa que siempre ha sido el chiste final en las comedias.

El sueño no está cambiando.

Decido que este enfoque no funciona. Me doy la vuelta, y ahí está él. Pelo corto y oscuro, una nariz con pecas que tiene la perfecta combinación de recta y curvada, largas pestañas negras, y unos ojos verdes que...

Mi corazón se acelera.

Unos ojos verdes que me miran fijamente.

—Esto no es un sueño —digo.

—¿Por qué sería...? —la voz de Noah retumba, el alcohol de anoche le da un tono ronco y áspero que no debería resultarme atractivo, y sus ojos somnolientos se abren de par en par—. Oh, mierda.

Asiento con entusiasmo. Lo entiende.

Noah se apresura a salir de su lado de la cama, haciendo que el colchón rebote, y juraría que no lleva nada puesto. Sus hombros son anchos y robustos, formados por años de dedicación. Mi mirada se desvía momentáneamente hacia abajo, más allá de sus abdominales, hasta un conjunto de músculos en forma de V que no deberían parecerme interesantes. Arranca la sábana de la cama, y yo me aparto, dejando que se envuelva con el sedoso tejido. Ahora parece un universitario con toga y cara de sueño. Me cubro con la manta porque copiar su postura sería extraño, y mi cuerpo no se da cuenta de que este no es el momento para una erección matutina.

—¿Nosotros...? —Noah no puede terminar la frase. No voy a terminarla por él. Las palabras no me salen de la boca, aunque sé cómo quiere acabarla.

—Si lo hicimos, debería haber un certificado.

Asiente con la cabeza. —Cierto. Buena idea.

Noah es el señor Afable.

Se lanza a por algo, y para nada me fijo en cómo la sábana gris sedosa se desliza sobre su pálida piel. De ninguna manera. Eso sería extraño, y yo no soy extraño. Definitivamente no soy gay. Yo no.

Noah se arrastra por el brillante suelo de mármol como un luchador olímpico, flexionando los músculos, con el pelo captando la luz.

Desvío la mirada por la habitación, observando el lujoso papel pintado de hierba negra, los espejos con marcos dorados, la lámpara de cristal, la vista de toda la franja, las luces brillantes y chillonas ahora apagadas, el cielo oscuro reemplazado por un azul brumoso.

Parpadeo.

La NHL nos trata muy bien, pero esta no es mi suite, desde luego.

Mi habitación no tenía una bandeja de Dom Perignon con copas de cristal. Un camino de pétalos rojos conduce hasta la puerta. Miro el cabecero, y es de un negro elegante... y de una forma de corazón menos elegante.

—¿Estamos en la suite nupcial? —Mi voz está ronca, y trago para quitarme el sabor a alcohol. *Puaj*. Mi cabeza retumba, y me hundo en el colchón.

Noah levanta un papel. —Lo encontré.

Mis órganos se retuercen.

Lo que sea que esté mostrando parece oficial.

El documento azul y blanco tiene nuestros nombres: Finn Carrington y Noah Fitzpatrick.

Es nuestro certificado de matrimonio.

CAPÍTULO DOS

Cuatro días antes

Noah

El patio se ha convertido en un desastre fangoso. La lluvia se desliza por cualquier superficie que pueda considerarse una pendiente, y grandes charcos marrones se acumulan en las zonas planas del diminuto jardín frente a mi edificio de tres plantas. Me subo la capucha y corro hacia dentro, ignorando el chapoteo del barro bajo mis zapatillas y cómo la fría lluvia empapa mis pantalones de chándal.

Forcejeo con la llave, con las manos frías y resbaladizas, y subo los dos pisos hasta el apartamento que comparto con otros tres chicos. Los platos sucios que estaban en el fregadero hace dos días siguen ahí, y la basura sigue rebosando de cajas de pizza de cartón, bandejas de plástico de macarrones con queso y papel de aluminio manchado de burrito.

No pasa nada.

Estoy en la AHL. Puede que no gane mucho, pero me dedico profesionalmente al hockey. Esta es mi mejor vida. Absolutamente.

El ruido discordante de la televisión y los videojuegos retumba desde las habitaciones de mis compañeros.

Considero llamar a la puerta de Trevor y recordarle lo de los platos sucios, pero no quiero ser ese tipo. No pensaba que fuera ese tipo cuando me entrevisté para esta habitación.

En lugar de eso, me pongo los guantes de goma guardados bajo el fregadero. Bien puedo fregar los platos yo mismo. No me importa. Si puedo jugar al hockey y estirar mi cuerpo al límite regularmente, bloqueando discos a toda velocidad con mis piernas y torso hasta quedar salpicado de moratones, puedo lidiar con unos platos sucios.

La lluvia no ha amainado, golpea con fuerza las ventanas, y aunque el centro de Providence es agradable, lo último que quiero es pillar un resfriado. Los mocos y la tos no combinan bien con el hockey.

Tras un momento de duda, paso la aspiradora por el salón y ordeno el desorden. Me duele todo el cuerpo. Si la bañera no tuviera siempre un aspecto terrible, me tiraría dentro, quizás con una bolsa de hielo, pero por muy bien que la friegue, siempre tendré los recuerdos de su aspecto anterior.

Me duché en la pista después del entrenamiento, así que en vez de eso, me derrumbo en mi cama. Se oyen chirridos desde la habitación de al lado, y estoy bastante seguro de que Trevor no está saliendo con nadie. Me pongo mis AirPods de imitación y subo el volumen mientras busco desesperadamente algo para enmascarar el sonido del colchón de Trevor moviéndose bajo su nada despreciable tamaño.

Me pregunto si debería seguir el ejemplo de Trevor y aventurarme por el lado más sórdido de internet. Podría usar una distracción. Pero la última vez que entré en un sitio para adultos, me encontré navegando por categorías de porno que normalmente no visito. Y aunque la experiencia fue... placentera, mi estómago aún se revuelve. Cuanto menos piense en eso, mejor.

En su lugar, navego por SlickSlide, luego voy a OurVids para ver si Finn Carrington tiene un nuevo vídeo. Por suerte, lo tiene, y una sacudida de emoción me recorre como siempre que veo su ceja levantada y sus labios sonrientes en su foto de perfil.

También tengo una llamada perdida de Boston. Ya me ocuparé de eso más tarde.

Hago clic en el vídeo de Finn. Su pelo castaño dorado se riza de forma despreocupada como si hubiera salido de un retrato del siglo diecinueve. Si la gente en los retratos del siglo diecinueve llevara camisetas de tirantes que mostraran brazos musculosos y dijera "tío" a todas horas. Sus ojos brillan, y me encuentro mirándolos, preguntándome si son más azules o grises. Los colores cambian como el Atlántico, y no puedo apartar la mirada.

Masajeo distraídamente mis músculos doloridos mientras veo a mi héroe preparar un batido verde, explicando todo lo que le pone. Corta un mango y lo lanza a una batidora con algo de espinacas y una larga lista de otros ingredientes.

Finn Carrington también juega al hockey. A diferencia de mí, está en la NHL. Juega para los Boston Blizzards, uno de los mejores equipos sobre hielo. Veo su vídeo y anoto los ingredientes que usa para su batido. Me pregunto si venderán polvo de baobab africano en mi supermercado, y luego resoplo. Por supuesto que no.

Hago clic en Amazon distraídamente, todavía concentrado en Finn y su voz de tenor siempre entusiasta. Tiene mi edad, pero entró en la NHL directamente, y juega en la primera línea junto al mismísimo Evan McAllister.

Finn traga su batido verde, y desvío la mirada mientras su nuez se mueve. Lo que es una locura porque no hay nada sexy en las nueces de Adán. Ni en los tíos, para el caso. No a menos que seas gay, que yo no lo soy.

Probablemente no.

Una noche explorando los rincones interesantes de internet no significa nada. Aunque no sea exactamente mi primera vez.

Suena mi teléfono.

—¿Diga? —contesto.

—Noah. Bien —la voz del entrenador es severa, y me tenso inmediatamente.

—Isaiah está fuera por toda la temporada —continúa el entrenador—. Te han llamado para subir a Boston.

—¿En serio? ¿Soy un Blizzard?

—Si haces un buen trabajo, estarás allí hasta que se recupere. Si tienes suerte, incluso más tiempo. Isaiah ha estado pensando en retirarse. Ve y demuéstrales lo que vales. Te quieren allí de inmediato.

—Es un gran honor.

El entrenador se ríe entre dientes. —Díselo a tu nuevo entrenador.

—Quiero decir, también fue un honor trabajar para usted. Ha sido increíble. Me ha enseñado muchísimo.

—Eso está mejor. Aunque podrías volver. Lo he visto bastantes veces. Eres un jugador fantástico, Noah. Lo digo en serio. Recibirás un correo electrónico de los Blizzards con los detalles.

Arrojo ropa a mi bolsa de deporte naranja brillante mientras la alegría estalla dentro de mí.

Todo ha cambiado.

Suelto un grito que hace que mis compañeros de piso vociferen. Luego mi respiración se acelera, voy a conocer a Finn Carrington.

Entrenaré a su lado.

Viéndole.

Quizás hablando con él.

Se me seca la boca y me tiemblan las manos mientras sigo haciendo el equipaje.

CAPÍTULO TRES

Finn

El puerto de Boston se ha vuelto gris y miserable. Las nubes de tormenta corren por el cielo, cambiando de forma y oscureciéndose. Los barcos blancos se mecen arriba y abajo desde mis ventanales. Quizás incluso haya relámpagos. Los relámpagos son impresionantes.

Le doy algunas órdenes a Alexa, y la luz interior se atenúa de mi manera favorita, convirtiendo las tiras LED escondidas bajo las molduras de la corona en un suave color púrpura. Comienza una música de meditación atmosférica como si estuviera en algún lugar de Bali. La luz de la cámara parpadea. Estoy en directo.

Hablo sobre meditación y luego hago una meditación para mis espectadores.

Mi vida es lo mejor.

Algunas personas piensan que ser un jugador de élite consiste en hacer ejercicio y practicar jugadas. Y esas cosas son superimportantes y superdivertidas. Pero mi mente y mi nutrición también deben ser óptimas.

La verdad es que una de las razones por las que hacer vlogs es genial es que tengo algo con lo que ocupar mi mente. No necesito exactamente un apartamento de lujo de tres dormitorios con vistas al puerto de Boston, aunque viene bien cuando organizo fiestas, lo que ocurre a menudo. Estoy organizando una esta noche.

Pero no tengo ninguna intención de deambular por mi apartamento con melancolía y contemplar mis moratones y lesiones, preocupándome por los próximos partidos, lo que podría ocurrir si no tuviera esto para distraerme.

El cielo se oscurece, y luego jugadores de hockey y groupies invaden mi apartamento.

—¡Finn! —Axel me saluda chocando el puño mientras entra, y recibo palmadas en el hombro de Luke y Troy antes de que busquen mi alcohol.

Troy se encarga de preparar cócteles para todos. Aprieta sus finos labios rosados con concentración y entrecierra sus ojos oscuros. Como a las chicas les encantan los cócteles, pronto está rodeado. Tío con suerte.

El timbre suena de nuevo. Esta vez, mi vecina Madison está ante mí, con un vestido corto y plateado brillante que muestra sus piernas. Bate sus gruesas pestañas cargadas de rímel. Sonrío mientras inhalo su perfume floral.

—¿Quieres que te dé un tour privado? —digo arrastrando las palabras, usando mi voz más profunda.

Ella pone los ojos en blanco.

—Tengo un apartamento idéntico.

Resoplo.

—Necesito un cóctel —Madison se aleja con paso decidido, y su espeso pelo oscuro cae por su espalda de una manera interesante que dirige mi atención a su estrecha cintura y su no tan estrecho trasero. Sus caderas se contonean, ayudadas por sus tacones altos de suela roja.

La miro alejarse. Soy totalmente un hombre de traseros.

Troy tenía toda la razón al meterse en la preparación de cócteles. Me pregunto distraídamente si debería aprender a hacerlo, pero luego decido que los cócteles no forman parte de mi marca consciente de la salud. El sabor dulzón y afrutado nunca me ha atraído.

No es una gran idea acostarme con mi vecina de al lado, pero la tensión entre Madison y yo ha ido creciendo, y definitivamente va a suceder. Las risas de las chicas fluyen por el apartamento, y siento una oleada de orgullo por haber creado esta agradable noche para ellas.

Alguien pone algo de Dua Lipa, y ahora las groupies están bailando. Dios, me encantan las mujeres. Me encantan sus curvas, me encantan sus olores, me encantan sus voces agudas.

Dmitri entra marchando en el apartamento, agarrando un pack de seis cervezas. Sus oscuras cejas se fruncen, y sacude la cabeza, haciendo que sus largos mechones oscuros que casi le llegan a la barbilla ondeen.

Me río.

—¿Qué pasa?

—¿Has oído lo del nuevo?

Mis órganos se precipitan hacia el suelo. La música sigue sonando, pero el tempo de repente parece demasiado animado y optimista, como si nos dirigiéramos a un choque.

—No mucho —digo—. Dios, me siento fatal por Isaiah. Fuera toda la temporada. Eso es una mierda.

—No puede reemplazar a Isaiah —dice Dmitri, con su voz tan sombría y pragmática como siempre.

—De ninguna manera —estoy de acuerdo.

Dmitri da su desconsolado suspiro ruso y me entrega una cerveza.

—Al sofá.

Me encojo de hombros y me acomodo en el sofá.

Dmitri se desploma a mi lado, al que pronto se une Axel.

Me muevo en los cojines, como si mi posición fuera responsable del repentino malestar en mi cuerpo.

—¿Sabéis algo del nuevo?

—Se llama Noah Fitzpatrick. —La nariz de Dmitri se arruga—. De un lugar llamado New Hampshire.

—Oye. New Hampshire mola.

—No tanto como Rusia.

—Quizás no —admito—. No he estado allí.

Dmitri sacude la cabeza con desdén.

—Supongo que jugó lo suficientemente bien como para venir aquí —dice Axel.

Asiento, pero todos sabemos que es dudoso. Está en la AHL, y eso simplemente no es el mismo nivel que la NHL. Si esto hubiera ocurrido en verano, podríamos haber conseguido un buen intercambio por alguien que juegue en la posición de Isaiah, ya que no habríamos estado tan limitados por las restricciones de traspasos y plantilla. Ahora, uno de los segundas líneas subirá a nuestra línea, y tendremos que centrarnos en acoplarnos.

—Todavía tenemos un gran equipo —digo, y Axel asiente—. Vamos a arrasar en los playoffs.

Axel sonríe y brinda conmigo.

Dmitri frunce el ceño.

—Sois unos idiotas. Esto es un desastre.

—Las lesiones ocurren todo el tiempo —nos recuerda Axel.

—También las derrotas —gruñe Dmitri.

Nos tensamos. Aprieto el agarre sobre la botella de cerveza. La etiqueta se ondula por la condensación, y trago rápidamente las amargas burbujas y la preocupación por el nuevo miembro del equipo.

Las luces de Boston brillan ante nosotros, un montón de oro, y oscuridad donde está el océano. Estoy en la mejor ciudad, en el mejor equipo, en el mejor apartamento con los mejores amigos.

Mi vida es la hostia. Pero el malestar me invade de todos modos. Isaiah nunca pensó que se lesionaría. ¿Quién es esta nueva persona? La dinámica del equipo está cambiando, precipitándose hacia el pesimismo, y las victorias que parecían tan posibles al comienzo de la temporada ahora parecen borrosas e inalcanzables.

CAPÍTULO CUATRO

Tres días antes

Noah

Me aprieto en el lujoso ascensor del hotel de cuatro estrellas que la dirección del equipo me reservó y me encuentro con las miradas de reojo de seis huéspedes vestidos de diseñador. Claramente me consideran demasiado desaliñado.

Jugueteo con la manga de mi sudadera.

No estoy en Boston de vacaciones.

Estoy aquí para comenzar mi vida. La vida con la que he estado soñando desde que aprendí lo que era jugar al hockey y desde que descubrí que algunas personas hacían carrera de ello.

Estoy en la jodida NHL.

Como mi tortilla de verduras con claras de huevo y sorbo mi amargo zumo verde, metiendo tantos nutrientes como sea posible en mi cuerpo antes de conocer al equipo. Mi mirada se desvía hacia la pantalla de televisión en una de las paredes. La cara y el nombre de Isaiah aparecen en la pantalla. El presentador se lamenta de que me hayan convocado, y que algún tipo de la segunda línea será el reemplazo de Isaiah.

Mi foto —no mi mejor instantánea— aparece en la pantalla. Una de las personas del ascensor me lanza una mirada curiosa, y yo respondo con una sonrisa tensa. Devoro el resto de mi desayuno y luego salgo del hotel.

Cruzo el río Charles hasta Cambridge, donde está la instalación de entrenamiento de los Blizzards. El nuevo estadio es fácil de localizar. El logotipo de los Blizzards abarca dos plantas. Los habitantes de Boston están locos por el deporte, pero solo un equipo es propiedad de un superrico multimillonario japonés.

El edificio está hecho de vidrio, acero y el cálido ladrillo rojo que se encuentra por toda la ciudad. Los paneles solares brillan desde el tejado. Si no supiera mejor, podría pensar que forma parte del MIT o

Harvard. Una fila de estudiantes de secundaria y su profesor se desliza por un lado.

Le explico al guardia de seguridad quién soy, y él me explica dónde está la puerta correcta para los jugadores. Equipado con un mapa y algunas miradas de duda —vale, sé que no soy Isaiah—, encuentro un pasillo panelado de madera que desprende opulencia, y luego llamo a la puerta de mi nuevo entrenador.

—Noah Fitzpatrick —el entrenador Holberg me dedica una amplia sonrisa, enfatizando la "o" de mi nombre con más fuerza que la mayoría, recordándome que es de Suecia.

Puedo notar que es un ex atleta, pero a diferencia de otros atletas retirados que se convierten en entrenadores, su figura es esbelta, su barba corta impecable. Sus ojos son de un azul claro que no se pierden nada.

La oficina del hombre es impresionante. Paneles de roble con listones cubren las paredes, lo que es mucho más cool que la pintura, aunque la mejor característica es la vista del Charles de suelo a techo. Yo también estaría repartiendo amplias sonrisas si tuviera una oficina con vistas al agua.

—Un placer verte, Noah. Bienvenido a los Boston Blizzards.

Balbuceo algo sobre estar agradecido por la oportunidad, y luego balbuceo algo más sobre cómo absolutamente no le decepcionaré.

Él esboza una suave sonrisa. Probablemente esté acostumbrado a mi forma de hablar.

—Te presentaré a los chicos —dice—. El entrenamiento es opcional hoy, pero encontraremos a algunos de ellos por aquí.

—Gracias —asiento más veces de lo necesario, consciente de cómo se retuerce mi estómago. Me pregunto si Finn Carrington estará aquí.

Agua helada con rodajas de limón se encuentra en elegantes dispensadores a intervalos regulares. Incluso el aire aquí es más elegante, limpio y más fresco que en cualquier otro vestuario en el que haya estado, sin duda debido a ambientadores y sistemas de circulación superiores.

Es extraño contemplar la idea de conocer a tu héroe. De alguna manera, desearía no haber visto todos los vídeos que Finn ha hecho

jamás, escuchado todas las entrevistas en podcasts, visto todos los documentales deportivos en los que aparece y, sí, también visto todos los partidos que ha jugado.

Conozco su ropa, conozco su apartamento, conozco cada una de sus sonrisas y cada uno de sus ceños fruncidos. Aunque Finn tiene muchas más sonrisas que ceños fruncidos. El hombre desprende alegría.

Y, sin embargo, no le conozco en absoluto.

El entrenador me lanza una mirada extraña, y espero no haberme perdido nada.

—¿Tienes pareja en Providence? —pregunta—. El tren entre South Station y Providence es bastante bueno.

—No. Me separé de mi novia el año pasado. Nadie desde entonces.

—Bueno, no tener una relación a distancia es algo bueno.

—Estaré 100% centrado en el hockey —le aseguro.

También estaba 100% centrado en el hockey cuando estaba con Abby, pero no se lo digo. Habríamos roto antes si ella no hubiera sido estudiante de medicina y hubiera estado demasiado ocupada con su propio trabajo como para notar que yo no estaba presente.

Una risa retumba por el vestuario, y mi nuevo entrenador nos guía hacia el sonido.

Vale, así que está sucediendo ahora. Esos deben ser los jugadores, y probablemente no turistas escurridizos que se colaron en los vestuarios.

Mi mirada recorre el vestuario, admirando el brillo dorado de las luces de lujo bajo los bancos de cuero, antes de aterrizar en el audaz copo de nieve pintado en el suelo.

Esto es un gran acontecimiento.

Soy miembro de los Boston Blizzards.

Se supone que debo estar aquí.

No hay nada que haya deseado más en la vida que jugar para los Blizzards. Era un sueño que expresaba a menudo y frecuentemente. La mayoría de mis parientes pensaban que era adorable cuando era pequeño. Nadie se sentó conmigo para explicarme lo improbable que sería lograrlo. Gradualmente, mis parientes lo vieron como algo

posible, no simplemente los desvaríos sin sentido de un niño que aún no había cumplido los diez años, y ahora, aquí estoy.

Esta es mi oportunidad.

Doblo la esquina.

Un grupo de jugadores están sentados juntos. Sé quiénes son. He visto cada uno de sus partidos durante años. El mismísimo Finn Carrington está sentado entre Luke Hawthorne y Troy Maddox. Unos ojos azul grisáceo risueños bajo rizos castaño dorados me encuentran, y sonrío a su mirada, aunque he llegado demasiado tarde para oír la broma.

El entrenador Holberg me da una palmada en el hombro.

—Este es el equipo. Lo que he podido encontrar de él —el entrenador Holberg mira a su alrededor como si esperara ver a jugadores tumbados bajo los bancos o algo así—. Por favor, saludad a Noah Fitzpatrick. Viene directamente de Providence. Nos ayudará mientras Isaiah esté fuera.

—Finn Carrington —dice Finn, aunque la mayoría de personas en Estados Unidos que no juegan al hockey, pero que navegan por Sport Sphere Network, conocen su nombre.

Es una estrella; de alguna manera, me encuentro en su presencia.

Una parte de mí quiere explicar que esto es un error. No se supone que deba estar aquí. No como los demás. Los sueños no están hechos para hacerse realidad. Las personas de mi clase de primaria que querían ser bomberos, presidentes y cirujanos, ahora son contables y electricistas.

Y sin embargo, aquí estoy.

Me obligo a sonreír. Voy a saborear este momento. No sé cuánto tiempo estaré aquí o cuánto pasará hasta que me envíen de vuelta a la AHL.

Mi corazón se acelera, y apenas consigo saludar con la mano a estos héroes del hockey.

El entrenador Holberg frunce ligeramente el ceño, probablemente preocupado de que vaya a entrar en pánico una vez que pise el hielo.

Pero este momento es enorme.

—¿Podéis enseñarle el sitio a Noah? —pregunta el entrenador Holberg en dirección general a los otros jugadores.

Y entonces asienten, y Dios mío, no puedo creer que esta sea mi vida.

—Claro. Yo te los presento —dice Finn con naturalidad, como si hubiera alguna posibilidad de que yo no supiera el nombre y las estadísticas de cada uno de los tipos aquí presentes.

—Este es Luke Hawthorne —Finn señala a un rubio sorprendentemente guapo con grandes ojos inocentes y abdominales que harían sonrojar de vergüenza a personas con simples tabletas de seis.

Como yo. Estoy sonrojándome.

Luke me saluda con la mano y muestra una sonrisa perfecta. Parece que acaba de salir directamente de un plató donde interpretaba el papel principal. Los actores de Hollywood deben estar aliviados de que se dedicara al hockey.

Luego Finn hace un gesto hacia el hombre de cabello oscuro y rizado que está a su lado. —Este es Troy Maddox. Es el compañero de piso de Luke y nuestro nuevo portero.

El rostro y la imponente figura de Troy han aparecido en todos los periódicos. Fue traspasado desde Nashville y, hasta ahora, lo está haciendo fantásticamente. Boston ha tenido varios partidos sin encajar.

—Encantado de conocerte, tío —Troy se levanta y me saluda chocando el puño, y yo hago lo posible por fingir que todo esto es normal y que conozco a jugadores de la NHL continuamente—. ¿Has subido desde Providence?

Asiento. —Sí.

—Genial.

La conversación termina. Troy lanza una mirada cautelosa a Finn.

—Te enseñaré el lugar —dice Finn con naturalidad, la personificación de la indiferencia. Entonces sus ojos se iluminan—. Puedo ponerte en mi vlog.

Levanta su teléfono frente a nosotros. —¡Hola chicos, este es mi nuevo compañero de equipo! ¡Saluda, nuevo compañero!

—¡Hola! —solo chillo un poco.

Finn apaga su teléfono y sonríe. —Te incluiré en la edición.

Troy aprieta los labios. —No asustes al nuevo.

—No me importa —insisto, pero mi voz tiembla.

—Por supuesto que no te importa —dice Finn.

Sonrío, aunque estoy totalmente aterrorizado, y Finn me muestra el vestuario. Su cabello castaño dorado brilla con la luz, sus perfectos bíceps, cubiertos por un brillo sudoroso, se marcan, y emite una risa feliz y profunda que hace que mis entrañas se agiten como un disco rebotando tras un fuerte tiro.

CAPÍTULO CINCO

Finn

El nuevo tiene esa misma mirada de ojos abiertos y brillantes que la mayoría de los novatos. De hecho, sus intensos ojos verdes están incluso más abiertos, y me descubro sonriéndole. Tiene el pelo oscuro y corto, y me pregunto si se sentiría áspero bajo mis dedos. Muestra una amplia sonrisa, pero no paso por alto cómo juguetea con su sudadera. El chico está nervioso, y quiero tranquilizarlo.

Espero que esto salga bien.

No todos los chicos pueden manejar su incorporación a la NHL. La mentalidad es fundamental, y Noah no sería el primero en desperdiciar su tiempo aquí. Lo único peor que no ser conocido por tus héroes es ser conocido por ellos... y caerles mal. Aunque el entrenador es súper enrollado, nadie quiere sentir el peso de su decepción.

—Es bueno que estés aquí ahora —le digo—. A veces llaman a la gente el mismo día del partido. Nuestro próximo partido no es hasta mañana.

Su rostro palidece.

Mierda.

No pretendía ponerlo nervioso.

—Y jugamos en Boston —digo—. Contra Buffalo. Nada del otro mundo.

Una mueca de disgusto cruza su rostro y sus cejas se fruncen. —No estoy asustado.

—Por supuesto que no. —Mi corazón se agita de todos modos, porque me gusta hacer que la gente se sienta cómoda, no incómoda. Le muestro mi sonrisa más tranquilizadora—. Después vamos a jugar algunos partidos de la Conferencia Oeste. Vegas, LA y San José.

—Genial.

—Tú, eh, probablemente ya hayas leído el calendario.

Asiente con la cabeza y luego juguetea más con su sudadera. Es gris y demasiado grande, y hay algo en ella que parece fuera de lugar.

Me doy cuenta del problema. —Necesitas algo de ropa de los Blizzards. ¡Ven!

Lo arrastro fuera del vestuario. Echamos un vistazo a las diversas salas de ejercicio, algunas con vistas al río Charles. El aire se llena con el zumbido de las cintas de correr y los murmullos de los hombres.

—Vaya.

—Es genial, ¿verdad? Pero esto es lo que pasa cuando uno de los tipos más ricos del mundo compra tu equipo.

—¿Conoces a Tanaka? —pregunta Noah.

—Oh, Dios, no. Él no se mezcla con los plebeyos como nosotros. Lo veo a veces. Y supongo que técnicamente lo he conocido, pero nunca hemos hablado ni nada.

Noah asiente.

Le consigo equipamiento de los Blizzards: camisetas, pantalones de chándal, de todo.

—Vístete —le digo, una vez que hemos vuelto.

—¿Ahora?

Levanto una ceja, y el rosa invade sus mejillas. Se quita los pantalones de chándal grises sin marca y se pone los nuevos azules de los Blizzards. Luego cambia su camiseta negra por una blanca con el logo de los Blizzards. Sus pezones forman picos rígidos. Supongo que hace más frío aquí de lo que pensaba, o quizás los Blizzards deberían empezar a fabricar su ropa con tela más gruesa.

Frunce el ceño mirando su sudadera.

—No tienes que preocuparte por eso ahora —le digo—. No es necesario cuando entrenamos.

Asiente con alivio, y reprimo una sonrisa. Los novatos son adorables.

Lo arrastro frente al espejo para que pueda ver lo genial que se ve. Lo coloco delante de mí, ya que el espejo no es muy ancho, y quiero ver su expresión. —Mira, eres un jugador de la NHL.

—Lo soy —dice, con voz suave y llena de asombro.

Sonrío a su reflejo. —Lo eres.

Su camiseta tiene una arruga, y tiro de ella hacia abajo, deslizando los extremos hacia sus caderas. Mis dedos hormiguean, y su cara palidece.

Quizás no le gusta que lo toquen.

—Lo siento —murmuro, alejándome—. A veces soy demasiado intenso.

—No creo que seas demasiado.

—¿No?

Asiente, y sus ojos verdes se dilatan. Son súper verdes, y me gustaría conocer mejor las plantas para poder determinar a qué tipo de planta se parecen más. Podría preguntarle, pero quizás pensaría que esa pregunta es rara.

Quiero decir, yo creo que esa pregunta es rara.

Pero tal vez echaré un vistazo a los libros de jardinería de mi madre la próxima vez que esté en casa.

La puerta se abre de golpe, y Noah se aparta bruscamente del espejo.

Dmitri entra, mirándonos de forma extraña.

—Ah. Este es Dmitri Volkov —digo.

Dmitri frunce el ceño, y Noah se encoge.

—Él, um, no es tan aterrador como parece —le aseguro.

—Ja. —Dmitri sacude la cabeza—. Por supuesto que soy tan aterrador como parezco. Soy defensa ruso.

—Um, sí. Lo que ha dicho. Súper aterrador. —Señalo a Noah—. Este es Noah.

—El novato. —Dmitri sonríe con suficiencia y se dirige a las pesas.

Noah me sigue el resto del día, escuchando mientras le explico todo sobre el estadio, extendiéndome sobre la cafetería y la mejor comida con un detalle posiblemente excesivo. Cuando ha sido completamente informado, una tarea que técnicamente podría hacer alguien de administración, vamos a una de las salas de ejercicio. Hay algunos reboteadores contra la pared, aunque la mayor parte de la sala está llena de pesas y máquinas.

Me gusta esto. Me gusta ayudar a gente nueva. Algo en la timidez de Noah, que intenta ocultar, y su entusiasmo de ojos abiertos me atrae. No es genial, no como Dmitri o Axel, pero me descubro sonriéndole.

Lo instalo en la cinta de correr junto a la mía. Las pesas chocan, los gruñidos se hacen más frecuentes y la charla disminuye a medida que todos se concentran más en sus ejercicios.

El entrenador H anuncia que va a subir a Axel una línea para reemplazar a Isaiah, colocando a Jason en su lugar. Noah estará en la tercera línea.

—¿Sabéis lo que necesitamos? —anuncio—. ¡Una fiesta en mi casa!

—Hiciste una fiesta ayer —me recuerda Troy.

—Sí, pero esa fue una fiesta general. Esta es una fiesta de bienvenida a Noah a Boston. Totalmente diferente.

—Quieres otra oportunidad para ligarte a Madison —dice Troy, y Noah me mira con curiosidad.

—Oye. Esa no es forma de hablar de una dama. Además, se trata de la tensión. —Me arreglo el pelo, con una sonrisa satisfecha—. Bueno, ¿os apuntáis?

—Claro que sí —dice Troy, y pronto tengo un coro de *síes*, *qué pasada* y *no puedo esperar*.

Salto sobre un reboteador. —Esto va a ser lo mejor.

Al fin y al cabo, ¿qué podría salir mal en una fiesta?

CAPÍTULO SEIS

Noah

Esta es la mejor fiesta de la historia.

El apartamento de Finn está en Seaport, que al parecer es la zona elegante de Boston si te gustan los edificios contemporáneos además de caros.

Conozco la distribución por los diversos vlogs que ha hecho sobre su apartamento, un hecho que no le menciono. Ya fue bastante incómodo admitir que he visto algunos de ellos. Algunos puede significar tres o algo así. Todos ellos durante cuatro años es mucho más.

Finn es más bajo de lo que imaginaba. Los patines le hacen parecer más alto durante los partidos, y las cámaras hacen el resto en su casa. Soy cinco centímetros más alto que él, y puedo ver la parte superior de su pelo rizado. Tengo un extraño impulso de deslizar mis dedos por sus brillantes mechones; quizás eso sea una señal de que los buenos productos para el cabello importan.

Grandes barcos flotan por el puerto, y turistas en filas de asientos muy juntos sacan fotos obedientemente. Yo estuve en uno de ellos en segundo de primaria. Otras escuelas llevaban a los estudiantes a Nueva York, pero Boston era el límite para mi pequeño pueblo de New Hampshire.

Fue también la mejor visita posible. Nunca pensé que algún día estaría haciendo algo en Boston que no fuera estirar el cuello maravillado.

El hip hop retumba de fondo, y la vista cambia del atardecer etéreo con vetas anaranjadas y lilas a un simple negro. Las luces centellean, y mi corazón se siente ligero.

Finn no bromeaba sobre dar una fiesta. La habitación está repleta de gente. Mujeres vestidas con elegancia se tambalean sobre tacones altos, acercándose a los jugadores de hockey vestidos informalmente. Todos parecen súper saludables, súper perfectos. Las risitas estallan con frecuencia cada vez mayor, acompañadas por

las crecientes carcajadas masculinas. Las copas tintinean, las conversaciones galopan.

Algunas mujeres con diminutos vestidos brillantes se me han acercado, colocándose el pelo detrás de las orejas y deslizando los dedos por sus clavículas, pero no se me da bien la conversación, y se alejan, dejándome disfrutar de la vista de mi nueva ciudad y mis cervezas. El mareo me invade con cada sorbo de las amargas burbujas. Nunca salgo en Providence, y me permito relajarme.

Entonces un hombre con cierto pelo castaño dorado camina hacia mí.

—Aquí estás —Finn me desliza un cóctel en la mano, tomando mi botella de cerveza casi vacía y añadiéndola a la fila de botellas vacías en el alféizar. La condensación enfría mis dedos.

—¿Qué es esto?

—Tequila sunrise. Puedes probarlo por mí.

Trago la bebida y luego toso.

La cara de Finn decae.

—No te gusta.

—N-no. ¡Me encanta!

Sus cejas se elevan.

—Quizás lo he preparado mal. ¿Está demasiado fuerte?

Doy otro trago. El líquido me quema la garganta, y es mucho más dulce, mucho más afrutado que cualquier cosa a la que esté acostumbrado. Dios, ¿por qué las chicas están tan locas por los cócteles? Sí sabe muy fuerte. Quizás inusualmente fuerte. Pero no voy a hacer que él lo pruebe para asegurarse.

Pero mi madre me enseñó a terminar mi comida, y no voy a empezar a no hacerlo insultando a mi héroe. Seguramente soy yo, después de todo. El dinero no cunde, ni siquiera en apartamentos de cuarta categoría, y pedir cócteles de 20 dólares nunca ha sido un hábito que haya adquirido. Algunas cosas parecen frívolas.

—¿Lo estás pasando bien? —pregunta Finn.

Asiento rápidamente para asegurarme de que lo entiende.

—¡De maravilla!

Finn sonríe.

—Genial.

—Sabes que he visto todos tus vlogs —le digo con naturalidad—. Soy un... —dudo, inseguro de la palabra.

Sus ojos gris azulados brillan.

—¿Eres un fan?

Niego con la cabeza.

—No. No es eso.

—¿Eres un espectador por odio? —Sus labios rosados se curvan hacia arriba.

Me quedo mirándole.

—Tus ojos son más grandes de lo que parecen en la pantalla.

Sus cejas se arquean bruscamente.

—Estoy en 3D —dice, con la voz ronca—. Sorpresa.

—¡Sorpresa! —exclamo—. ¡Eso es lo que soy!

—¿Eres una sorpresa? —Sus labios se curvan. Son mucho más carnosos de lo que recuerdo de la pantalla. Casi jugosos. Hay una razón por la que no debería decirle eso, aunque no estoy seguro de cuál es. Sin embargo, sé lo que soy—. Aunque empieza por "s".

—¿Ah, sí? —Finn mira mi copa de cóctel, pero ya está vacía. No iba a hacerle sentir mal. De ninguna manera. A nadie, pero especialmente a él. Deslizo mi dedo por el borde y me lo meto en la boca. Frunzo el ceño instantáneamente—. Salado.

—¿Estás salado? —bromea, con los ojos brillantes.

Una mujer de pelo oscuro con gruesas pestañas negras aparece a su lado. Es preciosa. Lo sé. Porque soy heterosexual. Puedo distinguir esas cosas en las mujeres.

Se me forma un vacío en el estómago. Quizás soy alérgico a su perfume. Parece habérselo untado por todo el cuerpo. Huele como una floristería. Lo cual, pensándolo bien, se supone que huele bien. Floral lo llaman. Quizás con algo de almizcle. Intento recordar si Abby alguna vez habló de perfumes, pero era tan seria, que no creo que saliera el tema. Por eso éramos una buena pareja: yo respetaba su deseo de pasar los fines de semana estudiando, y ella respetaba mi deseo de practicar.

—¿Eres Madison? —Las palabras salen de mi boca.

Sus ojos se ensanchan, luego sonríe.

—Parece que soy famosa. ¿Qué te ha dicho de mí?

—Que quiere acostarse contigo.

Los ojos de Madison se redondean.

—Tendremos que trabajar en tus habilidades como cómplice después —me dice Finn, antes de dirigir su atención a Madison—. Este es Noah —dice arrastrando las palabras, con la voz muy grave —. Se inventa cosas.

Ella dirige su mirada hacia mí. Y tenía toda la razón. Es preciosa. Su nariz se levanta justo así, y sus ojos están bastante separados. Lleva un pintalabios brillante y el tipo de dientes blancos relucientes que reciben el visto bueno de los dentistas.

—Noah es de Rhode Island.

Los ojos de Madison se iluminan.

—Tengo familia en Newport.

—Eso no me sorprende —dice Finn.

—¿Y tú?

—Vengo del equipo de la AHL —explico—. Crecí en New Hampshire. En un pueblo pequeño, de hecho.

—¿Quizás lo conozca por ir de anticuarios? Mi madre y yo vamos por todas partes buscando hallazgos.

—No puedo imaginarme a nadie yendo a mi pueblo para comprar algo que no sea gasolina en la gasolinera.

Sus pestañas embadurnadas de rímel y sus cejas laminadas se arquean. La he horrorizado.

—O lo que sea que vendan en la gasolinera —digo—. No vendemos solo gasolina. Eso sería absurdo.

—No suena como un pueblo, Noah —dice Finn.

Me río.

—Primero dices que eres un espectador por odio, y ahora mientes sobre pueblos? —bromea.

Madison desvía su mirada entre nosotros.

—No soy un espectador por odio. Empieza por "s". "Odio" no empieza por "s".

—Ahí me has pillado —dice.

—Soy un superfan —confieso.

Madison aprieta sus perfectos labios rosados.

—Claro. Os dejaré solos. Podéis hablar de cosas de internet.

—¿Disfrutando de la noche? —me pregunta Finn.

Asiento felizmente. Miro la vista.

—¡Los barcos se mueven muy rápido!

—¿Ah, sí? —la voz de Finn suena cautelosa.

—Totalmente. También están tambaleándose. —Frunzo el ceño—. ¿Crees que deberíamos avisar a alguien?

Finn mira los barcos. Hace una mueca.

—Sabes, el agua es algo bueno para beber en las fiestas. Deja que te traiga un poco.

Desaparece entre la multitud, y me desplomo en el suelo, con la cabeza palpitando y la garganta tensándose.

La felicidad que revoloteaba dentro de mí se detiene en seco. Mi estómago se contrae violentamente, y un sabor agrio invade mi garganta. Un sabor agrio que no he experimentado durante años, pero que reconozco. Toso, mi cuerpo temblando con el esfuerzo de contenerlo todo, como un portero siendo bombardeado por un disco tras otro.

Oh, no. Aquí no. No delante de *él*.

Finn está a mi lado al instante.

—Vamos a llevarte al baño.

Los asistentes a la fiesta parecen fijarse en mí ahora, y su desaprobación es palpable. La bilis burbujea en mi garganta, y Finn me rodea con su brazo y me apresura hacia adelante. Sus pasos resuenan junto a los míos.

Lucho contra el sabor acre que sube por mi garganta y ahogo un ruido desgarrador. Es una batalla que no voy a ganar. Finn abre de golpe un baño tipo spa que emite un olor a eucalipto, y me apresuro sobre el pulido suelo de hormigón, pasando el lavabo flotante, pasando la enorme bañera. No debería estar en un lugar tan bonito. Los invitados parlotean fuera, sin duda cotilleando sobre mí.

Me abalanzo hacia el pedestal de porcelana y me desplomo en el frío suelo.

Voy a vomitar delante de mi héroe.

Y entonces lo hago.

CAPÍTULO SIETE

Dos días antes

Noah

Veinte pares de ojos se clavan en mí mientras me escabullo en el vestuario.

Me late la cabeza con fuerza, a pesar del agua y los electrolitos que Finn me hizo beber ayer, y mi piel está áspera y sin brillo.

Aunque solo vomité un par de veces anoche, más de lo que había hecho en toda mi vida, y aunque Finn me dijo que no estaba tan mal, supe por las miradas de ojos desorbitados y las arrugas de nariz cuando salí del baño, que todos oyeron lo que estaba haciendo ahí dentro.

¿Hay algo que suene peor que alguien vomitando? Y yo sometí a Finn y a todos sus amigos a ese sonido. Y estoy casi seguro de que Finn limpió mi vómito porque no llegué a tiempo la primera vez.

Mi estómago se revuelve. La culpa me devora.

Nunca antes había tenido resaca. No sabía que se sentiría así. Desearía poder acurrucarme en una esquina del vestuario, pero por supuesto eso es imposible.

Hoy el vestuario está lleno. Supongo que la mayoría de los chicos optaron por entrenar en casa ayer, ya que era un raro día sin partido y lo suficientemente temprano en la temporada como para que el entrenador no insistiera en que vinieran.

Ahora están todos aquí.

Todos mirándome, y creo que susurrando sobre mí.

¿Cuánto tardarán en mandarme de vuelta a Providence? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que mi nuevo entrenador llame a Providence y diga: necesito a alguien mejor?

Porque estos tíos, en uno de los equipos de la NHL mejor clasificados del país, entraron directamente en la NHL.

Yo estoy aquí porque alguien se lesionó, y ni siquiera he pisado el hielo todavía, y la gente ya está cuestionándome.

Después de algo de entrenamiento, intentando sin éxito sudar el alcohol, me pongo los patines y tambaleo por el túnel. Es hora de practicar en el hielo con los demás.

Me siento sucio e incómodo, y todos me evitan.

Finn me lanza algunas miradas preocupadas, pero no se acerca a mí. No le culpo.

Dios, organizó una fiesta para mí. ¿Cómo podría haber sido más acogedor? Luego ocupé su tiempo, espanté su oportunidad de acostarse con la bomba en la que estaba interesado, y vomité por todo su lujoso baño. El peor invitado de la historia.

Mi estómago sigue revuelto, y no creo que patinar sea la acción calmante que necesita.

Paseo la mirada por el hielo, odiando todas las luces brillantes. El sonido de los patines raspando el hielo se siente como patines raspando mis oídos.

El entrenador se une a nosotros en el hielo. —Todos, demos la bienvenida a Noah Fitzpatrick. Algunos ya lo habéis conocido.

Se oyen algunos bufidos y risas ahogadas, y los ojos del entrenador se abren de par en par.

Miro fijamente las líneas pintadas bajo el hielo y desearía poder unirme a ellas.

Evan, el capitán, patina hacia mí. Extiende su mano y muestra esa sonrisa típicamente americana que he visto adornar cientos de revistas y programas deportivos durante la última década. —Bienvenido a los Blizzards, Noah.

Tomo su mano. Este es uno de esos momentos con los que soñé toda mi vida, pero ahora que está aquí, mis dedos tiemblan, y mi apretón de manos es probablemente demasiado flojo o lo que sea que hace que un apretón de manos sea malo.

¿Cuánto tiempo tardará Evan en enterarse de lo que pasó anoche?

Su mirada se vuelve extraña, y me doy cuenta de que no le he contestado.

—Hola —digo finalmente, con la voz áspera por las desagradables actividades de anoche.

Evan da un brusco asentimiento y luego se aleja patinando. Habla con Vinnie, un defensa de pelo oscuro. Vinnie siempre parecía aterrador en la tele, pero se ríe y sonríe con Evan.

Pero supongo que la tele y los sueños no te enseñan todo.

Practicamos el manejo del disco y el posicionamiento, pero ni siquiera golpeo el disco cada vez, aunque no hay equipo rival abalanzándose sobre nosotros. Se supone que esto es fácil.

Noto la mirada decepcionada del entrenador. Está susurrando con el capitán, Evan, y por sus frecuentes miradas hacia mí, están hablando de mí.

Evan es un adulto de verdad. Tiene una hija y una casa adosada en Boston. Nunca estaría con resaca en un día de partido. Probablemente nunca tendría resaca.

Salimos del hielo a las 10:00, y algunos jugadores desaparecen para recibir masajes. Yo me estiro en un rincón. Más miradas se dirigen a mí. Sí, la gente está hablando de mí. Y no de buena manera.

Todo ese tiempo diciendo que no a salir, todo ese tiempo centrándome en el juego, ¿acabará todo con que me manden a casa temprano? Esta noche tiene que salir perfecta.

Si Boston decide que no le gusto, no volveré a tener esta oportunidad.

Quizás si hubiera salido de fiesta con mis compañeros de piso, habría desarrollado más tolerancia al alcohol.

Veo un vistazo de Finn en el espejo, con los ojos muy abiertos, y la bilis sube por mi garganta otra vez. La reprimo.

Estoy bien.

Aprieto los dientes y miro con furia la habitación. He esperado toda mi vida esta oportunidad, y ni un dolor de cabeza ni las náuseas la detendrán.

*

Finn

Noah se ve miserable, furioso y terrible. Yo organicé esa fiesta. Y yo le serví esa bebida.

Esto es culpa mía. El primer día de Noah jugando para la NHL, y yo le emborraché la noche anterior.

No he tenido resaca, una resaca de verdad, desde que era adolescente, cuando beber era ilegal y apresurado, y estaba conociendo los efectos de los chupitos y aprendiendo a controlar el ritmo, pero recuerdo el dolor. Un dolor que no encaja en absoluto con un evento atlético importante que será visto por decenas de miles de personas en directo y por cientos de miles más.

La tensión burbujea en el aire, como monóxido de carbono zumbando a nuestro alrededor.

Nuestra línea no ha encajado bien en los entrenamientos. Las sonrisas de Axel son cada vez más escasas a medida que se acerca la hora del partido. Incluso él está nervioso, y él nunca se pone nervioso.

Troy se une a mí en las cintas de correr. Sus bíceps se hinchan después de su entrenamiento con pesas, y se limpia el sudor de la frente con su camiseta de tirantes. —El nuevo tiene un aspecto terrible.

—No, no es verdad.

Troy arquea una ceja.

—Creo que preparé mal ese cóctel —admito.

—¿Qué le preparaste?

—Tequila sunrise.

—Bueno, eso es solo tequila, zumo de naranja y granadina.

—Tequila de naranja.

Se gira hacia mí. —¿Lo hiciste con tequila, tequila de naranja y granadina?

—Eh... sí.

Troy resopla. —Mala idea, tío.

—Se supone que es la bebida favorita de las tías.

—¿Entonces por qué se la diste a él?

—¡Como práctica!

—Madison estaba allí mismo. Madison habría sabido que lo habías masacrado. Tío, esa es una bebida que le das a la gente que *quieres* que se emborrache.

—¿Por qué iba a querer que alguien se emborrachara?

—No deberías querer que nadie se emborrache, obviamente. Pero en el siglo pasado, eso era algo común.

—¿Y el tequila sunrise emborracha a la gente?

—¡Bueno, si lo preparas como tú! Tío, el tequila con sabor a naranja no es lo mismo que el zumo de naranja.

—Vomitó dos veces.

—Lo sé. Todo el mundo lo sabe.

Mi estómago se retuerce. —Soy el peor anfitrión de la historia.

—Si no podía soportarlo, no debería haberlo bebido. Al final del día, no es culpa tuya.

Asiento, pero las palabras de Troy no me suenan bien en la cabeza.

Finalmente, es hora del partido. Salimos corriendo del túnel, y la multitud aplaude y vitorea. Me digo a mí mismo que esto es como cualquier otro partido, pero la inquietud inunda mis nervios. Busco a Noah, pero hay demasiadas personas entre nosotros.

Mi atención pronto cambia. El partido contra Buffalo debería haber sido fácil. Las luces brillantes muestran cada una de nuestras imperfecciones, y odio su resplandor.

Echo de menos a Isaiah y me cuesta encontrar a Axel en el hielo. Supongo que es cuestión de tiempo, pero odio que tengamos que encontrar nuestro ritmo durante la temporada.

Estoy agotado y molesto cuando me siento. El sudor se enfría contra mi piel mientras observo cómo la tercera línea sale al hielo por primera vez. Miro a Noah, ansioso por verlo jugar.

Sus movimientos son lentos, incluso lentos para la tercera línea, donde hay menos presión por ser rápido. Mi estómago se anuda.

El disco se dirige hacia él, y me inclino hacia adelante.

—Vamos, Noah —murmuro.

El disco continúa directamente hacia él. Mueve su palo de hockey...

Y de alguna manera, tropieza mientras apunta al disco, haciéndole perder el equilibrio. Su palo de hockey se desliza de su mano, luego se desliza sobre el hielo, hasta que se estrella contra un jugador de Buffalo.

—Vaya —dice Axel—. Eso es malo.

El jugador de Buffalo cae al suelo, de espaldas.

La multitud está en silencio, conmocionada, y luego los aficionados de Buffalo gritan su desaprobación.

—Va a tener un buen moratón —dice Axel.

—Sí —digo, con el corazón latiendo fuerte.

Noah lucha por levantarse. No debería llevarle tanto tiempo. Me inclino hacia adelante, sin querer perderme nada, y mis pesadas protecciones se mueven y presionan contra mí.

—Tío, he visto a gente de secundaria patinar mejor —dice Axel.

—¿Tú crees que la gente de secundaria se cae en el hielo? —pregunta Troy—. ¿Cuando no están chocando con otros jugadores? Se supone que debes ser capaz de evitar un disco sin caerte.

Nos quedamos quietos. El público murmura, tan sorprendido como nosotros.

Las cámaras están grabando este momento. Se hablará de esto. La gente está gritando frente a sus televisores, buscando a Noah en Google y preguntándose cómo lo convocaron.

—Diez segundos y se cayó —observa Troy.

—Y provocó la caída de otro jugador —añade Axel.

No es sorprendente cuando el entrenador llama a Noah para que salga del hielo.

No vuelve a jugar.

No hace contacto visual.

Pero es que acaba de hacer la peor entrada en la historia de la NHL.

Mi corazón late con más fuerza que antes, y aprieto mi agarre alrededor de mi palo. ¿Qué he hecho?

CAPÍTULO OCHO

Noah

Me encojo dentro de mí mismo. Los otros jugadores de hockey guardan silencio cuando me uno a ellos en el banquillo. Sus miradas se apartan de mí. Inhalo con un suspiro tembloroso, y Jason se inclina hacia mí.

—Recuerda, estamos ante las cámaras.

—Eh... sí —asiento, pero Jason no quiere mantener una conversación. Solo quiere asegurarse de que no me ponga a llorar o algo así.

Miro fijamente al frente. Me arden los ojos, pero aprieto la mandíbula.

Me pregunto cuántas veces habrán repetido los canales mi caída. ¿Cuántos cientos de miles de personas lo habrán visto? ¿Y cuántos más lo verán?

No me llaman para salir a la pista, aunque ese es mi trabajo. Alguien me sustituye.

Cierro los ojos. Dios, ¿quién de mi ciudad natal estará viendo esto? ¿Mis padres, que me llevaban a los entrenamientos de hockey, aunque el deporte costaba mucho más de lo que podían permitirse? Incluso mi apartado rincón en New Hampshire, que no tenía profesores y entrenadores fabulosos, era caro. El equipamiento es caro.

Y ahora, es mi gran oportunidad. El sueño por el que he trabajado toda mi vida... y soy un desastre. Y no del tipo que se pierde en el fondo siendo mediocre. No, soy terrible.

¿Por qué me caí? No me había caído por accidente durante un partido de hockey desde que era un niño. Ese disco me sorprendió. Debería haber agradecido que estuviera a mi alcance. Podría haber hecho algo con él. Como pasarlo. Quizás conseguir una asistencia.

Cierro los ojos, y luego recuerdo que las cámaras podrían enfocar mi cara en cualquier momento. No añadiré el llanto a mi lista de humillaciones. No lo haré.

Presiono mis dientes contra mi labio inferior con tanta fuerza que saboreo la sangre.

Mis compañeros de equipo deben haberlo visto. Mi antiguo entrenador en Providence. Quizás mañana esté de vuelta allí. Me remuevo en mi asiento, preguntándome cómo reaccionarán mis compañeros de piso cuando aparezca. ¿Se reirán? Volveré a los platos sucios y al apartamento sucio y a los ruidos chirriantes. Se me revuelve el estómago.

No debería haber anhelado más. Debería haber dejado atrás el hockey como todos los otros niños con los que jugaba.

Boston pierde contra Buffalo, 1-3.

Regresamos a la seguridad del vestuario, aunque el desdén de unos veinte jugadores de hockey es tan poderoso como el de un estadio lleno de espectadores. Me quito la ropa. ¿Volveré a llevar alguna vez el uniforme de los Blizzards? No merezco llevarlo.

Las baldosas están frías bajo mis pies, aunque el sudor corre por el cuerpo de todos los demás. Pero ellos estaban trabajando. Yo no.

Finn entra en el vestuario. Sus grandes ojos encuentran los míos de inmediato, redondos con algo que parece preocupación, pero no debería serlo. No merezco la preocupación de nadie. He decepcionado a todos. Arruiné su fiesta, arruiné su partido.

El entrenador Holberg entra, con el rostro sombrío y pétreo. Su fino cabello rubio y lacio sobresale en direcciones extrañas como paja. Sin duda pasó el partido pasándose las manos por el pelo.

Suspira cuando me ve. Mucha gente suspira ahora cuando me ve.

—Bien, chicos. No les hemos demostrado lo que los Blizzards pueden hacer. No puedo creer que tenga que decir esto, porque todos sois adultos, pero nadie debería jugar con resaca.

Todas las miradas se dirigen hacia mí.

—Mucha gente depende de nosotros —continúa el entrenador—. Lo mínimo que todos podéis hacer es presentaros preparados para dar lo mejor de vosotros. Y lo digo en serio, eso es lo mínimo absoluto.

Todas las miradas se dirigen hacia mí de nuevo.

Me remuevo incómodo.

—Fitzpatrick, ven a verme a mi despacho mañana por la mañana.

Trago saliva con dificultad. Así que eso es todo. Estoy fuera.

El entrenador me despedirá. Trabajé toda mi vida para jugar al hockey, para tener esta oportunidad en la NHL. Y entonces fallé. Completamente. Decepcioné al entrenador. Decepcioné a mis compañeros. Decepcioné a todos los que me ayudaron, a todos los que creyeron en mí.

Finn se levanta de un salto del banquillo. Mira con enfado al entrenador, con la cara sonrojada, sin camiseta, revelando sus músculos tensos.

—No fue culpa suya.

Todas las miradas se dirigen a Finn, incluida la mía.

—No te metas en esto —dice el entrenador.

—No —la voz de Finn es firme, y niega con la cabeza, aunque está contradiciendo al entrenador delante de todos—. Noah tomó *un* cóctel anoche. Yo lo preparé. Era demasiado fuerte. Normalmente no preparo cócteles, y supongo que todo lo que puse en el vaso era fuerte e incluso cuando preparas un cóctel se supone que debes usar zumo de naranja en lugar de tequila de naranja...

—Dios —el entrenador lo fulmina con la mirada—. Vosotros dos sois adultos. ¿Sabéis cómo están las redes sociales ahora?

Me encojo.

—Joder, la cadena Sport Sphere está como loca.

La cara de Finn está lívida.

—Estoy furioso —las manos del entrenador se crispan.

El entrenador suspira.

—Vale, Fitzpatrick. Puedes venir a Las Vegas con nosotros. Pero si me entero de algo sobre más fiestas, más comportamientos descuidados, te echaré del equipo. Y si no juegas el mejor hockey de tu vida...

—Estoy fuera.

El entrenador asiente secamente y luego sale. Todos evitan mirarme, y mis entrañas se contraen.

Tengo una oportunidad más.

CAPÍTULO NUEVE

Un día antes

Finn

Las Vegas resplandece con su habitual brillo deslumbrante mientras el autobús avanza lentamente hacia el estadio. El sol golpea los relucientes hoteles del Strip, y las fuentes centellean bajo el intenso sol. Estoy jodidamente aliviado de estar fuera de Boston, y eso que me encanta esa ciudad.

Pero, Dios, necesitaba un cambio. Mi apartamento se sentía cargado con los errores que cometí en la fiesta.

Noah está desplomado en su asiento, con la cara pálida y las pecas destacando, y me obligo a apartar la mirada. No debería estar pensando en Noah. Debería haber invitado a Madison a mi casa y haber pasado de la coquetería al desarrollo de bases.

Las brillantes luces de los casinos son chillonas, y no me disgustan. Recorremos Las Vegas, pasando por su gran esfinge falsa, su gran Torre Eiffel falsa y sus grandes canales venecianos falsos.

El autobús finalmente se detiene en el estadio, y bajamos en tropel. Todos siguen evitando a Noah, quien se sienta en un banco en la esquina más alejada. Se quita la camiseta, y sus músculos brillan bajo las luces del vestuario. Acercarse al hombre malhumorado parece absurdo.

No me importa. Me dejo caer a su lado, aunque hay sitio junto a Troy y Luke.

—Hola —mantengo la voz suave.

—No tienes que sentarte a mi lado.

—¿Me estás echando, Fitzpatrick? —bromeo.

Bueno, pretendía bromear. En cambio, su frente se arruga, como si lo estuviera considerando.

Me quito la camiseta, y su mirada se dirige bruscamente al suelo.

—Estoy, eh, lo siento por lo de la otra noche.

—Fue culpa mía —dice—. No salgo mucho de fiesta. No noté nada raro. Quizás no lo había.

—Tienes demasiada fe en mis habilidades para hacer cócteles.

—Me gustan tus batidos.

—Pero no has... —sonrío, recordando la noche anterior—. Lo olvidé. Eres un superfan.

Su cara se enciende. —¿Te dije eso?

Mi estómago se revuelve. No recuerda eso. Estaba muy borracho.

—Creo que vas a jugar muy bien esta noche —digo en su lugar.

Se tensa, y espero que no crea en las maldiciones del hockey.

—Te llamaron para unirte a nosotros por una razón —le recuerdo —. Y realmente todo es cuestión de mentalidad.

—No sé...

Saco mi teléfono y busco mi banda sonora de afirmaciones favorita. Saco uno de mis auriculares y se lo entrego. Sus ojos se ensanchan.

—Póntelo —le digo—. Esto es lo que escucho.

Se lo coloca lentamente. —Mi profesora de segundo curso no aprobaría compartir auriculares.

—Guardaré tu secreto a salvo, Fitzpatrick.

Suelta una risa ahogada, y yo sonrío radiante.

Algunas personas nos miran, y sus hombros hacen esa cosa de encogerse. Le doy un codazo, y el calor marca mi hombro donde nuestra piel se encuentra.

—Esto funciona —le prometo.

—¿Tú haces esto?

—Es mi banda sonora —digo.

Sonríe y se queda callado. Las afirmaciones nos envuelven, y me quito el resto de la ropa y me cambio a la ropa de hockey.

Escucho afirmaciones a veces, pero mayormente paso el tiempo previo al partido bromeando con Troy y Luke y Axel.

Aun así, creo que esto es lo que él necesita, y estoy feliz de sentarme a su lado y escuchar afirmaciones.

Su colonia me llega. No reconozco el aroma, pero tal vez no sea de donde normalmente compro mi colonia. Inhalo, y entonces me doy cuenta de que podría ser un olor a algodón, sudor y jabón que es totalmente suyo.

Sonrío, y cuando nos llaman al túnel, me siento más ligero.

*

Noah

Le devolví el auricular a Finn cuando salimos del vestuario, pero las afirmaciones siguen resonando en mi mente. Me las repito mientras atravesamos el túnel, e incluso cuando el presentador nos anuncia ante el público de Las Vegas. Entonces los aplausos, educados y apagados, llenan el estadio. Me permito absorber las luces, absorber a la multitud, absorber la energía que me rodea.

Quizás vuelva a Providence, aunque no permito que mi mente se detenga en ese pensamiento. Miro en dirección a Finn, y sus ojos encuentran los míos, como si él también me estuviera buscando.

Está de pie en medio de la pista. La gente ha venido a verle a él. Es uno de los mejores jugadores de los Blizzards, junto con Evan, Vinnie y Dmitri.

Algo se expande por mi cuerpo, algo parecido a la alegría. La sensación se extiende mientras una cantante menuda entona el himno nacional.

Estoy aquí.

La primera línea juega mejor que en el último partido, y Dmitri marca, con una asistencia de Finn. La alegría burbujea dentro de mí otra vez, espumosa e imparable.

Finalmente, es mi momento de salir a la pista. Mi cuerpo toma el control.

El partido es un éxito. Ganamos, y no me caigo. Incluso consigo el disco de Las Vegas una vez, arrebatándolo con éxito con mi palo de hockey y pasándolo.

La felicidad revolotea dentro de mí.

No es mi mejor actuación, pero me conformo. Un partido más o menos decente en la NHL no era mi sueño, pero era más de lo que podía esperar.

Me deslizo hacia el vestuario, mientras el equipo grita y celebra. La sala se llena de hombres. Nos quitamos la ropa sudada, con sonrisas pegadas en nuestras caras. Los planes para celebrar en Las Vegas burbujean a mi alrededor.

Entonces Evan se para frente a mí.

—Buen trabajo —dice Evan, chocando su puño con el mío.

Parece ridículo que me dé las gracias, porque no hice tanto, pero sonrío, y él me devuelve la sonrisa.

Al momento siguiente, Vinnie aparta a Evan y rodea su cintura con los brazos. —Vamos a celebrar, cariño.

Evan resplandece.

Vinnie le devuelve la sonrisa radiante.

La ternura entre ellos es imposible de pasar por alto. Y la cercanía. Este no es un vestuario grande, pero aun así, prácticamente no hay espacio entre ellos.

Me quedo mirando fijamente.

Y entonces, Vinnie besa a Evan en los labios. Justo en el vestuario.

Se me cae la mandíbula. Parpadeo. Pero definitivamente vi eso. Se estaban besando.

Trago saliva con dificultad, y algo hace que me dé vueltas la cabeza. La confusión me invade, y todas las búsquedas nocturnas sobre ciertos temas vuelven a mi mente.

¿Soy yo...?

No termino el pensamiento en mi mente. Me inclino hacia atrás, hundiéndome contra la pared. Mi corazón se acelera.

¿Soy yo...?

Pero es imposible terminar la pregunta. Porque los jugadores de hockey no son... de esa manera.

Excepto que Vinnie y Evan están actuando como si estuvieran en una relación. Los observo, preguntándome si uno de ellos va a estallar en carcajadas o a empujar al otro, y hay una broma que me perdí porque estaba concentrado en Finn y...

Oh. Dios. Puede que yo sea-

La sangre se me va de la cabeza, dejándome mareado.

Vinnie y Evan se separan, luego los ojos de Vinnie se entrecierran y su rostro se endurece. Evan parpadea, confundido, y entonces se gira en la dirección a la que Vinnie está mirando.

Mierda.

Vinnie me está mirando. Y no de manera agradable.

Levanta la barbilla, y sí, sus ojos me fulminan. —¿Tienes algún problema, Fitzpatrick?

Niego con la cabeza rápidamente.

—Parecía que tenías un problema.

—N-no lo tengo —tartamudeo, pero quizás por la forma en que estoy jadeando y temblando *sí* parece que tengo un problema.

La hermosa tarde se vuelve horrible. Las miradas están sobre mí otra vez. De repente, todos siguen la conversación. La habitación se queda en silencio, y el disgusto ha reemplazado la euforia de todos.

Cometí un error, y no sé cómo hacer que todo vuelva a la normalidad.

Los ojos de Vinnie se entrecierran. —Eres de un pueblo pequeño de New Hampshire.

Me echo hacia atrás.

Tal vez si fuera de Boston o Manhattan estaría acostumbrado a ver a hombres besándose.

—Me sorprendí —digo.

Evan sigue pareciendo decepcionado, y lo odio. Odio que Vinnie y Evan estén disgustados por mi culpa, y odio no encajar con el equipo incluso cuando pensaba que lo hacía, incluso cuando pensaba que todo estaba al menos más o menos bien.

Entonces Finn se levanta. —¿Qué demonios, Vinnie?

Vinnie parpadea, y una puerta se abre.

—Él no lo sabía. —Finn tiene las manos en la cintura—. Nadie se lo dijo. Porque vosotros nos dijisteis que no se lo contáramos a nadie. Pero es algo importante. Quiero decir, es lógico que se haya quedado desconcertado.

—Se nos quedó mirando.

—¡No podía creer lo que veía!

—¿Qué quieres decir con que es algo importante? —pregunta Evan, con mirada enfadada.

—Os costó una eternidad estar juntos por una razón —declara Finn—. No podéis negarlo. ¿Quién más es gay en la NHL?

El entrenador se aclara la garganta. —Finn, Noah, aseguraos de venir a mi despacho cuando volvamos. Estoy decepcionado con ambos.

Con eso, el entrenador sale furioso.

Evan y Vinnie se visten, luego se unen al entrenador para encontrarse con la prensa.

—Vamos a salir esta noche —dice Finn, apretando los puños.

CAPÍTULO DIEZ

Finn

La ira sigue pulsando a través de mí después de salir del estadio. Recorre todo mi cuerpo, llegando hasta mis dedos, y me cuesta contenerme para no golpear a alguien.

Subo al autobús junto a Noah, asegurándome de sentarme a su lado esta vez.

—Vinnie y Evan son unos idiotas —murmuro.

Noah se tensa. Quizás no quiere hablar del tema. Vale, lo entiendo.

A veces yo tampoco quiero hablar de ciertas cosas. Y quizás el lugar para hablar no es delante de todo el equipo.

Porque Dios sabe que estoy muy molesto. Y esa no es una emoción que normalmente sienta.

Me acurruco en el asiento junto a Noah. Estrictamente hablando, no necesitamos sentarnos uno al lado del otro. Hay mucho espacio en el autobús, y Noah y yo no somos precisamente pequeños. Sus hombros tocan los míos, y cuando el autobús se mueve a trompicones, lo que ocurre a menudo mientras el tráfico se arremolina desde el estadio y atraviesa Las Vegas, llenando los casinos y los hoteles relucientes con aficionados al hockey, nuestras piernas se tocan. Mis terminaciones nerviosas chispean, pero supongo que eso es lo que ocurre cuando conoces a un nuevo amigo.

Porque estoy seguro de que Noah es un nuevo amigo. Por eso me sentí tan mal cuando le fallé en la fiesta. No lo protegí. No como debería haberlo hecho. No como Noah merece.

El autobús se detiene en el hotel, y salgo rápidamente, asegurándome de que Noah está detrás de mí. —Vamos a salir.

—Vale.

—Nos vemos en el vestíbulo después de que te cambies.

Asiente, con expresión seria, y luego duda. —¿Qué debería ponerme?

Mi mirada se desvía hacia él. Está en traje, como yo. Estiro un poco el cuello, observándole. Su piel pálida destaca contra su traje negro, y miro fijamente sus ojos verdes, más separados que los de la mayoría de la gente, durante una fracción más de lo necesario.

Pero eso tiene sentido. Tengo que evaluar qué debería ponerse. Es razonable que deba recordarme cómo se ve. No es que fuera posible olvidarlo, por supuesto.

Se ve bien.

—Probablemente no deberías llevar traje.

Su rostro decae. —No empaqué ropa de salir.

—Por qué... —Me detengo. Sé por qué pensó que no íbamos a salir—. No jugamos mañana.

Noah asiente.

—Así que al entrenador no le importaría si vamos a bailar o algo así. Todos los demás lo harán.

—¿Quieres ir a bailar?

Presiono los labios.

Me encanta ir a bailar. Me encanta.

Pero si soy sincero, lo que quiero es despotricar sobre Evan y Vinnie.

—Ven conmigo a mi habitación del hotel. —Miro a otros miembros del equipo—. Troy va a salir. Estará vacía.

Me da un asentimiento inseguro, y hay un nerviosismo que no puedo ubicar.

—El minibar está lleno —le aseguro, y luego lo guío al ascensor.

Quizás sea raro llevarlo allí, pero no voy a quejarme de mi capitán no-del-todo-declarado y su novio y también defensa no-del-todo-declarado en un bar de Las Vegas. Tengo algo de discreción, digan lo que digan.

Me siento aliviado cuando el ascensor se detiene en mi planta, y guío a Noah a mi habitación.

Noah parece adecuadamente impresionado cuando entramos, y sonrío, como si estuviera mostrando mi apartamento a una chica por primera vez.

—Esta habitación es increíble —dice, contemplando la vista.

Observo cómo sus ojos pasan de apagados a brillantes, y sonrío.

Esbozo una sonrisa modesta ya que no la elegí yo.

—Los miembros más veteranos consiguen habitaciones más altas.

—Con vistas.

—Sí.

Se acerca a la ventana y mira hacia abajo. —Ahí está la Torre Eiffel.

—Sí.

—Y esa es la capilla donde la gente se casa.

Por alguna razón la habitación se calienta, y desvío la mirada bruscamente. Me fijo en el minibar y me apresuro hacia él.

Encuentro una botella de vodka, luego sirvo un poco en dos vasos. Le doy uno a Noah, y nuestros dedos se tocan brevemente. —Aquí tienes.

Lo toma de mí, dándome su sonrisa alegre, la que vi el primer día que nos conocimos, la que he echado de menos desde entonces.

Doy un largo sorbo, luego observo cómo Noah hace lo mismo. Echa la cabeza hacia atrás, y observo cómo se mueve su nuez de Adán. Hay un espacio entre el cuello de su camisa y su cuello, un espacio que el sastre promedio podría encontrar irritante, pero que por alguna razón me resulta fascinante.

En su lugar, dirijo mi mirada a las ventanas del suelo al techo que ocupan tres paneles. Las Vegas resplandece debajo de nosotros.

La tensión vuelve a arremolinarse en el aire. Noah debe preguntarse por qué lo arrastré hasta aquí. Quizás él quería ir a bailar con el resto del equipo. Tal vez le he impedido pasarlo bien en uno de los raros días en que podemos soltarnos.

El pensamiento me entristece, y sirvo más vodka en mi vaso, y luego lleno el de Noah.

—Entonces, eh, ¿querías hablar? —pregunta Noah.

—Sí. —Doy un asentimiento autoritario, del tipo que mi padre hace todo el tiempo.

Noah espera expectante, y suspiro.

—Quería despotricar sobre Evan y Vinnie. Pero son tíos guays, aunque odiara lo que pasó.

Un color rojizo desciende sobre las mejillas de Noah. Baja la mirada, y noto lo largas que son sus pestañas. Madison estaría celosa. Sacudo la cabeza, porque no hay razón para que piense en Noah y Madison, porque Madison es mi vecina que podría llegar a ser algo más conmigo, y Noah es obviamente completamente diferente.

—El entrenador no debería habernos llamado para hablar con Recursos Humanos —continúo, porque prefiero centrarme en esa indignación que en por qué sigo mirando a Noah o por qué estoy feliz de estar a solas en mi habitación con él.

—No soy homófobo —murmura Noah.

—Por supuesto que no lo eres. —Una emoción recorre mi cuerpo. Probablemente la euforia post-partido. No hay otra razón por la que esa declaración debería parecer importante—. Estabas sorprendido.

—Sí. —Noah se acaba su bebida, y yo relleno las dos.

Me doy cuenta de que no debería estar bebiendo tanto, pero no tenemos estas noches libres sin partidos al día siguiente muy a menudo.

La euforia me invade. El mundo resplandece debajo.

—Vinnie y Evan ni siquiera se hablaron durante años —confieso.

Los ojos de Noah se abren ligeramente.

—Tienes los ojos muy verdes —le digo.

Sus labios se curvan hacia arriba. Quiero decirle que también son muy rosados, pero hay alguna razón por la que no debo decírselo. Frunzo el ceño, preguntándome cuál es.

—No deberían criticarte —digo—. Y no deberían haber involucrado al entrenador.

—El entrenador estaba allí por casualidad —dice Noah.

Me encojo de hombros—. Da igual. El punto es que no somos homófobos.

Noah asiente.

Miro los edificios relucientes abajo, y la capilla brillante, adornada con luces de neón.

—Podríamos casarnos —digo—. Porque no somos homófobos.

Noah me mira y luego se ríe—. Sí.

De repente, ambos estamos riendo. La alegría me invade y me entran hipo.

—Eso les demostraría —digo.

—Totalmente —Noah asiente—. Ya estamos vestidos con traje.

Mis ojos se abren como platos—. Dios, es verdad.

—Aunque no tenemos anillo —dice Noah con una sonrisa.

Me levanto de un salto—. ¡Espera!

Noah se apresura detrás de mí—. ¿Adónde vas?

Rebusco en mi maleta y saco un anillo—. El anillo de mi promoción.

—Oh —Noah resopla—. Sí que tienes un anillo.

—Soy un novio excepcionalmente bien preparado. Noah... —frunzo el ceño.

—Fitzpatrick —me ayuda.

Asiento agradecido. Noah es genial. Noah sabe exactamente lo que estoy pensando.

—Noah Fitzpatrick, ¿quieres casarte conmigo?

Sus ojos se agrandan, luego se ríe—. Eres mi persona favorita.

—Estoy bastante seguro de que eso significa sí. —Deslizo el anillo en su dedo—. Ahora estamos comprometidos.

Me dirijo hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —pregunta.

Me giro y sonrío—. La capilla está abajo.

—Tío, no podemos casarnos de verdad.

—No pueden llamarnos homófobos si estamos casados —le recuerdo, y luego tomo su mano y lo conduzco fuera de la habitación.

CAPÍTULO ONCE

Noah

La mañana después

Estamos casados.

Parpadeo ante el documento azul y blanco en mi mano.

Finn se arrastra fuera de la cama, y aparto la mirada de la manta atada alrededor de su cintura.

—¿No llevas calzoncillos? —pregunto.

—Bueno, tú tampoco.

Mi piel se calienta, y aprieto más la sábana contra mí. —Seguramente hay una explicación lógica.

La mirada de Finn se desvía hacia mi mano. —Déjame ver.

Su voz de tenor me atraviesa, y extiendo mi mano mansamente. Aunque juega al hockey, su piel es suave. Probablemente tiene que ver con alguna crema hidratante o algo así.

—Ese es mi anillo —dice secamente—. Mi anillo de graduación.

—Está en mi dedo.

—Sí.

Volvemos a mirar el documento.

Mierda.

¿Me casé accidentalmente con Finn Carrington? ¿Con la estrella de hockey Finn Carrington? ¿La estrella de mi canal de YouTube favorito? ¿El hombre más amable, bondadoso y divertido que he conocido?

—Esto es culpa mía. —Me desplomo sobre el lujoso suelo.

Los ojos de Finn se agrandan, y se lanza a mi lado. La habitación da vueltas, mi resaca, solo la segunda que he tenido en mi vida, es fuerte.

—Lo s-siento muchísimo —tartamudeo—. Lo siento mucho, mucho, mucho.

Mi corazón acelera, mis terminaciones nerviosas saltan de un lado a otro, mi mundo tambalea.

—Tío, yo fui quien propuso. —Finn pone una mano sobre la mía.

Lo miro con los ojos muy abiertos.

Finn retira su mano, luego mira al frente. —Lo siento. Obviamente, arreglaré esto. Nos divorciaremos.

—Una anulación —digo con entusiasmo—, ya que no, ya sabes...

Baja la mirada hacia mí. Quizás esté pensando en que no llevo calzoncillos.

Yo estoy pensando en que él no lleva calzoncillos. Pienso en su miembro desnudo, cubierto por una capa de manta con estampado de diamantes. ¿Lo toqué? ¿Lo sostuve en mi mano? ¿Lo acaricié? ¿Lo lamí? Mi pene se contrae, y aprieto las piernas.

Finn no necesita verme empalmado. Absolutamente no.

—Quiero decir, no habríamos, ya sabes, puesto que somos heterosexuales —me asegura Finn.

—Totalmente —confirmo, asintiendo varias veces, aunque últimamente me he sentido menos heterosexual. Me he sentido desconectado, encontrando atractivas cosas que no debería. Como hombros anchos, pechos planos y músculos que ondean sobre cuerpos robustos. Me he sentido... raro.

Tal vez siempre me he sentido así, y nunca lo examiné. Empapelar el dormitorio de la infancia con pósters de estrellas de hockey no es un comportamiento inusual. Cualquier duda sobre si me gustaban los hombres... de esa manera, habría sido absurda cuando tenía a Abby a mi lado, en las raras ocasiones en que conseguíamos hacer que nuestros horarios coincidieran y nos veíamos.

Pero ahora, no estoy seguro.

Mi corazón late con fuerza, bombeando sangre y reordenando mis órganos. Mis entrañas se sienten resbaladizas, como cuando uno intenta detenerse de repente sobre el hielo y no puede. Estoy fuera de control.

—¿Noah? —pregunta Finn, con los ojos redondos.

Quiero meterme debajo de la extravagante cama en forma de corazón y esperar hasta que estos sentimientos desaparezcan.

—No recuerdo mucho de anoche —confieso.

—Yo tampoco. —Frunce el ceño—. Creo que nos metimos en una fuente.

Parpadeo. —Quizás por eso nos quitamos la ropa.

Un rastro de alivio cruza el rostro de Finn, y odio la forma en que la felicidad desciende tan fácilmente sobre su cara, al contemplar que nunca me tocó. Odio que eso sea motivo de alegría. Sobre todo, odio la punzada de decepción en mi cuerpo.

—Vale. Eso tiene sentido —dice Finn.

—Quizás este documento es falso —digo, porque, a pesar de todo, quiero hacerle feliz.

—¿Como una broma?

Arruga los labios, y luego sus ojos se ensanchan. —¡Quizás el equipo nos está gastando una broma!

Asiento, porque me gusta la emoción en su voz, y parece técnicamente posible.

Quiero decir, ¿no se gastarían bromas entre ellos los compañeros de la NHL?

—Tal vez deberíamos contactar con el, um, ¿registro civil? para ver si realmente estamos casados.

Finn resopla. —No creo que se llame así.

Frunce los labios, y me pregunto si anoche nos besamos. ¿Por qué reservó la habitación de luna de miel para nosotros? Aparto la mirada porque no debería estar mirando fijamente los labios de un chico. Los labios de un chico que podría ser mi marido.

Echo un vistazo al documento. Parece super oficial.

Finn coge su teléfono, luego sonríe. —X está aburrido hoy. Aparentemente, no está pasando nada interesante en el mundo del hockey.

Finn se concentra en su teléfono otra vez, luego se aleja. Le oigo hablar con alguien, veo cómo palidece su cara, y luego asiente.

—¿Y? —La palabra no debería ser difícil de preguntar, pero mi voz tiembla totalmente.

—Estamos casados. Lo siento.

—No es culpa tuya.

Finn sigue pareciendo destrozado.

—Pero la noticia no ha salido —le recuerdo, disfrutando de cómo se ilumina su rostro.

—Nadie nos ha llamado —dice Finn—. Mi agente estaría encima de esto si lo supiera.

Siento una oleada de alivio. No quiero que Finn se arrepienta de pasar tiempo conmigo. Apenas me conoce, y no quiero causarle una pesadilla mediática masiva.

—Supongo que es bueno que fuéramos a un hotel diferente —digo.

Finn asiente. —Averiguaremos cómo conseguir una anulación, y eso será todo.

—Guay.

—Lo solucionaré cuando volvamos a Boston. No te preocupes. Y al menos ninguno de los dos tiene novia que pudiera disgustarse.

Resoplo. —Eso sería difícil de explicar.

Finn se ríe. —¿Qué tal tu viaje, cariño?

Me río de su falsete. —Super genial, pero accidentalmente me casé.

La risa de Finn aumenta, luego se pone más serio. —Todo estará bien. Mantendremos esto en secreto. Aunque tenemos que hacer la promesa del meñique.

Extiende su meñique, y yo lo uno con el mío. No he hecho una promesa del meñique desde que tenía menos de diez años. Quizás por eso una ola de emoción me recorre cuando entrelazo mi meñique con el suyo. Mis terminaciones nerviosas se disparan, mi corazón palpita, mi piel se calienta.

—Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas —jura Finn.

CAPÍTULO DOCE

Finn

Al parecer, lo que pasa en Las Vegas no siempre se queda en Las Vegas.

La noticia estalla un día después, mientras nos preparamos para jugar contra Los Ángeles. Noah y yo estamos sentados uno al lado del otro, vistiéndonos. Algunos jugadores reciben masajes en una de las salas contiguas, y otros se reúnen con sus preparadores físicos.

Estamos relajados, contentos por nuestra victoria contra Las Vegas y optimistas para nuestro próximo partido esta noche. Me encanta el hielo, me encantan las descargas de adrenalina, me encanta jugar contra personas reales... pero esta es mi segunda parte favorita del hockey: pasar el rato con el equipo.

De repente, noto que Troy nos sonríe. Le muestra su teléfono a Luke, quien nos mira con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué todo el mundo actúa de forma extraña? —pregunta Noah, con voz baja, solo para mí.

—No estoy seguro. —Busco desesperadamente mi teléfono, con el corazón encogido.

Abro X.

Y ahí está.

Un artículo que dice que nos fugamos para casarnos ayer en Las Vegas.

Deslizo mi teléfono hacia Noah, con los dedos temblorosos, pero él ya está estirando el cuello para leer desde mi pantalla. Nuestras cabezas se tocan, y nos miramos con los ojos como platos.

Esto no es bueno.

No no no no no.

—Tíos —pregunta finalmente Axel—. ¿Os habéis casado?

—Eh...

—Y no nos invitasteis a vuestra boda. —Troy me lanza su ropa sucia.

Se la devuelvo. —Cállate, Troy.

—Ay... Fue un momento íntimo para ellos —dice Luke—. ¿Por qué iban a quererte en su gran día?

Troy le da un puñetazo en el brazo a Luke.

Axel sigue mirándonos fijamente. —¿Entonces realmente os habéis casado?

Los otros en la habitación se callan, pensando en las implicaciones.

—¿Estáis enamorados? —pregunta Jason—. ¿Sois bisexuales?

Mi corazón se acelera. Todos en la habitación nos miran. Nadie se ríe.

Mi boca se seca.

—Se conocieron hace una semana —dice Vinnie, con su voz retumbando por la habitación—. Finn nunca ha mencionado interés por los hombres. No están enamorados.

La gente parpadea, asimilando esa información. Sus miradas se endurecen. Noah tiembla a mi lado, y quiero atraerlo hacia mí y calmarlo.

En su lugar, me acobardo y me odio a mí mismo.

Vinnie avanza hacia nosotros. —¿Os estáis burlando de nosotros, Finn?

—N-no.

—Porque todo el mundo sabe que eres heterosexual.

De repente me doy cuenta de lo terrible que es todo esto. Esta es la noticia que llega a los titulares nacionales. ¿Se han casado alguna vez dos jugadores de un mismo equipo, en cualquier deporte?

—¿Por qué sería malo? —pregunto.

—Porque no os estáis tomando el matrimonio en serio —espeta Vinnie.

Su mirada se dirige a Evan, luego aparta la vista rápidamente.

Quizás quería pedirle matrimonio a Evan.

Y quizás he hecho una burla de su amor. ¿Puedo anunciar que fue una broma? ¿Que Noah y yo nos casamos en Las Vegas porque podíamos hacerlo?

Nadie estaría contento con nosotros. Las reacciones del equipo lo dejan perfectamente claro. Pueden burlarse de nosotros por

habernos fugado en secreto, pero no quieren pensar que hicimos esto para burlarnos del matrimonio gay.

—Lo último que recuerdo de cuando estuvimos en el vestuario fue que estabas soltando comentarios homófobos.

—No lo estaba haciendo —digo.

—No tiene buena pinta —dice Vinnie.

Y tengo que concedérselo.

Tiene una pinta terrible.

Miro a Noah. Se supone que tenemos que reunirnos con el entrenador y que nos envíen a Recursos Humanos para recibir más formación sobre cómo ser personas decentes. Noah casi fue enviado de vuelta a la AHL. Hay muchas personas dispuestas a ocupar su lugar. En una batalla entre el capitán de nuestro increíblemente impresionante equipo que ha sido un Blizzard durante la mayor parte de su carrera, y Noah, que llegó hace una semana y tuvo la peor entrada a la NHL en la historia de la NHL... Bueno, esto no pinta bien.

No voy a arruinar la carrera de Noah. De ninguna manera. Absolutamente no.

Esta es su oportunidad. No voy a destrozar su vida porque cometió el error de convertirse en mi amigo.

Necesito arreglar esto.

Me levanto, así estoy prácticamente a la altura de los ojos de Vinnie. No voy a permitir que nos dé una charla mientras estamos sentados.

—Obviamente, no teníamos intención de que esto se hiciera público. —Agarro la mano de Noah, notando sus grandes ojos verdes y la corriente que me recorre cuando él se tambalea a mi lado—. Disculpadnos, mientras consulto con mi *marido*.

Arrastro a Noah fuera de la habitación antes de que pueda decir algo, con el corazón latiéndome rápido, rápido, rápido, mientras siento las miradas de todos sobre nosotros.

CAPÍTULO TRECE

Noah

Finn avanza a paso firme por el estadio de Los Ángeles, todavía sujetando mi mano con fuerza. No estoy seguro de si se da cuenta de que lo está haciendo.

Me guía al interior, poniendo una mano en mi espalda, y luego cierra la puerta.

—No les dijiste la verdad —digo.

—Y-ya lo sé. Lo siento —Finn se pasa la mano por el pelo con un movimiento frenético que no asocio con él, y me ablando.

—Está bien.

Parpadea. —¿Lo está?

—Si crees que no deberíamos decírselo a nadie, entonces no deberíamos.

Me mira fijamente, y reconsidero mis palabras. Quizás suenan demasiado a pareja.

—Quiero decir...

—Mira —Finn me agarra las manos—. Si les decimos que no planeamos casarnos, pensarán que lo hicimos como una broma. Ya lo piensan. Y eso es...

—Sería una falta de respeto.

Finn asiente con entusiasmo, con los ojos desorbitados. —No quiero que te envíen de vuelta a la AHL.

Parpadeo. —¿Preferirías que... fingieramos estar casados?

—Sí. Múdate a mi ático.

Asiento. —Si quieres que lo haga...

—Quiero —dice Finn, con voz desesperada—. Es espacioso. No tenemos que vernos mucho. Quiero decir, nadie tiene que saber lo que pasa allí.

Reflexiono sobre sus palabras. No me sientan bien en el estómago. —Me gusta pasar el tiempo contigo.

Una lenta sonrisa se extiende por el rostro sonrojado de Finn. Dios, el hombre es guapo.

Reprimo un extraño impulso de recorrer con mis dedos la curvatura de sus mejillas.

—¿Quieres decirle a todo el mundo que nos casamos a propósito? —pregunto, preguntándome si de alguna manera he entendido esto mal.

—Es la única manera, Noah. Confía en mí.

—Confío en ti.

Sus ojos se suavizan. —Lo sé.

—Así que les contamos que nos enamoramos... —Mi voz se apaga, pero él sabe lo que iba a decir.

—Amor —la palabra no se dice particularmente alto, pero retumba por la sala elíptica de todos modos, rebotando de máquina en máquina—. Sí. Eso es lo que hacemos.

—Acabamos de conocernos, Finn.

—Así que fue un flechazo. Nos vimos y yo no podía dejar de pensar en ti.

—Y yo no podía dejar de pensar en ti... —murmuro.

El calor arde por todo mi cuerpo, porque por supuesto que me está contando nuestra historia de cobertura, y por supuesto que no debería estar diciendo algo así.

Su sonrisa es complacida.

—Y recuerda, te he estado siguiendo durante los últimos cuatro años —digo, apartándome.

Sus ojos se ensanchan. —¿Tanto tiempo? Ahí es cuando empecé.

Asiento, avergonzado.

Sonríe. —Eres mi superfan.

—Quería mencionarlo para hacerlo más creíble. Que nos, um, casáramos tan rápido.

—¿No soy solo una cara bonita? —Me guiña un ojo, y mi estómago da un vuelco como en aquellos años en los que tomaba clases de patinaje artístico porque quería estar en el hielo cada vez que pudiera, aunque significara patinar con canciones sentimentales.

—Eso es inteligente —dice Finn—. Quizás estuvimos intercambiando mensajes todo ese tiempo, y una vez que me di cuenta de quién eras...

Asiento.

Ojalá le hubiera estado enviando mensajes todos esos años. Siempre pareció tan elevado, tan perfecto, pero tal vez habría respondido. Tal vez podríamos habernos hecho amigos.

—Eres un jugador de hockey —dice Finn—. Me entiendes mejor que nadie.

Sonrío, pero no estoy pensando en lo que nos acerca. Estoy pensando en todas esas cosas que nos hacen diferentes.

—Mi padre dirigía la gasolinera en nuestro diminuto pueblo de New Hampshire.

—Mi padre sería el primero en decir que él es extraordinario. No de mala manera... Solo en que no hay muchas personas que tengan lo que nosotros tenemos —frunce el ceño—. Lo estoy diciendo mal.

—Lo entiendo. Mi experiencia es más normal. Pero no creo que tu familia lo aprobara. Tus fans se quedarán conmocionados. Y no sé qué pensarán tus patrocinadores. Está bien que me digas que has cambiado de opinión. Tal vez deberíamos confesar la verdad al entrenador y al equipo.

—¿Y al mundo? —Aprieta la mandíbula. No me gusta la tensión en ella, y quiero suavizar la textura granulada que se ha formado.

Asiento. —Y al mundo. Si el mundo quiere saberlo.

Entrecierra los ojos.

—No jugué bien la primera noche. Jugué terriblemente...

—Eso fue porque...

Le toco el pecho, queriendo calmarlo. —Lo sé. Pero sigue siendo un hecho. Quizás no estoy destinado a estar aquí. No quiero que arriesgues tu carrera por mí.

Ahora me sonríe, sus ojos arrugándose con cariño.

—Intentarían traspasarme, Noah. Esto es bueno para ambos. Me gusta Boston. Me gusta mi equipo. Y me gustas tú —frunce el ceño —. No de esa manera, claro.

—Lo sé —digo apresuradamente, y me pregunto si debería decirle que quizás a mí me gusta él exactamente de esa manera.

Pero no quiero hacer las cosas aún más extrañas entre nosotros, especialmente si voy a mudarme a su casa.

—En un año podemos divorciarnos.

—Los divorcios ocurren —digo, y algo me duele en el pecho.

Supongo que contemplar divorcios entristece a cualquiera.

Se oyen pasos, y los ojos de Finn se ensanchan.

—¡Finn! ¡Noah! —La voz del entrenador retumba en el aire—. ¿Dónde estáis?

—Tenemos que vender esto —dice Finn, con voz desesperada.

Así que le beso.

CAPÍTULO CATORCE

Finn

Noah se lanza a mis brazos, y yo le rodeo instintivamente, inhalando su aroma limpio. Su espalda es musculosa, y deslizo mi mano de un plano muscular a otro, y levanto ligeramente la barbilla para que pueda tener el mejor ángulo mientras explora mi boca.

El beso es ardiente.

El beso no debería ser ardiente.

Quizás ambos somos excelentes actores. Quizás saludar al público durante los partidos de hockey nos entrenó para más de lo que pensábamos.

Sus manos encuentran mi pelo, y parece disfrutar moviendo sus dedos a través de mi corte ligeramente demasiado largo. Su boca es más agresiva que cualquier chica que haya besado, pero supongo que mis besos también son más agresivos. Me chupa la lengua, me chupa los labios, y mi polla se expande.

La puerta se abre.

—¿Finn? —La voz del entrenador suena asombrada, y reprimo una sonrisa.

Noah actuó perfectamente.

Noah interrumpe el beso, y aprieto los labios para no gemir. Su pecho duro ya no presiona contra mí, y sus manos ya no juegan con mi pelo.

Se supone que el entrenador debe pensar que estamos locamente enamorados, pero no quiero que Noah lo piense. Es decir, yo fui quien propuso el matrimonio. Recuerdo eso. Yo fui quien deslizó mi anillo en su dedo. No quiero que Noah piense que soy un tipo espeluznante tan desesperado por tenerlo cerca que lo emborraché, por segunda vez, y me casé con él cuando estaba demasiado achispado para entender lo que estaba haciendo.

Un giro de culpa me recorre, pero ahora no es momento de pensar en eso.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —La mirada del entrenador rebota por toda la habitación.

—Quería pasar tiempo con mi marido. —Tomo la mano de Noah entre las mías.

—Y haciendo algo más que eso. —El entrenador nos mira, desconcertado.

No es el único desconcertado.

—Supongo que ha leído las noticias.

El entrenador suspira. —¿De qué se trata todo esto, Finn?

Noah me aprieta la mano, y una calma se apodera de mí. —Lo siento, no entiendo cómo se filtró la noticia.

—¿Queríais casaros y que nadie lo supiera? —El entrenador parpadea mirándome.

—Sí. Es decir, por eso no invitamos a nadie.

El entrenador frunce el ceño. Abre y cierra la boca, mirando de mí a Noah y viceversa.

Me alegro de que Noah me besara. El entrenador planeaba gritarnos, y ahora no puede. Ahora está confundido.

—¿Sabéis cuántos paparazzi revisan certificados de matrimonio en Las Vegas? —pregunta el entrenador—. No hay lugar más público para fugarse.

Oh.

—No pensé en eso —digo—. Lo siento.

—Has tenido novias, Finn. Las he conocido. Quiero decir, has tenido muchas. Nunca mencionaste que también te gustaban los hombres.

Noah palidece, que sería la reacción apropiada si realmente estuviera enamorado de mí, y sus músculos se tensan.

Golpeo su hombro suavemente, esperando aliviar parte de la tensión.

Lo único que quiero ahora es que sea feliz. No haber destruido demasiado su vida.

—He tenido muchas citas —digo—. Pero solo un Noah.

Le sonrío, y él me devuelve la sonrisa.

Sus ojos son hermosos. Podría perderme en su mirada.

El entrenador se aclara la garganta. —Acabáis de conoceros.

—En realidad hemos estado comunicándonos durante años —digo.

—No dijisteis nada cuando os presenté hace una semana.

—Yo seguía su vlog —dice Noah rápidamente—. Intercambiábamos mensajes. Él no sabía que era yo hasta que se lo dije después.

—¿Y entonces te lo dijo, y te emborrachó? —pregunta el entrenador, con el ceño fruncido.

Mi corazón late con fuerza. Esto no va a funcionar. El entrenador nos ve completamente a través. Sabe que somos compañeros de equipo al azar y no cree ni una palabra de lo que estamos diciendo.

—No bebo a menudo —dice Noah—. Fue un accidente.

Asiento.

El entrenador suspira. —Estabais sentados separados de camino a Las Vegas.

—Y viéndoos miserables —dice Noah, lo cual es una idea rápida y genial. Me aprieta la mano otra vez—. Amo a Finn, señor. No planeamos fugarnos, pero eso no significa que nuestros sentimientos no sean verdaderos y fuertes.

—La última vez que hablé contigo fue porque estabas actuando de forma homófoba.

—Lo cual le dijimos que no era cierto —dice Finn.

—Y ahora sé por qué te enfadaste tanto. Era algo personal para ti. —El entrenador cierra los ojos—. Vais a ser mi muerte.

—No pretendíamos que todo el mundo lo supiera.

—Solo queríais casaros —dice el entrenador.

—Porque nos amamos.

Noah me sonríe exactamente como si realmente fuéramos pareja y le hubiera dicho que lo amaba.

—Necesitáis llamar a vuestros agentes —dice el entrenador—. Tendrán que hablar con la dirección del equipo. Esto es un gran asunto, chicos.

—Lo sé —digo suavemente.

—Se supone que debéis informar sobre relaciones.

—Eso no está en el manual —dice Noah—. Yo, em, acabo de leerlo. Como soy nuevo.

El entrenador suspira. —Supongo que recursos humanos no pensó en relaciones homosexuales entre jugadores cuando lo escribieron.

—No quiero que Noah sea enviado lejos —digo—. Estoy seguro de que los dueños del equipo no quieren un escándalo sobre los Blizzards frustrando el amor joven.

—Mi hijo es gay. Eso, em, no es problema. —El entrenador retrocede, con los ojos aún muy abiertos—. Llamad a vuestro agente. Y esta es una sala de elípticas. No una sala de besos.

—Lo siento, entrenador —dice Noah.

El entrenador asiente y huye de la habitación, y volvemos a estar solos.

Me aparto, aunque echo de menos la sensación de tenerlo a mi lado. Miro mi teléfono. —Doce llamadas perdidas. Mejor llamo a mi agente.

Noah asiente, sin mirarme a los ojos.

Dios, probablemente odiara besarme. Mi estómago se revuelve ante la idea, la culpa inundándome nuevamente. Busco en mi teléfono, con los dedos temblorosos, hasta que veo el nombre de mi agente, entonces inhalo y llamo.

CAPÍTULO QUINCE

Noah

El partido es un borrón. Ganamos, lo cual es bueno, aunque ni Finn ni yo jugamos un papel importante.

El departamento de relaciones públicas publicó comunicados sobre Finn y nosotros durante el partido, mencionando nuestra emoción por nuestro matrimonio y una petición de privacidad.

Finalmente, estamos en nuestro hotel.

—Es vuestra luna de miel —dice Troy con una sonrisa.

—Eh, sí. —Mi mirada se desvía hacia Finn. Mi marido. Está hablando con sus amigos. No mis amigos. Ya que, técnicamente, no tengo ninguno aquí.

Troy levanta su tarjeta. —No puedo compartir habitación con Finn durante vuestra luna de miel. Cambia conmigo.

—¿Quieres compartir con un novato? —Actualmente comparto habitación con Andy, que es casi tan nuevo como yo.

—¿No quieres compartir con tu marido? —La mirada de Troy se estrecha ligeramente, y agarro la llave.

—Claro que quiero. Gracias. Esto es, eh, genial.

Entonces busco a Finn. El nerviosismo revolotea en su rostro cuando me ve, e intento ignorar cómo se me hunde el estómago. No debería estar tan en sintonía con cada una de sus microexpresiones. No debería ser capaz de juzgar los cambios milimétricos de su postura y su expresión facial, incluso a metros de distancia.

Se recupera rápidamente. Los jugadores de hockey se mueven más rápido que la mayoría de las personas, y me atrae hacia un abrazo. Finjo que no vi su nerviosismo, y él finge que está enamorado de mí.

—Hola, cariño —dice.

No estoy seguro de si alguien más nota la duda en su voz antes de dirigirme ese término cariñoso.

—Esta noche me alojo contigo —digo—. Troy ha intercambiado las llaves conmigo.

—Eso es... agradable.

Vale, estoy seguro de que varias personas notaron la pausa. Lo atraigo hacia mí, esperando que la gente se distraiga con nuestra pose romántica y no se dedique a analizar nuestro lenguaje.

Porque aunque esté incómodo, quiere que esto funcione. No quiero que haga todo el trabajo para establecer que tenemos una relación romántica. Esta carga no es solo suya.

Rozo mis labios contra su sien, el tipo de gesto casual que las parejas de largo recorrido hacen sin pensar. Se estremece bajo mis labios.

He hecho demasiado. Mi estómago se retuerce, y recuerdo a Madison, la morena curvilínea con tacones altos que deambulaba por su apartamento como si fuera suyo. Ella no miraba la vista con incredulidad, abriendo los ojos ante cada detalle. Ella encajaba con él, y yo no.

Porque incluso si Finn fuera algo más que un atleta heterosexual con profunda admiración por la forma femenina, no estaría conmigo.

Estoy seguro de que Boston está repleto de hombres atractivos que encajarían perfectamente en su vida. Trago saliva con dificultad, y él me da un codazo en el hombro, como si pudiera notar cuando algo va mal incluso si no nos estamos mirando.

—Deberíais salir a cenar esta noche —dice Luke—. Los Ángeles tiene muchos restaurantes románticos.

Finn sonríe. —A Luke le encanta ver programas de citas.

—Si vieras más de ellos, no estarías sugiriendo pasar tu segunda noche de matrimonio en una habitación de hotel.

Finn levanta una ceja, y la cara de Luke palidece.

—Oh. —La boca de Luke se redondea, como si su mandíbula luchara contra la gravedad—. Oh.

Finn agarra mi mano con la suya. —Vamos, conejito. Apuesto a que este hotel tiene servicio de habitaciones.

Riendo, nos apresuramos hacia los ascensores, mientras nuestros compañeros de equipo se dispersan para ir a cenar y bailar.

—¿Quieres una cena romántica? —pregunta Finn, al entrar en la habitación del hotel—. Puede que tengamos que evitar a los paparazzi.

—Me gusta pasar tiempo contigo —digo, y me dedica una amplia sonrisa.

Quizás podremos sacar adelante este año de fingimiento.

El teléfono de Finn suena, y cuando mira la pantalla, el color desaparece de su rostro.

Niega con la cabeza y me ofrece algo que se asemeja a una sonrisa. Si uno no ha visto muchas sonrisas. Y si uno está a oscuras. —¿Quieres conocer a tu suegra?

*

Finn

Noah asiente, porque es valiente, y nos conduzco al pequeño sofá en un lado de la habitación del hotel y respondo a la videollamada.

El rostro de mi madre aparece, con la piel recién hidratada y radiante. Muebles blancos, dispuestos por un decorador de primera, aparecen de fondo. Prácticamente puedo oír la música clásica sonando, aunque mi madre es lo suficientemente técnica como para decirle a Alexa que la apague antes de hacer una videollamada.

—Finn Percival Carrington —dice mi madre, con voz alta y atronadora.

Mi madre estudió ópera en su internado, y es perfectamente capaz de hacerse oír por miles de personas.

A Noah se le cae la mandíbula, su piel palidece, y me lanza una mirada asustada como si pensara que los teletransportadores podrían haberse hecho realidad y mi madre aparecerá pronto en esta habitación.

—Estás casado. —Sus labios se tuercen, como si no pudiera decidir si está divertida o enfadada—. No me dijiste que estabas saliendo con alguien.

—No.

—Y tampoco me dijiste que tienes debilidad por los hombres.

—No. —El latido de mi corazón se acelera mientras la miro fijamente. La culpa me invade, como si le hubiera estado ocultando

un secreto durante años. Deslizo mi brazo alrededor de Noah, aliviado de que esté aquí—. Tengo debilidad por Noah.

Eso no se siente como una mentira.

—De hecho, está a mi lado. ¿Te gustaría saludarle?

—Eso sería muy apropiado —dice mi madre, con voz fría y nítida —. Una obligación de etiqueta.

Miro a Noah. La preocupación se dibuja en su rostro y sus ojos verdes están más abiertos que antes. Deslizo mis dedos por su brazo, subiendo y bajando por su musculoso cuerpo.

—No des miedo —le digo a mi madre.

Ella pone los ojos en blanco. —Ambos os enfrentáis a hombres fuertes en el hielo.

La cara de Noah está en una esquina de la pantalla, y me aseguro de que esté bien.

Parece nervioso, y le aprieto el hombro.

—Mi madre no da miedo en realidad —le digo.

Mi madre se aclara la garganta. —Un temor saludable hacia los suegros es deseable.

—¿Eso crees?

—Dicen que asegura una respuesta más rápida a las llamadas telefónicas. Y garantiza que no me entere de los grandes acontecimientos en la vida de mi único hijo por boca de los vecinos de al lado.

—Lo siento, madre.

—Ni siquiera me caen bien mis vecinos. Ahora piensan que no hablo con mi hijo, o que soy homófoba y él tenía miedo de contármelo.

—Lo siento.

—Sabes que no me importa —dice mi madre, y su voz tiembla.

—Debería habértelo dicho —digo—. Pensábamos que la ceremonia era secreta, pero la prensa del corazón se enteró. Ahora todo el mundo lo sabe.

—Eso debe ser estresante —dice mi madre.

—Lo es.

Noah me da una palmadita en la pierna, y yo sonrío y pongo mi mano sobre la suya. Estrictamente hablando, esto no es necesario,

ya que la pantalla del teléfono solo muestra nuestras caras, no nuestros cuerpos completos. Pero quizás ayude con el lenguaje corporal en general o algo así.

—¿Cuándo puedo organizaros una fiesta? —pregunta mi madre.

—Eso no es necesario —digo.

—Tonterías. Necesito presentar a Noah a todo el mundo. Y Noah tiene que conocer a todos.

Asiento. Sé que es mejor no discutir.

—Noah —mi madre dirige su atención hacia él—. Háblame de ti.

Noah se retrae. —Juego al hockey —luego el rosa asciende a sus mejillas—. No como Finn, por supuesto.

—¿Dónde fuiste a la universidad? ¿Qué estudiaste?

—Madre... —digo.

—Fui a la Universidad de New Hampshire. Pero, eh, lo dejé para unirme a la AHL. Aunque estaba estudiando ciencias del deporte.

Mi madre se estremece. —Qué interesante. ¿Y cuándo sedujiste a mi hijo?

Los ojos de Noah se abren como platos.

—Fue una seducción mutua, madre.

Ahora las mejillas de Noah se tiñen de rosa.

La conversación está descontrolándose. Noah está poniéndose más nervioso, y mi madre está cada vez más consternada con su nuevo yerno.

—Finn, tu padre y yo os visitaremos este fin de semana. Noah, espero que también podamos conocer a tus padres entonces.

El rostro de Noah palidece.

—Ha sido agradable hablar contigo, madre. Tenemos que irnos.

—Bien. He sido madre de un jugador de hockey durante años.

Suelto una risa incómoda.

—Bienvenido a la familia, Noah. Espero que hagas feliz a mi hijo.

Entonces la pantalla se oscurece, y Noah y yo nos quedamos solos en la habitación del hotel.

—¿Cómo crees que reaccionarán tus padres? —le pregunto a Noah.

—No estoy seguro.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Noah

Decirle a Finn que no estaba seguro de cómo reaccionarían mis padres fue una evasiva. Conozco la respuesta: terrible.

Porque recuerdo cuando estaba en el instituto. Recuerdo a mi madre advirtiéndome sobre uno de mis amigos, diciendo que era una mala influencia. Como Terry era el único de mis amigos que nunca había probado el alcohol y como sus notas eran siempre sobresalientes, sabía que era por su comportamiento. Por el hecho de que todos podían notar que era gay, simplemente cuando hablaba, algo en su forma de vestir y en cómo sonreía y cómo se reía, incluso cuando nunca había salido con nadie.

Mi estómago da un vuelco.

Mis padres deben haber escuchado la noticia. Necesito llamarles. Necesito decirles que todos sus temores sobre mí se han hecho realidad.

Mi corazón se agita, y quiero retrasar esto para siempre. Pero la noticia ya ha salido. Quiero que Finn me sujete la mano mientras les llamo, pero eso es imposible. A Finn no le gustan realmente los hombres, y sabe que yo lo sé. No puedo presentar a Finn a mis padres con la misma naturalidad con la que él me presentó a su madre. La madre de Finn vive en Boston.

Porque Vinnie tenía razón. No hay tanta gente en mi pequeña comunidad rural, y cualquiera que prefiriera a los hombres se marchó hace tiempo a una de las ciudades costeras. No creo que mis padres conozcan a nadie en una relación del mismo sexo, y no quiero que se molesten con Finn.

Me giro hacia Finn. —¿Puedo tener algo de privacidad?

Su cara se contrae, pero asiente. —Por supuesto.

Sale de la habitación en silencio, cerrando la puerta con cuidado. Me cuesta todo mi esfuerzo no correr tras él.

En cambio, miro fijamente mi teléfono, con mi corazón haciendo cosas locas que normalmente no hace cuando miro el brillante

rectángulo. Finalmente, llamo.

Mi madre contesta al primer tono, y me recuerdo a mí mismo que esto es bueno.

—Hola mamá —digo, tratando de que mi voz suene casual, aunque mi corazón retumba.

Quiero que esté bien con esto. Necesito que esté bien.

—¿Cómo fue tu partido hoy? —pregunta mamá—. ¡Te vi jugar!

—Estuvo bien, mamá.

El silencio llena el aire. Mi respiración es demasiado pesada. Puedo oír el traqueteo del lavavajillas de nuestra casa en New Hampshire.

Me pregunto si va a mencionar la noticia, o si está esperando a ver si yo se lo cuento. El sudor me pica en la piel, y mi agarre en el teléfono se afloja.

—Así que, um, puede que hayas leído algo en algunas páginas de chismes. Creo que salió en las noticias. Yo, um, creo que los comentaristas también hablaron de ello durante el partido.

Mi madre se ríe, y la esperanza me invade. —No te preocupes, cariño, no me lo creí.

—¿No te lo creíste?

—Tú no eres gay. No sé de dónde sacan esas ideas locas.

Se me seca la boca, e intento inhalar, pero parece haber una repentina falta de oxígeno en la habitación. Quiero reírme con ella, pero no puedo.

Finn y yo vamos a fingir estar casados, fingir ante todo el mundo que estamos enamorados, y nuestro plan se derrumbará si le aseguro a mi madre que nada de esto es real.

Porque, para ser honesto, podría ser real.

No con Finn, por supuesto, el hombre es heterosexual. Pero quizás con alguien más. Quizás alguien más podría empujarme sobre la cama y hacer todas las cosas que imagino cuando estoy en la seguridad de mi habitación, metido bajo las sábanas en la oscuridad. Quizás una voz profunda retumbaría a mi lado, diciéndome que soy increíble, aunque no lo sea, y quizás unos brazos fuertes me sujetarían. Más que sujetarme.

Y, Dios mío, no debería estar pensando en sexo gay mientras hablo con mi madre por teléfono. Tal vez no debería haber roto con Abby. Tal vez no debería haberme dejado desmoronar, hasta el punto de no estar seguro de quién soy y qué quiero.

—La cosa es, mamá —empiezo, con voz vacilante y extraña—, que es verdad.

El silencio me saluda. Puedo imaginar a mi madre frunciendo el ceño, sentándose.

Me hundo en la cama, esperando, y paso las manos por la colcha de poliéster verde manzana. No es un color que yo hubiera elegido. Todo es extraño.

—Quieres decir, cariño, ¿que es verdad que no debería creer los chismes? —pregunta mi madre.

Odio el tono esperanzado en su voz.

—No, mamá —digo—. Todo es verdad. Estoy casado con un hombre. Finn y yo nos fugamos.

—Oh.

Una sílaba.

Una sílaba de decepción.

Trago contra el repentino sabor ácido en mi garganta.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Pensaba que estabas soltero. Y-yo pensaba que te conocía.

—Me conoces, mamá —le aseguro, pero no creo que sea cierto. O quizás ella me conocía mejor de lo que yo me conocía a mí mismo, asegurándose de que no pasara tiempo con el único chico gay en mi diminuto instituto.

—Finn es genial, mamá —digo—. Soy feliz.

—Se suponía que una mujer debía hacerte feliz.

—¿No es lo principal que yo sea feliz? —Las lágrimas me pican los ojos. Dios, no pensé que me emocionaría.

Miro fijamente el papel pintado de rayas verdes y azules y me obligo a actuar con normalidad. Solo estoy saliendo del armario ante mi madre. Perfectamente normal. Totalmente.

—No pareces feliz —dice ella.

En eso tiene razón.

—Los padres de Finn nos están organizando una fiesta en Boston este fin de semana. Sería bonito si papá y tú pudierais venir.

—No sé si podremos.

Claro. Me imagino explicando cómo mis padres están demasiado ocupados para venir a la fiesta de boda de su único hijo.

—Es importante —suplico.

—Vale. Lo pensaré.

—¿Quieres que yo se lo diga a papá? —pregunto.

Suspira. —Mejor deja que se lo diga yo.

—De acuerdo.

Palabras no dichas revolotean entre nosotros, luego ella cuelga.

El "te quiero" que normalmente dice al final de cada llamada no llega, pero quizás mis palabras la han distraído demasiado.

Me quiere. Esto está bien.

Me tumbo en la picante colcha mientras mi corazón late y late, como si intentara desesperadamente devolverme la energía. No funcionará. El dolor me atraviesa, implacable e imparable.

CAPÍTULO DIECISIETE

Finn

Me siento en la escalera y espero a que Noah termine su llamada. Normalmente, habría visitado a alguno de mis compañeros de equipo, pero no quiero que me pregunten por qué no estoy en mi habitación con mi flamante marido, disfrutando del increíble sexo que creen que estoy teniendo. Me quedo aquí.

Tristes fotos mías en soledad salpicando los periódicos no es algo que quiera ver y no convencerá a nadie de que Noah y yo estamos locamente enamorados.

Mis piernas rebotan, y paso los dedos por los bordes fríos de mi móvil. Normalmente, navegaría por mis redes sociales favoritas, pero esta noche están hablando sobre mí.

Y tengo demasiado miedo de aventurarme por allí.

Paseo por la escalera, recorriendo sus insípidos escalones de hormigón y sus insulsos muros pintados de blanco. El papel pintado no llega hasta aquí, y las diminutas ventanas dan a una noche negra. Incluso los coches son indistinguibles.

Finalmente, decido comprobar si Noah ha terminado de hablar con su familia. La habitación está a oscuras, y pienso que se ha marchado, pero entonces oigo su respiración suave.

Está dormido.

No me dijo que volviera. El dolor me atraviesa, pero luego recuerdo que mi nuevo marido y yo aún no hemos compartido nuestros números de teléfono.

Me preparo para dormir, manteniendo las luces apagadas, y me deslizo en la cama.

Mis pensamientos corren, y tardo mucho en conciliar el sueño. No me muevo, con cuidado de no despertar a Noah, y los dolores de mis músculos rugen. La manta se siente pesada contra mi cuerpo, como si me estuviera aplastando, y desearía haber descolocado las sábanas.

Cuando por fin me despierto, es con el sonido de la ducha. La cama de Noah está vacía. Una maquinilla de afeitar zumba, y luego Noah aparece, con una toalla colgada alrededor de su cintura.

El agua se desliza por su torso aún no seco, y tengo un extraño impulso de seguir cada gota mientras se desliza por sus planos musculosos. Recuerdo demasiado tarde apartar la mirada. Mi polla se contrae, sin duda ansiosa por su sesión de atención matutina habitual.

No es en absoluto por Noah. Me apresuro a levantarme, intentando recolocarme en una posición más pudorosa.

Noah coge algo de ropa de su maleta, luego duda, y va al baño a cambiarse. Se me seca la garganta. He visto a Noah desnudo antes. Nos hemos cambiado en los vestuarios. Es decir, nunca lo he examinado, pero tengo una idea general de cómo es.

No estoy seguro de si me alivia o no que se esté cambiando en el baño.

Aprieto mi polla deseando que sea menos evidente, luego me apresuro a buscar mi propia ropa. La agarro delante de mí cuando él sale del baño, y me apresuro a entrar, con el corazón acelerado.

Me siento incómodo y desorientado, y el miedo que me invadió mientras intentaba dormir es aún más fuerte.

Cuando salgo del baño, completamente duchado y vestido, Noah está sentado en la cama.

—Estás aquí.

Su mirada se vuelve arrepentida. —No estaba seguro de si querías que bajáramos juntos.

—Oh. —Parpadeo—. Sí, es bueno ir juntos. Lo siento por tardar tanto.

—Está bien —Noah se levanta.

—¿Qué tal la llamada?

Noah duda. —Bien.

—¿Tus padres lo tomaron bien?

Noah mira al suelo y se muerde el labio inferior. —Puede que vengan este fin de semana.

—Bien.

—Pero quizá no —dice apresuradamente—. New Hampshire está lejos.

Asiento, sintiendo que hay más cosas que no se están diciendo. Él desvía la mirada, examinando la fina moqueta del suelo.

Le dedico una sonrisa. —¿Desayuno?

Noah asiente aliviado, y le sonrío un segundo más de lo debido. Caminamos por el pasillo en silencio, pasando junto a los cuadros enmarcados elegidos por su inofensivo esquema de color que combina con el papel pintado y la insipidez general.

Inhalo su aroma, y mi corazón se acelera. Siento su mirada sobre mí, pero cuando le miro, su mirada está fija al frente, en las puertas dobles marrones, y un color rojizo asciende por sus mejillas.

Otros salen de sus habitaciones.

Las puertas se cierran de golpe, la gente charla.

Para cuando llegamos al comedor, él está temblando.

—Está bien —le aseguro—. Son buenos chicos. Todos están bien con Evan y Vinnie.

Asiente, y sus mejillas se encienden, y recuerdo que Vinnie dijo que Noah *no* estaba bien con Evan y Vinnie.

¿Cuánto dolor le está causando esta farsa a Noah? ¿En qué lo he metido?

La culpa me corroe cuando llegamos al comedor. Los tenedores y cuchillos rascan contra los platos, la gente traga café en sorbos desesperados, y nuestros compañeros de equipo están dispersos por la gran sala. Quiero cogerle de la mano al entrar, para mantener la farsa, pero algo en la forma en que se prepara y la expresión aterrorizada de sus ojos me hace contenerme.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Noah

Me sudan las manos mientras finjo ver una película de acción, aunque hace tiempo que perdí el hilo de cómo los personajes van de explosión en explosión. Cambio de posición en el elegante asiento de cuero blanco del jet privado del equipo.

Vamos a Boston.

Y voy a mudarme con Finn.

Mi marido duerme a mi lado mientras volamos de regreso desde San José, pero apoya la cabeza contra la ventana, como si quisiera alejarse lo más posible mientras sigue fingiendo una feliz dicha matrimonial. A nuestro alrededor, los compañeros de equipo juegan a las cartas y charlan después de otra victoria.

El avión aterriza, y Finn me mira con ojos somnolientos. Tengo que apartar la mirada, para que no se pregunte por qué lo estoy mirando fijamente, como si quisiera calcular la longitud exacta de cada gruesa pestaña negra.

—Necesito recoger mis cosas de la habitación del hotel —le digo en voz baja mientras salimos del avión—. Podría quedarme allí esta noche.

Frunce el ceño. —Tengo ropa y un cepillo de dientes de repuesto. Podemos cerrar tu cuenta mañana.

—Vale.

Finn pide un Uber, y nos deja en su apartamento de Seaport. Permanecemos en silencio mientras pasa su llave electrónica para entrar en el lujoso vestíbulo, en silencio mientras estamos en el ascensor de mármol que sube hasta el último piso, y en silencio mientras entramos en el apartamento.

No tuvimos problemas para hablar en Las Vegas, pero ahora mi mente está embotada mientras intento no mirar fijamente a mi marido. Mi mirada rebota por las relucientes encimeras, que ya no están cubiertas de botellas de alcohol, limas aplastadas y granos de

azúcar. No hay nadie aquí excepto nosotros, y no retumba ningún ritmo de hip-hop.

—Hogar, dulce hogar —dice Finn tras una pausa incómoda, y yo suelto una risa igualmente incómoda.

—Ya has visto el salón y la cocina —continúa Finn, y ambos miramos la puerta del baño. Finn, afortunadamente, guarda silencio —. Te mostraré el resto del lugar.

Sigo a Finn por un pasillo que consigue parecer igualmente caro. El suelo es oscuro y brillante, y en las paredes cuelgan obras de arte moderno, manchas de colores vivos.

Finn abre la primera puerta. —Uso esto como despacho y sala de ejercicio.

—Genial. —Asiento ante el equipo de alta gama.

Finn cierra la puerta. —Y esta es mi habitación de invitados. Pensé que quizás querrías usarla. —Parpadea, y su frente se arruga —. Quiero decir, esta es tu habitación. Tiene un baño incorporado.

Es mucho más elegante que cualquier cosa a la que esté acostumbrado. Dejo mi bolsa en la esquina.

—Yo estoy al otro lado —dice Finn—. Si me necesitas.

—Vale. —Le doy una sonrisa tranquilizadora, y la tensión en sus hombros se alivia ligeramente.

Se marcha rápidamente, y me quedo solo.

*

Noah

No estoy solo cuando me despierto. Suenan pasos fuera de mi habitación, y abro la puerta. —¿Finn?

Una mujer menuda con una fregona abre los ojos de par en par.

Mierda.

Debe de ser la asistenta.

Miro detrás de mí, preguntándome cuán obvio es que dormí en mi propia habitación y no con Finn. ¿Qué recién casado no duerme en la misma habitación que su cónyuge apenas unas noches después de la boda?

—Solo estaba explorando el apartamento —digo alegremente—. Todo muy bonito.

Los ojos de la asistenta se abren aún más.

—Quería probar la cama. Asegurarme de que no necesito pedir colchones nuevos ni nada. —Me río. Demasiado alto—. Pero me quedé dormido. Así que sí, ¡no hace falta cambiar el colchón de esa habitación!

Los ojos de la asistenta se abren aún más, y sus cejas definitivamente se involucran en su expresión de sorpresa.

Mierda.

Me dirijo poco a poco hacia la siguiente habitación. —Estoy, eh, volviendo a la habitación de Finn. Mi marido. Porque dormimos juntos. Todas las noches. Muy apasionadamente. Ya sabes, recién casados.

Y con eso, abro la puerta del dormitorio de Finn detrás de mí y me escabullo dentro.

*

Finn

La luz emana a través de mis suaves persianas tejidas. Me gustan las mañanas. Me gusta despertarme y saber que todavía tengo tiempo para quedarme en la cama antes de empezar el día.

Me muevo, estirando las piernas contra las suaves sábanas. El movimiento intensifica el dolor entre mis piernas, y mi polla se endurece aún más, necesitada y confundida sobre por qué no le he prestado atención estos últimos días. Definitivamente no iba a masturbarme con Noah en la habitación de al lado, y definitivamente no iba a tocármela en la ducha cuando él estaba fuera del baño.

Aunque quisiera.

Aunque haya estado rogando por atención.

Aunque, últimamente, haya estado contemplando el atractivo de unos hombros anchos, una voz profunda y un pecho musculoso.

Mi miembro se endurece, y extiendo la mano hacia él. Paso mis dedos a lo largo, y si la imagen de Noah aparece en mi mente, es porque es natural pensar en él.

No es porque esté pensando en un rostro simétrico y grandes ojos verdes.

No es porque esté imaginando pasar mi mano por su pelo, y ciertamente no es porque esté recordando cómo se ve sin camiseta. Aunque tampoco se ve mal con la camiseta puesta.

Frunzo el ceño ante la dirección que ha tomado mi mente. Mi polla ha comenzado a gotear.

Considero ignorarla, pero no quiero estar excitado cuando vaya al vestuario más tarde hoy. No quiero tener una erección cuando me cambie de ropa al lado de Noah, y no quiero pensar por qué la imagen de Noah cambiándose a mi lado hace que mi polla se estremezca.

No debería estar preguntándome a qué sabría la curva entre su cuello y su hombro. Sabría a piel. Quizás con algo de sudor.

Pero el deseo sigue pulsando a través de mí.

Pasos y el susurro de una fregona suenan fuera de mi habitación. *La asistenta.*

Dudo, pero decido no perder tiempo. Necesito acabar, luego podré ser un buen anfitrión para Noah y un buen empleador para mi ama de llaves, y recibirlos sin temor a un saludo accidental de la parte inferior de mi cuerpo.

Entonces, no está tan mal si pienso en Noah, ¿verdad? Me permitirá ser mejor anfitrión después. Porque, admitámoslo, si estoy pensando en Noah, esto acabará pronto.

Hurgo en el cajón de mi mesita de noche y me echo un poco de lubricante en la palma. Aparto las sábanas y enjabono mi polla.

Rozo con mis dedos alrededor de mi polla hasta que cada terminación nerviosa está completamente despierta. Acaricio más rápido. Y más rápido.

La puerta se abre de golpe, y Noah aparece ante mí.

Por un momento alocado, pienso que lo he conjurado de mi imaginación. Está sin camisa, y su pelo está revuelto y digno de un dormitorio. El aire entre nosotros vibra y se espesa, como si me hubiera transportado a algún paraíso de selva tropical donde el único color es el verde de los ojos de Noah. Un segundo demasiado tarde

me doy cuenta de que está parado frente a mí y yo sigo acariciándome la polla.

Sus ojos se dirigen hacia ella, luego su boca se abre, seguida rápidamente por la mía.

Tiro de la sábana hacia arriba, y Noah cierra apresuradamente la puerta.

Detrás de él.

Sigue en la habitación.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Noah

Mi mirada recorre su cuerpo durante más tiempo del que debería.

Eso era su polla.

Vi su polla.

Su polla dura, grande, palpitante, goteando...

—¿Noah? —la voz de Finn suena áspera, y detengo mi ensoñación.

Se me seca la boca y me obligo a mirar hacia arriba. Los ojos de Finn están abiertos de par en par y agarra la sábana contra su cintura. El rubor tiñe sus mejillas y se extiende por su pecho, musculoso, por supuesto, y me pregunto cómo se sentirá esa dispersión de vello...

—¿Noah? —repite Finn. Se apresura a sentarse en la cama. Apoya el torso contra el cabecero acolchado de terciopelo gris oscuro.

Mierda.

Finn estaba *cuidándose a sí mismo*, y yo irrumpí, y... oh, Dios. Debe pensar que soy... ¿Qué clase de persona entra en una situación así y se queda?

—¡Lo siento! —balbuceo—. La asistenta está aquí, y no quería que viera que no estaba durmiendo en la misma habitación que tú.

Las cejas de Finn se disparan hacia arriba. —¿Gabriella entró en tu habitación?

—No. Estaba en el pasillo. Yo, eh, intenté explicar que estaba explorando el apartamento y probando la cama...

Su boca forma una O. —¿Como Ricitos de Oro?

—Fue lo mejor que se me ocurrió con tan poco tiempo.

Finn se ríe.

—Es temprano —le fulmino con la mirada.

—Tío, Gabriella no habla inglés. Además, no limpia los dormitorios los jueves.

Mis hombros se hunden. —Debería haberme quedado en mi habitación.

—Sí —sus ojos bailan, luego su rostro se vuelve serio—. Pero no te avisé. Lo siento.

Hago un gesto desdeñoso con la mano. —Demasiadas disculpas. No más. Y yo...

Miro en la dirección general de su sábana, luego me obligo a apartar la vista, notando cómo mi piel se calienta. Su polla desnuda está debajo. Su polla dura, grande, palpitante, goteando. Trago saliva con dificultad. —Volveré a mi habitación.

Finn suspira. —¿Gabriella sigue en el pasillo?

—¿Tal vez?

—Deberías esperar aquí.

—Oh. ¿Estás seguro? Tú estabas...

Las mejillas de Finn se enrojecen. —Sobreviviré.

—Yo podría...

Sus ojos se abren como platos. Por un momento, escenas de porno cruzan por mi mente.

Podría ofrecerle una mano.

O una boca.

O podríamos acostarnos uno al lado del otro y practicar el autocuidado frente al otro.

Pero Finn es heterosexual, y yo también lo soy. No debería ofrecerle ninguna de esas cosas. Sí, pensaría que algo va mal. Y no solo su polla dura, grande, palpitante, goteando.

Mi propia polla se levanta.

Me pregunto cuánto mediría su polla. ¿Serían siete pulgadas? Creo que siete pulgadas. Más larga que una de esas reglas de medio pie que solía llevar durante años en mi estuche, cuando necesitaba llevar un estuche durante la mayor parte del día. ¿Y cuál era el grosor? De repente, las matemáticas parecen esenciales. No parecía delgada. Pero tampoco era tan grande como para que nunca pudieras contemplar que fuera... allí.

Vale, probablemente no debería pensar en agacharme para él. Ese pensamiento es... Bueno, para ser honesto, no es desagradable. Es... intrigante. Pero sí, quizás no debería pensar demasiado en ello.

Sin embargo, no quiero verlo sufrir. No quiero que sienta dolor... ahí. Y no quiero arruinar su mañana.

—Podría cerrar los ojos —sugiero finalmente—. Y tal vez... ¿tararear?

Los ojos de Finn se agrandan, luego resopla. —Oh, Dios. No, no hagamos eso —se ríe un poco más—. ¿Podríamos ver una película? ¿Y luego ir a tu habitación de hotel?

Parpadeo. No hay televisión en la habitación. ¿Quiere que veamos una en el salón? ¿Con Gabriella limpiando a nuestro alrededor?

Finn se apresura hacia su mesita de noche y abre el cajón. Un bote de lubricante rebota en la cama, y aparto la mirada bruscamente. Finn saca un mando a distancia y pulsa un botón. Luego arroja el lubricante al cajón, y sus mejillas vuelven a adquirir un tono rojizo.

Esto no es incómodo. Esto no es incómodo. Esto no es incómodo.

Algo retumba detrás de mí, y giro la cabeza. Una gran televisión desciende con un gemido.

—Qué guay.

Finn sonríe. —Siéntate.

Me muevo hacia la cama, entonces él frunce el ceño. —Un momento.

Vacilo, medio esperando que me diga que me vaya. Mete las manos debajo de su sábana, y la sábana se mueve violentamente.

Finalmente, deja de retorcerse. —Perdona. Solo pensé que debería ponerme los calzoncillos.

—Oh. —Se me seca la boca, y la imagen de un Finn desnudo vuelve a surgir en mi mente. Me siento bruscamente en la cama, porque obviamente unirme a un Finn medio desnudo en la cama hará que deje de pensar en él desnudo.

Juro que mi cerebro normalmente está menos confuso cuando no estoy cerca de Finn.

Inhalo, y entonces me doy cuenta de que estoy oliendo el líquido preseminal de Finn.

—¿Por qué no eliges tú? —Finn me pasa el mando a distancia, y algo me recorre cuando nuestros dedos se rozan.

—¿Eh?

—¿Una película?

Claro. Asiento varias veces. —He visto películas antes. Puedo elegir una. No hay problema.

Sus labios se curvan. —Excelente. Me alegro de estar con un experto entonces.

*

Finn

Noah y yo vemos algo de acción. O al menos, él mira, y yo finjo mirar. Estaba pensando en él, y ahora aquí está, a mi lado, en mi puñetera cama.

Está tan cerca de mí. Podría inclinarme y besarlo. Mi corazón retumba.

Aunque las fantasías se supone que son fantasiosas, ¿no? Es decir, la mayoría de las mujeres no quieren acostarse con vampiros, cambiaformas de dragón o alienígenas, ¿verdad? Y yo realmente no quiero acostarme con Noah. Obviamente.

La idea suena a mentira, e intento concentrarme en la película. A veces creo sentir los ojos de Noah sobre mí, pero cuando lo miro, su atención está en la pantalla.

Está en mi imaginación. Pero también es mi marido.

Dios, no puedo creer que nos hayamos casado. Es una locura.

Me descubro sonriendo.

La mirada de Noah se posa en mí. —La mayoría de la gente no sonríe en esta escena.

Echo un vistazo a la pantalla y resoplo. Hay partes del cuerpo volando. —Te prometo que no me encanta la violencia.

—Bueno saberlo después de la boda.

Mis labios se crispan, luego estallo en carcajadas, y él se une a mí. Nos retorcemos en la cama, liberando toda la tensión nerviosa que nos llenó después de Las Vegas.

Finalmente, nos dirigimos al estadio. Noah y yo paramos en mi tienda de zumos favorita por el camino y cogemos zumos verdes, luego conduzco hasta Cambridge en mi Mercedes EQS.

—Nunca he estado en un coche tan increíble —dice Noah con los ojos muy abiertos, mirando el largo salpicadero de cristal.

—¿Cuál es tu color favorito?

—¿Qué?

—¿No es una buena pregunta para conocer a mi nuevo marido?

Él me mira a los ojos. —¿Azul? Pero con gris. No un azul brillante.

Frunzo el ceño. —Oh, ese no es un color que la mayoría de la gente diga.

—Quiero decir... rojo. —Por alguna razón, sus mejillas se sonrojan, aunque solo era una pregunta sobre colores.

—Lo tengo. —Sonrío y enciendo las luces LED, para que brillen en rojo alrededor de los bordes del coche, parpadeando con luces intensas.

—Super guay.

—Espera a verlo de noche. El salpicadero se ve alucinante.

Reduzco la velocidad al acercarnos a la estructura de cristal. El logotipo de los Blizzards nunca me ha parecido tan intimidante, y espero no estar temblando o algo así.

—No será tan extraño —prometo.

—Sí —asiente Noah.

La tensión aún recorre mi cuerpo, y puede que esté temblando. Aparco el coche en el estacionamiento subterráneo.

El guardia nos mira con curiosidad cuando entramos juntos, porque por supuesto sabe que estamos casados.

—Enhorabuena —dice, con voz áspera.

Muestro mi mejor sonrisa de felicidad porque tenemos que vender este romance, luego agarro la mano de Noah. Sus dedos se entrelazan con los míos. Estoy acostumbrado a manos femeninas. No estoy acostumbrado a una mano más grande que la mía, sólida y reconfortante. No me molesta.

Noah y yo caminamos a zancadas por los pasillos. Fotos en blanco y negro de antiguos jugadores exitosos de los Blizzards cubren el pasillo, iluminadas por un resplandor dorado.

Dudo que mis héroes hayan mentido al equipo. Mi corazón se tensa, pero esto está bien. Totalmente bien.

Troy asoma la cabeza desde el vestuario, luego sonríe. —¡Son los tortolitos!

—¿Hemos viajado a los años cincuenta? —refunfuño—. Creía que los porteros debían ser callados y misteriosos.

—¿Quién dice que no soy misterioso? —Los ojos de Troy bailan —. Te acostumbrarás a él, Noah.

—Será el placer de mi vida —dice, y algo en la manera en que lo dice, su voz sincera y feliz, hace que mi corazón lata con fuerza.

Pienso en besarle la mano, pero luego me doy cuenta de que podría ser innecesario. Parece que se me da bien esto de actuar.

Abro la puerta del vestuario, todavía sosteniendo la mano de Noah, y me detengo.

Nos reciben globos dorados y plateados, serpentinas y las amplias sonrisas del equipo. Vinnie y Evan nos miran perplejos, pero incluso ellos sonríen cuando entramos. Una pancarta que dice "Recién casados" cae, y alguien pone "Marcha nupcial".

La música resuena por la sala.

—¡Sorpresa! —grita Troy, y luego nos lanza purpurina y confeti—. La papelería no vendía arroz.

Intento quitarme la purpurina y el confeti del pelo. —No deberías haberte molestado.

Troy se ríe. —¡Beso!

Parpadeo. —¿En serio?

—Por supuesto.

Me pongo tenso, y la brillante sonrisa de Troy se desvanece. Noto que los demás nos miran con más atención, y se me seca la boca. Soy consciente de Evan y Vinnie mirándonos fijamente.

—Quizás no quieran —dice Vinnie.

Oh, no.

—Yo, eh, siempre quiero besar a Finn —dice Noah, como el buen deportista que es.

—Quiero decir, tío, la química entre vosotros dos está fuera de los límites —dice Troy finalmente—. Sacad algo de eso de vuestro sistema.

Los otros se ríen. Siento como si hubieran expuesto un secreto. Como si hubieran leído todos mis pensamientos secretos. Me pongo

tenso. Los chicos no pueden querer realmente que nos besemos, aunque parecen estar asintiendo, sonriendo y riéndose.

Me paso una mano por el pelo, luego deslizo la mirada hacia Noah. Me mira con los ojos muy abiertos. Nunca antes había notado lo largas que son sus pestañas. El rosa asalta sus mejillas, y se muerde el labio inferior.

Recuerdo a qué sabían sus labios cuando nos besamos en la sala de máquinas elípticas en Los Ángeles. Recuerdo cómo se sentía su pecho contra el mío. Recuerdo el aroma cítrico de su piel.

—Mmm... —No me gusta la incertidumbre. Sé que soy un gran patinador. Sé que soy excelente en hockey. Sé que soy genial organizando fiestas. Sé que soy magnífico haciendo vídeos.

Pero esto, esto me hace dudar.

¿Está Noah bien con besarme? El tío vio mi polla esta mañana. Se suponía que ese sería el evento traumático del día. No necesita también sentir mi lengua, sentir mis labios.

Pero entonces Noah inclina la cabeza y murmura en mi oído: —¿Beso de Hollywood?

Mi piel hormiguea desde donde sus labios casi tocaron mi cuello, y entonces recuerdo asentir.

Noah desliza su brazo alrededor de mi cintura y me inclina hacia abajo.

Silbidos y aplausos estallan a nuestro alrededor, y me doy cuenta de que si fuéramos una pareja de verdad, esto sería increíble. Han aceptado tan fácilmente que somos bisexuales. No hay ningún problema.

Mi equipo es el mejor. Estos chicos son increíbles.

Pero cuando Noah roza sus labios contra los míos, el único pensamiento que tengo es que *él* es absolutamente maravilloso, al 100%.

—Parece que los rumores son ciertos —dice una voz profunda detrás de nosotros por encima del zumbido del aire acondicionado.

Sobresaltado, el agarre de Noah sobre mí se afloja. Me deslizo de sus brazos, luego me sujeta hacia él de manera torpe y me pone de pie.

Ambos miramos fijamente al dueño de los Blizzards, y mi mandíbula se tensa.

Mierda.

CAPÍTULO VEINTE

Noah

Esta no es la forma en que esperaba conocer a Hiroshi Tanaka, uno de los multimillonarios de Japón, que hizo su fortuna en electrónica y decidió diversificarse en todos los sectores.

Normalmente, veo su foto en alguna portada de revista. A veces, fragmentos de sus entrevistas aparecen en SlickSlide, mientras comparte sabiduría para que todos los demás también puedan convertirse en multimillonarios.

Es un poco más bajo de lo que imaginaba, pero no menos imponente. Ahora su disgusto no está centrado en el aumento de los costes energéticos, sino en mí.

—Por esto mis asesores me dijeron que no comprara un equipo estadounidense —refunfuña—. Será mejor que vengáis conmigo.

—Eh... Por supuesto, señor.

Los otros nos lanzan miradas preocupadas y comienzan a recoger el purpurina y los globos. Esto no es bueno. Se supone que el dueño del equipo no debe saber quién soy, y no debería estar regañándome.

Mi posición de repente se siente precaria. ¿Me van a enviar lejos, después de todo? ¿Providence me seguirá queriendo? Allí ya me han reemplazado. El pánico se apodera de mis venas.

—No sabía que los vestuarios se habían convertido en orgías.

—Éramos las únicas personas besándose.

El dueño del equipo me fulmina con la mirada. —Eres el chico que se cayó sobre el hielo.

Cierro los ojos. —Lo siento muchísimo.

—¿Tan arrepentido que te casaste con uno de mis jugadores estrella? Creo que vosotros los estadounidenses lo llamáis un cuento de Cenicienta. Hace difícil enviarte lejos ahora, ¿no?

Me tenso. No esperaba que nos descubriera el plan tan a fondo.

Finn desliza su mano en la mía y se apoya en mi hombro. —Estamos enamorados, señor.

Mi corazón revolotea con sus palabras, aunque sé que todo es fingido.

—Estadounidenses —murmura Tanaka—. Tan románticos. Tan expresivos. Tan individualistas.

El nerviosismo me recorre, haciendo que cada parte de mi cuerpo esté rígida e insegura. —¿Va a haber algún problema?

—La gente en Japón no siempre es heterosexual —musita Tanaka.

—Claro. Por supuesto.

—Me gusta que mis vestuarios no se conviertan en salas de fiesta. Me gusta que mis jugadores estrella no estén distraídos. Me gusta no encontrar a mi equipo siendo el hazmerreír de los programas nocturnos de televisión cuando nuestro flamante jugador se desploma en el hielo como mi hija de cinco años.

Tanaka abre una de las puertas de madera que parece mucho más cara que cualquier cosa que vi en New Hampshire, y nos conduce a Finn y a mí a una sala de conferencias.

Mi estómago hace una de esas piruetas de patinaje artístico, y Tanaka nos hace un gesto para que tomemos asiento. Si no supiera la verdad, podría estar relajado.

Pero todo el mundo conoce a Hiroshi Tanaka y cómo ha hecho crecer su negocio hasta alturas vertiginosas. Detesta los errores. Despide a la gente. Probablemente no esté acostumbrado a aparecer en las noticias por nada que no sean artículos alabándolo.

Quiero decir, es súper guay que haya llegado a ser tan exitoso. Pero eso no impide que mi estómago se anude, como si estuviera recreando los nudos de pesca que hace mi tío Will.

Tanaka introduce algo en su teléfono, y no me sorprende cuando la sala comienza a llenarse de otras personas.

Otras personas con trajes. Otras personas que miran a Finn y a mí de la misma manera en que mi madre examinaría una araña que se hubiera metido en casa, calculando si aplastarla con su zapato o tomarse la molestia de poner un vaso y un cartón encima y transportarla fuera.

Se sientan en sillones modernos, sin duda de piel ridículamente cara.

Tal vez somos el tipo de problema que probablemente deje manchas y antenas en los zapatos, y destruirnos es algo que debe evitarse.

—Estos son los alborotadores —Tanaka nos señala—. La pareja extasiada.

Muestra una fría sonrisa corporativa que se apodera de cada uno de mis miembros, y le devuelvo la sonrisa intentando no parecer al borde del desmayo.

Una ráfaga de felicitaciones poco convincentes resuena en voces suaves que casi no puedo oír.

—Me han informado que hay rumores en línea de que este romance trata sobre mantener a Noah con los Blizzards. ¿Es correcto ese rumor?

Finn coloca su mano sobre la mía. —Ese pensamiento nunca se nos ocurrió cuando nos casamos.

—No creo que se os ocurrieran muchos pensamientos cuando os casasteis —dice Tanaka, y las palabras dejan la cara de Finn teñida de rojo.

—Hay algo de verdad en eso —concede Finn.

—Ja.

—Nos motivó el amor —Finn me mira—. Mi conejito se veía adorable, y quería hacerlo mío por el resto de los tiempos.

La fría brisa del aire acondicionado me recorre la espalda.

—Nunca te dediques a la poesía —dice Tanaka.

—Lo prometo, señor.

Tanaka pone los ojos en blanco, pero mira a las personas que no van a trabajar con pantalones y sudaderas. —¿Cuáles son nuestras opciones?

—Esta es una oportunidad para mostrar al país que los Blizzards están a la vanguardia de la diversidad —dice una mujer con un traje verde lima.

—Habría sido más conveniente hace cinco años —los ojos de Tanaka se posan en Finn—. ¿No podríais haberos enamorado entonces?

—Umm...

Tanaka examina su iPad. —Y has salido con muchas mujeres —frunce el ceño—. Muchas, muchas mujeres —continúa desplazándose—. Vaya.

Me pongo tenso. ¿De cuántas mujeres está hablando Tanaka? Puede que haya visto todos y cada uno de los vídeos de Finn, pero esos son los que él publicó. Quizás lo conozco menos bien de lo que pensaba.

Dios, me pregunto si puede notar que he tenido pensamientos no estrictamente de compañero sobre él. Ojalá no hubiera sugerido lo del beso. Le he besado dos veces ya.

Él ha sido besado por las mujeres más atractivas de la ciudad. No quiere besar... a mí.

La vergüenza burbujea dentro de mí, y de repente mis hombros están mucho menos erguidos. Mis órganos son un desastre que se retuerce.

La piel de Finn enrojece. —¿Seguís eso?

—Nos aseguramos de registrar todas las veces que ha aparecido en las noticias —dice la mujer del traje verde lima.

—Entonces tengo una lista incompleta —dice Tanaka.

—No me casé con ninguna de esas personas.

—Gracias a Dios por eso.

Me hundo en el asiento, con los hombros cayendo como mi corazón. Mi mente se inunda de imágenes de Finn con despampanantes mujeres que se cuelgan de él en clubes ante periodistas de tabloides y paparazzi, para luego colgar de él en su dormitorio frente a sus lujosas persianas.

Quizás no estoy actuando lo suficiente como un recién casado deslumbrado que comienza su felices para siempre con la persona de sus sueños, porque los labios de Finn se tornan hacia abajo.

Entonces Finn me rodea con un brazo sobre el hombro, y odio tomar fuerzas de ello como si fuéramos una pareja real. Sé que está preocupado porque parezco fuera de mi elemento. Tal vez le preocupa que suelte la verdad, como si Tanaka fuera un sacerdote y yo creyera estar en confesión.

Me recuesto para sentir su brazo más completamente, para que su calor me dé estabilidad. Dios, lo que este hombre ha sacrificado.

A Finn le gusta salir de fiesta. Disfruta acostándose con mujeres súper sexys. Incluso interrumpí su sesión de masturbación. Ni siquiera pudo hacer eso porque yo estaba en su apartamento y pensé que era buena idea irrumpir en su habitación y luego no marcharme.

Ha hecho tanto por mí. Quizás debería aceptar la ira de la dirección del equipo y volver a la AHL, suponiendo que me permitieran regresar.

Finn me lanza otra mirada. Su expresión es de preocupación, como si pudiera leer mis emociones. Tal vez puede oír la rapidez de mi respiración o el constante, cada vez mayor y más violento latido de mi corazón.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Finn—. Porque necesitamos volver a entrenar.

—Cierto —Tanaka parece arrepentido—. Os enviaremos a entrevistas —Mira a la mujer del traje verde lima—. Daniela, organiza tantas como puedas. Queremos entrevistas en televisión, periódicos, revistas.

—¿Transmisiones deportivas? —pregunta Daniela, anotando algo.

—Y cualquier cosa LGBQ... —frunce el ceño.

—LGBTQ —dice Daniela.

Tanaka asiente.

—Podríamos, por supuesto, esperar que esta historia sea engullida por el ciclo de noticias —dice Daniela.

—La gente ha estado esperando esta historia durante años —dice Tanaka—. ¿Dos compañeros de equipo que se enamoran y se casan? No, necesitamos que cuenten la historia. Necesitamos controlar la narrativa —Frunce el ceño—. Porque la alternativa, pensar que se emborracharon y se casaron porque podían...

Me esfuerzo por no retorcerme, y Finn se tensa a mi lado. Mi corazón parece estar haciendo todo lo posible por salirse de mis costillas y volar de la habitación, sobre el río Charles, y no detenerse hasta llegar a Europa.

Tanaka nos dirige una mirada severa. —Eso sería un escándalo. Uno del que sus creadores no podrían recuperarse.

Daniela desliza su mirada hacia nosotros. —Si eso fuera cierto por alguna razón, ¿no deberían decírnoslo ahora?

Ella lo sabe.

Finn inhala bruscamente, y yo presiono mi mano sobre su muslo. Su respiración se vuelve más regular.

—No —la voz de Tanaka es firme—. Los Blizzards es un equipo lleno de profesionales que juegan un hockey que hace que todos los demás equipos tengan miedo. Los Blizzards no es un equipo de niños pequeños que se ríen del concepto de matrimonio.

—Trabajaré en programar entrevistas —Daniela nos mira a Finn y a mí—. ¿Confío en que mantendréis vuestras agendas abiertas?

—Encantados —la voz de Finn es tranquila, firme y reconfortante. Él es mucho mejor en esto que yo. El aire se siente menos denso, menos tenso con sus palabras. La calma se extiende por la habitación.

—Tenemos un plan —dice Tanaka.

—Mi madre está planeando una celebración de boda para nuestras familias este fin de semana —dice Finn—. ¿Deberíamos enviaros algunas fotos?

—Creo que necesitaréis un fotógrafo profesional para inmortalizar vuestro amor de manera efectiva —dice Tanaka.

—Y algunos periodistas para redactarlo todo —Daniela sonríe ampliamente.

La habitación está feliz, pero la ansiedad recorre mi cuerpo, y cuando miro el rostro retraído de Finn, empapado en sudor, aunque todavía no hemos patinado, sé que él siente lo mismo.

Estamos jodidos.

Y todo saldrá a la luz este fin de semana.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Finn

Intento no soltar una retahíla de palabrotas mientras Noah y yo caminamos de vuelta al vestuario. Que me reprendan por decir palabrotas no es lo que quiero que pase ahora, y no estoy seguro de quién nos está prestando atención.

Quiero decir, ¿una pareja normal estaría completamente feliz de que su gran día vaya a ser grabado por profesionales, verdad?

Y no es como si fuera mi verdadero gran día: es una fiesta para celebrar nuestro amor.

Nada importante.

Pero se siente enorme.

—No sé si mis padres podrán venir —los ojos verdes de Noah se dirigen hacia mí antes de concentrarse en las fotos de la pared.

—Oh —mi frente se arruga y me imagino a los padres de Noah no estando allí. Sí, después de nuestra charla con el propietario y la dirección del equipo, eso no daría muy buena imagen.

Los pasos de Noah son rígidos, y quiero atraerlo hacia mí.

—¿Porque es caro? —pregunto.

Sé que Noah y yo venimos de entornos económicos diferentes. La mayoría de la gente viene de un entorno económico diferente al mío, aunque el de Noah parece particularmente distinto.

—¿A cuántas horas están de Boston?

—Tres horas y media.

—Diles que pueden quedarse con nosotros.

—No quisiera que se sintieran como una molestia...

—No tienen que pensar en hacer un viaje de siete horas en un solo día. Tengo los dormitorios. Además, ¿con qué frecuencia te ven? Deben echarte de menos.

Los labios de Noah hacen algo que se parece a una sonrisa, pero eso solo hace que me duela el corazón.

—Está bien —le digo, aunque no estoy seguro de cuál es el problema.

Pero sé que echo de menos las risitas de Noah y sus carcajadas a pleno pulmón, como las que me dio esta mañana en mi cama, las que me ha dado en otros momentos, el tipo de risas que no le he oído dar a nadie más.

No me gustan otras versiones de Noah, donde muestra sonrisas educadas y forzadas que cree que quiero, cuando lo único que quiero es escucharle reír y verle relajado.

—No estoy seguro de que lo esté —dice Noah.

—Diles que pueden quedarse con nosotros —repito.

Me mira, y por un momento, su mirada se detiene en mis labios. El momento es tan breve que pienso que podría haberlo imaginado. Noah ahora se apresura hacia el vestuario. La conversación privada que estábamos teniendo en el pasillo no va a continuar. Al menos no por ahora.

Pero esta mañana creo que le vi mirar... allí.

Y creo que vi vergüenza en su rostro después.

¿Se dilataron sus pupilas? ¿Estaban sus mejillas más sonrojadas que cuando entró?

De repente, es esencial que recuerde todo lo que ocurrió en ese momento de horrible vergüenza.

¿Es posible que Noah *sienta algo por* mí? Esos besos que nos dimos fueron buenos. ¿Soy el único que piensa así? ¿Es posible que él sienta lo mismo?

Quiero preguntarle todo. Pero las palabras se sienten ridículas en mi lengua. Noah nunca ha dado ninguna indicación de que le gusten los hombres. El hombre tuvo una novia. Una relación seria de varios años.

No puedo acercarme a él y preguntarle si está sintiendo emociones románticas. No puedo preguntarle eso y ver shock e incomodidad en su rostro. Necesitamos fingir que estamos juntos durante el próximo año, y no quiero que se preocupe de que vuelva a insinuarme. No quiero que piense que esto es un largo y loco intento de seducción. Está en mi casa. Yo le metí en esto. No puedo pedir lo loco, lo imposible, y me siento aliviado cuando llegamos al vestuario.

Las serpentinas y los globos han desaparecido. Caminamos sobre el purpurina y, esta vez, no suena música cuando entramos, ni se oyen vítores.

*

Noah

Finn está callado el resto del día. Está a mi lado en las cintas de correr, y luego nos vigilamos mutuamente cuando levantamos pesas.

Pero su mirada está preocupada, su mandíbula tensa.

Nadie más lo nota.

Jugamos contra Carolina por la noche y perdemos, 1-0. Evito mirar hacia el palco del propietario.

Normalmente, podrían llamar a Finn para responder algunas de las preguntas de los reporteros, pero Daniela nos hace escabullirnos. No vamos a celebrar accidentalmente una rueda de prensa sobre nuestra relación la misma noche de una derrota.

Finn está callado mientras nos lleva de vuelta a su apartamento. Boston brilla a nuestro alrededor, con edificios altos e imponentes que centellean a través del techo panorámico. Cada fachada del centro es hermosa, todas superando al ayuntamiento de mi pueblo en New Hampshire. Entramos en el lujoso aparcamiento bajo el reluciente complejo de apartamentos de Finn en Seaport y permanecemos en silencio mientras el ascensor sube rápidamente hasta su apartamento.

La conversación que mantenemos en la cocina es forzada. Al parecer, ninguno de los dos tiene hambre, y ambos estamos ansiosos por irnos a dormir.

Una vez en mi habitación, le mando un mensaje a mi madre y le transmito la invitación de Finn para quedarse con nosotros.

Ella responde de inmediato.

Mamá: Lo pensaremos.

Suspiro y aparto mi teléfono. Lucho contra el impulso de ir a la habitación de Finn y contárselo, y en su lugar me concentro en dormir.

Entonces suena el timbre.

Me tenso, preguntándome si debería responder o si Finn lo habrá oído. Los pasos de Finn se dirigen hacia la puerta. Tras un momento de duda, salgo de la habitación y le sigo por el pasillo. Un mal presentimiento me oprime el estómago, y me quedo en el pasillo.

Finn abre la puerta, entonces Madison entra con elegancia en el apartamento, llevando una botella de Dom Pérignon.

—¿Madison? —pregunta Finn—. ¿Qué haces aquí? —frunce el ceño—. ¿Ha pasado algo en tu apartamento? ¿Necesitas mi ayuda?

—¿Quieres prestarme azúcar? —Madison suelta una risita—. ¿O abrir un tarro de pepinillos?

Me pego a la pared, esperando que la sombra me oculte.

—¿Cómo es que mi teléfono está explotando con noticias sobre tu boda? —pregunta Madison.

Finn inhala, y odio que estemos en esta situación. —Noah es mi marido.

—Tu marido falso.

Las palabras resuenan por todo el apartamento. ¿Somos Finn y yo tan evidentes?

Finn inhala. —Nuestro matrimonio es real.

—Quieres decir que vuestro matrimonio falso es real.

—Eso no tiene sentido, Madison.

—Os vi a los dos. No os conocíais. No tiene sentido.

Debería irme. Claramente esta conversación no es para mí. Y sin embargo, mis pies se han convertido en árboles, y no puedo alejarme de la presencia de Finn más de lo que los árboles pueden alejarse de sus raíces.

—Lo pasamos bien juntos —dice Finn finalmente.

—¿Te refieres a cuando vomitó? ¿O cuando deshonró a los Blizzards con su patinaje espantoso?

Cada palabra raspa contra mi alma, y me apoyo más contra la pared. No quiero que me vean escuchando esta conversación.

—Tú no patinas, Madison. El hielo es resbaladizo. Le podría haber pasado a cualquiera.

—No he venido para oírte mentirme, Finn Carrington. Soy tu amiga, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo.

—Pensé que podrías necesitar una ahora.

Finn se pasa la mano por el pelo. —Eso es amable.

Ella gira hacia él, y incluso desde aquí, puedo ver la amplitud de su pecho al estilo Sydney Sweeney, y la pequeñez de su cintura. Es preciosa.

Su voz se vuelve ronca, y rodea con sus brazos el cuello de Finn. —Además, pensé que íbamos a tener una noche juntos.

—¿Quieres una noche juntos ahora?

Ella echa la cabeza hacia atrás, y su melena oscura se agita detrás de ella. Es la sensualidad personificada. —Fóllame, Finn.

CAPÍTULO VEINTI-DÓS

Finn

Madison está impresionante, y su aroma floral me envuelve. Su pelo oscuro rebota, y sus pestañas negras suben y bajan. Tiene la sensualidad dominada. Me lanza una mirada cómplice y sus labios brillantes color coral se curvan en una sonrisa pícara.

Hemos estado coqueteando durante meses. Hemos ido creando tensión, y ahora ella quiere sexo. Sería fácil rodear con mis manos su diminuta cintura, subirla a la encimera de la cocina y tener el tipo de sexo salvaje que insinuó.

—Te serviré una copa —dice con voz ronca.

Sería fácil seguirle la corriente en todo lo que dice. Sería fácil susurrarle los secretos sobre lo que Noah y yo somos realmente, para tener a alguien en el mundo que sepa por lo que estoy pasando.

Por fin sabría si sus pezones son morenos o rosados, y por fin sabría qué tipo de vello tiene ahí abajo.

Liberaría todo el estrés que recorre mi cuerpo y me recordaría a mí mismo que no tengo un flechazo con un hombre.

Sonríe con picardía, y sé que piensa que voy a decir que sí. Sé que cree que vamos a estar besándonos en unos tres segundos, y que voy a estar follándomela en el tiempo que se tarda en quitarle las bragas.

Pero no voy a acostarme con ella con Noah en la habitación de al lado y, para ser sincero, no estoy seguro de querer hacerlo. Madison no ha estado en mi mente.

Si hubiera habido algo entre nosotros, nos habríamos juntado mucho antes. No, Madison piensa que es excitante conocer secretos, y no le voy a dar este para que lo proteja y lo mantenga a salvo. No voy a poner el futuro de Noah en sus manos, por muy sexys que sean.

Cuadro los hombros. —Madison.

—¿Cariño?

—Tienes que irte. Ahora.

—Pero...

—Soy un hombre casado.

Su cara enrojece. —No eres nada divertido. ¡Pensaba que éramos amigos!

—Lo somos.

—Entonces por qué... —Frunce el ceño—. ¿Me estás diciendo que realmente te *gusta*?

—Me casé con él.

—Vale. —Madison se contonea al pasar junto a mí.

No me giro para despedirme de nuevo, y cuando la puerta se cierra tras ella, la cierro con llave.

Mierda.

Me sirvo un poco de agua, y entonces creo oír pasos en el pasillo.

¿Habrá escuchado Noah mi conversación con Madison? Sin embargo, cuando paso por su habitación, su puerta está cerrada.

*

Noah

No le pregunto a Finn sobre su visitante nocturna a la mañana siguiente, y él no la menciona. Pero no pasó la noche con ella. Un hecho que me hace sentir culpable, pero también algo feliz. Y luego culpable otra vez por pensar así.

—Has estado callado hoy —dice Finn mientras conducimos hacia el estadio.

—¿De verdad?

—¿Hay algo que quieras preguntarme? —La voz de Finn exuda una falsa naturalidad.

Me tenso. ¿Se preguntará si escuché a Madison anoche?

Mi teléfono vibra y lo saco agradecido.

MAMÁ: Tu padre y yo estaremos en Boston a las 4 PM. Te vemos pronto.

Parpadeo ante la pantalla.

—¿Qué pasa? —Finn gira el volante. La luz brilla en sus muñecas besadas por el sol, y aparto la mirada.

—Mis padres vienen.

—¡Eso es genial! —Finn me lanza su brillante sonrisa, y mi corazón hace ese tambaleo cada vez más habitual.

—Vienen hoy. —Frunzo el ceño—. Debería haber sido más específico cuando les invité para el fin de semana.

Finn frunce el ceño. —Hoy es viernes. Es natural que vengan hoy. Y así no estarán agotados para la fiesta de mis padres. —Abre mucho los ojos—. Está bien, Noah. De verdad.

—Pero dormirán...

Parpadea y se recuesta. —Oh.

Los sonidos del exterior llenan el coche porque no estamos hablando. Las ruedas del coche susurran sobre el pavimento, y el intermitente derecho hace clic mientras gira hacia Cambridge.

No me revuelvo en el asiento. Estoy completamente inmóvil, mientras el conocimiento de que he incomodado a Finn una vez más se desliza sobre mí tan eficazmente como cualquier apisonadora.

—Oye... —Finn inclina la cabeza hacia mí—. Está totalmente bien, tío. No te preocupes. Les darás a tus padres tu habitación, y nosotros compartiremos.

—No quiero ocupar tu habitación.

Un destello de dolor cruza su rostro por un momento. Lo estoy manejando todo mal.

—Quiero decir, no quiero ser una molestia.

—¿Una molestia? ¿Ahora hablamos como abuelas?

Parpadeo.

—Compartimos habitación durante los partidos fuera. Seguro que seguiremos compartiendo habitación en los desplazamientos, porque nadie quiere separar a los recién casados.

—No quiero invadir tu espacio.

Hay un ligero momento incómodo. Le pillé masturbándose ayer.

—Va a ser estupendo —promete Finn—. Además, tengo una tele en mi dormitorio. Nos lo pasaremos bomba.

—¿Así la tele puede tapar los sonidos de todo el ruidoso sexo que no estamos teniendo?

Las pupilas de Finn se dilatan por un momento, y un coche detrás hace sonar el claxon.

—Mierda. Lo siento. —Finn aprieta su agarre en el volante, y decido no distraerle más.

Hay otras cosas en las que pensar. Como lo que pensarán mis padres al conocer a mi marido. Y entonces recuerdo que ellos *están* viniendo a visitarme. A pesar de que estoy casado con un hombre. A pesar de que estoy seguro de que no conocen a otra pareja gay en la vida real y siempre han sido desaprobadores.

Me sorprendo sonriendo en este día húmedo y nublado.

Los labios de Finn se curvan. —Va a ser increíble. Ya verás.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Finn

Es posible que exagerara ligeramente mi entusiasmo por la visita de los padres de Noah. El nudo en mi estómago no se siente nada bien.

Noah ha trasladado su ropa y sus cosas a mi dormitorio, donde, francamente, pertenecen.

Ahora estoy dando vueltas por la cocina, esperando para dar el paso a los padres de Noah.

Nunca he conocido a los padres de nadie, y compruebo una y otra vez que todo está listo. Nunca me han presentado como el novio de alguien, y ahora me van a presentar como el marido de alguien.

Y es una mentira.

Dentro de un año, se enterarán de que Noah y yo nos estamos divorciando, y me odiarán.

Trago el sabor ácido que tengo en la garganta.

Suena el timbre. Están de camino.

—¡Noah! ¡Tus padres están a punto de llegar!

—Vale. —Noah corre hacia mí desde mi habitación. Sus pies con calcetines se deslizan por los suelos pulidos y brillantes. Gabriella hace un trabajo fantástico, y lo sujeto.

—Cuidado, cariño —le digo.

Sus ojos se abren de par en par. —Te estás metiendo en el personaje.

Parpadeo, luego reflexiono sobre lo que he dicho. Muestro mi sonrisa más confiada. —Por supuesto. —Me acerco más a él—. ¿O prefieres conejito? ¿Calabacín? ¿Pastelito? ¿Disco?

Parpadea. —Nadie llama disco a su pareja.

—Yo sí, mi dulce disco.

Noah se ríe de mí, asombrado. Sus ojos verdes son más grandes que antes, y algo en mi corazón se calienta.

—¡No puedes llamarme así! —exclama.

—¿Por qué no?

—¡Suena sucio!

Resoplo. —¿Es por eso que te metiste en el hockey?

Un color rosado invade las mejillas de Noah.

Suena el timbre de la puerta, y él se gira hacia ella. Me apresuro a abrir.

Dos versiones mayores de Noah están de pie torpemente. Su madre tiene sus brillantes ojos verdes y pómulos altos, y su padre tiene su figura atlética, aunque algo más redondeada. Me miran con recelo.

Dios, no los culpo.

Mi corazón late más y más rápido. Quiero irme.

Aun así, hago un gesto florido hacia el apartamento y sonrío, aunque sus padres no intentan ningún movimiento ascendente de labios por su cuenta. —Bienvenidos.

*

Noah

—Estamos muy contentos de que hayáis podido venir —exclama Finn—. Absolutamente encantados.

Mis padres intercambian miradas de asombro.

—Mis padres están deseando conoceros mañana —continúa Finn, con toda la energía de un anfitrión excepcional—. Pensé que podríamos pasar el rato y luego salir a cenar. ¿Os parece bien?

—Eh...

La expresión de Finn se vuelve seria. —O si queréis descansar, podéis hacerlo. Vosotros dos debéis estar exhaustos. ¿O tal vez queréis ver la ciudad? Yo, em, puedo llevaros en coche.

—Tu plan suena genial —dice mamá.

—Bien. —Finn asiente más veces de lo necesario, y después de preguntarles sobre sus gustos en bebidas, le da a mi padre una IPA y a mi madre algo de vino blanco. Afortunadamente, no menciona lo que pasó la primera vez que me dio alcohol.

Finn dirige a mis padres al sofá, para que tengan la mejor vista del puerto de Boston. Los dos nos sentamos en sillones a cada lado

de ellos, y Finn y yo no tenemos que preocuparnos por nuestro lenguaje corporal para parecer suficientemente enamorados.

Mis padres pican agradecidos los aperitivos que Finn encargó a algún servicio de catering. Dado el generoso untado de queso de cabra y el uso frecuente de jamón, el catering se ha inclinado más hacia lo delicioso que hacia el lado saludable del espectro.

—Entonces, ¿realmente estáis casados? —pregunta mi padre después de llenar su plato con aperitivos y recostarse en el sofá.

Finn y yo intercambiamos una mirada. Tengo un extraño impulso de acurrucarme en el borde del sillón de Finn o sentarme en su regazo. Pero eso es ridículo.

—Estamos casados. —Finn se mueve en su asiento, y su mirada se desvía por un segundo—. Fue repentino. Nosotros, em, deberíamos haberos invitado.

—¿Estabais borrachos? —pregunta mi padre.

Me pongo rígido.

—Noah no estaría borracho, cariño —dice mamá, riendo—. Es un hombre responsable.

Esta vez, Finn se pone rígido. La agradable conversación ha derivado hacia un territorio desagradable.

—Me importa vuestro hijo —dice Finn, sin hacer contacto visual conmigo—. Es increíble. Deberíais estar muy orgullosos.

Mis padres asienten, aplacados.

Espero que reflexionen sobre lo extraño que es que esté casado con un chico, no con una chica, pero el comentario nunca llega, y al poco tiempo salimos a caminar hacia el elegante restaurante que Finn ha seleccionado.

Afortunadamente, Boston ha decidido no llover esta noche, y caminamos la corta distancia hasta el muelle. El puerto está tranquilo y quieto, y las brillantes luces de la ciudad se reflejan en el agua, hasta que un pequeño barco las atraviesa, haciendo que las luces desaparezcan en sus ondas.

—Esto es precioso —exclama mi madre, y mi padre sonríe y la besa en la mejilla.

—Se están dando la mano —susurra Finn, y me estremezco cuando su cálido aliento me llega al oído.

—Son asquerosos —digo, porque, Dios, son mis padres.

Finn se estremece. Quiero meter las palabras de nuevo en mi boca. Finn se aleja de mí, y de repente soy consciente de la fresca brisa nocturna.

¿Por qué hay decepción en su rostro? ¿Quería cogerme de la mano? Es decir, obviamente no quería. Pero no parece feliz. Probablemente no está impresionado con mis habilidades interpretativas.

Extiendo mis dedos hacia él, y sonríe y los agarra con su mano. Mi corazón tropieza, y estoy respirando por la nariz y la boca solo para conseguir suficiente oxígeno. Porque la mano de Finn es cálida y grande, y es una experiencia completamente diferente a la de coger la mano de Abby. Me gusta. Aprieta mi mano y algo me recorre como una descarga. Vaya.

Probablemente tenía frío. Su mano está caliente. Seguimos cogidos de la mano incluso cuando esperamos en la fila para la anfitriona, e incluso cuando nos lleva a la mesa que da al agua. Solo entonces recuerdo que nuestras manos siguen entrelazadas, y suelto una risita incómoda cuando él suelta su mano.

Un camarero nos guía a través del menú, y otro trae una mesita para el bolso de mi madre.

La música de big band flota en el aire de la noche, y los ojos de mi madre se agrandan cuando observa a los músicos vestidos de negro tocando sus relucientes instrumentos de metal. —Qué encantador.

—Ajá —asiente mi padre, y su rostro se suaviza mientras contempla las luces parpadeantes, la gente feliz y el oscuro puerto.

—Oh, cariño. Esto es genial —parlotea mi madre—. ¿Es uno de tus restaurantes favoritos?

—También es mi primera vez aquí.

—Acaban de casarse —le recuerda mi padre a mi madre, y la incomodidad que Finn había conseguido disipar antes regresa con toda su fuerza.

—Este es uno de los restaurantes favoritos de mis padres —dice Finn, mostrando de nuevo su amplia sonrisa—. Los conoceréis mañana.

—Así que ellos, um... —La voz de mi padre se apaga, pero no antes de que su mirada rebote entre nosotros.

Finn me mira.

—Creo que mi padre está intentando preguntar si a tus padres les importa que estemos casados.

—Solo les importa no haber podido verlo —dice Finn.

Mi padre asiente rápidamente. Quiero preguntarle si tiene más preguntas, pero no me gusta la culpa, la confusión e incluso la ira que burbujea dentro de mí. Así que, en su lugar, me concentro en el menú y dejo que Finn se lance a una larga discusión sobre el entusiasmo de su madre por las fiestas de cumpleaños y su horror ante lo que podría convertir una boda.

Mi madre intenta reír en los momentos adecuados, pero el tipo de celebraciones con catering que evidentemente disfruta su madre están lejos de nuestras propias experiencias.

—Habrá algunos periodistas en el evento de mañana —les advierto—. No tenéis que responder a ninguna pregunta.

Cuatro camareros nos rodean con comida en el mismo momento exacto, evitando la crisis de que algunos de nosotros nos viéramos obligados a esperar a que llegara la comida de los demás. Mis padres exclaman ante los mariscos a la parrilla.

Pronto, mi padre y Finn charlan sobre hockey, mientras mi madre interrumpe para maravillarse más con la comida y la decoración.

Finalmente, caminamos de regreso al reluciente complejo de apartamentos, pasamos junto al siempre amable portero y tomamos el ascensor hacia arriba.

Mis padres expresan nuevamente su agradecimiento por la cena, luego Finn y yo volvemos a su habitación.

—Tienes unos padres agradables —dice Finn, cuando la puerta está cerrada, y se quita la camisa.

—L-lo sé. —Recuerdo apartar la mirada, y pretendo que la pared blanca lisa es más interesante que el torso musculoso de Finn.

—¿Qué ocurre? —pregunta Finn.

—Pensé que quizás se preguntarían por qué me casé con un hombre.

—No tuvieron que preguntárselo después de conocerme. —Finn me guiña un ojo.

Examino los cojines de la cama. —¿Están ahí para que te los lance?

Finn suelta una risa ahogada.

Decido que la violencia, incluso la variedad con cojines, no es como quiero agradecer a Finn por esta noche, pero cuando miro a Finn, está frunciendo el ceño, como si realmente le hubiera lanzado los cojines.

—¿Tus padres conocieron a tus novias anteriores? —pregunta.

—No creo que mis padres las mencionen mañana —le tranquilizo —. No te interrogarán.

Su ceño permanece fruncido. —Solo quería saberlo.

—Oh. —Me siento en la cama y me quito la camisa.

Su mirada se desvía de mí, luego va a su cómoda y saca un pijama.

—Salí con Abby durante la universidad. Rompimos a principios de este año.

Sus ojos se ensanchan. —Tío, saliste con ella mucho tiempo.

—Supongo. —Me levanto y me quito el cinturón, deslizándolo por las trabillas.

—¿Así que estabas enamorado?

—Eso creía.

—¿No estás seguro?

Me paso la mano por el pelo. —¿Cómo se supone que sabemos cómo se siente el amor? Es algo que vemos que otras personas dicen tener. Algo que vemos en películas. O leemos.

Sus ojos no se ablandan.

—Abby era agradable. E inteligente. Era estudiante de medicina. Nos llevábamos bien.

—¿Entonces por qué rompisteis?

—Técnicamente, ella rompió conmigo.

—Oh. —Retrocede—. Tú no habrías roto con ella.

—Probablemente no —admito, pero no es una declaración que me haga sentir orgulloso—. Era dulce. Podría haber salido con ella para siempre.

Finn parpadea rápidamente, luego se da la vuelta. Su reacción es extraña. Es decir, hemos prometido divorciarnos el uno del otro en el próximo año, pero eso es diferente, ¿verdad?

Este matrimonio fue accidental.

Y ninguno de los dos es gay.

O al menos, Finn no lo es. La incomodidad que me ha llenado este último año no se detiene cuando estoy en presencia de Finn. Mi mirada se desvía hacia su cuerpo con más frecuencia de la que me siento cómodo, más a menudo de lo que quiero que él sepa.

Y aunque puedo hablar con Finn sobre muchas cosas, no puedo hablarle de esto.

No hay vuelta atrás después de declarar que quizás no eres tan heterosexual, que estarías abierto a... más.

No quiero que tenga que explicarme incómodamente que él no se siente así, y no quiero que se pregunte si disfruté demasiado sus besos. Dios, ya he visto a este hombre desnudo antes. No quiero incomodar al hombre que ha sido tan amable conmigo, tan amable con mis padres.

Finn sigue actuando de forma extraña. Su mandíbula está tensa, su cuerpo rígido. Quizás esté molesto porque no puede simplemente desplomarse en la cama. Por qué quiere hablar de Abby está más allá de mi comprensión. Pero no voy a negarle nada.

—No la echo de menos —admito—. Debería haberla echado de menos, ¿verdad? Pero aunque nunca consideré romper con ella, no me sentí destrozado ni nada cuando me dijo que quería dejarse abierta a conocer a alguien nuevo y que no me veía en su futuro.

—Oh —los hombros de Finn bajan una fracción.

—Era inteligente y dulce. Rara vez nos veíamos. Ella estaba ocupada con medicina y yo estaba ocupado con el hockey. Me gustaba tener a alguien a quien llamar al final de cada día, pero eso era principalmente lo que teníamos al final. Quizás no nos esforzamos lo suficiente para salir en citas. Quizás no nos importaba.

—Lo siento —dice Finn.

—Está bien. Era una buena persona y enriqueció mi vida. Pero no era mi para siempre. Y no creo que alguna vez estuviera loco por ella, ni siquiera al principio.

Frunzo el ceño. Obviamente, he dicho demasiado. Finn no necesita oír que mi relación más larga no fue apasionada.

Pero cuando lo miro, está sonriendo, y quizás he dicho lo que necesitaba decir para hacerlo feliz de nuevo.

—Eres un tipo apasionado —me guiña un ojo.

Siento que mis mejillas se calientan y me obligo a reír, pero el sonido es incómodo, sin duda debido a la opresión en mi pecho. —Le hemos dado un espectáculo al entrenador.

—Probablemente todavía está traumatizado —Finn se mete en el baño, y yo intento reírme, pero mi pecho sigue oprimido y el sonido no sale.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Finn

La luz se filtra por las cortinas, como ha hecho mil veces desde que me mudé a este apartamento hace tres años.

Pero esta vez es diferente.

Esta vez, hay un cuerpo cálido pegado al mío.

Y aunque esto no es algo novedoso, normalmente mis ligues abandonan mi dormitorio después de terminar nuestras actividades atléticas y el subidón de endorfinas.

Soy un maestro insinuando que el entrenador quiere que madruguemos, y mis ligues suelen tener la experiencia suficiente para no esperar que les llame. Otros jugadores son mejores apuestas como futuros novios.

Tengo demasiada reputación para que me tomen en serio.

Así que cuando siento un cuerpo cálido envolviéndome no le doy muchas vueltas. Pero cuando me giro, veo a Noah. Noah que se ha acurrucado entre mis brazos.

Se me corta la respiración, y no me aparto. En cambio, me encuentro estudiándolo. Examino la curva de sus pómulos y su nariz, y la plenitud de sus labios. Labios que he besado. Mis labios se estiran hacia arriba, recordando mi sorpresa en aquella sala de máquinas elípticas. El beso fue bueno. El beso en el vestuario delante de nuestros compañeros también fue jodidamente bueno.

Noah respira acompasadamente. Mi brazo le rodea, y si me deslizara para apartarme, se despertaría.

Así que no lo hago.

Me acurruco contra su piel cálida, y observo cómo la luz parpadea sobre su pelo corto y oscuro.

Mi polla se endurece, un problema matutino que se vuelve más dramático. Intento alejar esa parte de mi cuerpo de él, pero en su lugar, consigo rozar su miembro.

Y está duro.

Me trago un gemido.

Pero lo cierto es que... se siente jodidamente bien.

Y ahora estoy pensando en la polla de Noah.

Mierda.

Retiro mi brazo de él porque no hay manera de que sea ético seguir tumbado en la cama con él entre mis brazos cuando obviamente estoy obteniendo algún tipo de placer sexual.

Me siento un pervertido, y cuando Noah, como era de esperar, se despierta mientras desenredo mi cuerpo del suyo, me siento aún peor.

Sus largas pestañas se abren, y luego, lo juro por Dios, una expresión de horror aparece en su rostro. Prácticamente se arranca de mi brazo.

—Lo siento —dijo—. Estaba dormido.

—No pasa nada.

Se gira sobre su estómago, pero no le digo que ya he sentido su polla, que ya me ha gustado.

En vez de eso, me meto en mi baño privado y me preparo para empezar el día, y si pongo la ducha fría para que mi polla se encoja y no acabe corriéndome pensando en Noah, eso queda entre mi ducha y yo.

*

Noah

Me siento en el borde de la cama, agarrando las sábanas de algodón egipcio. ¿Me habrá notado Finn? ¿Pudo notar que estaba duro cuando me desperté?

Cuando Finn sale de la ducha, enviando oleadas de vapor por toda la habitación, su comportamiento es... tímido. El comportamiento de Finn nunca es tímido. Pero ahora está evitando mi mirada y confirmando todos mis temores.

Me apresuro al baño y me preparo para hoy. Al menos la fiesta me distraerá. Pero cuando Finn aparca frente a la elegante casa adosada de sus padres en Marlborough Street, y salgo del coche con mis padres y él, la ansiedad inunda mis venas.

Voy a conocer a sus padres.

—¡Finn! ¡Noah! —grita un hombre, y cuando me giro, el mundo explota en amarillo.

Finn está a mi lado al instante, y pienso que va a conducirme hacia la elegante puerta roja de la casa, pero en su lugar, me toma de la mano.

El calor me recorre ante su contacto, y quizás parezco sorprendido, porque inmediatamente presiona sus labios contra mi mejilla.

Me besa.

Justo ahí, delante de los paparazzi, delante de mis padres.

Mi corazón resplandece, lo que es ridículo. Está vendiendo que somos pareja. Espero que simplemente piense que soy buen actor si ve alguna foto mía con una amplia y tonta sonrisa mirándole.

Porque, Dios, mi marido es increíble.

Floto mientras entramos en la casa, vagamente consciente de la exclamación de asombro de mi madre al entrar en el pasillo.

Sabía que Finn era rico, pero aún así esperaba que sus padres vivieran en un apartamento. Al parecer, tienen toda la casa adosada para ellos, porque una mujer refinada con un vestido imposiblemente sofisticado, sin duda comprado a un precio imposiblemente caro, me lanza sus brazos alrededor. Inhalo un complejo perfume de vainilla y especias, luego ella proclama con voz de contralto: —Bienvenido a la familia.

Nos separamos, y ella saluda a mis padres.

Finn me soltó antes de que su madre se lanzara a mis brazos, pero ahora vuelve a tomarme de la mano.

—¿Qué me dices, mi dulce disco —me susurra al oído—. ¿Les mostramos a los recién casados más felices de Boston?

—¿Debería preocuparme por mis padres?

—Mi madre se ocupará de ellos. Es una excelente anfitriona.

—Los invitados parecen contentos.

Y con eso, empezamos a dar vueltas. Vamos de conversación en conversación. Él siempre está a mi lado, y solo suelta mi mano para estrechar las manos de otros invitados.

Todos le adoran. Es la estrella de cada conversación en la que participa.

—¡Mi nuevo hijo! —Un hombre corpulento con traje azul me da una palmada en la espalda—. Por fin te conozco.

—Papá, este es mi marido —dice Finn.

Mi suegro me estrecha la mano con fuerza. —Siempre podemos utilizar otro Carrington.

—Noah no ha cambiado su apellido.

—¿Y por qué demonios no? —La voz de su padre retumba—. Déjame contarte sobre los Carrington, Noah. Vinimos en el Mayflower. Desde entonces hemos estado haciendo grandes cosas.

—Eso es... guay.

El padre de Finn sonríe y me pica en el pecho. —Y eso es quedarse corto.

El padre de Finn se aleja.

—¿Ves...? —dice Finn—. Son agradables.

—Sí —me río—. Ya veo de dónde sacas tu dinamismo.

—Soy una violeta tímida al lado de mi padre.

Nos miramos a los ojos, y apenas soy consciente del tintineo de platos y copas mientras los invitados picotean canapés y beben champán.

No tengo que esforzarme mucho para fingir que le adoro, y mi única preocupación es que mañana, cuando se publiquen las fotos, pueda notar lo mucho que me gusta.

Diviso un vestido floral en la distancia, y luego Daniela se desliza hacia mí. Algunos de los hombres mayores le lanzan miradas de apreciación. *Vaya.* Supongo que es atractiva. No desentonaría en un cartel de película, si las jóvenes Margot Robbies son lo tuyo.

El pelo rubio de Daniela está recogido en un moño francés, y me dedica una sonrisa. —He preparado uno de los dormitorios como sala de entrevistas. ¿Listos para las entrevistas?

—¿En plural? —desvío la mirada hacia Finn.

Debe ver la alarma en mi cara y preocuparse, porque me aprieta la mano. —No sabíamos que habría entrevistas sentados.

—¿Preferirías entrevistar cada día durante las próximas dos semanas en tu hora del almuerzo? —Daniela se ríe, pero su rostro se vuelve serio cuando ve nuestra expresión.

—Por supuesto que no. Pero ¿cuántos entrevistadores hay? —pregunta Finn.

—No os preocupéis, cada uno tendrá quince minutos con vosotros.

—Vale. —Finn se toca la corbata, y su mano tiembla.

No suelo ver a Finn nervioso, pero ahora lo está.

¿Podrán los periodistas ver a través de nuestra farsa? ¿Qué pasará si no tenemos éxito?

Porque una cosa es convencer a nuestros padres y a sus amigos de que estamos hechos el uno para el otro. Nuestros padres no están acostumbrados a ver lo peor de nosotros, y por eso tenemos suerte, pero ¿no es el trabajo de los periodistas sensacionalizar todo?

Mi corazón late irregularmente, como una peonza en sus últimas rotaciones.

Finn me rodea la cintura con el brazo. —Estaré justo a tu lado.

Y aunque sé que Finn está tan fuera de su elemento como yo, sus palabras deben relajarme, porque mis hombros se aflojan.

Daniela nos conduce arriba, y entramos en un dormitorio.

Todo es de color rosa pastel, lo que probablemente explica por qué es uno de los dormitorios sin usar, pero el lugar emana opulencia. La habitación técnicamente tiene una cama, pero también tiene un sofá y cuatro sillones. El techo es alto, las molduras espectaculares.

Quiero decirle a Finn lo increíble que es la casa de sus padres, pero entonces noto a un hombre sosteniendo un bloc de notas. Quizás enfatizar lo diferentes que son nuestras posiciones no sea el camino a seguir.

Dios, yo no debería estar en los círculos de Finn. Desde luego no debería ser su marido.

—Iré a buscar a vuestro primer entrevistador —dice Daniela con una sonrisa que no estaría haciendo si supiera que todo nuestro matrimonio es una mentira y que si decimos algo equivocado, todo quedará al descubierto.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Finn

Llevo a Noah hasta el sofá rosa y me desplomo a su lado. Podemos con esto. Quizá entré en pánico antes, pero Daniela tiene razón. Arrasaremos en estas entrevistas. La dirección del equipo estará contenta, y nosotros tendremos la dichosa satisfacción de quienes han completado sus tareas con antelación.

¿Qué más da si Noah y yo tenemos que fingir estar locamente enamorados frente a desconocidos poco amistosos con la capacidad de difundir cualquier metedura de pata a un nivel que haría que la chica más mezquina ardiera de envidia?

La puerta se abre, y Rex Manley de Sports Showcase entra con paso desenfadado.

Mierda.

Quiero decir, podemos con esto. Totalmente. No estoy nervioso. Para nada. Yo no.

Sus labios se retuercen en una sonrisa burlona, y sus ojos bailan. Se acomoda en un sillón, también rosa, y coloca su bloc de notas sobre el regazo. Sus pantalones se tensan alrededor de unos muslos que alguna vez fueron musculosos; he visto vídeos de sus antiguos partidos.

Rex conoce los deportes. Me ha seguido durante años.

—Nunca pensé que tendríamos esta conversación —dice Rex—. Quizá los vlogs deberían haberme dado una pista.

Aclaro mi garganta, sin saber qué hacer con su comentario. —Rex, este es mi marido, Noah. Noah, este es Rex Manley.

—No necesitas hacer presentaciones. No somos amigos.

—Estoy siendo educado —murmuro.

—Eso no te dará puntos extra.

Aprieto los labios. ¿Está Rex intentando irritarme? ¿Ha hecho algún curso sobre cómo ser un periodista implacable? ¿O perdimos nuestra anterior camaradería cuando descubrió que estoy casado con un hombre?

Rex es un ex jugador de hockey y lo suficientemente decente escribiendo o al menos frunciendo el ceño ante la cámara y hablando en tonos solemnes como para ganarse un puesto en Sports Showcase.

También es unos veinte años mayor que cualquiera de mi equipo.

—Noah, ¿cómo te sientes siendo parte de la NHL? —pregunta Rex.

Frunzo el ceño. Esa no es una pregunta que yo pueda responder. Quiero ser yo quien hable aquí, para que Noah vea cómo se hace.

Yo he dado entrevistas antes. Noah no.

—Estoy agradecido por la oportunidad —dice Noah.

—Tuviste una caída bastante fuerte en tu primera aparición. Estaba seguro de que sería lo último que veríamos de ti.

Noah se tensa, y deslizo mi mano sobre la suya. No estoy seguro si esto le hará sentirse más relajado, o más consciente de que se ha encontrado casado con un hombre en vez de con una mujer, pero sus hombros se relajan, su respiración se vuelve más uniforme, y no retiro mi mano.

—Noah es un jugador talentoso —digo—. Todo el mundo tiene una mala noche, y la primera entrada a la NHL puede poner los nervios a flor de piel. Noah rindió bien las otras noches.

—Y sin embargo, los Blizzards han entrado en una racha de derrotas.

—Temporal —le aseguro.

—Mmm. —Rex examina sus notas, negando con la cabeza—. No puedo creer que estemos teniendo esta entrevista. Nunca pensé que te casarías con un hombre, Finn.

Intento invocar algo de la fría ira en la que mis antepasados destacaban. —Me enamoré.

—¿Tienes un historial de salir con hombres? ¿Cómo pudiste mantener tus inclinaciones en secreto durante tanto tiempo?

Odio la forma en que Rex dice inclinaciones. Odio la forma en que las sonrisas burlonas se instalan en su cara con frecuencia. Odio la forma en que su voz tiembla, como si apenas pudiera contener la risa.

De repente entiendo por qué Evan y Vinnie no han hecho un anuncio formal de que están saliendo, y creo que comprendo por qué Vinnie reaccionó exageradamente ante el asombro de Noah cuando Evan y Vinnie se besaron.

—Me enamoré de Noah —digo—, porque es la mejor persona para mí. Disfruto pasando tiempo con él. Tenemos intereses similares. Y nadie puede decir que sea feo.

Noah se tensa, y un adorable color rosado se extiende por sus mejillas. ¿Quiere que deje de sostener su mano? ¿O eso parecería extraño?

Mi respiración se acelera mientras lo pienso, y solo después de que Rex se aclare la garganta, me doy cuenta de que no he dicho nada.

—En fin —continúo—. No hay nada sorprendente en el hecho de que estemos juntos.

—Un matrimonio repentino sí es sorprendente —dice Rex.

—Puedes llamarme eficiente. Y quiero usar esa misma eficiencia para asegurarme de que los Blizzards ganen una y otra vez. Los otros equipos deberían tener miedo.

—Ya veo. —Rex garabatea algo.

Suena un golpe en la puerta, y Daniela asoma la cabeza a la habitación. —Tengo a tu siguiente entrevistador.

Rex se levanta. —Esa es suficiente información. Felicidades por vuestro matrimonio.

No estoy seguro de que sus felicitaciones sean sinceras, pero acepto la cortesía.

Otro entrevistador entra en la habitación, y por el pelo teñido de azul y la amplia sonrisa del hombre, no me sorprende cuando Daniela anuncia que es de una revista LGBT.

—Estoy encantadísimo de estar aquí —exclama el reportero, Jeremy Jones.

Noah y yo asentimos, pero la culpa recorre mi cuerpo.

Asumimos este papel por accidente, y aunque es bueno si otros atletas se sienten cómodos siendo ellos mismos, siento como si hubiera usurpado el papel de alguien.

Quizá Noah siente lo mismo, y aprieto más su mano.

La mirada de Jeremy cae sobre nuestras manos entrelazadas, y su sonrisa se ensancha. —Contadme cómo os conocisteis. —Se inclina más cerca, con los ojos brillantes—. ¿Fue amor a primera vista? ¿Cómo os conocisteis?

Y por esto deberíamos haber coordinado nuestras historias.

*

Noah

Finn se remueve en el sofá, y aunque el reportero no ha reconocido lo mucho que la pregunta le pone nervioso, yo ciertamente sí.

No quedaría muy bien decirle que Finn y yo nos conocimos hace una semana. Ese es el tipo de cosa que podría hacer que la gente piense que nuestro matrimonio no durará.

—Finn ha sido lo mejor de mi día durante años. Seguía sus vlogs —explico, antes de que el reportero pueda pensar que engañábamos a las personas con las que realmente salíamos por aquel entonces.

—Creo que Noah me conocía mejor que muchos de mis amigos —dice Finn después de un momento de sorpresa—. Así que cuando nos conocimos, se sintió correcto. Y, por supuesto, tenemos mucho en común.

Finn y yo nos miramos el uno al otro.

—¡Sois tan monos! —exclama el entrevistador—. Es obvio lo devotos que sois el uno con el otro. Hago muchas de estas entrevistas, y vosotros realmente destacáis.

Le lanzo al entrevistador una sonrisa temblorosa.

Finn me da un codazo en el hombro. —Estamos felices de poder vivir en un mundo donde podemos casarnos y ser fieles a nosotros mismos y, eh, a todos los demás.

El entrevistador sonríe radiante y estalla en más felicitaciones, y poco después Daniela ya tiene al siguiente entrevistador.

El resto del día pasa como un borrón. Creo que va bien. Creo que todos creen que somos pareja. Si soy sincero, me sorprende lo dispuesta que está la gente a creerlo. Si Finn quisiera salir con un hombre, tendría muchas opciones. No me elegiría a mí.

Finalmente, no hay más entrevistadores, y Finn me acompaña abajo. Mis padres sonríen cuando nos acercamos, y después de otra cena elegante en otro restaurante elegante, esta vez con los padres de Finn, volvemos al apartamento.

Después de despedirnos de mis padres, nos metemos en el dormitorio de Finn, y la incomodidad regresa con toda su fuerza.

—¿Realmente viste todos mis vlogs? —pregunta Finn.

Quiero mentir y decirle que estaba exagerando. Es vergonzoso lo importante que ha sido Finn en mi día a día durante los últimos años.

Pero no puedo mentirle a Finn.

—Me ganaste hace mucho tiempo. —Me muerdo el labio—. Y quizás por eso estoy aquí. Todos esos vídeos sobre meditación y alimentación saludable... Algunas de las otras personas en mi equipo en Providence eran más fuertes, pero yo fui quien recibió la llamada para unirme a los Blizzards, no ellos.

Finn sonríe. —Me alegro.

Nos cambiamos y nos deslizamos bajo las sábanas.

—Hacemos un buen equipo —dice Finn—. No creo que hubiera podido fingir tan eficazmente que salía con otra persona.

—Igual —miro a los ojos de Finn, luego me aparto, consciente de que me le estoy quedando mirando. El calor inunda mis mejillas, y prácticamente me lanzo hacia la lámpara de la mesita de noche, sumiendo mi lado de la cama en la oscuridad.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Finn

La tensión me invade y cada célula de mi cuerpo duele, a pesar de que hoy ha sido día de descanso. Se supone que debería estar dormido, pero aunque practico dormir todas las noches, no puedo conciliar el sueño.

Y estoy seguro de que Noah tampoco está dormido.

Quiero moverme, pero no lo hago, por si acaso Noah está dormido y pudiera despertarlo.

—¿Finn? —susurra Noah.

—¿Sí? —aprovecho el hecho de que ambos estamos despiertos y reajusto mi posición, de modo que ahora estoy de lado, mirándole, aunque esté oscuro, aunque nuestros susurros se propaguen.

—Las cosas están locas, ¿eh?

—Sí.

—Gracias por ser tan buen anfitrión con mis padres.

—Son buenas personas, Noah.

—No pensé que vendrían este fin de semana.

—Por supuesto que iban a venir.

—No estaba seguro.

Algo en su tono me hace dudar. Quizás esto no se trata de dinero.

—¿Por lo de ser gay? —mi corazón se acelera.

—Sí.

La palabra me atraviesa y frunzo el ceño.

Mi madre ciertamente no tenía ningún problema con eso. E incluso mi padre, súper deportista y exitoso empresario, no tuvo ningún problema. Pero claro, viven en Boston y van a Cape con regularidad. Provincetown rebosa de orgullo. Sería absurdo que de repente declararan tener reservas hacia personas no heterosexuales.

Pero Noah es de una zona rural de New Hampshire, y allí las cosas son diferentes. Quizás todos los hombres y mujeres gay se van a las grandes ciudades para la universidad y no regresan.

—Supongo que tienen una mentalidad más abierta de lo que pensabas. Eso es bueno.

—Sí. Ojalá hubiera sabido antes que no sería un gran problema para ellos.

Frunzo el ceño.

Porque eso suena como si Noah hubiera querido saber que sus padres habrían estado bien con que fuera gay.

Aunque estamos tumbados en una cama, la definición de inactividad, mi corazón se acelera.

No quiso insinuar eso. Seguro que no. Imposible.

Pero estuvieron esos increíbles besos entre nosotros y esas confesiones de que las cosas con su novia se sentían menos emocionantes. Dijo que no la echaba de menos después de que rompieran. ¿Significa eso... algo? ¿O podría ser bisexual? ¿Podría estar interesado en algo... más?

Cuando el periodista preguntó si se había enamorado de mí a primera vista, sentí como si su respuesta fuera sí.

Nos acercamos cada vez más, conscientes de no querer despertar a sus padres, aunque las paredes están muy bien aisladas y con lo que bostezaron, no van a despertarse. Casi compartimos el aliento, y cada vez que inhalo, aspiro su aroma.

Ahora huele a mi gel de ducha.

Me encanta.

Quiero atraerlo hacia mí, sentir el calor de su pecho y apretarlo contra mí. Quiero deslizar mis dedos por su cuerpo, no solo ver cómo se ondulan sus músculos, sino sentirlos bajo mi tacto.

El anhelo no es repentino, pero me sobresalta igualmente. Nunca me he sentido así por otro hombre. Todas esas veces que compartí habitación con Troy, nosotros en nuestras camas individuales, a veces, cuando empezamos, teniendo quedadas con mujeres en esas camas individuales, nunca pensé que quisiera ver a Troy desnudo, quisiera tocarlo, quisiera que mi objetivo principal fuera asegurar su felicidad.

Parpadeo, la fuerza de mis sentimientos me abruma incluso a mí.

Nunca he entrado en un vestuario de hombres semidesnudos, y a veces completamente desnudos, y he sentido la necesidad de mirar

al suelo o al techo o correr al baño para cambiarme para que nadie en la habitación pudiera notar que me gustan los hombres.

Todas esas veces que salí a beber con mis compañeros de equipo, mi cuerpo cálido, feliz y vibrante por el alcohol, nunca miré a un hombre y pensé... quizás.

Pero ahora... Dios, ahora las cosas son diferentes.

Porque estoy pensando en Noah de esa manera. No solo cuando estamos solos en una habitación. No solo cuando el alcohol fluye por mi cuerpo, borrando los instintos de priorizar el decoro, no solo cuando lo veo con poca ropa, y puedo admirar cómo se mueven los planos musculosos de su cuerpo.

No, es todo el tiempo.

Todo el maldito tiempo.

Y nuestra cercanía ahora me está matando.

Se me corta la respiración, y quizás a él también. Creo que, tal vez, estaría dispuesto a algo más. Pero no quiero ser el bruto que le tira los tejos cuando tiene poca ropa y no tiene otro sitio para dormir que justo a mi lado.

Sus padres están en la habitación de al lado. Ni siquiera puede meterse bajo las sábanas de su propia cama si siente que lo necesita.

Así que me trago el impulso de decirle *quizás podríamos* y *¿has pensado en...?* No menciono que una buena manera de conciliar el sueño es el autocuidado y que estoy feliz de autocuidarle cuando quiera, mano o boca, a su elección.

En cambio, me quedo quieto a su lado, mientras nuestras respiraciones siguen entremezclándose, y su cuerpo finalmente se relaja, y hasta que su respiración se vuelve regular y sé sin duda que está dormido.

Esto también es agradable, pienso. Estar aquí con él es agradable.

Cierro los ojos, confiado en que voy a quedarme dormido.

Entonces escucho su voz. —Finn.

Mis ojos se abren de golpe. ¿Me necesita? ¿Por qué me llama, cuando los susurros funcionaban perfectamente antes?

Pero cuando dice mi nombre de nuevo, y sale como un gemido, me mantengo callado.

Porque algo en la forma en que Noah se retuerce, algo en cómo mi nombre sale grave y ronco, me hace pensar que está soñando.

Y no un sueño normal.

Mi corazón resplandece, y cierro los ojos con fuerza, aunque todos mis instintos me dicen que envuelva a Noah en mis brazos ahora mismo y lo despierte con un beso.

*

Noah

Me despierto sobresaltado al oír a mis padres murmurando en la cocina. Debería unirme a ellos. Se marchan después del desayuno.

Finn duerme a mi lado, con una respiración acompasada. Tiene el brazo sobre mí y estoy acurrucado contra su pecho una vez más. Sus largas piernas presionan contra las mías, llenándome de calidez, y definitivamente no quiero irme.

Sus largas pestañas revolotean, como si estuviera soñando, y me aparto de él con reluctancia. Quiero observarlo. Quiero admirar cómo sus mejillas se han vuelto rosadas tras la calidez de la noche, y quiero contemplar la forma y el tono exactos de sus labios.

Pero eso no sería ser un buen invitado, así que me desenredo con toda la delicadeza posible. Deslizo la sábana hacia abajo para poder salir mejor, aunque eso significa que tendré que enfrentarme a todos esos abdominales impresionantes de Finn, sus pectorales perfectos y sus brillantes bíceps, y no creo que pueda soportarlos tan temprano por la mañana.

Finn sigue durmiendo profundamente, y me pregunto cuánto tiempo tardaría en quedarse dormido anoche.

Y entonces lo veo.

Algo que hace que mi corazón dé un vuelco.

Algo viscoso en el vientre de Finn. Algo viscoso y blanquecino.

Algo que solía ver a veces cuando era adolescente.

Quizás no es mío. Miro hacia abajo, al pene de Finn. Pero aunque es más grande y tiene esa agradable hinchazón que viene por la

mañana, lleva puestos sus bóxers ajustados y no hay humedad que salga de ahí.

Y yo estoy húmedo... ahí abajo.

Tuve un sueño húmedo, y en algún momento de la noche, me froté contra el vientre de Finn o algo así porque ahora está húmedo.

Oh, no.

No, no, no, no, no.

Extiendo la mano para tocarlo, pero me detengo, porque no quiero despertar a Finn.

El horror me invade. Hay algunas reglas no escritas en el hockey, y seguramente una de las principales es: no te cases accidentalmente con tu compañero de equipo heterosexual, y luego no te frotes contra él mientras duerme y eyacules encima de él.

Finn ha sido un marido increíble conmigo, sacrificando ligues con mujeres y mudándome a su apartamento.

Esta no es la forma en que debería pagarle.

Mis mejillas arden, mi cuello hormiguea, y mi corazón está a punto de hacerse añicos.

Necesito arreglar esto.

Me deslizo fuera de la cama lo mejor que puedo, aliviado cuando Finn no se mueve. Voy de puntillas al baño, cojo unos pañuelos y los humedezco. Los sostengo contra el grifo para que el sonido del agua salpicando en el lavabo no despierte a Finn.

Luego regreso corriendo a la cama, todavía de puntillas. Mi corazón amenaza con escaparse de mis costillas, y cada parte de mi cuerpo está tensa, como si me hubiera convertido en una estatua durante la noche y todavía estuviera intentando moverme.

Me acerco a Finn con cuidado. Necesito limpiar su vientre. Mi mirada cae sobre la cama. Y también hay algo en la sábana. Dios, ¿cuánto habré eyaculado anoche?

Pero si estaba soñando con Finn... Bueno, podría haber sido mucho.

Las lágrimas raspan mis ojos. En cualquier momento Finn puede despertarse. En cualquier momento lo sabrá. Pensará que soy espeluznante e infantil. Ningún hombre heterosexual quiere despertar con el semen de otro hombre encima.

Toco suavemente su vientre. Finn se mueve.

Mierda.

Me pregunto si debería meterme en la cama, para que si se despierta, no me encuentre flotando sobre él. Pero entonces quizás el colchón se hundirá cuando me suba, y eso tampoco es bueno.

Mi respiración se acelera, y dudo. No sé qué hacer. Dios, ¿qué debería hacer?

Creo que la respiración de Finn es diferente desde que regresé del baño, y sus labios parecen curvarse hacia arriba más que antes, pero sus ojos siguen cerrados, y quizás me estoy imaginando todo.

Probablemente me estoy imaginando todo.

Excepto esa mancha húmeda. Desafortunadamente, eso no forma parte de mi imaginación.

De ninguna manera mi subconsciente podría haber inventado la posibilidad de que pudiera humillarme de una manera tan horrible.

Toco suavemente su vientre de nuevo con el pañuelo húmedo, y luego lo retiro.

Vale. Ya no hay nada blanco en su vientre. Pero podría preguntarse por qué está un poco húmedo. Eso no está bien. Debería haber cogido algunos pañuelos secos del baño.

Quizás Finn tiene algunos en el cajón de su mesita de noche, pero no voy a dejar que se despierte y me encuentre hurgando ahí. No creo que me considere menos raro si le digo que quería ver qué marca de condones usa o algo así.

Voy de puntillas al baño de nuevo, cojo algunos pañuelos y vuelvo corriendo.

Por un momento, creo que los ojos de Finn están abiertos, pero eso es probablemente mi miedo, porque cuando, con el corazón acelerado, lo miro, sus ojos están firmemente cerrados.

Vale. Puedo hacer esto. Me inclino sobre él y seco su vientre, luego seco la sábana.

Creo que me estoy saliendo con la mía.

Me alejo de puntillas de la cama, entonces los ojos de Finn se abren.

—Buenos días, mi dulce disco —dice con voz arrastrada, sus labios dibujando una sonrisa burlona.

Mi corazón martillea. ¿Lo sabe? Asiento rápidamente, cabeceando como una marioneta, luego meto los pañuelos en la cinturilla de mis bóxers.

Su sonrisa burlona se ensancha.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Finn

—Debería saludar a mis padres —dice Noah, retrocediendo.

Estoy seguro de que sé lo que tiene metido en la parte trasera de la cinturilla de sus bóxers. Sonrío. —¿No quieres vestirte antes de saludarlos, conejito?

—¿Conejito? —Sus ojos están muy abiertos, sorprendidos y tan verdes.

Ni me molesto en contener la risa. —Estoy probando apodos cariñosos. ¿Qué te parece? ¿O prefieres algo más relacionado con el hockey? ¿Mi palo resistente? ¿Mi tirador certero?

Su cara se enciende.

—Oh, eh, lo que tú creas. —Su voz se eleva mientras habla, y lanza la mirada de un lado a otro, probablemente preguntándose cómo va a recoger su ropa sin que yo vea los diversos pañuelos que tiene metidos en la cinturilla.

Me tumbo sobre mi estómago, porque a decir verdad me estoy empalmando, pero no voy a perderme esto.

Noah retrocede hacia el armario que ahora compartimos y busca frenéticamente algo de ropa. No se fija en lo que coge, simplemente agarra una camiseta del cajón superior y luego unos pantalones de chándal del cajón del medio.

Se apresura hacia el baño.

Suena la ducha, lo que probablemente sea buena idea ya que debe estar pegajoso, y yo recojo algo de ropa para mí.

Noah estaba diciendo mi nombre.

Y corriéndose.

Quiero decir, el tío estaba dormido, así que no cuenta. Pero en cierto modo sí.

La tensión que sentía anoche se ha disuelto en burbujas, y no me burlo de Noah cuando sale de la ducha viéndose tremendamente apetecible con ropa que no combina.

Me apresuro a ducharme y vestirme. Disfruto pasando tiempo con Mamá y Papá Fitzpatrick.

Noah está preparando el desayuno. Huevos Benedict con aguacate y salmón ahumado. Mis ojos brillan. —Mi favorito.

Las mejillas de Noah se sonrojan. —Ajá. También voy a hacer batidos, pero quería esperar hasta que salieras de la ducha para que estén frescos.

Rodeo su cintura con mi brazo. —No iba a tardar mucho en la ducha esta mañana.

Sus ojos se ensanchan.

Quizás él no cree que yo necesite ponerme cariñoso ya que sus padres parecen tener la impresión de que Noah y yo no solo somos pareja, sino una gran pareja, pero yo lo sé mejor. Le he pillado.

Y vamos a tener una conversación seria y profunda después de que se vayan sus padres.

Probablemente sea bueno comer mucha proteína primero y abastecerse de vitaminas y micronutrientes.

—Yo serviré el desayuno, cariño —digo—. Tú haz los batidos.

Asiente y se escabulle hacia el refrigerador. Todavía cree que puede evitarme. Pero no necesita hacer eso. De ninguna manera.

Quizás debería estar asustado de que este matrimonio falso no se sienta tan falso ahora, pero estoy principalmente emocionado de que los sentimientos de Noah puedan estar alineados con los míos.

El día es bueno.

Mamá Fitzpatrick nos invita a New Hampshire para Acción de Gracias.

—Quiero decir, obviamente, no tenéis que venir —dice Noah rápidamente.

Deslizo mi brazo alrededor de su silla. —Yo voy.

—¿Por qué no iba a querer venir Finn, cariño?

—Tiene un horario exigente.

—Tú también, cariño —digo, disfrutando de la forma en que el rosa se extiende por la cara de Noah. Quiero seguir ese rubor con mis dedos. Quiero ver hasta dónde llega el color por su pecho y espalda. Quiero hacerle un examen minucioso.

Miro fijamente a Noah.

Noah me mira fijamente a mí.

Se oye un ruido de garganta aclarándose, y cuando miro al otro lado de la mesa, el padre de Noah está sonriendo.

—¿Vas a cuidar de mi hijo, Finn?

—Absolutamente.

Papá Fitzpatrick se levanta. —Entonces os dejaremos a lo vuestro. Vámonos, Tracy.

Mamá Fitzpatrick asiente y se levanta. —Les ayudaremos a recoger la mesa.

—No es necesario —digo.

—Hemos estado importunando a los recién casados durante dos días enteros —dice Papá Fitzpatrick, y Papá Fitzpatrick es totalmente el hombre.

—Oh. —Mamá Fitzpatrick se ríe—. Ya veo. Bueno, es un viaje largo. Deberíamos irnos.

Los ojos de Noah se agrandan. Está obviamente dividido entre suplicar a sus padres que se queden y no hacerles fregar los platos.

La pequeña maleta de Mamá y Papá Fitzpatrick ya está esperando en la puerta, y nos envuelven a ambos en un abrazo y se despiden antes de que Noah pueda decidir cómo detenerlos.

Luego la puerta se cierra tras ellos, y nos quedamos solos.

Noah se aleja, con la mirada fija en mí.

Pongo los brazos en mi cintura. —Hora de hablar, mi dulce disco.

*

Noah

Doy un paso atrás y choco con la puerta. Finn se me echa encima de inmediato. De repente siento empatía por todos los jugadores que han intentado jugar contra él.

La mirada de Finn no vacila, y aunque, técnicamente, soy cinco centímetros más alto que él, me siento unos veinticinco centímetros más bajo.

Apuesto por la inocencia. —¿Quieres hablar?

Sus ojos bailan. —Ajá.

—Sobre, eh, ¿las noticias? Creo que, um, ha ocurrido algo político últimamente.

—¿Ha ocurrido algo político? ¿Tú crees? Recuérdame que nunca te siente al lado de mi padre en la cena.

—Vale —me escabullo de sus brazos, aprovechando su confusión para correr hacia nuestro dormitorio.

Su dormitorio.

Obviamente.

—Moveré mis cosas a la otra habitación...

Entonces los musculosos brazos de Finn rodean mi cintura, y su aroma limpio y su colonia Tom Ford me envuelven. Su voz es grave. —No tan rápido, señorito.

Me retuerzo, pero él me empuja contra la pared y luego me recoloca para que quedemos cara a cara.

Sus pupilas se dilatan, y me quedo callado, devolviéndole la mirada.

—Estamos solos —dice por fin.

—Ajá.

Entorna los ojos. Sus fosas nasales se dilatan. Mi corazón se acelera.

Su mirada es severa e inquebrantable, y me pierdo en ella, aunque sé que no debería.

Su pecho casi toca el mío, y abro los ojos como platos.

—Vi algo interesante esta mañana —dice.

—¿Ah, sí? —Mi voz suena chillona, y me siento demasiado joven.

No sé cómo manejar esto.

No sé cómo lidiar con 86 kilos de músculo forjado en la NHL presionándome contra la pared.

Mi polla se endurece, y en cualquier momento lo va a notar.

Va a saber que estoy muy excitado, y probablemente está intentando decirme que lo que estaba haciendo era inapropiado.

Porque es eso lo que va a decir, ¿verdad?

No existe un mundo donde Finn Carrington, uno de los favoritos de Boston y superestrella del patinaje, sienta algo por mí. Incluso si me está mirando con mucha intensidad. Quiero decir, eso podría significar que está intensamente divertido y molesto conmigo.

Me corrí sobre él por la noche. Incluso los mejores colegas no hacen eso, ¿verdad? No es código de hermanos. Absolutamente no es código de patinadores.

Mi corazón se acelera.

Su cara se acerca más, y me toma otro momento darme cuenta de que es porque se está inclinando hacia mí. Dios, mi cerebro debe estar aletargado, porque si no supiera mejor, juraría que podría pensar...

Y entonces me besa.

Y sé que estaba en lo cierto.

Finn Carrington *iba* a besarme. Y, aparentemente, aún lo está haciendo.

Sus labios presionan contra los míos, y su lengua se desliza dentro después de medio segundo, porque este es Finn Carrington. De ninguna manera nos vamos a dar un beso con la boca cerrada si él quiere besarme. De ninguna manera.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Finn

El beso es tan bueno como estaba seguro que sería.

Sí, mis instintos siguen siendo increíbles.

Después de unos momentos de confusión, Noah gime en mi boca, sus pestañas revolotean, y entonces la cosa se pone en marcha, nene.

Mi corazón se acelera, y juro que puedo sentir el corazón de Noah latiendo al otro lado de mi pecho. Inhalo su aroma y me pierdo en la sensación de sus brazos, ligeramente húmedos por el sudor.

Mi cuerpo roza su camiseta de textura de gofre.

—Demasiada ropa —murmuro, liberándome de la boca de Noah. Tiro de su camiseta hacia arriba y sus ojos se abren de par en par.

—¿Quieres esto? —pregunta.

—Por supuesto que lo quiero, joder.

Parpadea, y luego trabajamos como los atletas profesionales que somos para deshacernos de nuestra ropa lo más rápido posible. Nuestra ropa cruje al caer al suelo. Si hubiera una categoría olímpica de desnudarse, sin duda estaríamos representando a nuestro país.

Después, empujo a Noah contra la pared otra vez porque quien diseñó este apartamento hizo el pasillo demasiado largo.

Pero esta vez mi pecho toca el suyo desnudo, y sus pezones rosados y planos se endurecen. Esta vez, mis muslos tocan los suyos igual de firmes. Y esta vez, mi polla toca la suya.

Oh, Dios.

Presiono contra su polla otra vez, sintiendo cómo mis terminaciones nerviosas se sacuden. Nunca han experimentado nada como esto. Yo nunca he experimentado nada como esto. Su dispersión de vello oscuro en el pecho me roza, y la sensación masculina no me resulta desagradable.

La vida es jodidamente maravillosa.

—¿Alguna vez has...? —pregunto.

Noah niega con la cabeza. —No. Nunca. Pero...

—¿Pero?

—Es increíble... —murmura, y sus ojos se ponen en blanco, y decido que lo mejor es chupar la piel tierna y salada de su cuello. Los gemidos y jadeos de Noah se han convertido en mi banda sonora favorita personal. No hay necesidad de comprar música cuando puedo escuchar esto. Noah lo tiene cubierto.

—No pensé que querrías... —murmura, y luego sus mejillas se vuelven rojizas. Ha estado pensando en esto. Estoy seguro. La alegría me invade, como si cayeran sombreros a mi alrededor en el hielo, y el público aplaudiera, aplaudiera, aplaudiera.

—Absolutamente quiero —digo—. Me has estado volviendo loco toda la semana.

Sus ojos se iluminan. —¿Ah, sí?

—Totalmente. Al mil por cien.

Una sonrisa se dibuja en su rostro, y me quedaría mirándola durante siglos, excepto que quiero mi lengua de vuelta en su boca ahora mismo.

Entonces estamos besándonos de nuevo. Rozo mi polla contra la suya. Se siente jodidamente increíble. Todo esto se siente jodidamente increíble.

*

Noah

Es posible que me haya quedado dormido en la mesa del desayuno, y esté babeando, y mis padres y Finn me estén mirando.

Porque, seguramente, tener un sueño sobre Finn es más probable que lo que está pasando aquí.

Finn Carrington no puede estar besándome.

No puede estar gimiendo en mi boca.

No puede haberme arrancado la ropa en un arrebato de pasión, porque Finn Carrington no debería sentir pasión hacia mí.

Se supone que le caigo bien... como amigo. Me tolera... como un colega imperfecto.

Pero ¿besarme? ¿Empujarme contra la pared para poder enrollarse conmigo? ¿Frotar su polla contra la mía? Imposible.

Finn se aparta, y por un momento salvaje pienso que sus ojos van a bailar, sus labios van a esbozar una sonrisa burlona, y va a anunciar "lo sabía" y decirme que me vaya de su apartamento, que deje el equipo, que salga de su vida.

Sus ojos sí bailan, y sus labios se curvan hacia arriba, aunque no de manera burlona. —Dormitorio.

—¿En serio?

—Demasiada charla, Fitzpatrick. —Se agacha, agarra mis muslos y empieza a cargarme.

—¡Espera! ¡No puedes hacer eso!

—No puedo evitar que seas un lento, Fitzpatrick.

Los muebles del pasillo se mueven a paso rápido, pero por supuesto, soy yo quien se mueve. Y Finn me está cargando.

—¡Soy más grande que tú! —exclamo.

Resopla. —Más alto. ¿Estás diciendo que estoy fuera de forma?

—Nunca diría...

—Bien. —Me deja frente a la puerta de su dormitorio, depositándome con cuidado, para que mis piernas se deslicen contra las suyas, mi pecho contra el suyo húmedo por el sudor, y oh, sí, entonces estamos besándonos de nuevo. Lo he visto con el torso desnudo antes, pero eso no tiene nada que ver con sentir su cálido cuerpo musculoso presionando contra mí.

Besar a Finn es mi nueva cosa favorita en el mundo. No hay nada pequeño en su boca, nada delicado, nada cuidadoso en su estilo de besar.

Su cuerpo duro hace que el deseo me recorra.

Luego me empuja hacia su cama, el mismo lugar que cuidadosa y meticulosamente, aunque quizás no eficazmente, limpié.

Me lanza hacia atrás, y caigo sobre las sábanas deshechas, pero no hay manera de que vaya a arreglarlas ahora. Las persianas están todavía bajadas, y una tenue luz dorada inunda la habitación. Finn se arrastra entre mis piernas, con las pupilas dilatadas. Se baja sobre mí, y estamos besándonos de nuevo.

Oh, sí. Finn tenía toda la razón. Esto es incluso mejor que besarse en el pasillo. Me hundo en el colchón, sintiendo cómo todo

su cuerpo presiona contra todo el mío. Nuestra piel se desliza junta, y todo es caliente y maravilloso y huele a él.

Finn agarra mi polla y coloca la suya justo encima. Mi polla se endurece.

Y se endurece.

Y se endurece.

De hecho, estoy seguro de que nunca se ha sentido más como una roca en mis veintidós años.

No hay nada cuidadoso en la exploración de mi cuerpo, y de repente me acuerdo de todo el sexo incómodo que solía tener. Todo el alisar del cabello, y el flujo constante de cumplidos que salían de mí más por cortesía que por pasión, y la atención ordenada a varias partes del cuerpo antes de proceder con el evento principal.

Pensaba que estaba bien. Un poco tonto que todos hicieran tanto alboroto al respecto, especialmente porque algunas partes me hacían retraerme, pero en general era perfectamente agradable.

Esto no es agradable.

Es impresionante.

Y solo nos hemos besado y frotado el uno contra el otro.

Nuestras pollas se deslizan juntas, derramando y mezclando el líquido preseminal. El olor a sexo llena el aire, y me siento embriagado.

Él embiste, yo embisto.

Somos animales.

Pasa sus dedos por mi pelo, sin preocuparse de que no sea largo y exuberante como el de Madison, y cuando me mira, solo veo asombro.

Entonces exploto.

Él me sigue justo después, y se desploma sobre mí, tirando de mí para ponerme a su lado.

Mi corazón se acelera. Mis nervios vibran.

Entonces Finn empieza a reírse, y yo me aparto. ¿Se está arrepintiendo? ¿Piensa que es... ridículo?

—¿Qué es tan gracioso? —Mi voz suena cautelosa, y me centro en mirar al techo.

—Todo tu buen trabajo limpiando esta mañana —resopla entre risas—. Y ahora tendremos que hacerlo todo de nuevo.

El alivio recorre mi cuerpo, y le doy un codazo. —Estaba genuinamente estresado.

—Lo sé —me asegura—. Por eso fingí educadamente estar dormido. Puedes llamarme el Caballero Durmiente.

—Dios.

—Eso también funciona.

Entonces nos lanzamos el uno contra el otro riendo, y quizás tengamos que mudarnos a otra cama porque estamos destrozando completamente esta.

Estuve con un hombre.

Estuve con *Finn.*

La felicidad llena todas mis células, y puede que nunca deje de sonreír.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Finn

Obviamente, el resto del día está dedicado al sexo. Besar a Noah es mi nueva actividad favorita. Quiero memorizar cada parte de su cuerpo con mis labios y mi lengua. Me ha estado volviendo loco, y ahora quiero conocerlo en el sentido bíblico que haría retorcerse a mi formal sacerdote episcopaliano.

Nos acurrucamos en la cama, hundiéndonos contra el algodón egipcio, mientras mis ojos parpadean cada vez más hasta que el sueño ciertamente me va a vencer, pero eso es totalmente porque me corrí como un descosido y pasé demasiado tiempo de la noche anterior obsesionado con Noah.

Pero ya no tengo que preguntarme más *qué pasaría si* o *quizás algún día.* Noah está dispuesto. Noah quiere besarme y tenerme acostado junto a su gran cuerpo musculoso mientras pasa sus manos sobre mí mirándome con asombro.

Así que cuando despertamos de nuestra siesta, voy directo al grano. No llegué a ser un gran jugador de hockey perdiendo el tiempo.

Hay varios actos sexuales en los que soy genial con las mujeres, y otros nuevos exclusivamente masculinos que quiero dominar.

Le quito los bóxers a Noah y le digo que no necesita seguir poniéndoselos. Y entonces me encuentro frente al miembro de Noah. Está duro, pero voy a hacer que se ponga más duro. Es impresionante, y voy a venerarlo.

—¿Solo vas a mirar? —pregunta Noah después de un minuto—. Porque, eh, no tienes que hacer nada.

—¿Ah, no?

Asiente rápidamente.

—Los besos están bien —sus ojos se agrandan—. Quiero decir, si quieres, claro. No tienes que...

Arqueo una ceja.

—No tienes ni idea de lo sexy que eres.

Sus ojos se abren aún más.

Noah tiene razón. No debería limitarme a mirar el miembro de Noah. Aunque, en lo que respecta a pollas, es totalmente brillante.

—He visto muchas pollas en mi vida —digo en tono conversacional.

Los ojos de Noah parecen a punto de salirse de su cabeza. En serio, ¿qué tan firmemente están atornillados esos globos oculares?

—Tío, los vestuarios están llenos de ellas.

—Cierto. No sabía que te fijabas en ellas.

—¡Por supuesto que no! Pero son una parte importante del cuerpo de un hombre. Difícil de evitar. Especialmente si estás sentado y la gente está desnuda.

Los ojos de Noah se suavizan, pero yo frunzo ligeramente el ceño. ¿Estaba usando mal los vestuarios? ¿Debería haber evitado por completo una parte importante de la anatomía masculina? ¿Sería eso posible? Sería como intentar evitar las rodillas.

Aclaro mi garganta.

—Mi punto es que esta polla es muy bonita.

—Las pollas no son bonitas —su voz suena insegura, como si realmente pensara que las pollas son bonitas.

—¿Estás diciendo que mi polla no es bonita, Fitzpatrick?

—No. La tuya es... —Traga saliva con fuerza, y sus mejillas adquieren ese color rosado que adoro.

Decido sacarlo de su miseria.

Deslizo un dedo desde sus testículos hasta la punta de su miembro. Su polla se contrae.

—No tiene curvas —digo con cariño—. Y no tiene muchas venas.

Noah echa un vistazo a la mía.

—Las venas son buenas.

Sonrío al ver cómo se dilatan sus ojos verdes y paso mis dedos por su pelo.

—Y ambos testículos son redondos y perfectamente simétricos —entonces me arrastro entre sus piernas, porque esa es la mejor manera de llegar a sus testículos. Los lamo, lo que es interesante, porque nunca he tenido algo con esa textura arrugada y fina en mi

boca, y Noah gime. Sostengo cada uno en mi boca, y los gemidos de Noah se intensifican. Sus piernas se agitan. Su miembro se sacude.

Lo miro.

—Cállate.

—Vale —dice suavemente.

Sonrío, luego lamo todo su miembro.

—¿Bien?

—Lo mejor —logra decir. Su pecho sube y baja a un ritmo mucho más rápido de lo que un atleta normalmente hace cuando está tumbado en una puta cama, y su respiración sale entrecortada de sus perfectos labios rosados.

Baño toda su polla con mi boca, moviéndome en largos y húmedos movimientos. Quiero conocerla. Quiero saber cómo se ve y cómo se siente.

Y finalmente, quiero venerarla.

Tomo su glande en mi boca y succiono.

—Finn —murmura Noah.

Saco su miembro de mi boca.

—¿Quieres que pare?

—¡No! —gime—. No pares. Nunca pares.

Mis labios se curvan pero vuelvo a meter su miembro en mi boca. Quiero decir, no soy cruel, obviamente.

Chupo con fuerza, hundiendo las mejillas, y canalizo mi aspiradora interior. Por los salvajes retorcimientos que Noah hace de inmediato, tengo éxito.

—Voy a... —jadea Noah—. Montreal, Winnipeg, Montreal, Winnipeg, Ottawa.

Me separo de su miembro.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy recitando los campeonatos de la Stanley Cup en orden.

—¿Por qué?

—¡Para no correrme!

—Puedes correrte. Ese es el objetivo.

—¡Podría mojar tu boca! —exclama Noah.

Resoplo.

—Además, el orden es en realidad Montreal, Montreal, Montreal, Winnipeg, Montreal...

—No quería repetirme. Podrías pensar que estaba loco.

—Ya lo pienso, cariño —y entonces estoy canalizando mi aspiradora interior otra vez, y Noah está gimiendo, y entonces mi boca se pone muy, muy húmeda. Trago todo su semen. Quiero decir, he bebido de barriles. Esto es mucho mejor.

Me derrumbo a su lado, y él comienza a arrastrarse hacia mis regiones inferiores.

—No tienes que hacer eso —digo.

—Quiero hacerlo —refunfuña, agarrando mi miembro—. He querido hacerlo durante mucho tiempo.

Sus mejillas se sonrojan, como si hubiera revelado demasiado, y algo dentro de mí se derrite.

Enredo mis dedos en su pelo.

—No lo sabía, cariño.

—Quiero decir porque estamos casados. Es conveniente.

Conveniente.

La palabra retumba a través de mí y se enreda en mi alma. Pero tiene sentido. Estaremos juntos durante este año. ¿Por qué no deberíamos ser compañeros sexuales? Es simplemente práctico. Esto no es más que dos amigos calientes viviendo en estrecha proximidad haciendo cosas calientes juntos. Es pura lógica de colegas, y no hay razón para que un dolor se extienda por mi cuerpo como si hubiera recibido un golpe de disco en el plexo solar.

Obligo a mi cuerpo a relajarse.

Entonces su boca está en mi polla, y mis pensamientos desaparecen con cada lamida, caricia y succión.

No soy un tipo sin experiencia. He recibido felaciones antes. Podrías llamarme un entendido. Conozco las diferentes técnicas. Personalmente, soy aficionado al método de provocación, por eso elegí ese para dárselo a Noah.

Noah no hace eso. Él está en el bando de tragar-tanto-como-sea-posible, y tengo que decir que me está funcionando totalmente.

No llega hasta la base, y para ser justos, pocas personas lo han conseguido. Eran expertos, ya que no creo que desarrollaran su

pericia en muchas otras cosas —sin duda, una tragedia para la ciencia y la tecnología, porque por Dios, dominaron las técnicas de felación, pero estoy disfrutando con Noah.

Porque nadie ha parecido disfrutar del proceso tanto como él. Mi corazón se hincha, y mi polla se hincha, y al momento siguiente estoy explotando justo entre esos labios suculentos. Los ojos verdes de Noah se ensanchan, y sus cejas oscuras se elevan, pero traga valientemente, sujetando mis manos cuando intento sacar mi polla de su boca.

Noah se ríe.

—¿Eso fue todo?

Le doy un codazo.

—Solo digo que la técnica de la Stanley Cup funcionó.

—Ahora nunca voy a poder mirar una sin sonrojarme —murmuro.

Atraigo a Noah hacia mis brazos, y él entierra su cabeza en mi pecho, y le acaricio el pelo mientras miro felizmente al techo hasta que ambos volvemos a dormir.

Luego, porque somos súper profesionales del hockey, y la forma física es vida, salimos a correr. Corremos alrededor del puerto de Boston, pasando junto a multitudes de turistas felices. La luz del sol brilla en el océano.

—Deberíamos ir a P-Town —digo—. O a Salem.

—Lo que tú quieras —dice Noah.

—Quiero mostrarte todo Massachusetts.

—Mi parte favorita es la parte donde estás tú —su tono es sincero, y mi corazón palpita.

A veces sus palabras me asombran. Quiero besarle ahora mismo, pero en lugar de eso sigo adelante, consciente de la gente que nos rodea. Si fuera una mujer, le habría besado, y mi felicidad se atenúa, antes de recordar que estamos casi en mi apartamento. Pronto estoy corriendo entre la multitud y los que se hacen selfies, con la alegría recorriéndome.

El hombro de Noah roza el mío.

—Me gusta esto del matrimonio.

Sonrío, pero mis labios no se mueven del todo hacia arriba, al recordar que todo esto es una farsa, todo por conveniencia. En un

año, esto habrá terminado.

—Sin duda es conveniente —digo.

Noah asiente, pero aparta la mirada, y estamos callados cuando llegamos a mi edificio.

CAPÍTULO TREINTA

Noah

Estoy completamente fuera de mi elemento. No sé qué hacer con un hombre increíblemente atractivo sonriéndome desde la almohada que ahora compartimos. Mi corazón va a explotar en cualquier momento.

Pero al menos, lo de ayer no fue un sueño. No por la forma en que Finn me mira con cariño cuando despierto, ni por el hecho de que siga durmiendo a su lado, aunque mis padres ya se fueron ayer a New Hampshire, y no hay absolutamente ninguna razón para compartir habitación.

Excepto esto.

Excepto la sensación de Finn a mi lado. Excepto por la forma en que nuestros cuerpos se entrelazan, y la mirada feliz en sus ojos.

—¿Listo para vencer a Nueva York? —murmura Finn.

Entonces todos los recuerdos de la última vez que fui al estadio irrumpen a través de la agradable nube en la que he estado envuelto durante las últimas veinticuatro horas.

Finn me besa la frente, y me hundo en el colchón de espuma viscoelástica, mientras él cambia de posición. Sé que se supone que debo decir «por supuesto», o «totalmente» o «Nueva York está perdido», pero en lugar de eso, mi corazón se acelera.

Porque no sé cuánto tiempo me mantendrá el entrenador Holberg.

—Necesito jugar mejor —digo.

La expresión de Finn se vuelve sobria. —Eres un gran jugador, Noah. No te habrían convocado si no lo fueras.

—Hay otras personas listas para tomar mi lugar.

Finn guarda silencio.

Supongo que debería estar agradecido de que no me mienta, pero su reconocimiento no hace nada para calmar mi corazón y evitar que golpee contra mis costillas.

Porque todo esto es perfecto, pero puede ser arrebatado con una conversación del entrenador Holberg y Tanaka.

—¿Se ha publicado alguna entrevista? —pregunto.

—Intento mantenerme alejado de las redes sociales.

Le lanzo a Finn una mirada dura, y él tiene el buen sentido de sonrojarse. —Los artículos sobre el orgullo fueron los más efusivos.

—¿Y los otros?

—Estaban bien. Un poco desconcertados. Yo... yo no me molestaría en leerlos. ¿A quién le importan las redes sociales? —La risa de Finn nunca ha sonado tan falsa, y me quedo mirándole.

—A ti. Eres un influencer. —Busco mi teléfono a tientas, con los dedos temblorosos.

Sport Sphere Network no cree que sea digno de salir con Finn.

—Los engañamos con lo del matrimonio. —Finn desliza su brazo alrededor de mi cintura y mordisquea el espacio debajo de mi oreja.

Me pongo tenso. Sus palabras rugen en mi cabeza. He conseguido engañarme a mí mismo.

Quizás el entrenador Holberg me enviará de vuelta a Providence.

Quizá ese será el final de todo.

La excusa perfecta para un divorcio antes de lo previsto. Finn puede publicar un comunicado sobre lo triste que está al anunciar nuestra separación, luego publicar otro sobre nuestro divorcio, afirmando que la distancia, ese viaje en tren de una hora y la atención de los medios resultaron demasiado estresantes.

Y todos lo entenderían.

Todos serían comprensivos.

Y él podría continuar con sus fiestas y su mujeriego hasta que me convierta en alguien que apenas recuerda.

—Voy a ducharme. —Salgo corriendo de la habitación. Me quito los bóxers y dejo que el agua me golpee.

Este inmaculado baño de mármol con sus toallas imposiblemente esponjosas y su iluminación perfecta y su elegante ducha con toneladas de manijas no es mío. Estoy aquí debido a mi propia incompetencia, y esta alegría que he encontrado con Finn no puede durar.

Debería decírselo ahora, pero él es demasiado importante para mí. No puedo dejarlo ir, y ese es mi pecado. Me digo a mí mismo que Finn también quiere todo esto, y a veces lo creo, pero ¿seguiría queriendo algo de esto si me fuera y él quedara libre de la farsa del matrimonio? ¿Cuán pronto sería olvidado? ¿Sería un recuerdo para mostrar lo abierto de mente y amante de la diversión que es? ¿Una anécdota divertida en libros de recuerdos deportivos? ¿Los primeros compañeros de equipo casados en la NHL, aunque no duraron mucho?

Cierro la llave de la ducha de golpe. Me niego a estresarme por esto. Me niego a darle vueltas.

Voy a ir a Cambridge con Finn y jugar un hockey increíble.

Salgo del baño, vestido y listo, y el nerviosismo absolutamente no pulsa por ninguna de mis venas. De ninguna manera. Eso sería inapropiado.

Puedo con esto. Totalmente puedo con esto.

*

Finn

Noah sale como una tormenta del baño, murmurando algo sobre destacar. Resisto el impulso de verlo ponerse la ropa enfadado. En su lugar, me doy una ducha. Cuando salgo, Noah está preparándonos tostadas de aguacate con huevos.

—Esto es agradable. —Me inclino para un beso.

Él envuelve sus brazos alrededor de mi cuello y profundiza el beso. Quizás no está de tan mal humor como pensaba.

Le cuento todo lo que sé sobre los jugadores de Nueva York, aunque él conoce su estilo por ver los partidos.

Finalmente, llegamos al estadio. Los ojos de Noah están más redondos que antes, pero mantiene sus pasos firmes, y su barbilla sigue paralela al pulido suelo de hormigón.

Finjo no darme cuenta de cómo se pone tenso cuando pasamos por la oficina del entrenador Holberg, como si esperara que el entrenador lo hiciera entrar y luego rompiera todos sus sueños.

Normalmente, no estoy súper en contra de que este sea un deporte de alta rotación y se haga espacio para otra persona con ojos brillantes y grandes sueños. Pero egoístamente, quiero que Noah se quede. No tuvo un buen comienzo, y eso fue totalmente culpa mía. Necesito creer que había una razón por la que lo eligieron, porque seguro que hay una razón para que se quede.

Pero Noah está lo suficientemente estresado sin que yo le ponga declaraciones románticas a sus pies, y ciertamente el pasillo donde ambos trabajamos no es el lugar ideal.

Entramos en el vestuario, y las miradas se fijan en nosotros.

—¿No hay música de celebración? —me quejo.

—No. Espera hasta tu próximo matrimonio —declara Troy.

Noah se tensa detrás de mí.

—No soy un tipo de matrimonio de una semana —digo.

—No estaba seguro cuando tus ligues son solo de una noche.

—Como si les hiciera pasar la noche.

La mirada de Noah es pálida. Y enfermiza. De hecho, no tiene muy buen aspecto. Quizás está experimentando un trauma desde la última vez que estuvo aquí, cuando Tanaka nos arrastró a su despacho.

Troy dirige su mirada hacia Noah. —No te preocupes, Noah. Yo te prepararé cócteles.

Los chicos estallan en carcajadas.

Miro con mala cara a mis compañeros de equipo. —Soy la única persona aquí que tiene un negocio secundario de seis cifras preparando bebidas.

—Haces batidos —corrige Troy—. Y esos zumos verdes. Además, apuesto a que mucha gente te ve por tu físico.

Los ojos de Luke se abren como platos. —Esas bebidas verdes probablemente destruyeron tus papilas gustativas y te hicieron servirle veneno a Noah.

—Mis cócteles no son veneno —digo con remilgo—. Y los chupitos de hierba de trigo son una parte importante de la dieta de cualquier deportista.

—Yo, eh, no necesito cócteles —dice Noah con voz suave y tensa —. Con cerveza está bien.

—Lo importante —declaro— es hacer una fiesta. Y que todos nos hagamos amigos.

—¿Y vivir felices para siempre? —los ojos de Troy brillan.

—Estoy a favor de vivir felices para siempre. —No miro a Noah cuando lo digo, y él parece ocupado estudiando la forma de las taquillas.

Noah parecía tranquilo este fin de semana con todo el asunto de vivir juntos y actuar como si estuviéramos casados, pero para siempre es un tiempo terriblemente largo para dos personas que se conocieron hace una semana.

Me siento aliviado cuando Troy se excusa para ir a darse un masaje, y los otros chicos se dispersan, eligiendo levantar pesas y las máquinas en lugar de burlarse de mis habilidades como barman.

—Deberíais tener una boda de verdad —reflexiona Luke.

—Tuvimos una boda de verdad.

—Con esmóquines y esas cosas.

—Llevábamos trajes. —Miro de reojo a Noah porque toda la noche fue confusa.

—Deberíais llevar esmóquines —dice Luke—. Y boutonnières.

—Esa es una palabra muy grande para un jugador de hockey.

—Deberías ver *Buscando al Sr. Perfecto,* —dice Luke alegremente —. Van a hacer un especial de Navidad en Boston. Quiero ver si puedo asistir a una grabación.

—¿No es el objetivo de *Buscando al Sr. Perfecto* que la gente esté encerrada junta?

—Qué va. Lo grabarán por todo Boston. Podemos casualmente...

—¿Colarnos en la grabación? —Levanto una ceja.

La expresión de Luke adquiere un tono soñador. —Eso sería genial.

Me encojo de hombros. —¿Ves, Noah? Los Blizzards son un gran equipo. Super románticos.

—Guay —dice Noah, y parece un poco menos nervioso que antes, y estoy seguro de que todo va a ir perfectamente bien.

Pero cuando Vinnie y Evan llegan y nos lanzan largas miradas evaluadoras, estoy bastante menos convencido de que vayamos a salir de esta.

Porque sospechan de nosotros.

Quizás recordaron que no actuábamos como novios secretos en Las Vegas. Porque, ¿no les habría hablado yo de Noah si lo fuéramos? La discreción no es una de mis veinte mejores cualidades.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral, y conduzco a Noah hacia las máquinas lejos de donde Evan y Vinnie están entrenando.

No estoy seguro de que sea suficiente distancia.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Finn

Salto al hielo y me alineo para el saque inicial contra Nueva York. Los jugadores de Nueva York son duros. Su entrenador parece disfrutar eligiendo a las personas con los instintos más agresivos, y luego perfeccionando esa agresividad para que todos les cedan el disco.

No tengo miedo. La ansiedad no es cosa de los Carrington. Bueno, mi primo Cameron era ansioso, pero como está acercándose a un nivel de riqueza de multimillonario y ya no es un niño, dudo que ese siga siendo el caso.

Pero esta vez los neoyorquinos me rodean, y incluso detrás de sus máscaras, es fácil ver sus sonrisas burlonas. Una sensación sorda me atraviesa.

Tengo una idea de hacia dónde va esto.

De repente siento como si me hubieran metido en una película de los ochenta, y eso no me parece nada guay. Yo no soy el acosado. Absolutamente no. Tampoco hago las cosas al revés.

Pero el ambiente ha cambiado.

McGregor me estampa contra las bandas. —¿Te gustan los hombres, Carrington?

Me mira con desprecio, y sé que piensa que voy a soltar el palo. Forcejeo con él, y a lo lejos, Vinnie patina hacia nosotros, con expresión severa y vengativa.

—Ajá —mis labios se curvan en mi mejor sonrisa socarrona—. ¿Quieres que te folle duro, McGregor?

Su cara palidece, y a Vinnie se le cae la mandíbula.

—¿Quieres que te dé mi gran polla?

A McGregor se le cae la mandíbula, y golpeo el disco hacia Luke, quien marca.

Las luces destellan y la multitud vitorea. Le guiño un ojo a McGregor y me alejo patinando.

—Em, ¿qué le has dicho? —pregunta Vinnie, perplejo.

—Todo lo que él iba a decirme a mí —respondo, antes de lanzarme otra vez a por el disco. Los aplausos resuenan en mis oídos, llenando mi alma y disipando mi preocupación.

Amo este juego. Sonrío a la multitud y me regodeo en mi asistencia, pero no puedo quitarme la sensación de que Vinnie está sospechando. Quizás se suponía que debía odiarme a mí mismo y acobardarme.

Bueno, a la mierda con eso.

El disco se desliza hacia mí, y corro hacia él. Esta vez voy a marcar un gol. Lo disparo con fuerza a la red, sonriendo ante la cara enfadada y decepcionada de McGregor.

Nueva York va a perder sin remedio.

*

Noah

Ganamos el partido. El entrenador me puso en la pista, y todo fue respetable. Tanaka sonríe desde la sección de propietarios cuando el partido termina y hemos ganado 2-0, y el público local grita su entusiasmo.

La euforia burbujea dentro de mí. Vale, esto está pasando. Soy un jugador de la NHL en uno de los mejores equipos del país, casado con uno de los mejores jugadores de hockey del país.

Aunque técnicamente Finn no tiene la mayor cantidad de goles, es súper genial.

El equipo intercambia sonrisas exuberantes cuando entro al vestuario.

—Finn, te quiero ahí fuera para las preguntas —ordena el entrenador.

—¡Sí, señor! —Finn asiente, y se apresura a prepararse.

—¡Felicidades a todos! —dice el entrenador.

Me muevo más lentamente ya que estaré aquí un rato. Cuando salgo de la ducha y me pongo el traje, Finn todavía está hablando con los periodistas. Me siento en un banco.

Algunos de los chicos me miran con curiosidad. Susurran entre ellos, y luego giran sus cabezas hacia mí.

Principalmente he estado con Finn. Ha sido mi protector, aunque nunca le pedí que asumiera ese papel.

Finalmente, Troy se me acerca. —Finn es un tío genial.

—Lo sé.

Asiente. —Porque podríamos ir a por ti si fuera necesario. Si no fueras serio o algo así.

Mi boca se abre, luego empiezo a reírme. Troy lo tiene todo equivocado. Si alguien va a salir herido, será por parte de Finn, porque estoy completamente loco por él.

Pero eso es más personal de lo que quiero revelar.

—Tiene buenos amigos —digo en su lugar.

Troy sonríe. —Y vamos a ser tus buenos amigos.

Asiento y espero a que comenten lo extraño que es para ellos ver a Finn con un chico. Espero que reflexionen sobre lo acostumbrados que están a ver a Finn con una variedad de mujeres, y espero que bromeen sobre cómo ver a Finn hacer cualquier compromiso, y menos con alguien de mi género, es algo a lo que les va a costar acostumbrarse.

No dicen ninguna de esas cosas.

Luke me pregunta sobre Providence, y luego ambos me preguntan sobre New Hampshire. Es la conversación educada que podrían tener con cualquier pareja o nuevo compañero de equipo, y es lo más agradable del mundo.

Finalmente, el resto de los jugadores salen de la sala de entrevistas.

Finn viene directamente hacia mí, pasando rápidamente junto a Evan y Vinnie. —Te he echado de menos.

Me atrae hacia él y me besa en la mejilla. Me pregunto si me va a dar un beso más profundo, del tipo que realmente está en mis labios, pero Finn gira la cabeza, y veo que está observando a Evan y Vinnie.

Finn me arrastra lejos, y pronto estamos conduciendo de vuelta al apartamento de Finn.

CAPÍTULO TREINTA-DOS

Finn

Noah se acurruca contra mí mientras el avión despega después de una noche jugando contra Carolina con otra victoria. Tiene los ojos cerrados, y su respiración envía cálidos pulsos a través de mi cuerpo. Las miradas curiosas de mis amigos al vernos juntos a Noah y a mí han disminuido casi por completo. Noah y yo estamos siempre juntos, y eso está bien para todos.

Mi equipo es increíble.

Aunque esto es solo por este año.

Ese es el secreto que Noah y yo compartimos. La promesa que nos hemos hecho mutuamente.

En algún momento, tendré que explicarles a mis amigos que Noah y yo hemos roto. En algún momento, lo veré saliendo con otras personas. Y en algún momento, yo mismo saldré con otras personas, intentando capturar algo de lo que sentí con Noah, aunque nunca antes había sentido algo ni remotamente parecido.

Miro por la ventana y mantengo el brazo inmóvil para que Noah no se despierte, mientras mi corazón retumba.

Porque Noah y yo estamos apenas en los veinte. Y aunque los jugadores de hockey se casan jóvenes, no sé si Noah tenía ese mismo objetivo. Noah ha salido de fiesta menos que yo. ¿Por qué renunciaría a la opción de hacerlo ahora que está ganando buen dinero por primera vez en su vida?

No, si Noah quiere que esto dure un año, eso es lo que tendremos. Pero mi corazón ya duele. He conocido a alguien tan perfecto para mí, pero cada partido que jugamos es un día más cerca del final. Cuando Noah se sorprendió de que yo quisiera tener todo tipo de sexo con él, decidí no presionar más.

Se oyen murmullos a mi alrededor. Algunos chicos juegan a las cartas, mientras otros se han puesto sus AirPods y están viendo películas en sus iPads. Evan y Vinnie comparten un iPad delante de

nosotros, y sus voces profundas retumban cada vez que aparece una escena particularmente graciosa.

Mi iPad está guardado en mi bolsa. Podría sacarlo. Pero Noah duerme tan profundamente que no quiero despertarlo. Un calor me llena donde nuestra piel se toca. Cierro los ojos e imagino desnudarlo completamente una vez que nuestro avión aterrice y estemos instalados en nuestro próximo hotel. Imagino besar cada centímetro de su cuerpo, como he hecho antes. Pero esta vez también imagino separar sus nalgas. Imagino ver su rosado orificio, e imagino lamerlo. No es una fantasía que haya tenido antes, pero quizás haya visitado mis sitios porno favoritos cuando Noah dormía, esta vez haciendo clic en la categoría gay.

Sí, hay cosas que quiero probar.

Quiero oír a Noah gemir debajo de mí. Quiero empujar dentro de él, y quiero golpear contra su punto especial y ver si vuelve a Noah tan loco como veo que vuelve locas a las personas en el porno. Quiero que sus largas piernas cuelguen de mis hombros, y quiero darle la vuelta y tomarlo a cuatro patas, para que todo lo que pueda ver sea ese magnífico y redondo trasero de jugador de hockey, y quiero tumbarlo y besarlo mientras empujo dentro de él.

Lo quiero todo. Lo quiero a él.

Mi polla se estremece, y obligo a mi mente a alejarse de las imágenes del cuerpo desnudo de Noah e intento dormir.

Si tenemos un año, quiero aprovecharlo al máximo.

Mi Apple Watch vibra. Isaiah nos invita a Noah y a mí a su boda en North Shore. Es en la maldita Finca Peregrine. He estado en sociedad el tiempo suficiente para saber lo increíble que es ese lugar.

Mis labios se curvan hacia arriba. Parece que voy a ver a Noah en esmoquin.

Pero un nuevo sentimiento me invade: culpa.

Noah y yo nos casamos en privado. No le di una bonita boda. Ni siquiera dejé que su familia lo viera. Y le serví bebidas del minibar y ninguno de los dos puede recordar lo que pasó. No soy el súper marido, y el pensamiento de que Noah no espera que lo sea no me hace sentir mejor.

*

Noah

Finn y yo caemos en la cama del hotel. Nuestros brazos se envuelven uno alrededor del otro, justo como siempre dormimos. Finn se arrastra por mi cuerpo. Succiona besos cálidos y húmedos en mi torso. Es posible que mañana tenga chupetones, pero no le digo que pare. Puedo soportar cualquier burla, y su boca se siente increíble.

Luego está chupando mi polla. No me provoca. Va directo al grano, y es asombroso. Finn la traga como un hombre desesperado, como si mi orgasmo significara lo mismo que alguien desactivando una bomba en un estadio.

Pronto estoy corriéndome, surgiendo en una ola de placer. Mi espalda se arquea, mis manos tiemblan, y no estoy seguro de que mi corazón vuelva a ser el mismo.

Aprieto los labios para no soltar accidentalmente lo mucho que significa para mí. Esas tres pequeñas palabras están por todas partes. Hay todo un pasillo dedicado a ellas en CVS, y los chicos casados del equipo, los chicos casados excepto nosotros, las dicen sin esfuerzo a sus cónyuges por teléfono.

Quiero decirlas.

Las palabras aparecen en mi mente cada vez que lo veo, como burbujas flotando sobre él en una tira cómica.

Le quiero. Le quiero tanto.

Probablemente le quería antes de conocernos, cuando miraba a la cámara, con el pelo despeinado, los ojos soñolientos o alerta, y revelaba todos sus pensamientos sobre vivir su mejor vida para que sus espectadores pudieran hacer lo mismo.

Pero no puedo decirlas. Ya me ha dado tanto. Puso su vida en pausa durante un año por mí. No haré que sienta que lo estoy atrapando para siempre.

Así que me trago las palabras y le beso para que nada salga accidentalmente, incluso cuando mi mente resuena con *te quieros* y *eres mi todo*.

Alcanzo su polla con mi mano. Está resbaladiza por el líquido preseminal, y solo hacen falta unas pocas caricias antes de que su cuerpo se tense, luego tiemble, y se quede dormido conmigo aferrado en sus fuertes brazos.

Mi corazón sigue latiendo, la incertidumbre moviéndose a través de mí. No voy a ser capaz de dejarlo ir.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Finn

Los días se desdibujan a medida que avanzamos en la temporada de hockey, el momento en que todo se centra en discos, goles y palos de hockey, pero este año, Noah está junto a todo. Es el cuerpo cálido que me envuelve por la noche, uno que no me di cuenta de que necesitaba, pero ahora no puedo estar sin él.

Un año. Un glorioso año. Un año teniendo a Noah a mi lado. Un año viendo sus ojos verdes posarse sobre mí cuando me despierto, y un año teniéndolo pegado a mí en autobuses y aviones. Un año reclamando sus labios, y de alegría inundándome mientras lo hago reír. Un año.

No quiero desperdiciar ni un segundo; siempre estamos juntos.

No caminamos del autobús al hotel o al estadio cuando podríamos estar caminando de la mano, y no vamos a un restaurante sin que mi brazo rodee sus hombros, incluso mientras comemos.

Porque soy codicioso. Necesito saborear cada momento con él, porque en el futuro, serán recuerdos, y estaré solo en mi apartamento y los necesitaré para superar cada día.

Nunca antes había estado en una relación. Soy un experto en hockey, no en la vida. Pero entonces, nunca antes había conocido a Noah. Nunca sentí la necesidad de llevar a alguien a restaurantes elegantes, de ver la luz de las velas parpadear sobre un rostro atractivo, y de aprender todo sobre la vida de una persona.

Los encuentros casuales no son propicios para aprender sobre la mascota de la infancia de alguien o su lugar favorito de vacaciones. Las cenas sí lo son, al igual que deambular por la ciudad, codo con codo.

Ahora estamos deambulando para encontrar un sastre, porque vamos a vestirnos muy elegantes para la boda de Isaiah.

—¿Estás seguro de que se requiere esmoquin? —pregunta Noah.

—Por supuesto.

—Parece excesivo.

—Ja. Usamos trajes en el trabajo. Todos vamos a llevar esmoquin a la boda.

El nerviosismo revolotea por el rostro de Noah.

—No te preocupes, cariño. Te ayudaré a ponerte los gemelos.

Sus ojos se ensanchan. —¡También voy a necesitar esos!

—Puedes tomar prestados algunos de los míos.

El pánico abandona su mirada, y le sonrío. —Hay algunos beneficios de estar con un chico, ¿eh?

Él suelta una risa incómoda, y yo me trago un suspiro. Sé que Noah se siente atraído por mí, pero también sé que es por conveniencia. No le gusta la atención de la prensa, y tenemos mucha atención.

Los paparazzi se dan cuenta de que somos una presencia constante. Nuestras fotos aparecen en blogs deportivos, blogs LGBT y finalmente en todo tipo de blogs. Tenemos un álbum de recortes de nuestra relación, repartido en blogs y artículos, aunque mayormente consiste en instantáneas mal iluminadas y encuadradas. No diré poco favorecedoras, porque Noah siempre se ve increíble, porque es Noah.

Somos la pareja deportiva más importante del país. Yo soy famoso, y él también.

Nuestro juego también es bueno. Todo en la vida es perfecto, excepto la conciencia de que esto es limitado. El resto de este año será el punto culminante de mi vida, y me centro en todo lo bueno, la dulzura de los labios de Noah, la sensación de su cuerpo musculoso contra el mío, sabiendo que nos precipitamos hacia el final.

Viajo a menudo, y no tengo dudas de que Boston es la ciudad más perfecta del mundo. Tiene un océano y un río, y casas históricas, rascacielos contemporáneos y parques cuidados entre ellos.

Me encanta.

Noah y yo exploramos la ciudad juntos cuando no estamos jugando al hockey, no estamos entrenando para jugar al hockey, y no estamos en los brazos del otro.

A veces pienso que debería hablar con Noah sobre tener más tiempo juntos. Sobre estirar este matrimonio hasta donde podamos imaginar en el futuro, hasta un momento en que nuestros cuerpos se hayan llenado y nuestros músculos se hayan aflojado, cuando podamos contar las arrugas en nuestras caras, cuando no podamos contar las canas en nuestro cabello, porque tendremos tantas.

Pero sobre todo quiero que Noah sea feliz. Es complaciente, y no quiero que me haga promesas que no quiere cumplir.

Y por eso guardo silencio. Afortunadamente, tengo los labios de Noah para sumergirme y la cálida semilla de su polla que soy cada vez más hábil en extraer.

Soy feliz.

Pero quiero que él sea libre.

Por eso decido que necesito hacer una visita al bueno de mi padre. Más específicamente, necesito algunos consejos de abogado.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Noah

Corro hacia el puck a toda velocidad. Prácticamente vuelo sobre el hielo. Las luces del estadio parecen intensificarse, y apenas soy consciente de la multitud de camisetas azules y blancas al otro lado del cristal.

Muevo mi stick, interceptando el pase del jugador de Chicago, y lo golpeo hacia uno de mis compañeros. Me apresuro hacia delante, listo para cualquier pase.

Entonces el puck se desliza hacia mí. Luke está libre, y puedo enviárselo. Sí, eso es lo que haré.

Excepto que algo más capta mi atención.

La portería.

No tengo la mejor posición. Tampoco esperan que apunte hacia ella.

Y por eso lo hago.

Ajusto el agarre de mi stick y golpeo el puck.

La luz parpadea.

Dios mío.

Lo logré.

He marcado.

La felicidad vibra en mi interior, y luego unos cuantos chicos me envuelven en un abrazo de oso. Giramos sobre el hielo y nos separamos para seguir jugando.

Le arrebato el puck a un jugador de Chicago.

—Hola, Fitzpatrick —dice el jugador de Chicago entrecerrando los ojos—. ¿Disfrutando de estar en un partido y no solo en las noticias?

—¿Celoso? —Le guiño un ojo mientras alejo el puck de él, y luego me dirijo a los banquillos con el resto de mi línea.

*

Finn

Cada mañana Noah prepara el desayuno para nosotros, tan interesado en mantenernos sanos como yo. Nuestra nevera está llena de pepinos y col rizada, limones y lechuga, mangos y melones, y me despierto con el sonido de él trasteando con el exprimidor y la batidora. A veces asa huevos en pimientos o boniatos.

Aunque es tímido frente a la cámara, le encanta aprender sobre la filmación, y hace tomas de apoyo para mí.

—Puedes despertarme —le digo.

Sus mejillas enrojecen.

—Quería sorprenderte.

—Quieres sorprenderme todos los días.

—Porque quiero empezar bien cada día.

—El día sería mejor si estuvieras sentado en mi regazo —digo.

—¿Ah, sí?

—Tal vez a horcajadas sobre mi regazo. —Se me seca la garganta porque eso suena totalmente caliente.

—Odiaría que el día no empezara de manera increíble para ti —dice.

Entonces se sienta a horcajadas sobre mi regazo, y nos sonreímos el uno al otro.

Dios, este hombre es tan guapo. ¿Cómo es que nunca supe que la visión más asombrosa del mundo era un hombre con brillantes ojos verdes, pelo corto y oscuro, y una mandíbula fuerte? Paso mis dedos por sus pómulos y luego capturo sus labios con los míos.

Hoy, entramos flotando al vestuario, y algunos de los otros chicos sonríen con picardía cuando nos ven.

—¿Disfrutando de la luna de miel? —pregunta Luke.

—Ajá —Noah se desploma en el banco. Tiene una expresión de felicidad en su rostro, y yo sonrío.

—Alguien ha echado un buen polvo —dice Axel.

Noah se tensa, y yo desvío la mirada.

Todavía no hemos follado. He soñado con ello, me ha fascinado, pero no estoy seguro de si él quiere llegar tan lejos. Aunque lo mencioné antes, no hemos vuelto a hablar de ello desde entonces. Para ser sincero, no estoy seguro de cuánto me interesa. ¿Cómo

puedo sugerir hacer algo con él que no estoy seguro de querer que me hagan?

Ambos estamos a principios de los veinte. Estamos en nuestro punto álgido sexual. Pero cuando todo esto termine, ¿querrá Noah contarle a alguien que solía ser follado?

La incertidumbre me invade y, cuando miro a Noah, está al otro lado del vestuario, hablando con Evan.

—¡Finn! ¡Noah! —El entrenador Holberg me saca de mi ensimismamiento—. Venid.

Lanzo una mirada rápida a Noah. Tiene las cejas levantadas, su actitud tan preocupada como la mía.

—¿Hemos hecho algo mal? —pregunto con cautela.

El entrenador suspira.

—Venid conmigo. Ahora.

Algunos de los otros chicos nos dan sonrisas tensas. Tener que hablar con el entrenador a solas no es buena señal. Noah y yo hemos estado demasiado en las noticias. Antes nos preocupaba fingir estar juntos, pero ahora que nos hemos dado cuenta de que esa parte nos resulta fácil, estamos en todas partes. ¿No estaba Tanaka preocupado por nosotros? ¿No se quejó de que había comprado un equipo deportivo?

No vamos a ser traspasados. No vamos a ser traspasados. No vamos a ser traspasados.

El entrenador Holberg abre una puerta de golpe, y no es la de su despacho.

Tanaka nos saluda con un breve gesto de cabeza. Está sentado en un escritorio.

Dios, estamos en el despacho de Tanaka. ¿Por qué?

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Noah

Pensaba que Finn y yo estábamos jugando bien, pero el entrenador Holberg nos ha llevado a ver al propietario como si fuéramos alumnos que se portan mal y necesitan ver al director.

Mi corazón se acelera, y me acerco más a Finn.

—Os habéis vuelto famosos, chicos —dice Tanaka.

—Noah es nuevo en Boston —explica Finn—. Le he estado enseñando la ciudad.

—Debe de ser todo un experto ahora. —Tanaka desplaza la pantalla hacia abajo en un sitio web—. Parece que habéis estado en todas partes.

—Intento ser minucioso. —La voz de Finn vacila.

Tanaka entrecierra los ojos. —Tomad asiento.

Finn y yo nos sentamos de golpe, y los labios de Tanaka se curvan.

—Habéis proporcionado mucha publicidad a los Blizzards.

—¿Eso es un problema? —pregunta Finn con cautela.

—Nos gustaría rentabilizarlo mejor —dice Tanaka—. Queremos que representéis a los Blizzards.

—¿En serio? —A Finn se le cae la mandíbula—. ¿Pero no es Evan quien siempre hace eso?

—Sí. Pero por alguna razón, Evan quiere su privacidad. —Los ojos de Tanaka bailan—. Es su preferencia. Creo que todos sabemos la razón, aunque no se hayan celebrado ruedas de prensa oficiales.

—Sí —dice Finn.

—Quizás irónicamente, hemos descubierto que vosotros sois las personas más reconocibles del equipo. Obviamente, nos gustaría trabajar con vosotros.

—No le importa que, um... —Finn me mira y luego su voz se apaga.

—¿Que seáis gays? —pregunta Tanaka.

Finn se estremece, y me doy cuenta de que esa no es una palabra con la que él se identifique. A diferencia de mí, a Finn realmente le gustan las mujeres.

Tanaka ya se está reclinando en su silla. —Nos enorgullecemos de ser modernos. Damos la bienvenida a la diversidad. Queremos que los niños homosexuales crezcan sabiendo que pueden jugar al hockey. Han pasado los tiempos en que mandábamos traer canadienses blancos y heterosexuales para jugar.

—Supongo que eso es virtuoso —dice Finn lentamente.

—Por supuesto que es virtuoso. —El tono de Tanaka es severo—. El equipo de relaciones públicas os organizará algunas reuniones con organizaciones benéficas y sesiones fotográficas.

Finn asiente. —Queremos ser útiles.

—Mostraremos al mundo que los Blizzards es una organización amable y estupenda.

—Con el mejor hockey del país —dice Finn.

Los ojos de Tanaka brillan. —Sí. Pero incluso si no jugáis un gran hockey, todo el mundo sabrá que este es un buen equipo al que apoyar. Ampliaremos nuestras entradas de los jugadores de hockey a...

—¿Lectores de revistas del corazón? —sugiere Finn.

Tanaka frunce el ceño. —Esta es una buena oportunidad para ambos. No todos los propietarios de equipos serían tan amables como lo he sido yo.

Finn parece amonestado. —Tiene razón, señor. Gracias.

Tanaka esboza una sonrisa radiante, como si no hubiera parecido severo y solemne, como un profesor de una asignatura particularmente exigente en el colegio.

Finn y yo salimos de la habitación.

—Eso ha sido inesperado —dice Finn.

—¿Hay algún problema? —pregunto con cautela.

Se encoge de hombros. —Más exposición para nosotros. Es bueno, solo que viene con...

Riesgo.

No dice la palabra, pero retumba dentro de mí.

Finn y yo estamos juntos ahora porque queremos convencer al mundo de que no nos casamos por accidente. Pero, ¿queremos que el mundo nos examine más? Porque, ¿y si descubren la verdad?

Una inquietud que no estaba experimentando se desliza por mi interior, y mis movimientos son más inciertos mientras sigo a Finn hacia el departamento de relaciones públicas.

Estará bien. ¿Qué tan relevantes quieren que seamos? Ya hemos dado entrevistas a importantes revistas deportivas y LGBTQ.

Nos paramos frente a la puerta del departamento de relaciones públicas, luego llamo.

—Adelante. —La voz de Daniela navega hacia nosotros y, cuando entramos, nos dedica una gran sonrisa—. Veo que Tanaka ha hablado con vosotros.

—Sí.

—¿Estáis listos para salir en televisión?

Los ojos de Finn se redondean, y se vuelve para mirarme.

—¿Televisión? —pregunto.

Daniela sonríe ampliamente. —Vosotros dos vais a nivel nacional. Vais a aparecer en el programa de Belinda —dice Daniela.

—¿En serio?

—Nadie bromea sobre el programa de Belinda.

—¡Mi madre ve eso!

—Como la mía.

Finn pone su mano sobre la mía. —Entonces nos aseguraremos de hacerlo muy bien.

Mi mente da vueltas mientras Daniela explica los siguientes pasos, luego nos dirigimos de vuelta a la sala de ejercicios.

—Esto es importante —le digo a Finn.

—Acéptalo. Somos importantes.

Le sonrío, y él me sonríe a mí, y de repente quedamos atrapados en una de esas miradas intensas.

Finn arruga los labios de una manera adorable. Quiero besarle. Los labios de Finn se curvan hacia arriba, y sus ojos tienen una mirada traviesa. Mira a ambos lados, luego me arrastra a una sala de masajes.

La puerta se cierra tras nosotros, y miro la gran mesa de masajes, las filas de velas con pilas, el palito de incienso que aún humea.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunto.

—Porque, mi dulce disco, Fernando toma su descanso para comer ahora.

—¿Ah, sí? —Mi corazón se acelera. Tal vez Finn me bese.

Camina hacia mí con una sonrisa pícara firmemente en su lugar. —Resulta que sé que tiene una cita caliente. No espero que vuelva pronto.

—¿Cómo sabes eso? —Mis ojos se suavizan—. Tuviste un masaje hoy. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien.

Asiento con la cabeza, pero para los deportistas "bien" significa otra cosa. Bien significa doler, estar cubierto de moratones. Bien significa que solo a veces recuerdas las operaciones que tuviste. Bien no es lo suficientemente bueno para Finn.

—Te puedo dar un masaje más tarde —prometo.

—Vale. —Sonríe—. Si eso significa que puedo darte un masaje ahora mismo.

Mis ojos se abren y mi corazón se acelera. Miro la camilla de masaje y luego la puerta cerrada. —No creo que sea apropiado.

—No. —Finn se acerca a mí y baja la voz—. También tendremos que mantenerlo en secreto de tu profesora de segundo de primaria.

—Puede que tengamos que escribir "Lo siento" diez veces.

—Qué tonto eres, Noah. Con lo que quiero hacerte, tendríamos que escribirlo mil veces. —Finn me levanta sobre la camilla de masaje y luego sube detrás de mí. Separo las piernas y él se coloca entre ellas. Mi polla se levanta para encontrarse con la suya, y él sonríe cuando la siente.

—Mi dulce disco —dice con voz melosa y ojos juguetones.

—Necesitas inventarte un nombre mejor.

—No cuando este es tan perfecto. —Finn me baja los pantalones de chándal y luego baja los suyos.

—Hay gente fuera —susurro.

—Entonces será mejor que estés callado, Mi Palo Tieso.

Pongo los ojos en blanco, porque por supuesto que estaré callado. De ninguna manera no estaría callado cuando la gente podría oírnos.

Entonces sus labios caen sobre los míos, y recuerdo que esto podría ser más difícil de lo que pensaba. Cuando su polla presiona contra la mía, estoy realmente en problemas. Mis terminaciones nerviosas zumban, y desde luego no ayuda cuando Finn usa su mano para masturbarnos. El líquido preseminal fluye fácilmente de ambos, mezclándose y deslizándose por nuestros miembros. La mano de Finn acelera, y observo cómo nuestras pollas aparecen y desaparecen con sus movimientos constantes.

Esto es tan excitante.

Dios, ¿cómo pude pensar alguna vez que era heterosexual? Los pechos nunca me han fascinado tanto. Pero esto... podría ver a Finn hacer esto todo el día.

Excepto que voy a correrme ahora.

Mi respiración se acelera, y Finn sonríe con suficiencia.

—Silencio, cariño. —Me mira a los ojos. Los suyos son tan hermosos. Me pregunto si debería elogiarle por elegir un apodo diferente o burlarme y decirle que este es igual de exagerado... pero no lo hago. No puedo.

Porque cuando Finn me mira así, tiene mi corazón. Y tal vez eso no sea algo que se supone que debo darle o algo que él quiera.

Porque todo esto tiene fecha de caducidad.

No deberíamos estar arriesgándonos. Podrían descubrirnos. Este es nuestro lugar de trabajo.

La camilla de masaje se tambalea debajo de nosotros, y espero que no nos caigamos, porque quién sabe cómo podrían explicarse esas lesiones al público.

—Córrete, bebé —dice Finn.

Mi corazón palpita, y el mundo entero se reduce a sus ojos, sus labios suculentos y su mano.

Y entonces me corro.

Disparo, y al momento siguiente, la polla de Finn también está disparando. Estiro el cuello mientras el espeso líquido blanco se funde.

Luego Finn me está besando de nuevo, buscando un pañuelo y limpiándonos a ambos.

—Eso fue arriesgado —intento decir con severidad cuando salimos de la sala de masajes, esperando que el aire acondicionado disipe nuestros olores antes de que regrese Fernando.

—Ha sido un día estresante —dice Finn, y mi corazón se hunde, porque todo esto debe ser muy estresante para él.

Todos los que ha conocido verán fotos, vídeos de nosotros juntos. ¿Pensarán todos que estaba mintiendo sobre su sexualidad? ¿O simplemente pensarán que no tenía idea? ¿Se preguntarán cómo acabó casado con el hombre que cayó al hielo nada más patinar en su primer partido de la NHL?

No estoy seguro, y él probablemente tampoco lo esté.

Vamos a la sala de ejercicios, porque necesitamos sudar un poco antes de poder justificar una ducha. Yo levanto pesas, él me vigila. Ambos contamos juntos.

Suenan pasos detrás de nosotros, y aparece Troy. —Juro por Dios, ¿cómo podéis hacer que levantar pesas parezca romántico?

El calor me sube por las mejillas, pero noto que otra persona nos observa... Vinnie.

No he hablado con él desde aquel fiasco en Las Vegas, cuando nos acusó a Finn y a mí —bueno, principalmente a mí— de ser homófobos.

De vez en cuando nos mira desconcertado.

Lo entiendo. Yo tampoco pensé que me casaría con Finn. Desde luego no pensé que se lanzaría al aspecto físico del matrimonio con tanto vigor.

Aunque, él sería el primero en decir que tiene una larga historia de ligues, y es demasiado considerado para arriesgar mi reputación ligando ahora. Es natural que me busque cuando se siente estresado, lo que probablemente ocurre cada vez más a menudo.

No debería soñar con cosas imposibles, y no debería dejar que mi mente divague e imagine un futuro que no es justo pedirle.

Casi me siento aliviado cuando el entrenador me llama, hasta que se me ocurre que quizás descubrió lo que pasó en la sala de masajes.

—¿Cómo, um, puedo ayudarle? —le pregunto.

—Voy a probarte en la segunda línea —dice el entrenador Holberg.

—¿A mí?

—Has avanzado mucho. Queremos que estés más tiempo en el hielo.

—¿En serio?

—En serio.

—Gracias. —Asiento varias veces y luego salgo de su despacho antes de que pueda hacer comentarios sobre marionetas o algo así. Entonces me apresuro a buscar a Finn para contarle las buenas noticias.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Finn

Cole Hawke rebota cuando camina. Nunca había visto a mi agente tan feliz. No sabía que fuera posible. El hombre parece que solo gruñe y cuenta dinero, canalizando todos sus instintos competitivos perfeccionados desde que jugaba al hockey hace dos décadas.

—¿Puedo conocer a Belinda? —pregunta.

Pongo los ojos en blanco.

Belinda Pierce solía ser una famosa actriz infantil a principios de siglo. Destacaba por ser dulce. Luego, tras un período como adolescente en el que dejó claro que no era dulce y que había sido mucho mejor actriz de lo que todos imaginaban, ahora tiene su propio programa de entrevistas.

Me sentiría mejor si hubiera menos fotos de ella gritando a gente fuera de discotecas.

—Por favor, conócela —digo—. Lo ideal sería que hicieras toda la entrevista.

—Estás nervioso —Cole entorna los ojos—. No la cagues en esta entrevista, Carrington.

Mi boca se abre y se cierra.

—Lo harás genial —me asegura Cole—. Porque más te vale.

—Eres el peor agente del mundo.

—Ja. Te metí en los Boston Blizzards. Soy increíble.

—Algo de mérito tengo yo —refunfuño.

—Además, piensa en todo el dinero extra que estás ganando con este asunto del matrimonio.

Abro los ojos como platos.

—¿Qué quieres decir con dinero extra?

—¿Quién crees que convenció a Tanaka para que te convirtiera en la cara de los Blizzards? —pregunta Cole—. ¡Yo!

—Pensaba que a Tanaka se le había ocurrido solo.

—Qué va. Odia los deportes. Siempre los ha odiado.

—No debería ser dueño de un equipo deportivo.

—Suenas como él.

—Todavía no me has explicado lo del dinero.

—Sales en más anuncios. Por supuesto que estás ganando más dinero. Esta entrevista nos ayudará a conseguirte mejores acuerdos de patrocinio.

Mi estómago se revuelve. Cuando le pedí a Noah que se casara conmigo, no pensé en los beneficios económicos para mi propia carrera. Pero estamos en la década de 2020. La gente está deseosa de apoyar a una pareja del mismo sexo.

Trago saliva con dificultad.

Deberían estar apoyando a Vinnie y Evan. No a mí. Y aunque sé que a Vinnie y Evan les gusta su privacidad, la culpa me invade.

Miro de reojo a Noah, pero está charlando alegremente con una maquilladora. Sonrío como un tonto en su dirección. Noah es adorable.

—Estás completamente loco por él —murmura Cole, negando con la cabeza.

Mi piel se calienta. No quiero discutir esto con mi agente.

—Estás tan enamorado —dice Cole—. Nunca pensé que lo vería.

Me pongo tenso, porque esto me suena a insulto.

—Noah es increíble.

Cole me observa, y mi piel se eriza mientras me pregunto qué estará pensando.

—No he dicho que no lo sea —dice Cole finalmente—. No hay motivo para estar nervioso, Finn. Muéstrale al mundo vuestro amor. Eso es todo lo que quieren ver.

Asiento, pero mi estómago se retuerce y se aprieta.

Porque aunque yo esté enamorado de Noah, él no está enamorado de mí. Este matrimonio puede haber sido inconveniente, pero a estas alturas, divorciarnos sería más inconveniente.

Quizás debería haber intentado con más ahínco conseguir una anulación.

—Vamos a maquillarte un poco —declara alegremente una mujer cincuentona de pelo rojo y el tipo de rizos solo posibles en alguien que conoce técnicas avanzadas de rizado.

—¿Todavía hay tiempo para huir de este edificio? —pregunto.

—Absolutamente no —Cole se gira hacia la maquilladora—. Mejor póngale bastante bronceador. Tiene la piel verdosa.

—¿Por qué crees que tengo trabajo? —Ella esboza una sonrisa amenazante, y luego las brochas descienden sobre mi cara.

CAPÍTULO TREINTA YSIETE

Noah

No estoy nervioso por asistir a una boda con Finn. No, en absoluto.

No estoy nervioso cuando me pongo el esmoquin, y no estoy nervioso cuando Finn se pone el suyo, y mi estómago se llena de mariposas.

Porque podría notar lo loco que estoy por él. Finn está impresionante con su esmoquin. La tela negra hace que su pelo castaño dorado parezca aún más vibrante.

—¿Sabes qué sería más provechoso que ir a esta boda? —pregunto.

—¿Qué?

—Probar el colchón. Ver si los muelles están bien distribuidos.

Los ojos de Finn se abren como platos, y juro por Dios que se relame los labios.

—Uf —Finn gira y su mano baja hasta su entrepierna—. Quizás cuando volvamos.

—Vale —intento no hacer pucheros. Por la mirada tierna que cruza sus ojos, dudo que lo consiga.

Me acaricia la mejilla, y oh sí, esto es maravilloso. —Vamos a pasarlo muy bien.

—Es una boda.

—Mucha gente se casa a nuestra edad. No será la única a la que asistamos.

—¿De verdad? ¿Este año?

Finn se tensa y da un paso atrás. Su rostro se ensombrece. —En realidad, no puedo pensar en ninguna otra boda este año. Tienes razón.

Asiento.

—Te gusta tener razón —me recuerda.

—Quizás —concedo, pero siento que he perdido algo—. Creo que es extraño ir a una boda cuando ni siquiera recordamos nuestra

propia boda.

—Sí.

La invitación de boda de Isaiah estaba en una papelería gruesa. Tendrá el tipo de boda que Finn debería haber tenido. El tipo de boda que Finn tendrá más adelante, cuando se case con la persona que realmente ama, cuando su matrimonio conmigo eventualmente se convierta en una "anécdota curiosa" para la gente del deporte, y hasta él lo olvidará la mayoría de los días.

—Creo que hemos terminado de arreglarnos —dice Finn de repente—. Vámonos.

De acuerdo.

Lanzo una última mirada al espejo y dejo la pomada. Luego sigo a Finn desde el apartamento hasta el aparcamiento. Nos deslizamos en su súper lujoso Mercedes, y ya no le pregunto para qué sirven todos los botones de la pantalla.

Dejamos la ciudad y su densa y hermosa arquitectura a través del puente Zakim con su gran serie de cables. Pasamos por los extensos suburbios de Boston, presumiblemente más elegantes cuando no se ven desde la I-95, pasamos por desolados mini centros comerciales y brillantes restaurantes de comida rápida, hasta que finalmente tomamos una carretera costera. El Atlántico ondea a nuestro lado, con olas que se mueven a ritmos más intimidantes que las que vemos en el puerto, y nubes oscuras marchan a través del cielo.

—¿Crees que lloverá? —pregunto.

—Tal vez —Finn estira la mano sobre la consola y aprieta mi muslo—. No todos son tan afortunados como nosotros.

Resoplo.

—¿Qué tipo de boda te habría gustado? —pregunta Finn.

—¿Te refieres a si alguna vez me caso en el futuro? —pregunto —. ¿De verdad?

Finn quita su mano de mi muslo, agarrando el volante con ambas manos. Sus nudillos se blanquean, e inhala.

Más coches han inundado la carretera, y supongo que Finn necesita concentrarse en conducir. Desvío la mirada y observo las casas coloniales, algunas con banderas otoñales, y miro pavos

felices ondeando en la brisa, mientras continuamos hacia el norte en dirección a Ipswich.

El camino hacia la Finca Peregrine nos lleva a través de exuberantes tierras de cultivo salpicadas de graneros pintados de rojo y muros de piedra imperfectamente conservados que inspirarían a las ovejas más somnolientas a saltar.

Vislumbramos el océano Atlántico de nuevo mientras el coche sube por una colina hacia la mansión.

—Pensaba que solo tenían lugares como este en Inglaterra —digo, mirando el imponente edificio de ladrillo y el jardín.

Finn se ríe, y me tenso. Gira la cabeza. —Pero tú también eres de Nueva Inglaterra.

—No sabía que existían lugares así.

—Ah. Mi dulce virgen —dice, entrelazando nuestros dedos.

Fuerzo mis labios en una sonrisa, algo nunca difícil cuando Finn está siendo tonto, pero ahora otros pensamientos se agolpan en mi mente.

Como que Finn podría penetrarme... allí.

Me revuelvo en mi asiento, imaginando de repente a Finn desnudo y embistiendo dentro de mí. Quizás me está mirando a los ojos desde arriba, o quizás estoy a cuatro patas, y sí... hay muchas formas en que este escenario podría ser excitante.

Le lanzo una mirada fulminante.

—¿Qué pasa, cariño?

Finn debe estar practicando para la boda con sus términos de cariño. ¿Cuánta gente habrá allí?

Casi suelto que estoy pensando en él follándome.

—Podríamos hacer eso —digo en su lugar.

—¿Hacer qué? —Aparca en el espacio de grava al que nos dirige un adolescente con chaleco naranja.

Aprieto los labios, pero de repente sus cejas se arquean hacia arriba. Lo ha captado. Oh Dios, quizás estaba bromeando.

—Quiero decir, si tú quieres —digo rápidamente—. Porque nada de sexo con otros durante un año —suelto una risa nerviosa, y Finn inhala.

No parece complacido. Sí, no debería haber dicho lo que dije y haberle recordado que estamos atrapados juntos.

—Vamos, Noah.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Finn

Salimos del coche. Nuestros pasos crujen sobre la grava del aparcamiento, recordándome que normalmente estamos hablando y no escuchando, bueno, el crujido de la grava.

—Un año no es tanto tiempo —dice Noah.

Cierro los ojos. —Lo sé.

—Pasará volando —dice—. Te lo prometo.

Asiento con un gesto brusco.

Ojalá Noah no sintiera la necesidad de recordarme constantemente que esto es solo por un año. Parece pensar que eso me hará sentir mejor, y no es así.

Pero quizás él necesita recordarlo. Quizás necesita sentirse libre.

Saco mi móvil y le envío un mensaje al abogado de mi padre.

Yo: ¿Alguna novedad?

Luego vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo.

Noah entrecierra los ojos. —¿A quién le escribías?

Como no quiero hacerle promesas que no pueda cumplir, simplemente digo: —A nadie.

Sus ojos siguen entrecerrados. Vamos, el tío no es tonto. Nadie va por ahí enviando mensajes a "nadie". Pero dejémoslo estar.

La música de violín flota desde la mansión, y tomo la mano de Noah.

Me mira sorprendido.

—Podría haber fotógrafos —explico.

—Cierto. Lo olvidé.

Le aprieto la mano, luego él me la aprieta a mí, y cuando veo a Luke y Dmitri sacando fotos afuera, no tengo que esforzarme demasiado para mantener una sonrisa en mi rostro al saludarlos.

Asientos envueltos en telas lujosas están alineados en el gran salón, y Noah y yo nos sentamos en el lado del novio. Normalmente, estamos con el equipo. Ahora, la mayoría de los invitados están en parejas. Incluso Troy y Axel tienen acompañantes.

Vinnie, Stella y Evan se deslizan en los asientos junto a nosotros, y yo finjo que estoy totalmente a gusto. Es decir, obviamente estoy totalmente a gusto. Noah está a mi lado y la vida es genial.

Pero no dejo de notar que la mirada de Vinnie se vuelve sospechosa. Sus cejas se fruncen y su ceño se arruga aún más de lo normal. El hombre es gruñón. Bueno, no cuando se trata de Evan y su hija.

—¡Te conozco! —exclama Stella, gateando sobre Vinnie.

—Mmm... —frunzo el ceño—. No creo haberte visto antes. Es decir, sé que Evan tenía una hija, pero ella siempre lleva una camiseta de hockey.

—¡Soy yo! —Stella se ríe, y Vinnie lanza una mirada nerviosa al suelo y la reacomoda en su rodilla. Las carcajadas no suelen mandar a los niños volando, pero no me sorprendería que Stella fuera la excepción. Esa niña es la felicidad personificada.

Claramente Vinnie ha sido una gran adición a la familia.

Vinnie levanta una ceja hacia mí. —¿Estás seguro de que eres Finn? El Finn que yo conozco siempre está con protecciones y una camiseta de hockey, y lleva un palo grande así que... —Se encoge de hombros con gesto de impotencia.

—¿Acabas de hacer un chiste? —Mis ojos se abren como platos, y él me suelta un gruñido molesto cuando mi sonrisa se ensancha.

—Además, siempre llevo un palo grande —digo.

Vinnie frunce el ceño y mueve a Stella al regazo de Evan.

—Lo siento —digo.

Evan toma la mano de Stella y la lleva afuera.

—Sé cómo ser apropiado —hago un puchero.

Vinnie resopla. —Para nada. Pero, eh, Stella va a ser la niña de las flores.

—Eso suena adorable.

Entonces los labios de Vinnie se curvan en una gran sonrisa paternal que nunca vi en él hace un año. —Totalmente lo será.

—Me alegro por ti —digo, y Vinnie responde con un gruñido, aunque estoy seguro de que incluso Vinnie, con sus siempre cuestionables habilidades sociales, sabe que la respuesta apropiada es decir que también se alegra por mí.

Lo que significa que no se alegra por mí.

Finjo que eso no me fastidia.

La sala sigue llenándose de gente. El entrenador está aquí con su esposa y su hijo Oskar. Cuando Dmitri y Luke regresan de fuera, es imposible no ver cómo las mejillas de Oskar se sonrojan cuando Dmitri pasa, o la mirada anhelante que Oskar le envía cuando Dmitri se sienta.

—Creo que alguien está coladito —digo en tono conversacional.

—Quizás.

—Oskar ha salido del armario —digo.

Vinnie expulsa aire entre los dientes. —Vale. Está pillado. Viejas noticias —Vinnie desliza su mirada malhumorada hacia mí—. Pero ¿sabes a quién nunca vi mostrar ningún interés por un hombre?

Mis órganos se retuercen. No debería haber intentado conversar con Vinnie. Lo sé perfectamente. Lo sé.

—Tengo la sensación de que me lo vas a decir.

Pone los ojos en blanco. —No voy a gastar energía. Pero en serio, ¿qué estás haciendo? Te conozco desde hace tres años. Ha sido bombón por aquí, bombón por allá...

Me hundo más en mi asiento, consciente de que Noah se pone tenso a mi lado. Entrelazo nuestros dedos. No sé por qué Noah está nervioso. Vinnie me está atacando a mí. Pero quizás no quiere que se descubra la farsa. Bueno, tiene sentido.

Aunque los besos, las mamadas y las pajas no se sentían como parte de una farsa. Es decir, no sé cómo trabaja la lengua la mayoría de la gente. Pero lo que sea. Probablemente hay un término actoral para lo que estamos haciendo.

Y Noah disfruta de nuestras actividades en el dormitorio, y eso es lo importante.

—Para que conste, no habría intentado hablarte sobre chicas si hubiera sabido que eras gay —digo—. Intentaba ser amistoso. Quiero decir, tienes todo ese rollo de alto, moreno y guapo. —Hago un gesto sobre la figura musculosa de Vinnie—. Y siempre te escabullías. Todos pensábamos que te estabas tirando a tías a mansalva.

—¿Acabas de llamar guapo a mi novio? —Evan se inclina hacia delante.

Doy un respingo. —No te vi volver.

—Obviamente. Sabes que no soy un enclenque.

Asiento. —Sí, eres nuestro capitán.

Se ríe.

Me remuevo en el asiento. —No voy a engañar a Noah. Vinnie está a salvo.

—No vas a hacer nada con Noah —murmura Vinnie—. Porque ambos estáis fingiendo. No sé por qué, pero estoy seguro.

—Vinnie... Recuerda que yo no me identificaba como gay antes de que estuviéramos juntos.

—Pero estaba todo el porno gay que solías ver.

—¡Algodón! —salto de mi asiento—. ¡Necesito algodón!

La cara de Evan ha adquirido un inusual tono púrpura. —No mola, Vinnie.

—Sí, no necesito pensar en mi capitán de esa manera.

—Sois unos inmaduros —murmura Vinnie con aire de sufrimiento.

—¡Eres tú quien ha sacado el tema de los vídeos especiales en una boda! —chillo.

Más gente me mira. *Mierda.* Menuda forma de hacernos quedar a todos como unos inmaduros.

—Vídeos especiales de jugadas de hockey —digo rápidamente—. Para revisar nuestras estrategias. No se debe hablar de trabajo en una boda. Es un no, no.

Los otros invitados entrecierran los ojos. No estoy seguro de que se lo estén creyendo.

—No me refería a ningún otro tipo de vídeos especiales —intento mentir—. Quiero decir, eso sería súper malo. Obviamente.

Noah y Vinnie me dan ambos un codazo.

Por suerte, la música comienza. Isaiah espera a que su prometida pasee por el pasillo para que puedan comenzar el resto de sus vidas juntos.

Stella baja saltando por el pasillo, lanzando pétalos de rosa. Es posible que esté exhibiendo su capacidad atlética un pelín

demasiado, porque algunos de los pétalos aterrizan en los regazos de los invitados.

Todo es adorable.

Pero cuando la mandíbula de Isaiah cae, sé que no solo está sonriendo a Stella. Estiro el cuello y encuentro a Jasmine en la entrada. Está impresionante. Su vestido blanco resplandece contra su piel oscura, y su sonrisa es amplia y jubilosa.

Toda su familia está aquí. Todos sus amigos.

Un nudo se forma en mi estómago.

Dios, le robé este día a Noah.

Le propuse matrimonio en una habitación de Las Vegas cuando habíamos bebido demasiado del minibar. No podría haberlo hecho más poco romántico.

Jasmine continúa por el pasillo, sonriendo al hombre que la ama. Puede que Isaiah esté fuera por esta temporada, pero está *perdido* por Jasmine. El hockey ya no es su vida... ella lo es.

Noah me aprieta la mano, quizás percibiendo la rapidez de mis latidos, porque es increíble, pero la culpa continúa golpeándome, como si un jugador contrario me hubiera estampado contra las bandas.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Noah

La boda es preciosa, pero Finn está callado cuando me lleva a la pista de baile después de haber comido nuestra comida perfecta y escuchado los perfectos discursos de los novios. El jodido amor flota en el aire. Quiero decir, hay enormes jarrones llenos de flores en cada mesa, y los violines han sido sustituidos por jazz al estilo de Frank Sinatra.

No es poco romántico. Los directores de comedias románticas querrían tomar notas sobre este evento.

Rodeo el cuello de Finn con mis brazos y nos movemos juntos. Supongo que bailar no es una de las fabulosas cualidades de Finn. Podemos trabajar en eso.

—Quizás deberíamos irnos —dice.

—¿Ya?

Asiente con tristeza, y me pongo en acción.

—Vámonos entonces —tomo su mano y lo guío fuera de la pista de baile, despidiéndome con la mano de los compañeros de equipo que no están completamente enamorados de sus parejas, mirándose profundamente a los ojos y murmurando cada frase romántica de cada canción romántica jamás escrita.

—Lo siento —dice Finn, una vez que estamos fuera. Contemplamos la oscura noche estrellada, las estrellas brillantes más intensas fuera de la ciudad—. Podemos volver si quieres. L-lo siento.

—Está bien —digo—. No siempre tienes que estar al cien por cien. Vamos a llevarte a casa, grandullón. Incluso conduciré yo.

Me lanza una mirada fulminante. —Soy más bajo que tú.

—¿Ah sí? No estaba seguro, ya que siempre insistes en llevarme en brazos.

Resopla y casi tiene una sonrisa en la cara cuando llegamos al coche.

—¿No te molestó la boda? —pregunta.

—¿Porque odio el amor? —Frunzo el ceño, probablemente formando todo tipo de arrugas abismales.

Se ríe. —No, eres demasiado inocente para ser tan cínico, bebé. Solo quiero decir... ¿no desearías que hubiéramos tenido eso?

Algo se agita en mi corazón. Algo hace que lata más rápido. Algo me hace girar para poder ver su expresión exacta, mirar sus ojos, y...

Su cabeza está girada, concentrada en la vista de las olas.

No debería haberme ofrecido a conducir.

—¿Te hubiera gustado que tuviéramos una gran boda? —pregunto.

Estoy seguro de que la confusión se refleja en cada palabra de mi frase.

Finn suspira hondo. —No, claro que no. Habríamos estado sobrios cuando todos hubieran llegado a la boda. Esto lleva meses organizarlo.

Suelto una risa débil. —Sí, tendría que haber sido una borrachera épica.

—No estaríamos jugando al hockey.

Miro a través del parabrisas la sombría descripción que Finn acaba de hacer.

—No habríamos hecho eso —digo finalmente.

—Lo sé —dice Finn, pero su voz suena casi miserable.

Pero estoy seguro de que Finn no quiere decir que desearía que hubiéramos pasado por un desastre de bebida de meses.

—Te haré una mamada cuando lleguemos a casa —prometo.

Él se ríe. —¿Ah, sí?

—Oh, sí. Mejor empieza a emocionarte.

—¿En serio?

—No vamos a escandalizar al guardia de seguridad ni a la gente del ascensor.

Resopla. —Gente del ascensor.

—Sí. La gente que vemos en los ascensores a veces.

—Yo les llamo vecinos.

—Supongo que también funciona.

Me mira fijamente. —Para el coche.

Parpadeo. —¿Quieres conducir, después de todo? ¿Es por eso este estado de ánimo?

—No, idiota. Quiero hacerte una mamada.

—Oh.

—Para el coche.

Y así lo hago.

—Lo que quieres hacer es ilegal —empiezo.

—¿Esperas que pasen policías por este camino estrecho con vehículos de luces brillantes?

—Eh, ¿quizás?

Finn se muerde el labio inferior, y me doy cuenta de que me he convencido a mí mismo de no recibir una mamada de Finn.

Finn me sonríe con malicia, como si supiera lo que estoy pensando. —Demos un paseo.

Entrecierro los ojos, pero Finn ya está desabrochándose el cinturón y saliendo del coche. Como no quiero quedarme sentado solo en el coche en la oscuridad, le sigo. Los juncos rozan mis tobillos, y el suelo cambia. Estamos caminando sobre arena. El rugido de las olas llena el aire, e inhalo un aroma salado.

—Esto probablemente sería hermoso si pudiera ver algo —digo.

Finn se gira. —Conozco algo que atraerá tus sentidos.

Y en el momento siguiente, acuna mi cara entre sus manos, y nos estamos besando, besando, besando.

Su lengua recorre la mía, y su agarre es firme. Me hundo en su masculinidad. Todo es más duro, más firme, más áspero que con una mujer. Y, Dios mío, me gusta.

—Podría besarte para siempre —murmuro cuando ambos salimos a tomar aire.

Su pecho vibra, y me doy cuenta de que está riendo. —Eso lo dice el hombre que ni siquiera quería salir del coche.

—Podrían pillarnos.

—Mejor túmbate, mi dulce disco.

—Arruinaremos nuestros esmóquines.

—Le daré una propina enorme a la tintorería. Le alegrará el día.

Suelto una risa ahogada. —Bueno, en ese caso tenemos que asegurarnos de ensuciar nuestros esmóquines.

Entonces me siento en la arena y miro a las estrellas, la luna y a Finn.

Mi marido.

Te quiero.

Aprieto los labios, y agradezco cuando me besa de nuevo, para no soltar accidentalmente las palabras en voz alta. Finn estuvo tan callado en la boda, tan distinto a sí mismo, y no quiero causarle más estrés.

Más estrés que podría sentir si piensa que algún día tendrá que romperme el corazón para ser libre de nuevo.

CAPÍTULO CUARENTA

Finn

Continúo besando a Noah aquí mismo al aire libre. Tenía tantas ganas de irme de la boda, y esto no está ayudando precisamente a nuestro tiempo de viaje.

No sé lo que estoy haciendo, pero a menudo no sé qué necesito hacer con Noah. Las cosas se sienten mejor cuando nos tocamos, y se sienten aún mejor cuando nos besamos.

—Te necesito —murmuro, chupando la suave piel de su cuello.

—Me tienes —su voz de tenor retumba contra mi oído, pero ambos sabemos que es mentira. Si lo tuviera, dejaría de hablar sobre cómo solo estamos en esto por un año.

—Voy a pasar este año adorándote —prometo, y él se tensa, antes de envolverme más fuerte en sus robustos brazos. Su mano explora mi trasero. No es una sensación que jamás pensé que me gustaría, pero las terminaciones nerviosas se sacuden igualmente.

—Eh, necesito quitarme este cinturón —digo.

Noah se ríe debajo de mí. —Pensé que nunca lo sugerirías.

Entonces me incorporo y me quito el cinturón, bajando la cremallera por si acaso, luego ayudo a Noah. El sonido de su hebilla moviéndose a través de las trabillas no debería enviar una descarga de placer por mi cuerpo, pero definitivamente lo hace.

Me inclino para bañar el miembro de Noah con mi boca, pero él me atrae hacia sus brazos.

—Creo que estaba haciendo otra cosa —murmura, y mi corazón se acelera cuando baja y agarra mi trasero desnudo con sus grandes manos de atleta profesional.

—Ah... Sí, ya lo recuerdo.

—Las interrupciones son malas, Finn —dice.

—Lo s-siento... —Mis palabras se vuelven confusas y tartamudas cuando Noah me frota el coxis. Me retuerzo, deseando de repente que su dedo fuera en una dirección aún más sureña, aunque nunca haya sido algo que anhelara.

La risa de Noah es baja, profunda y atractiva, vibrando debajo de mí. Mueve su dedo hacia abajo, yendo donde ninguno de mis ligues se aventuró. Pero si estás con alguien durante una hora o dos, tal vez prestar atención a todo el cuerpo no es algo que hagas. Quizás se supone que siempre debo ser el fuerte atleta profesional en esas circunstancias, levantándolos en varias posiciones y luego follándolos duro.

Esto es diferente. Es casi dulce. Mis terminaciones nerviosas continúan explotando, y mi miembro se endurece. Puedo soportar perfectamente cualquiera de estas rocas en esta playa.

Presiona la yema de su dedo contra mi entrada, y gimo de necesidad. Noah me besa. —Shhh... cariño.

Mi corazón resplandece, y me empujo contra él. Mi polla hace contacto con su dureza, y ahora él está tartamudeando una serie de gemidos en mi boca.

Su dedo presiona dentro de mí, y es tan bueno.

—¿Te gusta esto? —pregunta.

—Es increíble.

—Ojalá tuviéramos lubricante —dice—. Entonces te dilataría, y...

Lo beso para que se calle. Luego empiezo a reírme.

—¿Qué pasa?

—No íbamos a presentarnos en la boda de Isaiah con artículos sexuales.

Noah se ríe debajo de mí, y el mundo es feliz y brillante.

—Eso hubiera sido inapropiado.

—Totalmente inapropiado —estoy de acuerdo, pero mi voz suena jodidamente cariñosa porque Noah me hace sentir ligero cuando el mundo es sombrío, cuando incluso los arreglos perfectos en las bodas me entristecen.

—Sabes que voy a tener que hacer lo mismo por ti —digo.

—¿Vas a meterme los dedos, cariño? —pregunta Noah.

Entonces gruño. Es decir, quizás salen palabras reales, no estoy seguro. Pero estoy lamiendo mi dedo, luego deslizando mi mano por los pantalones del esmoquin de Noah, haciendo mi propia exploración.

—Saliva —murmura—. Eres tan listo.

Me río. —Ese soy yo. ¿Quieres escribir una carta de agradecimiento a todos mis profesores del colegio privado?

Entonces mi dedo está dentro de él. —Quiero follarte algún día.

Asiente contra mí, moviéndose desesperadamente, y sonrío y capturo sus labios con los míos otra vez. Muevo mi dedo, maravillándome con el calor y la estrechez de su trasero.

De repente deseo que estuviéramos en mi cama, donde pudiera ver mi dedo desapareciendo en su estrecho agujero una y otra vez. Quiero ver cómo gotea su gruesa polla. Quiero saborear su líquido preseminal.

Pero los sonidos que hace mientras le meto el dedo son increíbles. Sus gemidos, sus jadeos, incluso el sonido de él retorciéndose contra la arena, son mis nuevos ruidos favoritos. Taylor Swift no tiene nada que hacer contra él. Para nada.

—Mi dulce disco —murmuro. Entonces toco algo esponjoso dentro de su trasero, y él se estremece.

—Hazlo otra vez.

Y así lo hago. Soy bastante obediente.

—Creo que esa es tu próstata, cariño.

—Mi próstata es increíble.

—Supongo que debo darle mucha atención. Mostrarle mi respeto.

—Supongo que deberías.

Le meto el dedo con más fuerza, deslizándome en ese canal sedoso una y otra vez. Y entonces Noah se tensa debajo de mí, y sé que se está corriendo.

Saco mi dedo de él.

—Sube —dice Noah.

Me coloco a horcajadas sobre su cara y le alimento con mi polla. No me lleva mucho tiempo llegar al clímax, y me derrumbo a su lado.

—Esto es genial —dice Noah, con la mirada fija en los miles de estrellas sobre nosotros.

Quizás si puedo hacer que cada día sea genial, podré quedarme con él.

Es un bonito pensamiento, y mi pecho se hincha mientras miro los diamantes brillantes en el cielo de tinta.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Noah

Levanto pesas, pero siento un hormigueo en la espalda, y no tiene nada que ver con el número grabado en el extremo de las pesas. Evan y Vinnie están entrenando junto a nosotros. Sus miradas se dirigen hacia nosotros con demasiada frecuencia, y sus expresiones son demasiado evaluadoras.

Finn frunce el ceño y me pasa mi botella de agua.

Evan deja su mancuerna. Le da un codazo a Vinnie, y parecen tener una de esas conversaciones silenciosas de pareja que involucran expresiones faciales y resoplidos pero no palabras reales.

Finalmente, Vinnie se acerca a mí con paso decidido. Sus músculos sobresalen y brillan. Ha elegido el momento más intimidante para hablar con nosotros.

A diferencia de Finn y de mí, Vinnie juega en defensa, y ha peleado en el hielo antes. Retrocedo automáticamente.

Vinnie suelta algo de aire, luego su mirada rebota por todas partes menos en mí. —Lo siento por lo que dije en la boda.

—Está bien...

—Gracias por su disculpa —la voz de Finn es cortante, y desliza su brazo alrededor de mi cintura. Cuando dirijo mi mirada hacia él, no me sorprende ver que está fulminándolo con la mirada.

Las mejillas de Vinnie se enrojecen. —No debería haber hecho suposiciones.

—Los hombres gays están en todas partes —dice Finn—. Y, um, también los bisexuales.

—Sí —asiente Vinnie contrito.

Estoy acostumbrado a ver a Vinnie con aspecto feroz durante los partidos y no estoy habituado a esta versión más mansa.

—Mira. Ya que ambos estamos emparejados, podría ser agradable cenar juntos.

Los ojos de Finn se abren de par en par. —¿Quieres tener una cita doble con nosotros?

—Bueno, la hija de Evan estará allí. Podemos reunirnos en nuestra casa de Beacon Hill para una barbacoa.

—Oh. —Miro a Finn.

Por alguna razón, Vinnie sonríe.

—Sí —dice Finn—. Suena bien.

—Genial. —Vinnie retrocede.

—¡Asegúrate de no quemar nada! —le grita Finn—. Ya hemos escuchado tus mierdas. No queremos comerlas.

Aprieto la mano de Finn. —Es suficiente.

Vinnie se da la vuelta, riendo. —Supongo que tú eres el amable, Noah.

—Claro que lo es. —Aunque no es estrictamente necesario, porque Evan y Vinnie parecen creer que somos pareja, Finn me rodea la cintura con sus brazos, me acerca a él y me da un ligero beso en los labios.

Se aparta después de hacerlo, pero mi corazón sigue latiendo salvajemente mientras nos subimos a nuestras cintas de correr.

Un par de días después nos encontramos mirando la casa adosada no muy modesta de Evan y Vinnie.

Beacon Hill no está lejos de Seaport, y caminamos la milla más o menos hasta allí, pasando por los altos edificios modernos de cristal hasta los altos edificios antiguos de piedra en Downtown Crossing, antes de atravesar Boston Common y dirigirnos hacia las estrechas calles empedradas de Beacon Hill.

—¿Hemos retrocedido dos siglos? —le susurro a Finn.

—Te prometo que tienen agua corriente. —Finn toma mi mano, y caminamos hasta la casa y tocamos el timbre.

Unos pasos apresurados se acercan a nosotros, luego Stella abre la puerta.

—¡Han llegado! —grita.

—Hola Stella —dice Finn—. Este es mi amigo especial Noah.

Ella pone los ojos en blanco. —Tu marido.

—Eh... sí.

—No soy una niña —resopla, luego marcha hacia el interior de la casa.

Después de una breve vacilación, Finn y yo entramos, nos quitamos los zapatos y la seguimos.

Cada centímetro de la casa parece haber sido pensado. Apliques plateados brillan contra el papel tapiz oscuro, y caminamos sobre alfombras orientales.

Evan aparece en el pasillo. —Vinnie está ocupado cocinando. El hombre adora cocinar.

—¿En serio?

Me siento extraño estando en el hogar de estos dos hombres impresionantes, bienvenido a un lugar que pocos de nuestros otros compañeros de equipo visitan.

Finn aprieta mi mano.

—Sabes —comienza Evan—, hice que Vinnie se disculpara contigo, pero yo también debería haberte pedido disculpas. Estaba allí mismo en el vestuario. Nunca se me ocurrió que podías ser gay, y lo siento.

—Soy bisexual —dice Finn, con la piel sonrojándose—. Y me habíais visto con muchas mujeres, así que, um, no os culpo por hacer suposiciones.

No había oído a Finn referirse a sí mismo de esa manera, ni siquiera en nuestras entrevistas.

—¿Y tú qué eres? —me pregunta Evan.

—Gay.

Finn inhala bruscamente.

Mis órganos se retuercen. He expresado mis pensamientos secretos. He revelado demasiado. Y Finn me está mirando con los ojos y la boca muy abiertos.

—Quiero decir, eso creo —tartamudeo—. Tuve una novia antes. Varias. Yo... solo... —Mi voz se apaga. No hay nada que pueda decir para rectificar esto.

Oh, Dios mío.

He dicho demasiado. Ahora Finn sabrá que esto no es todo fingido para mí. ¿Pensará que hice que esto sucediera de alguna manera? ¿Que pasé de superfan a seductor de alguna manera terrible y calculada?

Mi corazón late desesperadamente, y Finn estudia el suelo, aunque es la parte menos interesante de esta casa inmaculadamente decorada. Pero claro, no quiere posar su mirada en mí.

Mi pecho se tensa, mis piernas tiemblan, y cuando Evan sugiere que nos sentemos, prácticamente salto a mi asiento.

CAPÍTULO CUARENTA-Y DOS

Finn

Noah no quiso decir eso, estoy seguro. No quiso decirle a Evan que era gay. Porque, si es gay, definitivamente le gustan los hombres.

Mi mente da vueltas, y Vinnie me pone en la mano una bandeja de costillas de cordero, y me lleva un momento recordar que debería elogiar las costillas y no simplemente mirarlas de manera sorprendida.

—Tienen buena pinta —Evan me lanza una mirada extraña—. Buen trabajo, cariño.

Soy jugador de hockey. Uno bueno. Los reflejos lentos no suelen ser lo mío.

Pero ahora mi mente va a toda velocidad, y se ha olvidado de mi cuerpo.

Solo puedo pensar en Noah.

Noah que podría ser gay.

Noah que debería habérmelo dicho.

Deslizo la mirada de nuevo hacia Noah. Sus mejillas siguen teniendo un tono más rojizo que cuando entramos, y no creo que pueda culpar a la cerveza que alguien le ha puesto en la mano en algún momento.

Miro mi mano, y yo también tengo una cerveza. Abro los ojos como platos.

Estoy realmente desconcertado.

¿Me habré inventado lo que Noah dijo? No tendría ninguna razón para no decir simplemente que era bisexual. Es decir, eso es lo que yo dije. Y Noah es el tipo de persona complaciente que a menudo dice lo mismo. Probablemente por eso estamos bebiendo lo mismo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Evan, con el ceño fruncido, su mirada saltando entre Noah y yo.

—Estoy bien —mi voz se quiebra como si fuera un preadolescente otra vez, y doy un largo trago a la cerveza.

—Puedo traerte agua si tienes sed —dice Vinnie, bajando la mirada hacia Stella, como si esperara que me pusiera a cantar encima de la mesa antes del postre.

Mierda.

Ya se están arrepintiendo de habernos invitado. Porque aunque me comporté de manera tranquila y conocedora con Noah cuando vinimos aquí, y aunque le expliqué todo lo que sabía sobre Vinnie y Evan, todavía hay muchas cosas que no sé sobre ellos.

Las invitaciones a Casa Evan son codiciadas y poco frecuentes.

Stella parlotea sobre su profesora, y me pregunto si Noah tuvo el buen juicio de preguntarle sobre eso o si ella espontáneamente llenó el silencio.

Lo segundo es probable, dada la tendencia de Vinnie al silencio, aunque quizás en casa no pase el tiempo fingiendo que está haciendo una audición para interpretar a Heathcliff o a uno de esos otros héroes atormentados que se encuentran vagando por los páramos en los dramas de época de Masterpiece Classics que tanto le gustan a mi madre.

Miro alrededor de la mesa. Bandejas de comida con aspecto delicioso están por todas partes.

—¿Has hecho todo esto tú, Vinnie? —pregunto.

Vinnie resplandece.

Evan resplandece.

Stella resplandece.

—Vinnie es un cocinero increíble —declara Stella—. Papá solía hacer toda la cocina, y no era lo mismo.

—Esos fueron los días trágicos —Evan reprime una sonrisa.

—Y tanto —dice Stella solemnemente.

Dios. No sabía eso sobre Vinnie. Y aparentemente hay cosas enormes sobre Noah que tampoco sabía.

Intento mantener una conversación forzada, pero sobre todo me pregunto si puedo poner una excusa y arrastrar a Noah a uno de los dormitorios y aclararlo con él ahora mismo.

No es la mejor idea.

Evan es un tipo tranquilo, pero sus ojos parecen más estrechos de lo normal, y su ceño más fruncido.

Un escalofrío me recorre la espalda. Noah y yo engañamos al entrenador H, engañamos al equipo, engañamos a Tanaka, engañamos a Daniela, engañamos a nuestros padres, engañamos a la prensa.

Hemos estado mintiendo a todo el mundo.

Y pensaba que nos estábamos saliendo con la nuestra.

Pero ahora no estoy tan seguro.

¿Cuánta sorpresa se reflejó en mi cara cuando Noah le dijo a Evan que era gay? Dado el hecho de que estoy actuando de manera callada y retraída, todas las cosas que no soy, estoy seguro de que lo notó.

¿No habría sabido que mi marido era gay y no bisexual? ¿No es ese el tipo de cosas que una pareja casada del mismo sexo sabe el uno del otro?

Mi corazón late de manera inestable, y cuando intento comer toda la deliciosa comida, tengo la garganta seca y el estómago convertido en piedra.

Noah me lanza una mirada preocupada, sus brillantes ojos verdes redondos y inquietos.

Normalmente me acercaría a él y le reconfortaría, pero ahora la incertidumbre ha construido fronteras entre nosotros.

Finalmente, Noah dice algo sobre un día temprano mañana, y bajo la mirada para encontrar un postre a medio comer —tarta de queso, creo— en mi plato.

Reúno todas mis frases hechas sobre lo asombrosa que ha sido esta comida, sacando mi mejor encanto Carrington, pero la mirada de Vinnie es extraña, y la mirada de Evan es más extraña aún, y no creo que haya engañado a nadie.

Noah sugiere que pidamos un Uber, pero yo quiero caminar. Quiero caminar por todas partes y librarme de la energía e incertidumbre que recorre mi cuerpo, y nunca quiero llegar a casa, porque no sé qué decirle a Noah una vez que lleguemos.

*

Noah

Los pasos de Finn se alargan, y yo me apresuro tras él. La noche está oscura, el cielo negro. Las hermosas casas de Beacon Hill con su intrincado diseño de ladrillo rojo cálido han sido reemplazadas por grandes bloques. Las cestas de flores que colgaban de los relucientes faroles negros han desaparecido, y la luz de los faroles, ahora encendidos, parece inquietante. El Boston Common está oscuro, y las flores se asemejan a alfombras de pelo largo en una habitación a oscuras, y no a algo que la gente haya diseñado cuidadosamente, cultivado con esmero y nutrido con dedicación.

Entonces comienza a caer la lluvia.

Una llovizna se convierte en grandes gotas, pasando de un juguetón allegro a un crescendo total.

Aun así, Finn permanece en silencio.

Quizás siempre lo estará.

No debería haberle dicho eso a Evan.

No estaba pensando. Estaba demasiado relajado, y ahora Finn lo sabe.

—Lo siento —digo.

—No has hecho nada.

—Lo sé, pero...

—Podemos hablar en casa.

El nudo en mi pecho se aprieta. —Vale.

La vergüenza me invade al recordar cuando entré en su habitación mi primera mañana aquí, interrumpiendo a Finn mientras hacía algo que esperaba que fuera privado.

¿Pensará que me aventuré allí a propósito, ansioso por probar suerte?

Mi respiración se acelera, mi corazón amenaza con estallar. Creo que Finn me mira de reojo, pero cuando lo miro, su mirada está fija al frente. Las gotas de lluvia mojan su pelo, y quiero apartárselas. Ayer lo habría hecho. Ahora vacilo con incertidumbre.

—¡Hola chicos! —El guardia de seguridad sonríe radiante cuando entramos al vestíbulo del edificio de Finn, pero su sonrisa desaparece cuando ve nuestras caras.

El ascensor tarda una eternidad en llegar al vestíbulo, y Finn camina de un lado a otro por el suelo de mármol, como si le

disgustara la posibilidad de tener que hablar conmigo.

La puerta principal se abre, y Madison entra con paso decidido. Se mueve con pasos rápidos y eficientes, sin que los tacones le supongan impedimento. Un aroma floral nos envuelve cuando se une a nosotros en el ascensor, y apenas puedo respirar.

—Ah, la feliz pareja —dice.

No hay nada cruel en sus palabras, pero golpean contra mi pecho de todos modos, y la expresión de Finn es desgarradora.

Oh no, oh no, oh no.

—Hola Madison —dice Finn.

CAPÍTULO CUARENTA-TRES

Noah

El ascensor suena y se detiene en nuestra planta. Salimos al rellano. Finn y yo vamos goteando agua por la alfombra, y Madison arquea una de esas cejas gruesas y bien perfiladas que hacen imposible no darse cuenta cuando se levantan.

—La vida matrimonial parece sentaros bien —dice Madison, con los ojos bailando, sin molestarse en ocultar el sarcasmo en su voz—. Aunque quizás uno de vosotros podría enseñarle al otro lo que es un paraguas. —Su mirada se estrecha—. Tal vez no los tienen en tu parte de New Hampshire.

—Ya basta, Madison —la voz de Finn es fría, severa y aterradora, pero no sé si eso son restos del enfado por sus sentimientos hacia mí.

Introduzco mi llave en el apartamento mientras Finn habla con Madison en el pasillo. No llego muy lejos antes de que Finn irrumpa en el apartamento. La lluvia se desliza por su rostro. Está enfadado y hermoso.

Trago saliva.

Así que vamos a tener esta conversación.

Levanto la barbilla. —Puedo mudarme. Podemos decir que no funcionó. Eso le pasa a todo el mundo. O admitimos que fue una mentira. Lo que la dirección del equipo quiera hacer. Lo que sea mejor para tu reputación, no me importa.

Finn acorta la distancia entre nosotros, y puedo ver las gotas individuales de lluvia deslizándose por su cara.

Madison pone música en su apartamento. Oigo el débil sonido de música pop flotando a nuestro alrededor. ¿Puede oír esta conversación? ¿Ha sabido todo este tiempo lo falso que es esto? ¿Va a colarse en su apartamento esta noche y decirle que desearía haber aceptado su oferta desde el principio?

Me iré, y Finn no tendrá que preocuparse más por mí. Y eso será lo mejor.

Sé que es mejor no esperar que no me odie. Sé que es mejor no esperar que cualquier recuerdo mío no haga que su cuerpo se estremezca. Sé que es mejor no pensar que volverá a ponerse en contacto conmigo, que ahora hará algo más que cruzarse de brazos, golpear con el pie y decirme que haga las maletas inmediatamente.

A menos, claro está, que quiera vivir en silencio y miseria, y si eso es lo que quiere, estoy dispuesto a ello también. Estoy dispuesto a cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa que él quiera.

Finn me evalúa con una sonrisa irónica, y luego me besa. Me hundo en sus brazos.

Necesito apartarme, pero soy un hombre débil. Necesito liberarlo.

Entonces Finn me levanta con sus fuertes brazos musculosos y me coloca sobre la encimera de la cocina. Me desabrocha la camisa. Mi respiración sale en rápidas ráfagas.

—No quiero que hables de mudarte. —Me quita la camisa, con el rostro aún serio.

En otro momento le habría tomado el pelo por no ser completamente higiénico y que las encimeras de la cocina no son para las personas, y él me aseguraría la destreza limpiadora de Gabriella y cómo está preparada para absolutamente cualquier emergencia.

Pero ahora estoy en silencio, observando al hombre que amo. Sus ojos arden, y tal vez me equivoco. Tal vez también le importo.

Pero él es Finn Carrington, y yo soy Noah Fitzpatrick, y la vida no carece de sentido.

Dejo que Finn me desabroche los pantalones, y dejo que me los baje, quitándolos junto con mis calcetines. Dejo que me levante para que pueda quitarme los bóxers, aunque me odio a mí mismo, porque sé hacia dónde va esto.

Y entonces Finn me toma en su boca. Todavía no estoy duro, pero la boca de Finn es cálida, húmeda y maravillosa y pertenece a Finn. Me expando en su boca, llenándola. Los labios rosados de Finn se ven perfectos alrededor de mi verga, y quiero recordar el momento para siempre.

Te amo. Te amo. Te amo.

Empieza a succionar cuando está seguro de que no me hará daño, moviendo su cabeza arriba y abajo. Es espectacular. No protesto cuando retira su boca de mí, porque tuve la suerte de tener su boca en mí para empezar.

—¿Lo decías en serio? —pregunta.

—Creo que sí. —Mis mejillas se calientan—. Quizás. Esto es mucho mejor de lo que he experimentado, y tal vez... Lo siento.

—Me quedé desconcertado —admite.

—No planeé esto. No quiero que pienses que soy un fan listo que...

Acuna mi mejilla. —Lo sé.

—No debería habérselo dicho a mi capitán antes que a ti.

—Está bien. —Sus ojos brillan—. Me preocupaba estar imponiéndome a ti.

Mi mandíbula cae. —¡No lo hacías! ¡Para nada! ¿Cómo podías pensar eso? ¡Me encanta todo lo que hacemos. ¡Siempre me ha encantado!

Le sonrío, y él me devuelve la sonrisa. Luego sus ojos se encienden, y me recoge en sus brazos y me lleva al dormitorio. Mi ropa queda abandonada, y mi corazón se acelera.

Me coloca suavemente sobre la cama, y me deslizo sobre las sábanas suaves y el colchón mullido. Todo exuda lujo. Todo es tan diferente de mi apartamento en Providence, y no merezco esto. No lo merezco a él.

Necesito decírselo. —Finn.

Él niega con la cabeza, con el rostro serio. —Nada de hablar.

Asiento con incertidumbre, porque ¿cómo podría hacer otra cosa en su presencia? Le daré todo.

Finn presiona besos por todo mi cuerpo, chupando y mordisqueando mientras desciende. Nunca deja de complacerme, y trato de detener las hormonas que se arremolinan a través de mí con su contacto, las que me hacen sentir mareado y cálido.

Baja de nuevo.

Esta vez no lame mi verga o mi glande. En cambio, se mueve en una dirección más meridional. Lame mis testículos, luego baja más. Y más abajo.

—¿Está bien esto? —murmura.

Asiento, y él levanta la cabeza, porque, por supuesto, no puede verme.

—Lo está —digo suavemente.

—¿Estás seguro? —La amabilidad emana a través de su voz.

Asiento, y él me devuelve la sonrisa, luego su cabeza está bajando, bajando, bajando. Me da la vuelta, para que mi polla goteante presione contra el suave colchón y las suaves sábanas. No le importa que mi líquido preseminal manche el algodón egipcio.

En cambio, separa mis nalgas. No es la primera vez que mira esa zona, y sonrío ante su fascinación con ella. Pero entonces siento algo húmedo. Algo como su lengua. La energía me sacude. Mis terminaciones nerviosas vibran. Nunca me habían tocado allí antes.

Mi respiración se acelera, y juro que puedo sentir a Finn sonreír. Nunca me he sentido así. Finn presiona la yema de su dedo contra mi entrada.

—Quiero... —dice, con voz áspera y ronca, y le quiero tanto.

Aprieto mis labios para no gritar lo mucho que le quiero, para no hacerle sentir incómodo, para que no tenga que recordarme que nuestro tiempo es limitado. Estamos siendo prácticos y tonteando el uno con el otro, para que los tabloides no nos pillen engañándonos.

Pero mi corazón explota de todos modos.

Finn es maravilloso. Y por ahora, es mi marido.

La palabra se extiende por mi cuerpo, propagándose lenta y poderosamente, hasta que todo ha cambiado.

CAPÍTULO CUARENTAYCUATRO

Finn

Noah se retuerce y gime debajo de mí, reaccionando a cada una de mis caricias. Le deseo. Le anhelo. Y ahora está en mi cama. Presiono mi dedo contra su entrada, y él gime.

Lo desea.

Y Dios sabe que yo también.

Me estiro hacia la mesita de noche y saco el lubricante. Vierto un poco en mis dedos, frotando el líquido espeso y frío en ellos, para que Noah no se sobresalte cuando le toque.

La cara de mi marido está hundida en la cama, revelando los músculos de su ancha espalda. Es hermoso. Es mío.

Su trasero se curva magníficamente, producto del entrenamiento riguroso y de jugar al hockey.

Luego me inclino hacia atrás y separo sus nalgas de nuevo. Su entrada está apretada y rosada. Presiono mi dedo, ahora húmedo con lubricante, contra ella.

—Más —susurra, como si no estuviera seguro de que vaya a continuar.

Pero quiero hacerlo.

Introduzco mi dedo, observando fascinado cómo desaparece en su cuerpo. Está caliente y apretado, y de repente dudo que la temperatura del lubricante hubiera marcado alguna diferencia. Su cuerpo pulsa con calor.

Imagino lo que sería estar realmente dentro de él. Dios, mi dedo tiene suerte. Lo muevo suavemente.

Pero todo le hace gemir, y le conozco lo suficientemente bien como para saber que sus gemidos son de placer. Sonrío y añado un segundo dedo, como he leído que debería hacer.

He investigado sobre esto.

Lo deseo.

Y quiero que él lo disfrute.

Muevo mis dedos dentro de su estrecha entrada, buscando un lugar particular que debería estar alineado con su ombligo.

Y entonces, lo encuentro.

Es suave y esponjoso, y me parece increíble.

Por la reacción de Noah, a él también le parece increíble que lo esté tocando, y gime.

—¿Te gusta?

—Dios, sí.

—Puedo parar si lo prefieres.

—Ni se te ocurra parar —dice Noah entre jadeos, y me río.

—Quiero entrar en ti.

—Quieres follarme.

Parpadeo. —Estaba siendo educado.

—Aunque lo agradezco... —Menea el trasero, follándose a sí mismo con mis dedos—, también agradecería que te quitaras los pantalones y...

Retiro mis dedos, porque desvestirse requiere las dos manos, y me quito los pantalones, los calzoncillos y la camiseta para rematar, porque de ninguna manera quiero que piense en el Pato Donald.

Me lubrico la polla y luego la dirijo contra su entrada. Entonces dudo. —Te dolerá.

—Soy jugador de hockey. ¿Quieres que te enumere todas las formas en que me he lesionado en el pasado?

—¡No por mí!

—Dentro, Carrington —murmura, y entonces empujo. Mi corazón se aligera, porque su humor ha cambiado, y volvemos a ser simplemente Noah y Finn.

Noah y Finn que están unidos de la manera más íntima en que dos hombres pueden estar unidos.

Me deslizo dentro de su apretado calor. Es increíble. Es extraordinario.

Y ahora estoy gruñendo y gimiendo como un loco, pero a Noah no parece importarle. Entro y salgo de su trasero, moviéndome suavemente, acostumbrándome a la sensación de tanto calor, tanta estrechez.

—Deberíamos haber estado haciendo esto desde el principio —murmuro.

Noah se ríe impotente contra la almohada. —Me gusta todo lo que hacemos.

Mi corazón se hincha. —Somos buenos juntos.

—Muy buenos.

Empujo más rápido, más fuerte. Dirijo mi polla hacia esa parte especial de Noah otra vez, y entonces él grita.

—Justo ahí —dice.

—Vale. —Puedo hacerlo. Embisto justo ahí.

—Más fuerte —dice.

—A ello.

—Más rápido.

—Totalmente.

Entonces estamos volando. Me muevo más rápido y más fuerte dentro de él, y sus gemidos se vuelven más fuertes, sus manos y piernas se agitan.

Estamos unidos. Somos uno solo.

—Voy a correrme —dice.

—Córrete.

Y aunque lo dije por él, en el momento en que lo digo, exploto. Mi semilla se dispara dentro de él, y me derrumbo sobre esa espalda musculosa y firme, ahora tan empapada de sudor como estoy seguro que está mi cuerpo.

Mi corazón continúa retumbando y latiendo con fuerza, y cuando salgo de él y lo atraigo hacia mí, lo único que puedo pensar es que le amo.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Noah

El público estalla, una ola de vítores y gritos mientras voces dispersas corean mi nombre. Marqué otro gol, ganamos otro partido, 3-1.

Mi corazón está ligero. Anoche me preocupé cuando le confesé a Evan lo que soy. Me preocupaba que Finn pudiera odiarme.

Pero anoche hicimos el amor. Aunque no dije las palabras, fue todo lo que pude hacer para no gritarlas al mundo, o al menos, hasta donde el bien construido y bien aislado edificio de apartamentos de Finn permitiría que mi voz llegara.

Me arrastran para hablar de mi gol con los medios. Noto a algunos de los periodistas que nos entrevistaron a Finn y a mí en casa de sus padres. Algunos me hacen gestos de aprobación, y mi corazón canta.

—Has hecho buen trabajo —dice Dmitri—. Boston está orgulloso. —Duda—. Yo estoy orgulloso.

—Gracias, Dmitri. Es muy dulce por tu parte decírmelo.

Sus ojos se oscurecen, y su habitual irritación nubla su rostro.

—No soy persona dulce.

Se aleja pisando fuerte.

—¡Ya lo sé! —le grito desesperadamente—. Por eso el gesto ha sido agradable.

Se da la vuelta y asiente.

—Supongo. Deberías venir a The Rinkside Pub para celebrar. Si puedes apartarte de follar con Finn.

—¿Qué tienes contra Finn?

—Quería decir *follando a* Finn. —Hace un gesto grosero con las manos.

—Oh. —Aunque Finn me ha follado a mí, yo no le he follado a él. Pero ahora estoy pensando en ello. La lujuria burbujea dentro de mí —. Ya veo.

Se ríe.

—A veces soy profesor de inglés, no solo jugador de hockey.

Resoplo.

—Eres un hombre del Renacimiento.

Parpadea.

—Quiere decir que eres como esos hombres que solían llevar mallas y pintarse la cara de blanco —explica Axel.

—Nunca haría eso —dice Dmitri.

—Quería decir que eres bueno en muchas cosas —aclaro.

—Me verían excelente en mallas —concede Dmitri, y se aleja con aire altivo.

El equipo y yo celebramos nuestra victoria contra Chicago, y caminamos juntos hacia Cambridge. Las cazadoras de jugadores invaden el bar, y chillan cuando nos ven acercarnos. Por la forma en que envían mensajes, pronto llegarán más fans.

Música con ritmo rápido suena en el pub, y las barras y mesas son todas de madera oscura.

—¡Noah! ¡Finn! —Troy nos hace señas.

Me siento junto a Finn, con su brazo apoyado detrás de mí, mientras la gente vuelve a contar mi gol.

La alegría burbujea en mí mientras río con mis compañeros de equipo.

Amo mi vida. Y amo a Finn.

—Estás sonriendo mucho —dice Finn, acercándome a él.

—Solo pensaba en algo que dijo Dmitri —digo.

Finn me mira con el ceño fruncido.

—Yo soy mucho más gracioso.

—Obviamente, cariño.

Finn pone esa sonrisa complacida que siempre tiene cuando uso un apodo cariñoso para él, aunque estamos hablando en voz baja, así que no puede estar simplemente orgulloso de mis habilidades de actuación.

Entonces me acerco a él.

—Puedo entrar dentro de ti esta noche.

Los ojos de Finn se abren de par en par, y su boca se cae abierta.

—A menos que no quieras —digo rápidamente.

—¿Por qué me dirías algo así? —pregunta.

—Lo siento. —Mi corazón late agitadamente.

—¡Tardaremos treinta minutos en volver! —se queja Finn.

—Y eso es...?

—Demasiado tiempo —dice Finn, luego agarra mi mano, deja mi bebida en una mesa, y salimos del bar deportivo—. Tenemos que irnos ya.

Me río, y nos abrimos paso entre la multitud de jugadores de hockey y fans.

*

Finn

Vale. Lo admito. No pensaba que quisiera que Noah me follara. No presioné la parte del coito en nuestra relación, porque no quería pedir algo de lo que no estaba seguro si quería experimentar yo mismo.

Pero cuando Noah dice que quiere estar dentro de mí, es una decisión fácil. Porque suena increíble. Por supuesto que quiero estar tan cerca de Noah como sea posible.

Corremos de vuelta al estadio y cogemos mi coche, luego voy a toda velocidad hacia Seaport.

Una vez que estamos en el ascensor, nos besamos.

—Le estás dando un espectáculo al guardia —me advierte Noah.

—Mi objetivo es entretener. —Presiono el botón de nuestro piso, luego beso a Noah un poco más—. Ese traje te hace ver muy sexy.

—Siempre soy sexy.

Me río. La recién descubierta confianza de Noah es tan jodidamente sexy.

—Así es, mi robusto palo —le susurro, y ni siquiera me arrepiento cuando me da un puñetazo en el estómago.

Nos besamos por todo el pasillo.

Una puerta se abre, luego se cierra rápidamente.

—Creo que ese era el Sr. Greenberg —murmura Noah.

—¿Ya conoces a los vecinos? —pregunto.

—Es bueno ser educado.

—Eres tan de pueblo pequeño —digo, buscando frenéticamente mi llave. Me cuesta girarla. Deberían darnos tarjetas. ¿Cómo se supone que la gente va a estar metiendo llaves en cerraduras y haciendo todo el rollo de girar cuando quieren estar besando a sus súper sexys cónyuges al mismo tiempo? Esta es una tragedia a la que la gente no presta suficiente atención—. Te quiero-

Noah se tensa en mis brazos. No iba a decir *eso*. No en el pasillo donde cualquiera podría salir. No cuando Noah está obligado a estar conmigo durante la mayor parte de este año, a menos que el abogado de mi padre lo arregle y pueda conseguir una anulación.

Una parte de mí quiere cancelar ese proceso. Pero parece injusto detenerlo cuando el abogado dijo que podría haber una manera de hacerlo discretamente. No debería obligar a Noah a estar casado conmigo. Noah, que es tan maravilloso. No, una vez que hable con el abogado, podemos discutirlo juntos.

Hasta entonces, no hay razón para crearle falsas esperanzas en ningún sentido.

Los ojos verdes de Noah están fijos en mí, y quiero mirarlos para siempre y nombrar cada tono de verde que destella en sus iris.

Pero entonces recuerdo que empecé una frase con "Me encanta".

—Eso de ti —termino torpemente.

Él asiente y evita mi mirada.

—Métete dentro de mí, francotirador —digo, y sus hombros se relajan.

Desbloquea la puerta y me empuja adentro. En el siguiente momento, me carga sobre su hombro como si fuera Thor y yo fuera, bueno, no Thor, y nos apresura hacia nuestro dormitorio.

—Esto es indigno —exclamo, mientras mi cara sube y baja contra su espalda.

—No puedo evitar que seas un lento, Carrington.

—Usando mis palabras en mi contra —refunfuño.

Me deja en el suelo frente a nuestro dormitorio. —Tengo déjà vu.

—¿Usas palabras francesas elegantes conmigo, Carrington?

Resoplo. Dios, Noah probablemente nunca ha estado en Francia. Quizás nunca ha estado en Europa. Quiero llevarlo allí. Quiero llevarlo a todas partes.

—Te compraré una boina y una camiseta bretona —prometo.
—Entonces nunca tendré que salir del apartamento.
—Me parece perfecto.
Nos miramos fijamente el uno al otro.
—¿Todavía quieres que yo...? —Su voz tiembla.
—Absolutamente.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Noah

Esto está pasando de verdad.

Mi pulso se acelera, poco acostumbrado a toda esta felicidad que bombea por mi cuerpo. Luego le quito la corbata a Finn.

Mis manos tiemblan, pero Finn está tranquilo y sereno. Es mi roca, mi montaña, mi vida.

Y esta noche, voy a adorarle.

Su corbata hace un susurro cuando la deslizo de su cuello, luego le desabotono la camisa. Sus manos alcanzan las mías, y trabajamos juntos. No es la forma más práctica, pero ambos sonreímos, y luego pasamos a mi corbata, a mi camisa. Le quito la chaqueta del traje, y él me quita la mía.

La ropa se amontona en el suelo. Nuestras pollas se endurecen, y cuando le quito el cinturón a Finn y le bajo los pantalones, su polla ya sobresale de una manera absolutamente interesante.

Pero no estoy aquí por su polla.

Voy a estar dentro de Finn.

Voy a estar tan cerca de él como es posible que un hombre pueda estar.

Sus pupilas se dilatan.

De repente, nos estamos besando. Nuestra ropa está casi completamente fuera, y le empujo hacia la cama, consiguiendo que ninguno de los dos tropiece con los pantalones.

Después ambos estamos tumbados en la cama luchando por quitarnos los bóxers. El cuerpo de Finn está limpio tras la ducha después del partido, y chupo la piel suave donde su cuello se une con los hombros. Gime contra mí, retorciéndose en la cama.

—Esto va a ser increíble —dice.

—Totalmente.

Muevo mis manos por su espalda. Tengo la sensación de que me estoy moviendo demasiado rápido, que debería estar memorizando la curva exacta de cada músculo, pero vivo aquí. Vamos a tener mucho sexo. A Finn le gusta esto, le gusto yo.

Pero una extraña incertidumbre me invade de todas formas, y cuando me doy cuenta de que he olvidado el lubricante, vacilo preguntándome qué más he olvidado.

—¿Cariño? —Finn se da la vuelta, y me percato de que he dejado de besarle, de tocarle, de darle todo lo que necesita y merece.

—Yo, eh, he olvidado el lubricante.

Alza las cejas y suelta una de esas risas guturales que tanto me encantan. Luego se incorpora rápidamente, gatea atravesando todo el ancho de la cama King Size de California, abre el cajón de su mesita de noche y me lanza el bote. —Ahí tienes.

Me quedo mirándole fijamente, y su sonrisa se desvanece.

—No tenemos que hacer nada —dice.

—No. Quiero hacerlo. —Niego con la cabeza.

Él se muerde el labio inferior, y yo fuerzo mis labios en una sonrisa.

—Quizás estoy nervioso —admito.

—Mi dulce disco. —Su voz suena cariñosa.

Finn gatea hacia mí, con las mejillas sonrojadas por el movimiento, y luego me tumba en la cama. Abre el lubricante con un chasquido y lo pone en mi polla. Me pongo rígido bajo la atención de sus dedos.

Se estira detrás de sí mismo y se dilata. Luego se encarama sobre mí, se alinea con mi polla, y se desliza a mi alrededor.

El calor pulsa a través de mi núcleo, y él sonríe.

—Estoy dentro —digo, con los ojos muy abiertos.

—Trabajo en equipo, cariño. —Finn inhala profundamente, y me pregunto si esto es más doloroso para él de lo que aparenta, pero entonces Finn está moviéndose, moviéndose, moviéndose. Su mirada adquiere una expresión de éxtasis. El sudor brilla en su pecho.

—Eres hermoso —murmuro.

—No se lo digas a nadie. —Me guiña un ojo.

Me estiro hacia él para acariciar su polla, y él se apresura a colocar todas las almohadas debajo de mí. Empujo hacia arriba, y él se mueve hacia abajo, y nuestros movimientos son más rápidos, más descuidados, mientras oleadas de placer se extienden a través de nosotros. La conversación da paso al silencio y luego a jadeos.

Dios, estoy dentro de Finn. Un calor apretado me envuelve. Él flota sobre mí, sus sueltos mechones castaño dorados

balanceándose.

Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Aprieto los labios, porque no decimos esas palabras.

Entonces él eyacula. El semen se derrama sobre mi pecho, y tres segundos después estoy explotando dentro de él.

Se desploma sobre mí, besándome ruidosamente. —Eso ha sido totalmente alucinante.

Mi corazón se dispara, y todo lo que puedo hacer es asentir.

Te quiero. Te quiero. Te quiero.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Noah

Normalmente, me despierto antes que Finn, y me desenredo de sus brazos y voy de puntillas a la cocina. Últimamente, me he acostumbrado a preparar el desayuno a Finn cada día. Me siento en un taburete y enciendo el Wi-Fi de mi móvil para buscar algo de música.

Los mensajes explotan, y sonrío.

Los medios siguen mucho a Finn y a mí.

No suelo recibir una cadena de mensajes de texto de mi agente.

Agente: ¿Has visto esto?

Hago clic en el enlace, preguntándome por qué me está enviando cotilleos. ¿Finn y yo encabezamos algún ranking de parejas deportivas favoritas?

Entonces se me cae el alma a los pies.

Hockey Confidential

¿Qué jugador de los Boston Blizzard intentó conseguir una anulación de su nuevo marido? Sí, has acertado: Finn Carrington. Claramente, su romance no es lo que parece. ¿Fueron Finn y Noah solo otro lío de borrachera?

Mi corazón late con fuerza y retumba, y retrocedo tambaleándome. El móvil se me escurre entre los dedos. Me precipito para atraparlo, pero ya es demasiado tarde. La pantalla se rompe contra el suelo de hormigón pulido.

¿Finn está buscando una anulación? Yo pensaba...

No importa lo que pensara. La alegría que había burbujeado dentro de mí ahora me parece una tontería.

Miro a mi alrededor, como si algo aquí pudiera darme estabilidad.

Dios mío.

Estoy viviendo en el apartamento de Finn Carrington. Finn Carrington, el jugador multimillonario de la NHL. Finn Carrington, que probablemente ya es multimillonario de todas formas por su fondo fiduciario. Finn Carrington, que fue criado para ser perfecto.

Personalidad perfecta, generosa y considerada. Perfecto en su profesión elegida. Perfecto en su aspecto impresionante.

Dios, me mudé al apartamento de mi ídolo y estoy jugando a las casitas. ¿Cuántas veces he visto estas encimeras en OurVids o SlickSlide? ¿Cuántas veces he visto esta batidora?

Me invade la sensación de ridículo. Todo este tiempo pensé que nos estábamos acercando, mientras Finn intentaba zafarse del matrimonio.

Tuve que morderme los labios para no decirle a Finn que le amaba anoche. Cierro los ojos, pero cuando los abro, la preciosa cocina y el hermoso salón siguen ahí.

Soy el fan que de alguna manera consiguió que mi héroe se casara conmigo. Ni siquiera le gustaban los chicos.

Y aunque hemos tenido un sexo increíble... ¿cuánto de eso es por conveniencia? Porque Finn tiene un alto impulso sexual. Tal vez quería la boca de otra persona, la mano de otra persona, el agujero de otra persona...

La inquietud me recorre en oleadas, y me tambaleo. Por un momento, el mundo se oscurece.

Dios, me voy a desmayar. Me voy a desmayar, y Finn me va a encontrar aquí. Y me va a consolar porque es un buen tipo. ¿Enviará después otro mensaje a su abogado? ¿Pidiendo ayuda para una anulación aún más rápida?

¿O me dirá que no lo decía en serio porque es ese tipo de persona? ¿Decidirá seguir viviendo conmigo como marido y marido porque no quiere disgustarme?

Ambos somos jugadores de los Blizzards. Y he estado jugando súper bien desde que estamos juntos. ¿Era todo esto una gran farsa para mantener mis emociones estables? ¿Como cuando me hizo escuchar afirmaciones antes del partido en Las Vegas? Me dijo que las escuchaba antes de cada partido, pero nunca le vi hablar de ello en su canal y nunca le vi hacerlo de nuevo. Mayormente pasa el tiempo charlando con los demás porque es un tipo estupendo y tan especial.

Vinnie ha sido muy suspicaz. ¿Y por qué no iba a serlo? ¿Cuánto de nuestro acercamiento sexual cada vez mayor es porque quiere

demostrar que estamos juntos? ¿No es mentira si realmente está sucediendo?

Cierro los ojos. Era falso. Todo era falso y por cortesía, y nunca debería haberme dejado engañar. Finn me dijo que este era un matrimonio solo de nombre. Ambos lo sabíamos.

Pero entonces vio que yo estaba dispuesto a más actividad física cuando me corrí en su cama. ¿Estaba frotándome contra él esa noche? Dios, solo estaba allí porque mis padres pasaban la noche. ¿Qué habrá pensado al descubrir que se casó con alguien de una familia donde incluso una sola noche en un hotel de Boston sería demasiado caro, cuando su familia vive en una de las mejores casas adosadas en una de las mejores calles del país?

La vergüenza me atraviesa.

Es bueno que Finn no sea homófobo. Es bueno que sea experimental. Pero la élite liberal de Boston no suele tener ese problema, al menos cuando son tan jóvenes como Finn.

¿Es esto como una situación de prisión donde hombres se juntan con otros hombres cuando nunca antes habían mostrado interés en hombres? Cierro los ojos, pero no puedo bloquear la vergüenza que sigue moviéndose a través de mí, llenando cada célula, hasta que acabo temblando.

Me siento enfermo. Eso es otra cosa que ya hice aquí.

Finn ha sido la persona más amable posible. Y si quiere una anulación, no voy a interponerme en su camino. No. Para nada.

No le gustará que se haya filtrado la carta, y probablemente estará arrepentido y se disculpará... pero no le dejaré prometer cosas que no quiere.

Le quiero demasiado.

Esto no se trata de mi carrera. Se trata de su vida y su felicidad.

Necesito irme. Entro de puntillas en nuestro dormitorio—no, el dormitorio de Finn, y cojo mis pantalones de chándal y una sudadera.

Finn sonríe en sueños. Quiero acurrucarme en la cama junto a él y fingir por unos minutos más que todo está bien.

Pero no lo está, y nunca lo estará.

Finn se despertará pronto. Leerá las noticias. No quiero esperar a que esté lo suficientemente despierto para que pueda soltar mentiras. No quiero ver tristeza en su mirada y preguntarme si solo está actuando.

Quiero irme.

Y así lo hago.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Finn

Se ha ido.

Como un idiota, no me doy cuenta de inmediato.

Me despierto, la luz se filtra a través de las persianas, y no le doy importancia al hecho de que Noah no está a mi lado.

Pienso que está preparando el desayuno y dejo que mi mente divague sobre lo de anoche. Tuvimos sexo. Sexo de verdad.

Pero en algún momento me doy cuenta de que no oigo el zumbido de la batidora, y no escucho pasos mientras Noah baila en la cocina, con los AirPods puestos, pensando que está siendo silencioso, cuando solo lo está siendo a medias.

Me levanto de la cama, notando el frío en el aire, y me digo a mí mismo que es porque estamos más cerca del final del año, y no por un sombrío presentimiento. Vamos, que no estoy en un thriller de Alfred Hitchcock, donde las cosas malas siempre vienen con ventanas que dejan pasar corrientes de aire. Además, mis ventanas son increíbles.

Pero no oigo ningún movimiento en la cocina, y cuando entro, no hay surtido alguno de verduras cortadas en mis encimeras.

No hay nada.

Todo está impecable.

Y vacío.

Probablemente salió a comprar algo. Está absolutamente bien.

Quizás Noah nunca antes había salido del apartamento por la mañana, pero no es como si no pudiera hacerlo.

Pero hay algo en esto que se siente diferente. La inquietud recorre mis células y mi estómago se enreda, formando un nudo cada vez más grande.

Mi corazón da un vuelco y recorro apresuradamente el apartamento, abriendo de golpe las puertas de los dormitorios hasta que agarro mi teléfono. Lo saco del modo avión con los dedos temblorosos.

Espero a que se conecte a internet, a que lleguen los mensajes.

Solo hay uno que me interesa.

Y ahí está: un mensaje de Noah.

Noah: No te preocupes, me estoy mudando. Gracias por todo.

Un puto mensaje de despedida.

¿Por qué? La palabra ruge en mi mente, pero medio segundo después lo entiendo, cuando leo todos los otros mensajes que he recibido de mi agente.

Alguien filtró que estaba buscando una anulación. Dios, me había olvidado de eso.

¿Noah piensa que eso significa que no me importa? Me apresuro a llamarle. Necesito que lo entienda.

Sonrío.

Esto está bien. Se lo explicaré, volverá, y todo será normal.

Pero no contesta al teléfono.

Me desplomo en la cama, con una rabia ardiente golpeando mis venas. No es así como se suponía que iban a suceder las cosas.

El teléfono suena y contesto.

Es él.

Pero en cambio, es mi agente quien está al otro lado.

—¡Finn! ¿Qué demonios has hecho? —Cole grita en mi oído—. ¿Te emborrachaste y te casaste con Noah Fitzpatrick?

Me quedo en silencio. Mi corazón late con fuerza.

—Contéstame —dice Cole—. Sé que estás ahí. Puedo oírte jodidamente respirar. No finjas que no me oyes.

—Estoy aquí —digo finalmente, con la voz tensa y pequeña.

—Pon a Noah al teléfono —gruñe Cole con el vigor de un hombre que podría interpretar villanos en dibujos animados—. Necesito hablar con los dos. ¡Ahora!

Mi respiración tiembla. Las lágrimas me pican en los ojos.

—¡Ahora! —ruge Cole.

—Me ha dejado —digo finalmente, y las lágrimas nublan mi mirada—. No está aquí. Se ha... ido.

Hay silencio. Sorbo por la nariz.

—Eso resuelve tu problema de matrimonio —dice Cole, ya sin gritar.

—¡No quería que se fuera! —exclamo.

—¡Toda la nación sabe que estabais fingiendo! ¿Tienes idea de cómo reaccionarán los Blizzards?

—¿No bien?

—Ya lo creo. No bien, desde luego. Intentasteis engañarles.

—¡No lo hicimos!

—¿Apareces o no apareces de forma destacada en las promociones de los Blizzards?

—Aparezco.

—¿Y estás o no estás ganando dinero extra por ello?

Mi corazón se hunde. —Lo estoy.

—Necesitas arreglar las cosas con Noah. Necesitáis actuar como la pareja feliz. Nadie puede saber qué par de mentirosos y conspiradores sois.

—¡No lo somos!

—¿Fingisteis ser gays para recibir mejor trato? ¿Para aseguraros de que Noah no fuera enviado de vuelta a la AHL?

Me quedo en silencio.

—Nos gustamos —digo finalmente.

—¿Entonces por qué no está contigo ahora?

—Tal vez me equivoqué al intentar culparte. Quizás él es el responsable. Quizás está avergonzado porque su plan no iba a funcionar y por eso se fue.

—Noah no haría eso —digo, pero ahora no solo me duele el corazón. Ahora me duele todo el cuerpo.

—¿Está contigo o no? —pregunta Cole.

Inhalo con respiración temblorosa.

—Está bien, Finn —dice Cole, con la voz más amable de lo que esperaba—. Eres rico. La gente puede ser poco honrada. Haré todo lo posible para limpiar este desastre. Para que lo envíen de vuelta. No tendrás que volver a verlo.

—¡No! —exclamo—. Noah se queda. No quiero que se vaya. No por mi culpa.

Cole inhala bruscamente. —¿Estás seguro?

—Por supuesto. Además, lo han trasladado a la segunda línea. Ahora es más valioso.

—Vale. Tienes razón. Y marcó ese gol también. Eso fue algo. —Cole se aclara la garganta—. Quiero decir, el momento para que se fuera era después de esa terrible entrada. Lo siento, Finn. Pensaba que erais una gran pareja.

—Yo también lo pensaba.

Cole termina la llamada, y me quedo mirando mi dormitorio. ¿Todo fue falso?

Entonces sacudo la cabeza.

No. Por supuesto que no. Yo soy la persona que le falló a Noah. *De nuevo.*

Mi corazón late de forma inestable, y me dejo caer al suelo y escondo la cabeza entre las manos.

Noah se ha ido, ido, ido.

CAPÍTULO CUARENTAYNUEVE

Noah

Gente con trajes de diseñador marcha hacia el Distrito Financiero mientras salgo del apartamento de Finn, balanceando elegantes maletines y bolsos italianos. No pertenezco aquí. Nunca he pertenecido aquí.

Se supone que debería estar ayudando a mis padres en la gasolinera hasta hacerme cargo para que puedan jubilarse, porque Dios sabe que no tendrán muchos ahorros después de gastar cada centavo extra en mis clases de hockey. No se supone que deba vivir con Finn.

No estoy seguro de cuándo Finn llegó a esa conclusión, pero ni siquiera puedo culparle por hacerlo. Es decir, yo tampoco me habría enamorado de un hombre que careciera de todo sentido.

Solo desearía no ser yo la pieza en su vida que no tiene sentido.

Hoy es un día de entrenamiento opcional, y cuando me encuentro fuera, con los ojos escociendo, los labios apretados para evitar el instinto de lamentarme, me dirijo al estadio.

Paseo junto a edificios de ladrillo gris y rojo hasta que termina Seaport. El agua gris y opaca corta la ciudad, y cruzo el puente hacia el distrito histórico de Boston, pasando por el Barco y Museo del Motín del Té. Algunas personas vestidas con ropa colonial hablan con un enjambre de turistas, y de repente deseo haber tomado un Uber hasta el estadio.

—¡Es Noah Fitzpatrick! —exclama alguien.

Hordas de turistas con ojos soñolientos me sacan fotos, aunque algunos me miran confundidos, preguntándose por qué un tipo con pantalones de chándal y sudadera está recibiendo más atención que el viejo barco de madera.

No les culpo.

Hago un saludo a medias.

—¿Dónde está Finn? —grita alguien.

Finjo no oír y apresuro mis pasos. El aire es frío a mi alrededor. No voy vestido diferente a lo normal, pero normalmente vamos al estadio en el coche de Finn. Me siento tonto y me pongo la capucha de la sudadera.

Irme fue lo correcto. Sin duda.

Puede que mi pecho reverbere de dolor, pero esto no se trata de mí. Se trata de él.

Estoy agradecido cuando llego al estadio. Quiero perderme en el entrenamiento, porque la otra opción, vagar por Boston con una expresión de corazón roto y esperar a que los paparazzi me saquen fotos y las publiquen por todo el país, no es lo óptimo.

Con suerte, las salas de ejercicio estarán vacías.

Cuando entro en la sala de ejercicio y Finn no está a mi lado, me duele el corazón.

Le echo tanto de menos.

Pero Finn no era quien yo pensaba. Finn quería anular el matrimonio. No es que pueda culparle. No puedo odiarle. Por supuesto que no.

Solo puedo anhelar y extrañar a una persona que nunca conocí realmente. ¿Se sentirá aliviado cuando vea que me he ido?

Pero, claro, lo estará.

Luke y Troy están ambos en las cintas de correr, y me subo a la que está en la esquina más alejada, lo más lejos posible de ellos.

Me lanzan sonrisas distraídas, luego sus miradas vuelven a la vista del Charles. Tal vez no han leído las noticias.

Camino rápido en mi cinta, con expresión sombría.

No voy a llorar en una cinta de correr en el trabajo. De ninguna manera. Imposible.

Jugueteo con los controles, luego troto.

Mi mente sigue llenándose de Finn. Finn a quien amo. Finn que no está aquí. Finn con quien nunca volveré a estar.

Me arden los ojos, y aprieto los botones de la cinta hasta que subo a un nivel más alto. Y luego a uno más alto. Y a otro más alto.

Estoy corriendo. Me arden los pulmones, me arden los músculos, me arde el corazón.

—Tío —la voz de Troy interrumpe mi carrera—. ¿Quieres tomártelo con calma?

Doy un respingo. No le había notado.

—En serio —dice Troy.

Bajo la velocidad de la cinta, volviendo a trotar.

—Tienes que tener cuidado con estas máquinas —la voz de Troy es casual, y no me mira a los ojos, pero no se me escapa la mirada que intercambia con Luke. Me pregunto cuántas miradas habrán intercambiado antes de que Troy me interrumpiera—. No quiero tener que explicarle a Finn que dejé que su marido se rompiera algo.

Luke se ríe.

—Nos mataría.

Yo no me río. Mis dedos se aprietan alrededor de la cinta, y aunque no me tambaleo, requiere toda mi concentración no hacerlo.

Creo que lo disimulo bien.

Creo que mi cara está tranquila y plácida.

Luke frunce los labios y me mira.

—¿Estás seguro de que estás bien?

—Por supuesto.

—No pareces estar bien —dice Troy.

—Eh...

Los ojos de Troy se abren.

—Finn y tú habéis tenido una pelea.

—Bueno...

—Tío, tienes que reconciliarte con él —Troy niega con la cabeza —. Quiero decir, probablemente sea súper pesado y todo eso. Lo entiendo totalmente. Prepara la iluminación para este vídeo, prepara la iluminación para aquel vídeo. ¿Crees que a los espectadores les gustará más un batido tropical o uno de bayas?

—Finn no es pesado —digo acaloradamente—. Es todo. Es el más maravilloso...

Me detengo. Troy tiene una mirada triunfal en sus ojos.

—No es importante ahora —murmuro.

—Por supuesto que es importante. Estás peleando con tu amor verdadero —dice Luke—. No hay nada más terrible que eso.

—Él sabe —dice Troy solemnemente—. Luke ve programas de citas.

Luke hace un modesto encogimiento de hombros.

—Soy un experto. Necesitas reconciliarte con Finn. Estáis destinados a estar juntos. Es decir, se volvió gay por ti.

Troy frunce el ceño.

—No creo que esa sea la forma adecuada de expresarlo.

Luke y Troy me miran.

—Yo, eh... —me paso la mano por el pelo—. No soy un experto.

Tengo opiniones, pero ahora mismo es todo lo que puedo hacer para mantenerme en pie. Mi mente está espesa y embotada, y solo un pensamiento la atraviesa: Finn y yo ya no estamos juntos.

Pero ¿acaso Troy no lo expresó mejor? Finn cambió por mí. Cambió toda su vida por mí. No puedo permitirle que siga haciéndolo. Él quiere terminar con el matrimonio, y voy a respetar eso.

No se supone que deba estar casado con alguien como Finn, y él no debería estar casado con alguien como yo.

Nuestro matrimonio siempre tuvo fecha de caducidad.

—¿Quieres que le grite? —pregunta Troy—. Soy excelente gritando.

—No es su culpa —digo—. No fui honesto con él.

—¿Y no te perdonó? —Los ojos de Luke se entrecierran.

—No es así —digo—. No debería perdonarme.

—¿Le fuiste infiel?

—Jamás haría eso.

Por alguna razón, Troy y Luke vuelven a intercambiar miradas.

Troy saca su teléfono y me tenso. Sé que podré ver el momento exacto en que vea la noticia.

Y entonces lo veo.

Su rostro se vuelve serio y su mirada se suaviza. Odio que me mire con lástima. Lo odio.

—¿Finn intentó anular vuestro matrimonio? —pregunta Troy.

Asiento miserablemente. Las lágrimas me queman los ojos, y parpadeo rápidamente, cuadro los hombros y finjo que estoy bien.

Luke y Troy intercambian miradas.

—Salgamos de aquí —dice Troy—. Vamos. No más ejercicio.

Detengo la cinta.

—¿Necesitas un lugar donde quedarte? —pregunta Luke.

—Em...

—Tenemos espacio —dice Troy.

—Puedo ir a un hotel.

—Ni hablar —dice Troy—. Eso suena deprimente. Ven con nosotros.

—¿No os importa?

—Para nada.

—En realidad, sería genial. —El alivio me invade y parte de la energía frenética dentro de mí se calma.

—También eres nuestro amigo —dice Troy, y realmente no lo creo, pero asiento de todas formas.

—Todo va a estar bien —dice Luke, pero todos sabemos que está mintiendo.

CAPÍTULO CINCUENTA

Noah

Luke y Troy viven a poca distancia a pie del estadio, en una de esas casas adosadas de ladrillo en Back Bay que dan a la orilla de Boston del río Charles. No es tan majestuosa como la casa de los padres de Finn, en parte porque solo es un apartamento de tres habitaciones, pero también porque está decorada por dos chicos veinteañeros. Los sofás rosas y las molduras de corona no son su estilo. Camisetas de hockey enmarcadas y recuerdos cuelgan en el salón de color gris oscuro. Un televisor está en un lado de la habitación, y una desgastada mesa de billar en el otro.

Me muestran una habitación de invitados con un gran mirador.

—Bienvenido a Casa Nosotros —dice Troy extendiendo sus ya largas manos de portero de forma expansiva.

Intento sonreír. —Gracias. Es, um, muy bonito.

Miro por la ventana. —¿Eso es el MIT?

—Hace que Troy se sienta inteligente —explica Luke—. Toda ayuda es poca.

—Cállate —dice Troy—. Te pido disculpas por tu nuevo compañero de piso.

Esbozo una sonrisa temblorosa y mis ojos se nublan, porque eso me recuerda que Finn solía ser mi compañero de piso. Era más que mi compañero. Era todo para mí.

Luke y Troy intercambian miradas preocupadas. Supongo que realmente no estoy manteniendo la compostura.

—¿Tus cosas están en casa de Finn? —pregunta finalmente Troy.

Asiento bruscamente con la cabeza, mientras siento que se me oprime el pecho. Voy a tener que hacer las maletas. Dios mío. ¿Debería ir? ¿Acabar con esto de una vez?

Un sabor ácido invade mi garganta.

—Yo iré a buscar tus cosas —promete Troy.

—¿En serio?

—Por supuesto.

De repente, el aire es menos denso, y la boa constrictora que ha estado enroscada alrededor de mi pecho toda la mañana afloja su agarre.

—Eso es muy amable por tu parte.

—Todos somos amables aquí.

Troy se despide con la mano y sale del apartamento.

Luke y yo nos miramos durante unos momentos incómodos. Luke es más callado que Troy.

Finalmente, el rostro de Luke se ilumina. —¿Quieres ver *Buscando al Sr. Perfecto* conmigo? No pude verlo en directo anoche por el partido.

—Um. Claro.

Sé lo suficiente sobre Luke como para saber que este es su programa favorito. También es el programa favorito de mi madre. Y aunque no era el favorito de Abby, casi lo era.

—Solía ver esto con mi novia —digo.

—¿Tenías novia?

—Um, sí. —Muevo las piernas, preguntándome si va a hacer más preguntas. La culpa se extiende por mi interior cada vez que pienso en Abby—. Rompimos a principios de este año.

—Oh. ¿Sigue soltera...?

—Lo nuestro se acabó —digo—. Nunca hubo demasiada pasión.

Mis mejillas arden. Luke no necesita oír esto.

—Pero nunca hay tanta pasión, ¿verdad?

Parpadeo.

—Veo *Buscando al Sr. Perfecto* pero sé que no es real. Nadie está tan loco por alguien que acaba de conocer. —Luke suelta una risa incómoda, y me doy cuenta de que lo estoy mirando fijamente.

—Yo estaba loco por Finn.

—Entonces, ¿por qué...? —Luke cierra la boca, probablemente dándose cuenta de que preguntar por qué Finn y yo ya no estamos juntos no es una pregunta educada.

—No sabía que quería una anulación —digo.

—Eso es una mierda.

Inclino la cabeza. —Creo que Abby podría haber estado colada por el presentador. ¿Cómo se llama?

—¿Sebastian Archer? —Las mejillas de Luke se vuelven de un tono más oscuro—. Supongo que es atractivo. Si te va ese tipo. No me fijo.

No soy de los que se burlan.

—Las mujeres son impresionantes —digo.

—Sí. —Luke asiente, casi agradecido. Me lleva al salón y señala un sofá negro, del tipo que se traga con facilidad las manchas de pizza y cerveza.

Nos sentamos uno al lado del otro.

—Vale. Voy a contarte todo lo que ha pasado hasta ahora esta temporada para ponerte al día. —Luke vacila—. A menos que ya hayas empezado a verlo. Si es así, dime lo último que recuerdas.

—No he visto nada de esta temporada.

El rostro de Luke decae. Quizás se sienta acomplejado por ver el programa. Normalmente, Troy se burla de él delante de todos por eso. Tal vez Luke odie esas bromas.

—Así que puedes ponerme totalmente al día. —Reúno todo el entusiasmo que puedo y sonrío.

—¡Genial! Bueno... esto es lo que pasó. —Luke se lanza a una larga historia sobre veinte mujeres guapísimas que se van reduciendo cada semana hasta su número actual... cuatro.

A decir verdad, no presto mucha atención, pero agradezco que esté intentando distraerme.

Desgraciadamente, nada puede distraerme de Finn.

Me recuesto en el sofá mientras suena una alegre música temática, y un hombre guapo con pelo rubio vestido de traje aparece en el escenario y anuncia que él es el presentador. Enseguida, mujeres despampanantes proclaman su afecto por un veterinario que acurruca a adorables gatitos y cachorros.

—¿Crees que alguna vez tendrán a un jugador de hockey como Sr. Perfecto? —pregunto.

—¿Un jugador de hockey? —Luke frunce el ceño—. Nunca han tenido a un deportista profesional en el programa. ¿Crees que a la gente le parecería interesante?

Me recuesto contra los cojines y contemplo lo maravilloso que es Finn y cómo solía seguirlo durante años. —Sin duda.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Finn

Unos golpes suenan en mi puerta y mi corazón da un brinco.

¿Será Noah? ¿Ha vuelto? Quizás olvidó sus llaves con las prisas y el enfado. ¿O tal vez quiere hablar? Le diré cuánto lo siento. Me arrodillaré en el suelo y le suplicaré que me perdone. Quiero besarle los dedos, besarlo todo.

Dejo la triste penumbra de mi dormitorio y me apresuro hacia la puerta, resbalándome en el suelo pulido. El pasillo y la cocina giran a mi alrededor hasta que agarro el pomo y abro la puerta de golpe.

Y aunque hay alguien con el uniforme de los Blizzards mirándome, no es Noah.

—¿Troy? —parpadeo.

Troy me fulmina con la mirada. Sus ojos color ámbar nunca han estado más oscuros. —Hola, destructor.

—¿Por qué estás aquí?

Troy ni se molesta en responderme. Me roza el pecho con el hombro al irrumpir dentro, haciéndome tambalear.

—Eres mi mejor amigo —digo, odiando lo quejumbroso que sueno, pero sin poder evitarlo. Es todo lo que puedo hacer para resistir el impulso de lanzar tazas y platillos por la cocina, solo para oírlos romperse, para ver algo en mi mente que no sea la cara de Noah.

Troy se da la vuelta. —¿No es Noah tu mejor amigo?

Me quedo callado. Mi corazón se acelera. Lo sabe. Por supuesto que lo sabe.

—¿Por qué intentaste anular vuestro matrimonio? —continúa Troy, más enfadado de lo que jamás le he visto. Marcha hacia mi dormitorio, aunque cada vez que ha estado aquí antes, tenía una amplia sonrisa en la cara.

Esto no es lo que se supone que debería estar pasando.

Pero no sé cómo arreglarlo.

—Eh...

—¿No es eso algo que la mayoría de la gente le comunica a su cónyuge de antemano? —pregunta Troy.

—Quería sorprenderle.

A Troy se le cae la mandíbula. —La mayoría de la gente les compra chocolates a sus parejas.

La culpa y la vergüenza se enredan en mi cuerpo, inundando cada célula. No puedo moverme. Me quedo quieto, observando cómo Troy abre de golpe mi armario.

Saca la maleta de Noah. No tiene que preguntar cuál es, porque por supuesto la mía es la de diseñador, como el capullo que soy.

La abre. —Llénala con la ropa de Noah.

—Y-yo no quiero que se vaya.

—¿Así que estás reteniendo su ropa como rehén?

Trago saliva. ¿Puedo hacer eso?

—Ni se te ocurra pensarlo. —Troy se aleja de mí y empieza a abrir cajones. El sonido raspa contra mi corazón—. ¿Estas son suyas?

—Sí.

Troy asiente y empieza a amontonar ropa en la maleta de Noah. —Pensaba que eras un buen marido.

—¡Lo era!

—Los buenos maridos hablan sobre romper matrimonios. Joder, incluso los malos maridos hacen eso. Los terribles. —Sus ojos se vuelven distantes, y recuerdo que sus padres están divorciados.

Pero yo no soy malo.

No soy terrible.

Excepto que herí a Noah, así que supongo que sí lo soy.

—No quería que esa carta se filtrara. Obviamente.

—Desde luego es una forma muy conveniente de terminar con todo.

Suspiro. —¿Cómo está?

Los movimientos de Troy se ralentizan. —Estará bien.

—Lo sé.

Troy aprieta los labios.

—Se supone que eres mi amigo —hago un puchero.

—*Estoy* siendo tu amigo.

Parpadeo.

—Necesito hablar con él.

—Llámale.

—No cogerá el teléfono.

—Ahí tienes tu respuesta.

—¿Puedes decirme al menos dónde se está quedando?

Por un momento, Troy parece confundido, luego se ve culpable. Finalmente, suspira. —Mira. ¿Por qué no averiguas lo que quieres? Hubo una razón por la que buscaste una anulación. Lo mismo va para él.

—Cierto. —Me desplomo en la cama—. Esto es una mierda.

—A veces pasa. —Troy marcha hacia el baño—. Supongo que tú tienes todas las cosas de lujo, ¿no?

—Sí.

Troy agarra unos puñados de artículos de aseo y me los muestra. —¿Esto es suyo?

Asiento miserablemente.

Troy deja caer los artículos de aseo en la maleta de Noah y la cierra. Luego arrastra la maleta hasta la puerta.

—¿Así que vas a cogerlo todo e irte? —La desesperación me invade.

La sien de Troy pulsa. —Eso parece.

Esto también es difícil para él.

Suspiro. —Supongo que debería agradecértelo. Me alegro de que cuides de él.

Troy asiente y luego sale.

Me quedo mirando la puerta mucho después de que se haya ido, deseando que regrese y me diga que me va a llevar con Noah y que todo va a estar bien.

Finalmente, cojo mi móvil para enviarle un mensaje a Noah.

Yo: ¿Podemos hablar?

Mensaje: leído

Yo: Lo siento. Nunca quise que la carta se filtrara así. Pensé que el proceso sería discreto… Sé que esto daña tu reputación. Me siento terrible.

Aparecen tres puntos, y mi corazón da un salto.

Mi Dulce Puck: **Pensaba que teníamos un año. No sabía que querías una anulación.**

Yo: No quiero forzarnos a estar juntos.

Mensaje: leído

Yo: Me gustas mucho.

Mi Dulce Puck: **Igual.**

Frunzo el ceño. Si también le gusto, ¿por qué no está aquí?

Yo: Nunca quise hacerte daño. ¿Quieres volver?

Contengo la respiración. *Por favor, di que sí.*

Mi Dulce Puck: **Está bien.**

Miro el teléfono con el ceño fruncido. Obviamente las cosas no están bien. Si lo estuvieran, Noah estaría aquí, idealmente con sus piernas alrededor de mi cintura.

Mi Dulce Puck: Has sido increíblemente generoso y protector. Yo también disfruté cada día contigo. Pero ahora que todos lo saben, no tenemos que volver a mentir y fingir ser algo que no somos. Puedes ser libre.

Me quedo mirando el teléfono, con el corazón latiéndome con fuerza.

CAPÍTULO CINCUENTAYDOS

Noah

Hoy es uno de esos días perfectos y raros en Boston cuando el cielo es de un azul nítido. Es un día perfecto para que Finn grabe material de fondo para su vlog, y si fuera la semana pasada, estaríamos deambulando juntos por la ciudad, filmando mientras la brisa otoñal agita los imponentes arces que bordean el malecón del Charles y arroja hojas de naranja quemado, carmesí profundo y amarillo suave revoloteando sobre el pavimento.

Pero esto es hoy, y todo es diferente. Inhalo el aroma a humedad de corteza y hierba mojada, aún no sepultadas por la nieve invernal. Me dirijo con Troy y Luke hacia el estadio e intento fingir que estoy tranquilo y feliz y todas esas cosas que no soy. Los turistas navegan en kayak por el Charles, y caminamos junto a ellos hasta llegar al estadio de los Blizzards.

Finn no volvió a contactarme ayer.

Y eso es lo que yo quería.

Desafortunadamente, hoy no es un día de entrenamiento opcional; jugamos contra Colorado esta noche.

La estructura de ladrillo y cristal nunca me ha parecido tan intimidante. Mi corazón se tensa y se forma una piedra en mi estómago.

Voy a ver a Finn.

Finn, que me envió mensajes ayer; Finn, que dejó de enviarme mensajes después de que le dijera que no podíamos volver.

Bueno, por supuesto, es una persona razonable. No me habría enamorado de él si no poseyera al menos un mínimo de capacidad de razonamiento lógico, y que no estemos juntos es definitivamente lógico.

—Buen día —dice Luke, esforzándose por ser optimista.

—Ajá —digo débilmente—. Realmente... bonito.

Luke me lanza una mirada comprensiva.

—Mierda —dice Troy.

Luke frunce el ceño.

—Tío. Se supone que no debemos asustarlo.

—No estoy asustado —digo, porque no quiero admitir que la perspectiva de ver a Finn hace cosas locas en mi cuerpo. Probablemente pueda pasar el día sin desmayarme como una virgen del siglo diecinueve absurdamente apretada en un corsé, pero no estoy seguro. También pensé que no me caería en los primeros veinte segundos al pisar el hielo de la NHL. Quizás se me caigan las pesas cuando lo vea o choque contra una máquina de remo o algo así.

Es decir, es dudoso, pero no estoy seguro de poder pasar el día sin que algo ocurra.

Miro al otro lado del río, como si pudiera ver su coche acercándose. Pero todo lo que veo son turistas y locales y...

Mi corazón se encoge.

—Mierda.

—Él también los ve —dice Luke.

Los paparazzi acechan frente al estadio. Sus cámaras apuntan hacia mí. Me pregunto si ya han tomado fotos.

Espero que mi cara pareciera apropiadamente inexpresiva. Porque no quiero verla plasmada en revistas con artículos sobre cómo Finn finalmente entró en razón o algo así.

De ninguna manera.

—¿No hay otra entrada? —pregunto débilmente.

—A veces el único camino es a través —dice Luke.

—Creo que la entrada de turistas será peor —dice Troy.

—¿Cómo debo...? —me muerdo el labio, sintiendo la inseguridad apoderarse de mí.

—Te ves bien —dice Luke tranquilizadoramente—. Muy, eh, casual. Lo cual es una cualidad importante para demostrarle a Finn que no te importa.

—No es una buena cualidad para mostrarle lo que se está perdiendo —digo, y luego me tenso—. Lo siento, chicos. No queréis oír eso.

—Qué va, solo pensamos que tienes un gusto rarísimo. ¿Finn? ¿Ese tipo feo?

—Di algo gracioso —me dice Luke de repente.

—Vaya manera de presionar a un hombre con el corazón roto —dice Troy.

Luke se ríe.

Los ojos de Troy se agrandan.

—Tío.

La risa de Luke se hace más fuerte.

—Ja, ja, ja.

Parpadeo, y luego empiezo a reír.

—Je, je, je.

Luke le da un codazo a Troy, y luego mira a los paparazzi. Troy parpadea.

—Oh.

Luke le vuelve a dar un codazo a Troy.

—Ambos sois tan graciosos —dice Troy con voz monótona—. Me encanta pasar tiempo con vosotros.

Estoy seguro de que Luke está contemplando derribar a Troy, aunque ninguno de nosotros seamos jugadores de fútbol americano.

—Vale, está claro que no deberías hacer ningún anuncio que implique hablar —dice Luke.

Troy le lanza una mirada fulminante, luego suspira y comienza su propia risa forzada mientras nos acercamos a los paparazzi.

No estoy seguro de que la risa de Troy sea una mejora con respecto a su mirada fulminante, pero con suerte se verá mejor en las fotos.

Porque los paparazzi están tomando fotos ahora. Los obturadores hacen clic y el mundo explota en amarillo.

La tensión me invade, pero finjo que todo está bien, bien, bien.

Porque lo único peor que Finn destrozándome el corazón en público y luego dejando que todo el mundo lo vea y comente, es hacer que parezca que estoy tan destrozado como realmente estoy.

Finn le preguntó a su abogado cómo conseguir una anulación para nosotros. Por lo que el mundo sabe, yo le supliqué que contactara a su abogado. Por lo que el mundo sabe, estoy igualmente imperturbable ante la perspectiva de una vida sin Finn Carrington. Por lo que el mundo sabe, soy completamente feliz

pasando el rato con mis dos amigos Luke y Troy, y esto no es ninguna historia.

No es la acción más madura ni aprobada por un terapeuta, pero francamente no me importa.

No quiero mi cara salpicada en los quioscos de revistas y en internet. No quiero que los fans especulen sobre lo que pasó entre Finn y yo, y no quiero leer que algunos de ellos piensan que todo fue falso.

Aunque lo fuera.

Porque yo desarrollé sentimientos reales, pero si se lo confesara a alguien, recibiría lástima o burlas.

Porque debería haberlo sabido.

Lo sabía.

Simplemente no pude evitarlo porque Finn es increíble en todos los sentidos de la palabra.

Troy y Luke me flanquean, protegiéndome de los fotógrafos. Mantengo la espalda recta e intento fingir indiferencia.

Me siento aliviado una vez que entramos en el estadio, pero entonces recuerdo que es aquí donde veré a Finn.

El día apenas ha comenzado y el agotamiento ya me ha consumido, como un porteador atravesando el aire escaso en oxígeno del Himalaya cargando una pesada mochila, consciente de que tendrá que realizar la misma tarea una y otra y otra vez.

Por esto es que no recomiendan las relaciones en el lugar de trabajo. Por esto la dirección del equipo se puso nerviosa cuando declaramos nuestra relación. Son mayores que nosotros y están más acostumbrados a ver fracasar relaciones.

Y aunque nunca he tenido una relación que no fracasara, una parte de mí debió pensar que estaríamos juntos durante más tiempo. Quizás para siempre.

Pero al menos pensé que conseguiríamos un año.

Estaba seguro de que habría al menos esa cantidad de tiempo.

Pienso en todos los besos que Finn y yo nunca compartiremos, todos los momentos íntimos, todas las cenas, todas las comidas, todos los desayunos, todas las películas que no veremos uno al lado

del otro, todas las veces que no nos buscaremos con la mirada primero tras una victoria en el hielo.

El futuro se extiende ante mí de manera vacía, apagado, sombrío y terrible.

Continuamos por el pasillo hacia el vestuario, luego hacia la sala de entrenamiento, e intento no ver la lástima en los rostros de las pocas personas con las que nos cruzamos. Los fotógrafos no están aquí, gracias a Dios, pero eso significa que Troy y Luke ahora están en silencio. Ya no fingen risas, y el aire se siente pesado.

Luke empuja la puerta de la sala de entrenamiento.

Finn está dentro, levantando pesas. Sus músculos, brillantes de sudor, se marcan de esa manera siempre interesante.

Su rostro está serio y severo.

El alivio recorre a Finn cuando su mirada se posa en mí, y por medio segundo, todo es como debería ser. Me mira, sonríe, y quiero catapultarme a sus brazos para que en el siguiente segundo estemos besándonos y desvistiéndonos.

Pero solo me toma medio segundo más recordar todas las razones por las que eso estaría mal. Su rostro se congela, luego se ensombrece.

Mi corazón late rápidamente, como un pájaro perseguido por un zorro que intenta desesperadamente despegar.

Avanzo con dificultad a través del aire espeso, cada molécula de oxígeno cargada de tensión, hacia la máquina elíptica, aunque normalmente soy un chico de cinta de correr. Él no me sigue, y cuando deslizo mi mirada hacia él, está de cara a la pared.

Esta es nuestra nueva normalidad.

Los otros chicos nos lanzan miradas curiosas, pero no nos dicen nada.

Saben que estamos rotos. Hablarán de nosotros cuando no estemos presentes.

Me concentro en el ejercicio.

Estoy tranquilo. Soy un lago, y no del tipo del norte de Europa con un monstruo escondido en algún lugar debajo. Nada me perturba.

Mis dedos se tensan mientras digo estas mentiras en mi mente, pero si las pienso con suficiente frecuencia, quizás llegue a creerlas.

Alguien aclara su garganta, y mi estómago se hunde.

—Finn, Noah. Por favor, venid conmigo —dice el entrenador.

Dudo un instante.

—Ahora —ordena el entrenador.

La sien de Finn pulsa, y gira su rostro lejos de mí. Su espalda sigue recta, sus hombros siguen cuadrados, y me doy cuenta demasiado tarde de que lo estoy mirando fijamente mientras sigo al entrenador y a él fuera de la habitación.

Fuerzo mi mirada a alejarse, porque si dejo que mis ojos caigan sobre él otra vez, no estoy seguro de poder apartar nunca la vista.

Camino pesadamente tras Finn, mis piernas de repente temblorosas, mi mente mareada. Quiero lanzar mis brazos alrededor de la espalda de Finn y escuchar su risa sorprendida, seguida pronto por besos.

Pero si hiciera eso, el único sonido que obtendría sería un bufido de disgusto y un encogimiento de repulsión. Finn y yo hemos terminado. Nunca debería haberme permitido imaginar lo imposible.

Desearía poder pensar en alguna excusa que me mantuviera alejado. ¿Un repentino y desesperado dolor de muelas? ¿Recordar que olvidé que el funeral de mi tía abuela está ocurriendo ahora mismo?

Pero pronto estamos frente a la oficina del entrenador, y perdí mi oportunidad de recordar que dejé la plancha encendida y no cerré el grifo de la bañera, y que debo correr de vuelta al lugar de Luke y Troy para ver qué lo destruirá primero: el fuego o la inundación.

Voy a estar en una habitación pequeña con Finn.

CAPÍTULO CINCUENTA Y-TRES

Finn

Un reloj hace tictac, y la luz del exterior es demasiado intensa. El aire acondicionado me lanza aire frío. Noah y yo estamos sentados en el despacho del entrenador. Apenas nos separan unos centímetros. Tres como mucho, quizá dos.

Deslizo la mirada para examinar la distancia exacta, pero posiblemente me distrae el muslo de Noah. ¿Alguna vez presté atención a lo musculoso que era? ¿Cuántos otros detalles he pasado por alto? Mis dedos se agitan, desesperados por recorrer el cuerpo de Noah.

El entrenador Holberg se aclara la garganta.

Dirijo mi atención hacia él. Siento un calor que me hormiguea en la nuca. En cualquier momento me sonrojaré por completo.

Pasé las últimas veinticuatro horas deseando estar en presencia de Noah otra vez, y ahora finalmente lo estoy, pero estamos sentados con el entrenador.

—Tenía planeado deciros hoy que Isaiah se ha retirado formalmente. Quiere quedarse en casa con sus hijos y no arriesgar más su cuerpo. Pero han aparecido unos artículos inquietantes sobre vosotros dos que son más importantes —dice el entrenador Holberg.

Permanezco en silencio.

Noah está en silencio.

—Ahora, he hablado con vuestros agentes, pero necesito escuchar de ambos, ¿esto afectará vuestro juego?

—No, señor —dice Noah.

Es la primera vez que le oigo hablar, y el rumor de su voz hace que mi corazón se agite.

—¿Finn?

Recuerdo que no debo contemplar la voz de mi marido —Dios, necesitamos divorciarnos antes de que pueda llamarle ex marido—, aunque sea espectacular.

Niego con la cabeza.

Los ojos del entrenador Holberg se estrechan. Ha dado conmigo.

Siento la mirada de Noah sobre mí brevemente y me pongo tenso.

—Ambos estamos comprometidos con el equipo —dice Noah.

—Los aficionados estarán decepcionados.

—¿Quiere que finjamos haber vuelto? —pregunta Noah.

—¿Eso es una opción? ¡Deberíamos hacerlo totalmente! —Por primera vez, la esperanza me invade. Me inclino hacia delante—. Puedes volver al apartamento y todo será como antes.

Los ojos de Noah se ensanchan, y me evalúa. —Eso es... —Se lame los labios. Su nuez de Adán se mueve. Luego aparta bruscamente su mirada y mira al entrenador—. Obviamente, eso no sería apropiado.

—¿Por qué? ¡Hemos fingido estar juntos antes! ¡Y todos se lo creyeron!

Un gesto de dolor cruza el rostro de Noah. —Tienes razón. Todos se lo creyeron.

Parpadeo, sin entender por qué tiembla su voz. ¿Quería que la gente no creyera que estábamos juntos? Me inclino hacia él y suavizo mi voz. —¿Qué ocurre?

Noah se levanta bruscamente. —Entrenador, le aseguro que Finn y yo seremos profesionales. Estamos en diferentes líneas en el hielo. Esto no afectará nuestros partidos.

Entonces se marcha abruptamente.

Mis entrañas se retuercen y cruzo los brazos contra mi pecho. No entiendo por qué Noah no estaba dispuesto a hacer esto. Es decir, nos llevábamos bien. Y ayudaría a nuestras carreras.

—Yo lo habría hecho.

El entrenador Holberg suspira. —Lo siento, Finn.

Guardo silencio.

—Puedo enviarlo lejos.

Levanto la mirada hacia él, con la boca abierta. —Está en la segunda línea ahora.

—Y tú sigues siendo nuestra prioridad, Finn. Llevas aquí más tiempo. Tienes un historial de marcar goles. Mira, puede que no

entienda todo por lo que estás pasando, pero he tenido rupturas antes.

Debo parecer sorprendido porque sonríe.

—Lo sé, es impactante que no siempre fuera un hombre de mediana edad con esposa y dos hijos.

—Sabía que alguna vez fuiste joven.

—Mi hijo tiene tu edad. —El entrenador Holberg muestra su orgullosa sonrisa de padre, y espero que empiece a hablar de su hijo Oskar y sus sin duda diversos rasgos espectaculares antes de que recuerde hacerme más preguntas difíciles—. Vosotros dos os casasteis muy jóvenes. No puedo imaginar a mi hijo casándose todavía. No estoy seguro de que haya salido con alguien siquiera. —Niega con la cabeza, sonriendo—. Admito que no entendía por qué os casasteis, pero estaba claro que tú y Noah tenéis una química extraordinaria.

Levanto la mirada hacia él bruscamente. No pensaba que el entrenador fuera a ir por ahí.

—Hace que el resto nos sintamos como en una fábrica. Acero ardiendo. Productos químicos por todas partes. Incómodo.

—No me había dado cuenta.

—Te enamoraste, y claramente Noah te correspondía.

Parpadeo.

No, eso no es cierto. El entrenador Holberg está equivocado. Noah siguió mi plan después de que le explicara que era la mejor manera. Pero fui yo quien propuso matrimonio, fui yo quien insistió en que nos casáramos. Noah habló de cómo nuestro matrimonio era solo por un año.

Por eso insistí en una anulación. No quería que tuviera que fingir estar conmigo. ¿No querría él tener una vida de libertad para experimentar con otras personas? ¿Por qué querría estar conmigo? ¿Cuando es una estrella popular de la NHL? ¿En portadas de revistas y en la televisión?

Pero, por supuesto, no puedo contarle al entrenador todas esas cosas. No puedo dejarle saber hasta qué punto Noah y yo mentimos.

—Invité a Noah a volver a nuestro apartamento —digo finalmente—. Y dijo que no.

Mi voz tiembla cuando digo esa frase, y el entrenador frunce el ceño. Oh Dios, probablemente nunca esperaba tener que dar consejos sobre relaciones.

No es que haya una relación sobre la que dar consejos.

Noah incluso abandonó la maldita reunión.

Obviamente, no podía soportar estar a mi lado. Los seis centímetros entre nosotros eran demasiado estrechos para él. Claramente, habría preferido una distancia mayor. Como 4 kilómetros. O 40 kilómetros. O... más.

Dios, ¿quiere que esté al otro lado del país?

Hace dos días, estábamos bien. ¿Cómo puede haber cambiado tanto?

—Pero había una razón por la que querías una anulación, Finn.

—Sí.

—¿No te preocupaba que ese proceso pudiera haberse filtrado?

Me muerdo el labio. Supongo que debería haberme preocupado. —Pensé que estaba haciendo lo correcto.

El entrenador frunce el ceño. —Finn, ¿le dijiste a Noah que estabas buscando una anulación?

—Eh...

El entrenador Holberg sacude la cabeza. —Y yo que pensaba que vuestra generación era cruel con las rupturas por mensaje. Esto es...

Me mira con profunda frustración, pero lo único que siento es esperanza.

¿Es posible que Noah esté enfadado conmigo por eso? ¿No porque filtré el proceso y arriesgué nuestras reputaciones, sino porque lo quería en absoluto?

Me levanto. —Gracias, entrenador. Ha sido una gran reunión.

El entrenador Holberg parpadea, y yo me apresuro a salir.

*

Noah

Estoy preparado para esto.

Será como lo normal. Normal cuando Finn y yo estábamos juntos, quiero decir. No normal como caerme sobre el hielo.

Me trago los nervios y salgo a la pista.

Algo es diferente, y cuando escaneo al público, me doy cuenta de que están en silencio. No están animando. Ya no soy Noah Fitzpatrick, el marido de su querido jugador estrella. En cambio, soy Noah Fitzpatrick, el marido separado de su querido jugador estrella, y aún no han decidido si odiarme. Siento su curiosidad, su decepción.

A la mayoría de la gente le encantaba nuestro romance. Puedo sentirles cuchicheando y preguntándose si fuimos un truco publicitario, o si he hecho algo tan horrible, tan impactante que Finn Carrington no tuvo más remedio que buscar una anulación.

Lleno mi mente de buenos pensamientos, y algunas de las frases de la banda sonora de afirmaciones que Finn puso cuando estábamos en Vegas justo antes de casarnos flotan en mi mente.

Puedo con esto. Puedo totalmente con esto.

Veo un destello negro y me apresuro hacia el disco. No necesito los vítores y aplausos del público. No estoy aquí porque sea el marido de Finn. Estoy aquí porque soy bueno.

Robo el disco a nuestros competidores y se lo paso a Jorge. Se desliza por el hielo, y me muevo tras él, para que pueda devolvérmelo. Continuamos pasándonos el disco, evitando a los jugadores de Colorado, hasta que algo en el hielo cambia.

Tengo un tiro.

Y lo aprovecho.

El disco se estrella en la portería, entre las piernas del portero, y la luz parpadea.

Estallan los vítores. Los aficionados de los Blizzards enloquecen. Es nuestro primer gol de la noche.

Lo he conseguido.

Joder, lo he conseguido.

Ahora vamos ganando, 1-0.

La alegría burbujea dentro de mí, y cuando nuestra línea regresa, cruzo la mirada con Finn. Me sonríe con orgullo y me dedica dos pulgares hacia arriba.

Algo se asienta dentro de mí. Quizás no quisiera seguir casado conmigo, pero es el mejor chico que he conocido. Tengo suerte de

haberle conocido tan bien como lo hice.

El entrenador Holberg mandó por mí. Quizás pueda pertenecer aquí por mi cuenta.

Mi corazón late feliz en mi pecho. Quiero contarle el gol a Finn. Quiero contarle todo.

Pero Finn ya no es mi persona. Es un compañero de equipo. Pasar tiempo con él en la oficina del entrenador fue terrible. Su mano estaba a mi lado, pero sin tocarme. Su aroma y esa colonia de Tom Ford flotaban a mi alrededor.

Cada célula de mi cuerpo estaba confundida, preguntándose por qué el protagonista de todos mis sueños podía estar tan cerca, pero no comportarse como un chico de ensueño.

Porque en mis sueños, estamos casados. En mis sueños, somos felices. Mis sueños, parece, son del tipo fantástico.

Dejo que Luke y Troy me lleven a un bar deportivo para celebrarlo. En el bar cuelgan fotos de Troy, Evan y Finn, e intento no mirar demasiado abiertamente la cara sonriente de Finn en 2D.

Los vasos tintinean, la gente charla, suena música alegre a todo volumen.

—¡Están aquí! —grita alguien, y de repente nos están metiendo bebidas en las manos, mujeres pestañean coquetamente y ajustan sus tops de tirantes para mostrar más escote, y la sala retumba con aplausos.

Un veinteañero con una camiseta ajustada de los Blizzards se desliza hacia mí. —Siento lo de tu matrimonio.

—Eh, gracias.

Me lanza unos grandes ojos de ciervo. —Puedo ayudarte a sentirte mejor.

Parpadeo, y él se tensa.

—Lo siento —dice.

—Está bien —digo apresuradamente—. No esperaba...

—¿Que te tiraran los tejos? —Sus labios se extienden en una amplia sonrisa, y en otra vida podría resultar atractivo.

Pero esta es esta vida, y mi corazón está con Finn.

—Cariño, cada chico gay y bisexual de Massachusetts es ahora un fan del hockey, y tú eres la estrella. No tendrás problemas para

seguir adelante cuando estés listo.

Asiento bruscamente con la cabeza.

—Te veré luego. —Su voz retumba en mi oído, luego se contonea alejándose.

Luke se ríe a mi lado. —Tiene razón.

—No quiero salir con nadie —digo.

—Lo entiendo. Yo tampoco —dice, y frunzo el ceño. A Luke no le han roto el corazón. Quizás quiere que examinen a sus citas como en *Buscando al Sr. Perfecto*.

Espero a que Finn se una, pero después de una hora, me doy cuenta de que no vendrá.

Me está dejando tener esta celebración sin él. Me siento con sus amigos, en su bar deportivo favorito, y todo se siente mal.

Dios, le echo de menos.

CAPÍTULO CINCUENTA-CUATRO

Finn

Subo atronadoramente los escalones de la imponente e intimidante casa adosada de mis padres. Las delicadas tulipanes y rosas en las brillantes jardineras negras de mi madre han sido reemplazadas por resistente col rizada y repollo morado.

Se me ocurre que mi madre podría estar almorzando en alguno de los muchos restaurantes perfectos de hotel que hay en este medio kilómetro con sus amigas, todas igual de impecablemente arregladas.

Por favor, que estés en casa.

Toco el timbre.

El ama de llaves me hace pasar al salón. La luz dorada salpica a través de las cortinas de encaje, y todo está impecable. Más importante aún, mi madre está en casa. Más preocupante, actualmente me está fulminando con la mirada.

Mi madre alza una ceja perfectamente depilada y deja a un lado su *New Yorker*. —Me has honrado con tu compañía.

—Pareces disgustada.

Sus cejas se estrechan. Oh, sí. Esa es su cara de disgusto. —¿Por qué he leído en internet que te has separado de ese marido tuyo tan encantador?

Mi cara debe desmoronarse porque sus ojos se ablandan, y se levanta de inmediato y me envuelve en un abrazo. —Oh, Finn.

Me aferro a ella. Es más baja que yo, mucho más esbelta, pero ahora mismo toda la fuerza del mundo proviene de ella. Ciertamente no viene de mí. Y Noah, Noah se ha ido.

—¿Qué pasó, cariño? —pregunta.

La última vez que me llamó cariño yo era un adolescente, y puse los ojos en blanco y dije que eso no era yo, ya no. Pero ahora no digo nada.

No sé qué decir.

Noah y yo estábamos juntos, y ahora no lo estamos. Me duele el corazón, como si algún jugador hubiera disparado un disco directamente allí. Pero mi dolor no desaparecerá con descanso, ibuprofeno y la cuidadosa evaluación de mi entrenador atlético.

De ninguna manera.

—Será mejor que te sientes —dice mi madre, llevándome al sofá. Mira alrededor, luego toma su té de la mesa junto a su sillón y me lo pone en las manos—. Bebe un sorbo. Te sentirás mejor.

—El té no reemplazará a Noah, madre.

Sonríe. —No, supongo que no. Ahora, ¿vas a contármelo todo?

—Mmm... —Hay tantos secretos entre Noah y yo, y no quiero revelar todo—. Noah y yo nos casamos rápidamente.

—Te he perdonado por no invitarme a tu boda, querido.

—No, quiero decir, nos casamos tres días después de conocernos.

Las cejas de mi madre se disparan hacia arriba, luego sus hombros se relajan. —¿Pero os conocíais desde hacía años? ¿Por internet? ¿Así es como lo hace vuestra generación, verdad?

Guardo silencio, y ella me aprieta la rodilla.

—No hay nada de qué avergonzarse —dice, que es como comienza a hablar de la mayoría de las cosas de las que debería avergonzarme, pero no se lo reprocho—. Piensa en todas esas novias por correo de los viejos tiempos. Ni siquiera tenían fotos decentes en esos días. Y vosotros tenéis vídeo.

—Noah me seguía en internet desde hacía años —digo—. Pero *yo* no le conocía. Dijimos eso para parecer menos escandalosos.

—Oh. —Mi madre se aparta, con la boca redondeada—. Oh.

Desvío mi mirada hacia ella. —¿Estás consternada?

Sus labios se contraen, luego dice con ligereza: —Simplemente me sorprende que te preocupe no parecer escandaloso.

Intento reír. El sonido no es agradable, para ser sincero, y mi madre arruga su pequeña nariz respingona.

—¿Por qué te casaste con él si acabábais de conoceros?

—Hubo algo de alcohol de por medio, pero... —Aprieto los labios —. No creo que me hubiera casado con cualquiera, sin importar cuánto alcohol hubiera involucrado. Me hizo perder mis inhibiciones.

—No tienes muchas inhibiciones para empezar.

Frunzo el ceño. —Realmente me gustaba.

—Lo sé, cariño.

—Quiero decir, me gustaba *muchísimo*.

—Le amabas.

Entierro la cabeza en mis manos y me pregunto si puedo escabullirme de la habitación, y ambos podemos fingir que nunca estuve aquí.

Mis entrañas se sienten blandas y desagradables, como si alguien les hubiera pasado un rodillo compacto cuando no estaba prestando atención.

No he hablado con Noah sobre mis sentimientos, no realmente. Pensé que tenía más tiempo. Pensé que tenía un año. Pensé que tenía un año para convencerle de lo maravillosos que éramos juntos.

—Supongo que tienes razón —digo finalmente.

—Por supuesto que tengo razón. Soy tu madre. Entonces, ¿te gustaba tanto que decidiste casarte con él después de tres días? —Sus ojos brillan.

—Básicamente.

—¿Has estado con hombres antes?

Niego con la cabeza. —Nunca lo había pensado antes de conocer a Noah. Y solo lo pensé después de que nos casáramos.

—¿Porque era conveniente?

—Porque era Noah —las palabras salen con más enojo del que pretendo, y cierro los ojos y hago uno de esos ejercicios de respiración que siempre recomiendo en mis vídeos—. Quería pasar todo mi tiempo con él desde el momento en que lo conocí. Le enseñé los alrededores y le organicé una fiesta. —Me rasco la nuca —. Eso, um, no salió bien.

—He oído hablar de ello. Lo más comentado en el cotilleo del hockey de Boston.

—Sé que el matrimonio no tiene sentido.

—Debe haber sido confuso.

—No se sentía confuso en ese momento. Mi principal preocupación después de que nos casáramos era que quizás yo no le gustara.

Mi madre resopla. Giro la cabeza, y ella intenta hacer un resoplido más delicado. —Ese chico te amaba.

—No.

Me mira fijamente. —Sí. Sí, te amaba. Sin duda.

Niego con la cabeza otra vez. —No, se fue. —Entrecierro los ojos —. No deberías decirme cosas confusas. Estoy seguro de que después de una ruptura, el protocolo dice que se supone que debes decirme lo terrible que es la otra persona.

—En ese caso, puedes llamarme rebelde.

Ambos nos reímos, porque mi madre, Susannah Carrington, es muchas cosas, pero nadie la llamaría jamás rebelde.

—¿Te dijo por qué iba a marcharse?

—Quería que yo fuera libre. —Frunzo el ceño—. Lo cual es una tontería. Dijo que no quería que tuviéramos que fingir estar casados y estar enamorados.

—Bueno, te casaste con alguien de tu nivel de inteligencia —murmura mi madre.

—¿Qué has dicho?

—Creo que necesito un poco de ese té. Parece que tengo un caballo en la garganta.

Le lanzo una mirada dura, pero ella está ocupada bebiendo el té que me dio.

—Apuesto a que Noah todavía te quiere. ¿Por qué no se lo preguntas? Aún trabajáis juntos.

—No.

Los ojos de mi madre se abren de par en par. —¿Por qué no, Finn?

La paciencia no es uno de los rasgos principales de mi madre. Después de todo, hay una razón por la que soy impulsivo. Me remuevo ante la nota de exasperación en su voz.

—Noah piensa que no quiero estar casado con él. Porque fue un accidente. Él cree que estoy siendo honorable al decir que quiero estar con él. Y parece estar en contra de eso por alguna razón. —Inhalo—. Tengo una idea.

—Que Dios me ayude.

Le doy una mirada severa. —No, tú necesitas ayudarme. ¿Por favor?

Los ojos de mi madre se ablandan. —Por supuesto, cariño.

—¿Podemos ir de compras juntos?

Sus ojos se ensanchan. —Me gusta ir de compras. Siempre has parecido bastante hábil comprando.

—Soy un hombre con múltiples talentos.

—¿Cómo he criado a un hijo tan dulce y tonto? —Sacude la cabeza—. Entonces, ¿adónde vamos? ¿Bergdoff's?

—Pensé que podrías recomendarme un lugar.

—¿Oh? No soy muy buena con cosas para hombres, cariño.

—Quiero ir a una joyería. —Sus ojos se redondean, luego hace un sonido de satisfacción y me abraza.

—Puede que no diga que sí —le advierto.

—Pero también puede que sí —susurra, y asiento con la cabeza, pero recuerdo que tampoco esperaba que se fuera. Necesito luchar por nosotros y ganar.

CAPÍTULO CINCUENTAY CINCO

Noah

Buscando al Sr. Perfecto retumba en la televisión, con la alegre melodía temática rebotando por la habitación por enésima vez.

Luke y yo estamos sentados uno al lado del otro en el sofá, masticando palomitas mientras el apuesto veterinario se deshace en cumplidos durante una cena romántica, con su acompañante cambiando en cada plato.

Troy se aclara la garganta desde la puerta. —Ya es suficiente. No puedo escuchar esa canción otra vez.

Luke y yo dirigimos nuestras miradas hacia él. Troy cruza los brazos, y su rostro está contorsionado en una expresión no muy diferente a la de un equipo que acaba de sufrir una derrota aplastante.

—Tío, ¿has perdido tus AirPods? —Una preocupación genuina cruza el rostro de Luke.

—¿No se te ha ocurrido, Luke, que quizás Noah no quiera pasar su tiempo viendo un programa llamado *Buscando al Sr. Perfecto*?

—Eh... —Luke frunce el ceño—. ¿En serio? Es decir, es ligero y divertido y tienen citas geniales... ¿Por qué Noah no querría verlo?

—Tal vez porque Noah pensaba que había encontrado a su Sr. Perfecto, y um... —Troy hace un gesto con la mano que probablemente significa algo horrible.

—¿Nos estás haciendo un espectáculo de magia? —pregunta Luke.

Troy frunce el ceño y suelta los dedos. —No. Simplemente no creo que este programa sea apropiado.

—Muestra a un chico perfecto. ¡Es optimista! Y las citas son superchulas.

—Muestra a un hombre guapo con veinte mujeres lanzándose sobre él.

La piel de Luke adquiere un tono verdoso, y estoy seguro de que mi palidez es peor. Finn puede salir con todas las personas ahora.

¿Sabe Troy algo que yo no? ¿Ya está Finn saliendo con alguien? ¿Es por eso que no apareció en el bar? Pensé que quería darme privacidad, pero me he equivocado con Finn antes.

Mi estómago se revuelve, y de repente no hay nada divertido en la hermosa rubia que pestañea coquetamente al Sr. Perfecto.

Luke agarra el mando a distancia y apaga la televisión. Nunca sabremos si incluyeron un plato de queso para hacer volver a la rubia llorosa. —¿Quieres ir a la pista?

—Qué va. No tenemos días libres a menudo. Vivimos en una de las mejores ciudades del mundo. Vamos a hacer turismo. Demos un paseo.

—Supongo que podríamos hacer eso. —Luke arruga los labios, luego sus ojos brillan y el ritmo de su voz se acelera—. ¡Podemos intentar adivinar qué citas tendrán en la versión navideña de *Buscando al Sr. Perfecto* cuando venga a Boston el mes que viene!

—Eh, sí. Supongo que podemos hacer eso. —La mirada de Troy se vuelve dolorida, de la manera en que esperamos que otros equipos se vean cuando se dan cuenta de que tienen que jugar contra nosotros—. ¿Quién va a ser el Sr. Perfecto?

—Se suponía que iba a ser algún médico de élite, pero se retiró. Al parecer, encontró el amor por su cuenta.

—Una señal de que realmente era un fuera de serie —reflexiono.

—Sí. —Luke y yo asentimos pensativamente hacia la distancia.

—¿Así que aún no tienen un Sr. Perfecto? —Los ojos de Troy brillan, y de repente es fácil saber lo que está pensando.

Luke está ajeno. —Pensaba que no te interesaba el programa.

—Solo me preguntaba cómo la gente entra en el programa.

Sonrío. —Podemos revisar la página web, Troy. Tal vez haya un formulario de solicitud.

Troy asiente, y sus ojos bailan. —Sí, eso suena divertido.

—Sois raros —dice Luke—. No sé por qué estáis risueños.

—Vamos a salir —digo—. A ver si podemos averiguar dónde irán en el programa.

Troy me guiña un ojo mientras juguetea con su teléfono.

—¿Cuánto mides, Luke? —pregunta Troy.

—Un metro noventa. ¿Por qué?

—Solo me preguntaba por razones de hockey.

Nos reímos mientras caminamos hacia Newbury Street. El camino nos lleva a través de los Jardines Públicos, y los botes cisne se deslizan regios sobre el lago. Estudiantes y trabajadores en su descanso pasean por los jardines, y aunque ya no es primavera o verano y las mejores flores ya no están, crisantemos de colores otoñales se acurrucan en largas filas.

Finalmente, entramos en Newbury Street. Un número igual de personas recorre las aceras, mirando boquiabiertos los escaparates de las tiendas de diseño. Algunas personas nos saludan con la mano, gritando "¡Vamos Blizzards!"

Me encanta Boston.

Pero entonces mi sonrisa desaparece.

Un hombre con cabello castaño dorado rizado y un andar familiar se ríe mientras entra en una tienda.

Con una mujer.

No puedo ver su cara, pero mi corazón ya da vueltas.

¿Está yendo de compras ahora? No parece afligido. ¿Y por qué debería estarlo? Es libre.

Mis puños se tensan. No es asunto mío lo que Finn haga. Debería estar feliz de que él sea feliz. Lo estoy, de hecho. De verdad.

Trago saliva con dificultad y me vuelvo hacia Luke. —Sabes, estoy casi seguro de que grabarán algo en Boston Common. ¿Quieres ir allí?

—¡Totalmente! —dice Luke alegremente.

Pongo mi sonrisa más radiante en mi cara. —Vamos.

Entonces marco un ritmo rápido, porque no quiero que Finn me vea.

*

Finn

La lluvia golpea las grandes ventanas del suelo al techo del entrenador Holberg, y el cielo es de un gris lúgubre. Algunas personas se apresuran afuera, con las cabezas dirigidas hacia abajo, destellos de parkas de colores primarios. El entrenador golpea con

los dedos sobre su escritorio. Sé por el ritmo que está descontento, y cuando vuelvo a mirarlo, su ceño fruncido continúa hundiéndose. Es la melancolía y la desesperación sueca personificada. Finalmente, suspira. —Esta es una idea terrible.

—Elijo a Noah cada día. Quiero que lo sepa.

—¿Sabes? La mayoría de las proposiciones se hacen en privado. Una vez vi cómo una propuesta en un restaurante salió mal, y apuesto a que el que la hizo nunca volvió a pisar ese restaurante.

Hago una mueca.

—Había cien clientes alrededor. ¿Sabes cuántas personas presenciarán esto?

—Lo sé —digo.

—Los otros comensales del restaurante no tenían ni idea de quién era ese tipo. Pero estas son personas que sí saben quién eres. Que te siguen. Demonios, han pagado buen dinero para hacerlo.

—Lo sé.

—Y si no sale bien...

Trago saliva con dificultad. El entrenador Holberg parece pensar que no saldrá bien. No puedo culparlo.

—Mire. Amo a Noah —digo.

Los severos ojos azules del entrenador Holberg se suavizan, y parece menos un soldado prusiano fuera de lugar al que le falta su casco de punta y su sable que de costumbre. —Me estás matando.

—Y él necesita saberlo.

—Estoy seguro de que ya se lo has dicho antes a Noah —dice el entrenador con una risa—. Quiero decir, nunca he visto a ninguna pareja ser tan cariñosa.

No me uno a su risa.

Si al menos se lo hubiera dicho.

—¿Finn? ¿Se lo dijiste? —Los ojos del entrenador se entrecierran. El hombre me ha descubierto. Pero hay una razón por la que es el entrenador de los Blizzards. Hay una razón por la que lo trajeron desde los edificios pastel y las calles empedradas de Estocolmo, prometiéndole todo tipo de dinero. Hay una razón por la que ha ayudado a llevar a este equipo a tanta grandeza.

—Nos casamos —digo.

Es una respuesta débil que no responde realmente, y todavía siento los ojos del entrenador sobre mí. No quiero confesar todo. No a él. Es el jefe de Noah, y no creo que él quisiera que nadie supiera la verdad sobre nuestra fuga a Las Vegas.

El entrenador suspira. —No puedo aprobar esto.

Me inclino hacia delante, tragándome la desesperación, intentando parecer racional. —Noah me ama. Toda nuestra relación fue pública, y cuando, em, decidimos casarnos por primera vez, no estábamos pensando en todo eso.

—Estabais pensando en cuánto os amabais el uno al otro.

—Sí. —Desvío la mirada—. Noah necesita saber que incluso cuando tenemos la opción de terminar nuestro matrimonio y tener vidas más tranquilas y volver a la normalidad, seguiré eligiéndole a él. Siempre lo elegiré a él.

—¿Y si no funciona?

—¿Y si funciona?

Sus labios se curvan, y una expresión pensativa se forma en sus rasgos.

—Además. Piense lo emocionados que estarían los fans.

El entrenador aprieta los labios como si quisiera evitar soltar su acuerdo.

—Y soy uno de tus mejores jugadores —digo, por si necesito recordárselo. No me gusta usar esta carta, pero esto es importante.

—¿Y esto te haría feliz?

—Me haría extático.

El entrenador Holberg suspira. —Lo pensaré. Es todo lo que puedo prometer ahora.

—Vale. —Me levanto—. Feliz reflexión.

Salgo de la oficina del entrenador, sin estar seguro del éxito de la reunión. El nerviosismo me invade.

Entro en la sala de masajes e intento no recordar aquella vez que Noah y yo nos escabullimos aquí. Los recuerdos de Noah están en cada rincón de este edificio.

Me tumbo para un masaje y anhelo el tacto de Noah.

Esto funcionará. Tiene que funcionar.

Le echo tanto de menos.

Salgo de la sala de masajes y casi me choco con Noah. Mis ojos lo absorben. Su piel se sonroja.

—¿Cómo estás? —pregunto.

Aprieta los dientes, y su mirada rebota por todas partes menos en mí. —Bien.

Parpadeo.

No es exactamente una conversación increíble.

En el partido de la otra noche sentí como si hubiéramos compartido un momento después de su gol ganador. Pero ahora no me mira a los ojos, y su mandíbula está tensa, como si quisiera contener su enfado.

No es bueno.

Había imaginado que la primera vez que habláramos sería diferente. Conversaciones, no palabras cortantes. Había imaginado que habría sonrisas tímidas y sonrojos rosados y ojos verdes mirándome a través de largas pestañas hacia arriba.

Pero Noah no está sonriendo, no está sonrojándose, y parece hacer todo lo posible por no mirarme.

Quizás el entrenador tenía razón.

Quizás seguir adelante con el plan de esta noche sería un error terrible.

Pero cuando Noah entra en la sala de masajes, y me quedo solo en el pasillo, presiono mi mano contra la pequeña caja de terciopelo metida en mi bolsillo.

Intentarlo es lo correcto. Estoy total y desesperadamente enamorado de Noah.

Solo espero que esta noche mi corazón no se rompa para siempre.

CAPÍTULO CINCUENTA-Y SEIS

Noah

Mi corazón late incómodamente en presencia de Finn. Apenas puedo contenerme para no arrastrarlo a la sala de masajes, meterlo en el armario de suministros, besarlo en pleno lugar abierto.

Hubo un tiempo en que no sabía patinar. Mi cuerpo aprenderá a ignorar a Finn. Las palabras parecen una mentira aunque solo las haya pronunciado en mi cabeza. Un día en el que me olvide de Finn, cuando su presencia ya no encienda mis células y mitocondrias y alma, parece el más terrible de los días.

El día avanza lentamente, pero finalmente, estamos sobre el hielo.

Luke y Finn marcan goles. Aunque Luke se ha convertido en un amigo, me juro no aparecer en el bar esta noche. Quiero que Finn celebre la victoria.

El intercomunicador crepita, luego el locutor dice: —Por favor, permanezcan sentados para un evento final después de esta canción.

Se oyen murmullos. Este evento no estaba planeado. Frunzo el ceño. ¿Hay alguna celebridad aquí? ¿Un político?

—¿Qué está pasando? —le pregunto a Luke.

—No estoy seguro.

Muevo las piernas con impaciencia. Quiero irme. Justo cuando contemplo si puedo hacer esto, Finn se levanta. ¿Se está marchando?

Ojalá tuviera su confianza y pudiera salir de las cosas así. Ojalá no sintiera que tengo que quedarme aquí.

Finn sonríe, despreocupado. El hombre parece feliz y emocionado.

Y eso es maravilloso. Realmente maravilloso.

No quiero que nunca ocurra nada malo. Mi corazón está en carne viva, como si alguien lo hubiera raspado sobre el hielo, como si fuera

uno de esos discos golpeados por doscientos y pico hombres musculosos una y otra vez.

De repente no quiero sentarme y esperar a lo que sea que la dirección del equipo haya decidido que debería ocurrir ahora, así que me levanto y sigo a Finn, ignorando las miradas sorprendidas de los otros jugadores en el banco.

—¿Adónde vas? —pregunta Luke.

—Volveré.

Luke parpadea, pero ya estoy pasando por su lado. Tambaleándome sobre mis patines. Caminar con ellos es ridículo, como si tuviera dos años otra vez.

Pero quiero encontrar a Finn, así que continúo. Quiero ver qué está haciendo.

Entro en el túnel, entonces lo veo.

Sus ojos se ensanchan, y mete las manos en sus bolsillos apresuradamente. Su cara feliz se vuelve preocupada, y odio ser la causa de ello.

Apresuro mis pasos. Quiero salir de aquí.

—¿Noah? ¿Adónde vas?

—¿Por qué todos me preguntan eso?

Frunce el ceño. —Noah... Volvamos a la pista.

Hago un puchero. —No quiero.

Sus ojos se suavizan. —Vamos, cariño.

El término cariñoso me sacude. Por un momento salvaje, mi cuerpo cree que lo dice en serio. Pero por supuesto, no es así.

—Estabas intentando conseguir una anulación.

Su piel adquiere un color rojizo, y mira hacia el túnel. —Deberíamos volver allí.

—No. —La frustración patina por mis venas, y lo miro con furia—. Tenemos que hablar de esto. Es importante.

—Lo sé... pero...

—No hay nadie aquí.

—Pero no estamos allí.

Una música romántica llega desde la arena. Es algo romántico, y Dios, no me siento nada romántico. —No quiero escuchar esa canción.

La piel de Finn palidece, y se pasa un dedo por el cuello, como si su camiseta lo estuviera estrangulando. —Creía que te encantaba esta canción.

—Me gustaba, pero ahora...

—¿Ahora? —Finn escruta mi cara desesperadamente, pero no estoy seguro de qué espera encontrar.

—Me recuerda a...

—¿Qué? —Finn reduce la distancia entre nosotros como un defensa cerrando un pase abierto, y yo retrocedo y choco contra la pared—. ¿A qué te recuerda?

—A nosotros. —Mi voz tiembla, y sus labios están justo frente a mí. Son suculentos y le pertenecen, y no quiero mirarlos fijamente. Quiero...

Lo beso.

No pretendía hacerlo. No realmente, y él deja escapar un jadeo de sorpresa.

Evidentemente, besarme ahora era lo último que esperaba.

Pero entonces aprieta su agarre alrededor de mí y me devuelve el beso. Acuna mi cara con sus manos, resbaladizas por el sudor, y chupa cada labio, chupa mi lengua. Nuestras lenguas se mueven juntas desesperadamente. Deslizo mis manos sobre su cuerpo, porque no sé si esta será la última vez que lo sienta presionado contra mí. Aprieto mi agarre sobre él, aunque no debería besarlo.

Todo esto está mal.

Me aparto, pero mi corazón protesta, el dolor ya insoportable, y lo beso más, más, más. Lo giro, así que soy yo quien lo presiona contra la pared del túnel.

Necesito sentirlo. La desesperación me carcome. Lo deseo. Lo anhelo. Lo ansío. Mi polla se hincha contra él, y lo siento endurecerse.

Dios.

Quiero que me folle ahora mismo. O quiero hundirme en el suelo y ponerlo en mi boca. Quiero sentirlo. Quiero que seamos uno otra vez.

—Podemos ir a la sala de masajes. —Las palabras se escapan de mi boca, y él se tensa.

Inmediatamente deseo poder retirar esas palabras.

Finn me aparta tan repentinamente que tropiezo hacia atrás.

Y como llevo los jodidos patines puestos, casi caigo a sus pies.

No se da cuenta.

No encuentra mi mirada. En su lugar, mira hacia la pared, como si estuviera horrorizado de que nuestros labios se tocaran.

—Lo siento —murmuro—. N-no pretendía hacer eso.

—Está bien —dice Finn finalmente entre dientes apretados.

—Lo siento mucho —digo de nuevo.

Hace una mueca y respira hondo.

—Necesitamos salir ahí fuera.

—Lo siento —murmuro—. Sé que no te importa. Estoy siendo... infantil.

—Me importa —dice Finn con firmeza—. Por supuesto.

Niego con la cabeza.

—Eso es lo que pensaba. Pero me equivoqué. Fui tonto... Se sentía como si estuviéramos realmente casados.

—¿Y te gustaba? —pregunta con cuidado.

—¡No!

El dolor inunda el rostro de Finn, y él inhala bruscamente.

—Pensé que te gustaba estar juntos. Pensé que te gustaba volver a casa conmigo cada noche. Pensé que te gustaban nuestras mañanas juntos y nuestras exploraciones por la ciudad.

—No si significaba despertar y descubrir... —Niego con la cabeza —. No importa. Estoy bien. Lo siento. De verdad.

—Cariño...

—No me llames cariño —digo—. No tienes ni idea de cómo se siente.

—Se siente doloroso, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco.

—Buena suposición. Debes haber prestado atención cuando veías películas o algo así.

Él parpadea.

—Esto no es propio de ti.

—Supongo que estoy bajo estrés —murmuro—. Debería pedir que me transfieran.

Su cara palidece aún más.

—¿Eso es lo que quieres?

—¡Si eso significa que no tengo que verte! —Mi voz sale más dura de lo que pretendía, y Finn se sobresalta.

—¿No quieres verme? —su voz tiembla.

—No funcionaría —digo miserablemente.

—¿Quieres decir que los dos o tres partidos que podríamos jugar uno contra el otro seguirían siendo demasiado para ti? —Se echa hacia atrás, y sus ojos están más abiertos de lo normal. Quiero mirarlos para siempre. En cambio, examino el suelo pintado de gris. Definitivamente no es lo mismo.

—Porque te veo en todas partes —digo con tristeza—. Cuando cierro los ojos, estás ahí. Y Dios, incluso cuando no cierro los ojos estás aquí.

—¿Es así? —Sus labios se curvan en una sonrisa, y la irritación me invade.

—No necesitas parecer tan satisfecho.

Entonces, hombre irritante que es, comienza a reírse.

—¡No es para reírse! —protesto.

—Es que estoy feliz —dice entre risas.

—¡Te estoy diciendo que me has roto el corazón! —exclamo—. ¡Y estás feliz!

—Ajá.

Lo miro fijamente. Mi mandíbula cae, y sus mejillas adquieren un color más rojizo de lo que estaban antes.

—Probablemente eso suena mal.

—Sí. —Algo caliente me hace cosquillas en los ojos.

Oh, no.

No voy a llorar delante de él. Absolutamente no. Ya he vomitado delante de él. No necesito añadir esto a mi lista de humillaciones. No es como si hubiera una lista en alguna parte, con todas las formas de avergonzarme delante de Finn, que tenga que completar.

—Volvamos al hielo —dice Finn suavemente—. Te prometo que todo estará bien.

Niego con la cabeza.

—No quiero fingir que no pasó nada entre nosotros.

—Entonces no fingiremos eso.

Me rodea con un brazo y trata de llevarnos hacia adelante, pero me detengo.

—No tenemos que asistir, ¿verdad?

—Bueno... —Finn traga con dificultad, y trato de no pensar en cómo las nueces de Adán son mucho más atractivas de lo que se les reconoce—. Sí tenemos.

—No es un partido de hockey. Es solo un evento estúpido.

Finn hace una mueca.

Suenan pasos en el túnel.

—¡Finn, Noah! —La voz del entrenador retumba, y nos separamos de un salto—. ¡Os estamos esperando a todos!

—Lo siento, entrenador —dice Finn—. Ya vamos.

—¡Ahora!

Finn agarra mi mano, y trotamos hacia el entrenador.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Noah

El entrenador sacude la cabeza cuando Finn y yo aparecemos al final del túnel. —Idiotas.

Me tenso. El entrenador actúa como si Finn y yo hubiéramos retrasado todo este evento. Deslizo la mirada hacia Finn, pero está temblando.

Finn nunca tiembla. Es el señor Arrogante en persona.

Da igual. Me giro para unirme a los otros jugadores en el banquillo.

El entrenador aclara su garganta. —Id al centro de la pista.

—¿Qué? —parpadeo hacia él.

—Ya me has oído. —Sus ojos azul pálido están entrecerrados, y señala, como si la razón de la confusión fuera que yo podría no saber qué significa el centro de la pista—. Patinad hasta allí. Esto ya se ha retrasado bastante. Tú, Finn, ve ahora.

Miro a Finn, pero su rostro está sombrío y preocupado.

¿Nos van a gritar delante de todo el estadio? No, imposible. No hay razón para que Finn esté ansioso.

—¿Viene todo el mundo? —miro al banquillo. Nuestros compañeros siguen sentados allí.

—Vamos, Noah —dice Finn, aunque la expresión tensa en su rostro permanece.

Empieza a patinar, como si fuera a su ejecución.

—¡Todo irá bien! —le grito.

Se tensa, luego se da la vuelta. Patino y me uno a él.

—Pase lo que pase —digo en voz baja—. Solo es un poco de prensa.

—Sí.

No parece tranquilizado.

Patino a su lado, vislumbrando su rostro apuesto y sombrío. Su mandíbula tiembla.

Llegamos al centro de la pista, y alguien le entrega a Finn un micrófono. Quizás había una razón por la que Finn necesitaba venir a la pista. La culpa me atraviesa. Pero, ¿por qué se molestó en asegurarse de que yo estuviera bien y traerme con él?

O tal vez no quiere que yo esté en la pista con él. ¿Es ese el problema? Pero el entrenador sabe que hemos roto...

La confusión me invade, y miro fijamente a Finn. Odio cómo mi mirada todavía, después de todo este tiempo, va inmediatamente a la forma en que las luces brillantes se encuentran con sus pómulos cincelados. Sus rizos castaño dorado están ahora húmedos de sudor, y algunos mechones se adhieren a su frente. Quiero apartárselos, pero las cámaras están sobre nosotros, y ya no me corresponde arreglarle el pelo.

Me pregunto si los golpes que recibió en el partido fueron más fuertes de lo que pensé, porque parece tambalearse, y su respiración sale en bocanadas cada vez más frecuentes. El aire frío se adhiere a mi piel, más incómodo después del sudoroso partido.

—Hola a todos —dice Finn al micrófono, pero su mirada permanece en mí—. Probablemente os estéis preguntando qué es este evento. Prometo que será breve.

Luego suelta una risa incómoda, y juro que puedo sentir al público estremecerse. Algunos de ellos se mueven, y el estadio retumba, como si todos se quejaran a sus parejas a la vez, y la gente empieza a moverse. Suben las escaleras para salir del estadio, y veo a Finn lanzar una mirada aterrorizada.

¿Están mirando los propietarios? Dios, ¿qué es esto? ¿Por qué el entrenador Holberg ha permitido esto? ¿Quizás quiere anunciar un premio a toda una carrera? ¿O una nueva iniciativa benéfica? Entendería por qué habrían invitado a Finn a presentar esto. Es bueno hablando.

O al menos, *normalmente* es bueno hablando.

Ahora es un desastre. Es más un potro recién nacido que un elegante jugador de la NHL.

—Está bien —susurro—. Todo irá bien.

Los ojos de Finn se suavizan. —Cierto. Algunos de vosotros sabéis que me casé con Noah Fitzpatrick después de que ganáramos

un partido en Las Vegas.

Aspiro de repente un golpe de aire. No esperaba que mencionara nuestra boda. ¿Por qué está diciendo eso?

¿Está intentando explicar al público que nos estamos divorciando? ¿Es esto algún tipo de ajuste de relaciones públicas? Porque, ¿por qué no me contactaron sobre esto? Hay un millón de cosas que podrían salir mal al intentar explicárselo al público en persona. Es decir, no es asunto suyo. Y Finn podría convertirse en un completo manojo de nervios, que parece ser lo que está sucediendo ahora.

¿Alguien le obligó a hacer esto? No puedo preguntarle qué está haciendo cuando tiene un micrófono en la mano.

Miro al palco de los propietarios. Tanaka tiene una mirada horrorizada, y aparto rápidamente la mirada hacia el entrenador Holberg. Se ve horrorizado y ansioso. Sí, no es una mejora. Luego muevo mi mirada hacia los jugadores que parecen... confundidos.

Algunos están susurrando. Por alguna razón, Troy se inclina hacia adelante y se frota las manos.

Hmm. ¿No está tan unido a Finn como pensaba? Quizás sea una extraña cosa de porteros.

—Pero algunos de vosotros también sabéis —dijo Finn—, que intenté conseguir una anulación para ese matrimonio.

Todos se inclinan hacia adelante, y mis piernas tambalean. Mi cuerpo apenas puede evitar que mi corazón se hunda hasta el suelo.

—Debo una disculpa a todos por eso. Pero la principal persona a la que le debo una disculpa es a mi marido.

Esto va a estar en todas las noticias.

El pensamiento surge en mi mente, y mi corazón galopa. No, esto no es bueno.

Quiero hundirme en el hielo. Quiero lanzarme contra las vallas y acurrucarme en la esquina y no salir hasta que el personal de limpieza me arrastre. Absolutamente no quiero estar de pie en el hielo, mientras me filman, mientras Finn explica a todos que su matrimonio conmigo fue malo.

A menos que...

Se me ocurre un pensamiento, pero es demasiado absurdo. No, no voy a tener esperanzas en... eso.

Mi corazón late con fuerza de todos modos.

Miro a Finn con incertidumbre e intento decirme a mí mismo que no debo esperar lo imposible.

Dios, nunca voy a superarlo. Quizás mi actividad en la vida es amarlo, sin importar si estamos juntos o no. Y tal vez eso está bien. Tal vez esa es la razón por la que estoy aquí en la tierra.

—Quería una anulación —dice Finn al micrófono, y yo me estremezco.

Tengo que decir que este no es el momento más adorable de Finn.

Claramente, fui absolutamente estúpido al esperar... eso.

Sus ojos se abren, como si hubiera dicho algo que no quería, como si estuviera leyendo algo en mi cara que no le gusta.

¿Se suponía que debía mostrarme entusiasmado cuando anuncia al mundo su deseo de anulación?

—Pero eso es porque no quería empezar nuestra relación atados el uno al otro. Quiero decir... —Finn se pasa una mano por sus rizos castaño dorados—. Lo estoy diciendo mal. Lo siento. Lo que quiero decir es... Noah, ¿quieres casarte conmigo? ¿De verdad?

Mis ojos se abren de golpe.

Me quedo mirándole.

Pero quizás he oído mal. Muevo los pies y mis patines raspan el hielo.

No creo tener problemas de audición, y ciertamente no creo ser propenso a alucinaciones auditivas esquizofrénicas... ¿Pero Finn ha dicho lo que creo que ha dicho? ¿O mi mente está fabricando lo que quiere oír porque es simplemente demasiado doloroso escuchar cualquier otra cosa?

Le miro fijamente, tratando de entender. Él es álgebra y geometría, trigonometría y cálculo.

—¿Noah? —El pánico llena sus ojos.

Me quedo mirándole. ¿Se supone que debo hablar?

—Te quiero, Noah —dice, con voz temblorosa—. Quizás desde el momento en que te vi por primera vez. Me sentí atraído por ti al

instante. No pensé que alguna vez estaría dando un discurso como este frente a tanta gente, pero digo cada palabra en serio. Eres mi todo, y no quiero tener una vida donde no estés a mi lado.

Sigo mirándole fijamente.

Se aclara la garganta y suelta una risita incómoda—: Por supuesto, si dices que no, lo respetaré. Y no seré espeluznante. Y no insistiré en que estés a mi lado ni nada. —Cierra los ojos con fuerza como si se preparara para que un meteorito le golpeara.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

Finn

Esto no está yendo bien. Si estuviera yendo bien, Noah habría dicho que sí, y estaríamos besándonos y planeando nuestro felices para siempre.

Pero en cambio, Noah me está mirando como si no estuviera seguro de si yo estoy loco o él lo está.

—Me encanta todo de ti —digo desesperadamente, porque no voy a rendirme sin dar lo mejor de mí—. Me encanta tu risa. —Me muerdo el labio—. No te estás riendo ahora, por supuesto, pero, em, me gusta cuando ocurre. Que normalmente es a menudo.

Echo un vistazo al estadio, consciente de que todos me están escuchando. La gente apunta con sus teléfonos hacia nosotros, y miles de rectángulos están dirigidos hacia mí. Dios, ¿cuántos de ellos habrán hecho mejores propuestas? Muchos, seguro. Hay muchos hombres casados aquí. Y también muchas mujeres casadas.

Aspiro profundamente, pero el aire está frío en mi pecho. El micrófono también está frío, pero cuando cambio de posición, chirría. Rápidamente lo corrijo. —Yo, em, me encanta que tengamos cosas en común y disfrutemos de las mismas cosas.

Esto no es Shakespeare, y mi mente busca todas las palabras que quiero decir, todo lo que Noah significa para mí.

—No quiero pasar ni un día más sin ti —digo finalmente.

Me mira fijamente, espero que con desconcierto. ¿O está tratando de averiguar cómo decir que no? ¿Debería irme? ¿Rendirme?

Pienso en el recuerdo del entrenador sobre aquel tipo en el restaurante que le propuso matrimonio a su novia, y ella dijo que no.

A veces la gente dice que no.

¿Todo esto estaba solo en mi cabeza? ¿Noah está desconcertado porque esto nunca se suponía que fuera para siempre? Mi boca se seca aún más, y resisto el impulso de tirar el micrófono al hielo y

correr hacia la salida y usar todos mis ahorros para retirarme a algún lugar donde no transmitan hockey en la tele.

Cuadro los hombros y adelanto la barbilla. —Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Noah parpadea, y el color rosa inunda sus mejillas.

—¿De verdad? —susurra Noah, y sus ojos son tan esperanzados que hacen que mi pecho duela de dolor.

El alivio me invade, lavando todas mis dudas, todos mis miedos, y ya no estoy a punto de tambalearme. Él quiere esto. Estoy seguro.

—Sí, cariño. De verdad. —Mi voz ya no tiembla, y sonrío cuando digo mis siguientes palabras—. Te quiero. Quiero que sigamos casados. Quiero que vivamos felices para siempre.

Reduce la distancia entre nosotros, y el sonido de sus patines acercándose cada vez más a mí es el sonido más dulce del mundo.

—Pensé que no querías saber nada de mí —dice Noah—. Pensé que habías seguido adelante.

—De ninguna manera. Nunca.

—Pero tú querías... —Su labio inferior tiembla.

—Te quiero tanto, cariño. No podía soportar la idea de que te vieras obligado a estar conmigo. Quería comenzar de cero contigo.

—Oh —exhala, y me pregunto si podemos besarnos ahora. Es tan adorable. Y quiero que sea mío por el resto de nuestras vidas.

—Eso es dulce —dice finalmente—. Si lo hubiera sabido...

—Lo sé. —La culpa me consume—. Pensé que estabas molesto porque arriesgué nuestras reputaciones. Ahora lo entiendo. Lo siento.

Mantiene sus grandes, confiados ojos verdes sobre mí.

—¡Propón! —grita alguien, y la multitud ríe.

Me apresuro a buscar mi anillo. Debería habérselo dado desde el principio.

Luego caigo de rodillas, y las lágrimas cristalizan los ojos de Noah. Parpadea rápidamente con sus hermosas y largas pestañas, y beso sus dedos.

—¿Seguirás casado conmigo, Noah Fitzpatrick, y me harás el hombre más feliz del mundo?

Una lenta sonrisa se extiende por su rostro, aún más brillante de lo que recordaba.

—Sí —susurra—. Sí, Finn. Seguiré casado contigo.

Le sonrío radiante y luego grito a la audiencia:—¡Ha dicho que sí!

Mi voz retumba, sin temblar ya, transportada por toda la fuerza del micrófono.

Vítores y aplausos estallan en todos lados a mi alrededor. El estadio vibra de felicidad.

Entonces suena música, y globos flotan desde el techo como estaba planeado.

Noah me levanta del hielo y me atrae de nuevo a sus brazos. Giramos en círculo, y el mundo se mueve velozmente a nuestro alrededor, una ráfaga de azul, azul pálido y blanco.

Estoy en mi lugar favorito con mi persona favorita.

Entonces algo emerge de la multitud. Están coreando algo. No, lo están gritando.

—Beso. Beso. Beso.

Noah sonríe, con los ojos bailando. —¿Qué dices?

—Supongo que será mejor que lo hagamos.

Inclino a Noah hacia abajo, y mis labios encuentran los suyos de nuevo, pero mi corazón siempre fue suyo. Su lengua roza la mía, y de repente entiendo por qué la mayoría de la gente propone matrimonio en privado y no frente a decenas de miles de personas, con cientos de miles de personas capaces de verlo más tarde.

Y Dios, este vídeo podría alcanzar un millón de visitas. Somos, después de todo, los únicos compañeros de equipo casados en el deporte profesional.

Nunca consideré enamorarme de un hombre, pero en aquel entonces, nunca había conocido a Noah. Él es el amor de mi vida. Es mi todo.

Mis compañeros de equipo invaden el hielo, y de repente nos vemos rodeados por veinte hombres fornidos con patines.

Capturo las miradas de mis padres entre el público. Sus ojos danzan.

Quizás Noah y yo hemos estado casados desde Las Vegas, pero siempre fuimos conscientes de que nuestro matrimonio fue un

accidente. Nunca estuvimos seguros de cuánto estábamos fingiendo estar enamorados. Y ahora lo sabemos.

Lo elegiré a él una y otra vez.

Rodeo a Noah con mis brazos y me inclino para otro beso mientras la alegría me recorre, moviéndose más rápido que cualquier disco sobre el hielo.

*

Noah

La mirada de Finn brilla, y me sonríe con tanto cariño que creo que mi corazón podría romperse de nuevo.

Finn me quiere. Finn me quiere en su vida. Finn me quiere para siempre.

—Siento lo de la carta —dice—. Siento haberme ido. —Te he echado muchísimo de menos.

—Yo también.

Nos miramos fijamente, vagamente conscientes de nuestros compañeros de equipo que nos dan palmadas en la espalda y nos dirigen palabras de felicitación. Luke y Troy, Axel y Dmitri, Evan y Vinnie nos sonríen.

La música retumba por todo el estadio.

Finn me tiende una mano.

—¿Bailarás conmigo?

—¿Aquí?

—Creo que todo el mundo sabe lo nuestro.

Me río, y toda la tensión, la preocupación y el miedo se disipan, y los ojos de Finn se ablandan. Tomo su mano y patinamos alejándonos de la multitud de jugadores de hockey que se agolpan a nuestro alrededor.

—¡Bailad! —grita Troy.

La mirada de Finn se vuelve nerviosa.

—¿No te enseñaron a bailar en esas clases de etiqueta para ser un caballero de Boston? —pregunto.

—Eh, estos no son los viejos tiempos.

—Pon tu mano izquierda en mi hombro. —Deslizo mi mano derecha en su cintura—. Luego pon tu mano derecha en mi mano izquierda.

Sonríe.

—Los chicos de New Hampshire saben bailar.

—Eso es muy sexy.

—Por supuesto que lo es. Soy súper sexy.

Se ríe, encantado, y nos balanceamos sobre los patines, raspando el hielo con movimientos lentos y curvos. El público gira a nuestro alrededor mientras damos vueltas.

Es... bueno... no es lo más elegante del mundo. Ojalá hubiera tomado clases de baile sobre hielo y no solo de patinaje artístico cuando era niño. Nadie va a ser lanzado por los aires esta noche.

Pero nos abrazamos mientras patinamos, y creo que mi boca podría caerse de tanto sonreír.

Entonces Evan y Vinnie murmuran entre ellos, y lo siguiente que sé es que Evan está envolviendo sus brazos alrededor del cuello de Vinnie. Y están balanceándose.

—Evan y Vinnie están bailando —digo.

—Vaya.

Se miran adorándose el uno al otro. Oficialmente han salido del armario.

—Supongo que este no es un gran día solo para nosotros —digo.

Pero entonces todos nuestros compañeros de equipo comienzan a bailar juntos. Se mueven torpemente, luchando con cómo sostenerse mutuamente. Se arrastran hacia adelante y hacia atrás, frunciendo el ceño con una concentración que probablemente no han mostrado en el hielo desde que tenían dos años.

Nada me ha hecho sonreír tanto jamás.

Luke y Troy se arrastran juntos, y Axel y Dmitri también. Pronto todos están emparejados, y se tambalean con sus protecciones y patines sobre el hielo.

Las cámaras hacen clic, y un destello amarillo explota por toda la arena. Las parejas se miran con cariño, y algunos invitados comienzan a bailar en los pasillos.

Tanaka tiene una expresión perpleja y desconcertada en su rostro, luego sonríe y me da un pulgar hacia arriba. El entrenador resopla y sacude la cabeza.

El hielo está lleno de hombres bailando. Algunos miran fijamente, otros sonríen, y pronto todo el público aplaude al ritmo de la canción de amor.

EPÍLOGO

Finn

Un año después

Noah y yo caminamos sobre la alfombra súper elegante del hotel de Las Vegas igualmente súper elegante. Las Vegas resplandece al otro lado de los grandes ventanales.

—Puede que estuviéramos borrachos, pero elegimos un buen hotel —dice Noah alegremente.

—Yo elegí un marido perfecto —declaro. Si sueno presumido, es porque estoy diciendo la puta verdad.

—Claro. Yo vomito cuando me emborracho y tú tomas decisiones brillantes.

—Ajá —digo felizmente.

—Yo acepté.

—Bueno. Tus facultades estaban alteradas. ¿Cómo podrías decirle que no a esto? —Hago un gesto señalando mi cuerpo, y los ojos de Noah se encienden.

Vale. Puede que acabemos besándonos en el pasillo pronto. Lo cual es excitante, pero no muy apropiado.

—¿Dónde está la tarjeta, mi dulce disco? —susurro.

—En el bolsillo —murmura.

Sonrío y busco en él, luego frunzo el ceño—. No está ahí.

—No te dije en cuál.

Mis cejas se disparan hacia arriba y suelto una risa ahogada—. No eras tan travieso el año pasado.

—No había estado bajo tu influencia durante un año.

Entonces mi corazón se hincha, porque ¿cómo no hacerlo cuando contemplo toda la alegría, todas las risas que hemos compartido?

—Feliz primer aniversario, marido —murmuro.

Meto una mano en el bolsillo de su pecho, otra en el bolsillo delantero derecho, porque ya busqué su tarjeta en el bolsillo delantero izquierdo.

Creo que siento algo en su bolsillo delantero derecho, pero saco la mano.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Acabo de recordar. Ese traje viene con bolsillos en la parte trasera.

—Oh. —Sus ojos se ensanchan, y se lame los labios suculentos —. Tienes que ser diligente.

—Ajá. Date la vuelta, cariño.

Noah gira y realizo una búsqueda diligente en sus bolsillos traseros. El culo de Noah es alto, redondo y firme, y necesito asegurarme de que no hay una tarjeta.

Y así es como Evan y Vinnie nos encuentran.

—Oí que este era un buen hotel. —Vinnie sacude la cabeza, agarrando la mano de Evan.

Son incluso más ridículamente cariñosos que Noah y yo, y eso es muy difícil. Pero Evan es el capitán, así que tiene sentido que sea un absoluto perfeccionista. Desde ese primer baile juntos cuando Noah dijo sí a una vida para siempre conmigo, Evan y Vinnie han sido abiertos al público sobre su relación.

La gente prestó más atención a su baile que a mi propuesta tartamudeante, lo cual es lo mejor.

—No traigas a los paparazzi aquí —dice Vinnie.

Pongo los ojos en blanco—. Ja. Están ocupados siguiendo a Luke.

Él y Evan sacuden la cabeza y se ríen, luego entran en su habitación.

Noah y yo estamos solos en el pasillo.

La distancia entre nosotros se reduce. De repente solo soy consciente de la forma de los labios de Noah.

El ascensor suena de nuevo, y Noah se aleja y mira hacia la pared—. Nosotros, em, deberíamos irnos.

Conozco ese movimiento.

—¿Teniendo problemas, Fitzpatrick?

Noah me mira con furia, luego me levanta en sus brazos.

—¿Qué estás haciendo?

—Es un umbral, y tú eres mi cónyuge. —Noah hurga en su bolsillo derecho buscando la tarjeta, la presiona contra el sensor, y

entramos.

Rodeo el cuello de Noah con mis brazos, mientras él tantea el interruptor de la luz. Hay pétalos de rosa esparcidos por el suelo, y una bandeja con Dom Pérignon y dos copas de cristal sobre la mesa.

—Es como la última vez —dice Noah felizmente.

—Deberíamos entrar así en todas las habitaciones.

Noah ahoga una risa—. Solo en aniversarios.

Levanto la cabeza y miro al techo—. Deberíamos tener unos buenos sesenta años haciendo esto.

—¿Quieres que llame al servicio de habitaciones para pedir un poco de leche, viejo?

—No. Quiero que me folles.

Los ojos de Noah se encienden—. Esa es una excelente idea.

—Súper excelente —digo.

Noah me lanza sobre la cama. Miro las sábanas de diamante negro—. Tienen las mismas.

—¿Te sientes sentimental, cariño?

—Siempre contigo.

Noah mantiene sus ojos verdes fijos en mí, luego se quita la chaqueta del traje.

—Sexy, mi dulce disco.

Entonces Noah se arranca la corbata.

—Caliente.

Noah me mira enfadado, luego tira la corbata al suelo. Entiendo totalmente por qué me desperté la última vez con un suelo lleno de ropa.

Los largos dedos de Noah se extienden por su amplio pecho, y desabrocha su camisa. Se mueve demasiado lento, y salto de la cama.

—¡Te ayudaré!

Noah me mira con enojo, me levanta en sus brazos que de alguna manera son incluso más voluminosos que cuando nos conocimos, pero supongo que eso es lo que te hace la NHL, y me lanza de nuevo sobre la cama.

—Grosero.

—Tienes un trabajo —dice Noah.

—¿Ah, sí?

—Quiero verte desnudo en cinco segundos.

Eso es todo lo que hace falta. Me arranco la ropa, y Noah se arranca la suya, y me pregunto si Noah y yo hicimos algo más que acurrucarnos mientras dormíamos en nuestra noche de bodas.

Bueno, podemos recrear una versión picante.

—De rodillas —dice Noah.

Me apresuro a buscar la postura perfecta, luego siento a Noah acecharme por detrás.

Es tan sexy. Me casé con el marido más sexy posible.

—¿Así? —pregunto.

—No. —Noah me da la vuelta dejándome boca arriba, luego se coloca entre mis piernas—. Quiero verte.

—Ay. —Sonrío ante sus ojos juguetones, luego sus labios están sobre los míos, y lo rodeo con mis brazos.

Probablemente no hay posibilidad de que Noah huya, pero lo mantengo contra mí, por si acaso. Su corazón late contra el mío, y nuestros cuerpos pronto están húmedos de sudor.

—Te quiero —digo.

—Te quiero.

—Quiero decir, te quiero muchísimo.

Sonríe.

—Oh, no. Retiro lo dicho.

—¿Qué?

—Quiero decir, si vas a detenerte y quedarte mirándome. Digo, podríamos estar besándonos.

Se lanza de nuevo a mis brazos. —Buena idea.

Entonces hay muchas risas, mucho amor y, finalmente, mucha pasión.

Y es maravilloso.

—¿Por siempre jamás? —pregunto.

—Por siempre y para siempre —murmura él, y si no hubiera decidido besarlo, seguramente seguiría mirando al techo con una expresión de pura felicidad en mi cara.

Hace un año, me aseguré a mí mismo que todo iría bien, pero me equivoqué. Es fantástico, y juro pasar el resto de mi vida

demostrándole a Noah lo feliz que soy de que hayamos terminado casados.

Espero que hayas disfrutado pasando tiempo con Finn y Noah tanto como yo. Si te gustó el libro, por favor considera dejar una reseña. El próximo libro, , ya está disponible. Trata sobre Luke y Sebastian, el presentador de televisión que odia totalmente a los deportistas, y que sería demasiado responsable como para enamorarse del nuevo Sr. Perfecto de su programa de citas.